

Paul Féval
hijo



El hijo de
LAGARDERE

Quien iba a decirle a Felipe «Bella-Espada» que salir a cazar y conocer a un veterano militar serían el inicio de una serie de aventuras que están a punto de dar un vuelco a su vida. En poco tiempo conocerá a la que será su amada, descubrirá el apellido y la posición que hasta ahora le son desconocidos y podrá vengarse de los que quieren asesinarle como hicieron hace años con su padre.

Folletín de capa y espada para continuar la novela *El Jorobado o Enrique de Lagardère*.

Lectulandia

Paul Féval hijo

El hijo de Lagardère

ePub r1.0

jmyuste 12.09.13

Título original: *Le Fils de Lagardère*
Paul Féval hijo, 1893
Traducción: Manuel Bosch Barrett.
Ilustraciones: Fariñas.

Editor digital: jmyuste
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Paul Féval (hijo)
El hijo de
Lagarriere



Primera parte
El sargento «Bella-Espada»

I

De caza

El feliz desenlace de la batalla de Fontenoy acababa de hacer caer en nuestras manos las más bellas y ricas ciudades de Flandes.

En cuanto estuvo pactada la paz —agosto de 1745— Luis XV, abandonando momentáneamente los placeres de la corte, se apresuró a venir a visitar nuestras conquistas a fin de juzgar por sí mismo de su importancia.

Después, impaciente de volverse a encontrar a los pies de la condesa de Etioles, su nueva favorita, el enamorado monarca había salido nuevamente sin demora para París.

El ejército estaba entonces acampado cerca de Ostende por ser el lugar que le ofrecía más ventajas para esperar el invierno en el teatro de sus hazañas.

Días de asueto para los soldados, que después de los de fatiga que acababan de pasar podían por fin tomar aliento y gozar de un reposo bien ganado.

Pero si tenían de esta forma la posibilidad de entregarse sin freno a las numerosas distracciones de la vida del campo, un ligero olvido cometido por el rey antes de su partida arrojaba una sombra en medio de esta risueña existencia.

Luís que en efecto se había ocupado con la mayor solicitud de asegurar el bienestar de los oficiales, había completamente olvidado hacer lo mismo con las tropas. De forma que estas no eran pagadas más que muy irregularmente, es decir, según el placer y comodidad de los intendentes de guerra, y como no tenían ya el recurso de requisar como durante las hostilidades, se encontraban bastante a menudo reducidas a la estricta y algunas veces incluso menos.

De forma que los hombres, cuando se les alargaban demasiado los dientes, apelaban a expedientes diversos para procurarse lo necesario.

Uno de estos, al que en casos críticos acudían con mayor frecuencia, era la caza.

Los alrededores abundaban en ella, y algunos granos de plomo bastaban para abastecer abundantemente las mochilas.

Pero como en la época que comienza esta historia hacía más de dos meses que se recorrían los bosques y las llanuras limítrofes, estos, casi despoblados ya de sus huéspedes de pelo y pluma, no procuraban más que un mezquino contingente y la mayor parte de las veces los cazadores para no regresar de vacío, se veían obligados a desplazarse un poco más lejos.

Una tarde del mes de octubre un soldado, queriendo probar suerte, abandonó el campamento sobre las siete y tomó la carretera que va de Ostende a Dendermonde.

Era un hombre alto, de bigote hirsuto y gris, cuyas facciones no carecían de energía.

Iba bastante extrañamente vestido.

Llevaba una guerrera con plastrón de cuero rojo unos calzones de grueso paño gris zurcidos en varios sitios, gruesas botas que le llegaban hasta más arriba de la rodilla y un sombrero de fieltro de anchas alas cuya cinta ostentaba una pluma de cuervo erguida orgullosamente hacia el cielo.

Llevaba además al costado una larga espada cuya punta rozaba el suelo produciendo un ruido metálico, y en el cinturón una de aquellas pistolas de ancha boca que estaban entonces muy de moda.

Este soldado, digámoslo en seguida, era nada menos que el célebre Cocardesse, maestro en hechos de armas y conocedor de los secretos de la esgrima.

De momento Cocardesse no ejercía su noble profesión. Razones que conoceremos más adelante le hablan obligado a entrar al servicio del rey de Francia y desde hacía tres años guerreaba de un lado para otro, alistado en el ejército a título de voluntario.

Nuestro hombre recorría, pues, la carretera en cuestión dirigiéndose ostensiblemente hacia un bosquecillo de encinas situado casi en el lindero de su camino.

No tardó en llegar a los primeros árboles.

—Vamos —se dijo a media voz, deteniéndose y sacando su pistola del cinto—: tratemos de tener más suerte que ayer, porque mi estómago está más vacío que el cerebro del señor de Soubise, y si tuviese que ayunar hoy también creo que preferiría ir a cortar algunas orejas a estos imbéciles de ostendeses para guisarme un plato a mi manera.

Y diciendo esto metió una bala en el cañón de su pistola y siguió adelante.

Súbitamente se detuvo, los ojos fijos en el suelo a pocos pasos de él.

Acababa de distinguir en el lindero del encinar un soberbio conejo que, sin preocuparse de su vecindad, ramoneaba tranquilamente una mata de hinojo.

—¡Eh, eh...! —exclamó Cocardesse en voz baja, mientras su boca esbozaba una ancha sonrisa—. ¡He aquí un animalito que reemplazará, me parece, con ventaja las orejas de los buenos burgueses de Ostende...! Espera un poco, amigo mío: voy a largarte una pildorita que no tendrás necesidad de tragar.

Y apuntando su pistola hacia el roedor apretó el gatillo.

Pero en aquel instante preciso una detonación, precediendo la de su arma apenas en un cuarto de segundo, se dejó oír en el interior del bosque.

—¡Eh, un camarada que caza también por aquí! —se dijo, un poco sorprendido—. Pues bien: le deseo suerte y buen ojo, porque el pobrecito bicho ha sido alcanzado de lleno, creo.

En efecto: el conejo yacía en el suelo con la cabeza destrozada, luchando en los últimos espasmos de la agonía.

Cocardesse avanzó para recoger su botín.

Pero, en el momento en que se agachaba para cogerlo, una mano cayó sobre el

animal antes que la suya, al mismo tiempo que una voz decía:

—¡Eh, eh, amigo, dejad el animalito! No tenéis ningún derecho a él, puesto que yo lo he matado.

—¡Qué diantre! —gritó Cocardesse, estupefacto, levantando la cabeza para ver quién tenía la osadía de disputarle el fruto de su caza.

Vio ante él un muchacho de rostro encantador a quien el uniforme de la guardia francesa, en cuyas mangas relucían los galones de sargento, sentaba a maravilla.

—¡Vaya! —continuó Cocardesse en tono de mofa—. ¡A ver si explicáis al veterano cómo habéis matado al animalito!

—Podría contestaros que esto no es de vuestra incumbencia —respondió el muchacho, a quien la ironía de las últimas palabras de Cocardesse no había escapado; sin embargo no tengo inconveniente en deciros que me encontraba en el bosque a unos quince pasos de aquí cuando he visto el conejo e inmediatamente he tirado. Por tanto me pertenece y me lo llevo.

Y recogiendo el animal se dispuso a marcharse.

¡Eh, camarada, no tan aprisa pardiez! Si estabais en el bosque cuando le habéis largado la ciruela, yo estaba en el lindero del camino cuando he hecho otro tanto. Pero nada prueba que lo hayáis tocado.

—¿Y qué prueba que lo hayáis tocado vos?

—¿Qué lo prueba? —preguntó el gascón, ofendido de que un soldado del ejército francés pudiese poner en duda su habilidad.

En el acto examinaron la pieza; pero estaba tan destrozada que era imposible saber si había muerto de una bala o de dos, tanto más cuanto el cuerpo no conservaba ningún proyectil.

—¡Cascaras! —exclamó Cocardesse—. ¡Seguramente lo hemos matado los dos...! Pero en este caso... ¿de quién es?

—¡De los dos pardiez!

—Es lo que pienso. Sin embargo no podemos cortarlo por la mitad, como haríamos con la mantequilla.

—¿Por qué no?

—No. ¿Qué pareceríamos regresando al campamento con medio conejo?

—Es verdad —reconoció el muchacho, sonriendo—, podría parecer un poco extraño y haría reír a nuestros camaradas.

—Precisamente —dijo el veterano, que tenía su idea—. Escuchad: mi razón me sugiere un sistema de arreglar la diferencia.

—Decid.

—Vamos a tirar a esgrima: el primero que pinche al otro tendrá el conejo entero. Pero tengo que avisaros que manejo bastante bien la espada; aunque después de lo que acabo de ver no dudo de que sois un rival digno de mí, pues no se maneja tan

bien una arma de fuego sin ser ducho también en con el arma blanca. Sí no os gusta..., pues bien: buscaremos otra cosa, ¿os parece bien?

—No me disgusta, veterano, y acepto vuestra proposición.

—¡En guardia, pues, y sin miedo!

Inmediatamente sus espadas se cruzaron.

Cocardesse, tal como se había jactado, era una hoja maestra, y si había lanzado aquel reto al guardia francés era con la convicción muy meridional de triunfar fácilmente.

Pero en cuanto hubo intentado algunos ataques contra su adversario se vio precisado a reconocer que debería apelar a todo su saber.

El sargento, en efecto, jugaba muy hábilmente, denotando un excelente método y un estudio concienzudo del manejo de la espada.

—¡Cáspita! —murmuraba el maestro de armas—. No hubiera creído nunca tener tanto trabajo con el muchacho... Hace diez minutos que me tiene jadeante sin haberle encontrado una sola vez en falta. ¿De dónde diablos sale?

Mientras los dos cazadores seguían así compulsando sus fuerzas, detrás de ellos, en el bosque, ocurría una cosa bastante extraña.

Encorvado hasta el suelo y disimulándose cuidadosamente un hombre avanzaba hacia el lugar del encuentro.

El sol que declinaba rápidamente no lanzaba ya más que rayos oblicuos y, si bien ludria todavía bastante luz en el camino, el encinar empezaba a llenarse de sombras.

El hombre, aprovechando esta semioscuridad, seguía avanzando hacia los combatientes, demasiado enfrascados en su combate para darse cuenta de su presencia.

Desde hacía un momento el guardia francés, saliendo de la defensiva, atacaba, haciéndoselas ver negras al veterano.

Su espada revoloteaba por todas partes con una ligereza asombrosa, y el meridional conseguía a duras penas parar sus golpes.

—¡Cáspita! Siento curiosidad por saber quién ha sido vuestro maestro de esgrima...

—No es ningún secreto: un cierto Amable Passepoil.

—¡Passepoil! —exclamó Cocardesse ¡Entonces ya no me extraña nada...! Muy fuerte, Passepoil... muy fuerte. Un viejo amigo..., mi segundo..., como si dijésemos mi brazo izquierdo. Pero en este caso, muchacho, ha debido enseñaros un golpe que conocíamos los dos... El de...

—¿Nevers? —terminó el sargento—. ¡Ya lo creo...! ¡Tomad: aquí lo tenéis!

Y rápida como el rayo la espada del muchacho envolvió vigorosamente la de Cocardesse y, después de una finta sutil que este no tuvo tiempo de contrarrestar, fue a plantarse entre sus dos cejas, sin causarle sin embargo más que un pinchazo

insignificante.

—¡Pardiez! ¡Caramba! ¡Rayos y centella! —exclamó el veterano, girando sobre sus tacones—. ¡Es en verdad así! ¡Chocadla, pues..., y buen provecho!

Y con estas palabras, la vista todavía turbia, tendió la mano solicitando la del sargento.

Pero no sintiendo ningún apretón apartó las últimas sombras que oscurecían su mirada y con gran asombro vio a su vencedor apoyado contra un árbol, pálido como un espectro y a punto de desvanecerse.

Corrió hacia él.

—¿Qué tenéis? ¿Os habré atravesado sin saberlo? —preguntó, no comprendiendo aquel malestar súbito del que parecía ser presa.

El francés hizo un signo negativo y trató de llevar su mano al hombro izquierdo.

Cocardesse, pasando entonces detrás del muchacho, vio que su guerrera tenía un corte de varios centímetros y que por él manaba la sangre en abundancia.

—¡Córcholis! ¿Qué quiere decir esto? —exclamó—. ¡Parece una puñalada!

—Lo es —dijo débilmente el sargento—. Un asesino oculto allí..., en el bosque..., mientras nos batíamos...

—¿Un asesino?

—Sí; afortunadamente ha fallado el golpe... Pero, por favor, parad la sangre si podéis... Siento mis fuerzas disminuir.

—Es verdad; en lugar de hablar tratemos primero de tapar este agujero. Esperad: entiendo un poco en esto; vamos a ver de qué se trata.

Haciendo entonces flexionar un poco al muchacho sobre sus rodillas se sentó al pie del árbol, desabrochó rápidamente la guerrera y puso el hombro al descubierto.

La herida era aproximadamente del tamaño de un dedo y situada bajo el omóplato.

El viejo soldado desgarró un trozo de tela blanca que llevaba encima y paró la sangre que seguía corriendo.

Tardó bastante en poderse hacer dueño de la hemorragia. Finalmente, habiéndolo conseguido, empezó a examinar la herida con atención.

—¡Menos mal! —dijo alegremente Cocardesse—. No es más que un ojal y un poco de sangre perdida. De momento voy a aplicaros algunas hojas frescas, y esta noche o mañana, a vuestro gusto, iréis a ver al cirujano de vuestro regimiento que os volverá a coser el cuero.

Hizo como había dicho y el muchacho no tardó en sentir un gran alivio.

—Gracias, amigo mío —dijo el muchacho una vez se hubo puesto la guerrera—; me siento renacer.

En efecto: los colores volvían a sus mejillas y los ojos recobraban su vivacidad.

—¿Podéis andar?

—Ciertamente. No ha sido más que una debilidad pasajera; pero ahora ya ha pasado. ¡Ved!

Y se puso rápidamente en pie sin ninguna ayuda.

—¡Perfectamente! —dijo Cocardesse—. Pero, antes de marcharme..., ¿no podríais darme alguna explicación acerca del atentado de que acabáis de ser víctima? Me pareceis tomar la cosa muy filosóficamente...

El rostro del muchacho se ensombreció un instante.

—Esto —respondió— es toda una historia que no os podía contar sucintamente, pues comporta una serie de hechos y aventuras que no he logrado nunca comprender. Hizo una pausa y prosiguió:

—Ved, veterano, aun sin saber quién sois, vuestra fisonomía me es simpática. He aquí lo que os propongo: vamos a ir a saborear este conejo a una hostería cualquiera, porque no vais a suponer que quiero privaros de la parte que os corresponde y durante la comida os contaré mi vida, que hasta este día ha sido para mí un prolongado misterio. ¿Aceptáis?

—¡Cáspita si acepto! —respondió vivamente Cocardesse, doblemente engolosinado por la perspectiva de una buena comida y un relato interesante.

—Adelante, pues.

—¡Adelante! Voy a llevaros a un sitio en que podremos hablar con toda tranquilidad.

—¿Dónde?

—No muy lejos de aquí. En la revuelta del camino hay una posada donde estaremos como en casa.

II

La posada de «Los Tres Aguiluchos»

Mientras iban hablando los dos hombres caminaban por el centro del camino, pues, habiendo cerrado la noche, temían una nueva emboscada. El sargento no parecía sufrir en absoluto de su herida y seguía con paso vivo a su compañero, cuyas largas piernas se tragaban rápidamente el terreno.

Desde hacía un momento la atmósfera, que hasta entonces se había mantenido límpida, iba cargándose de vapores y se volvía de una opacidad de mal augurio.

El día, por otra parte, había sido caluroso y todo presagiaba la venida de una de aquellas tormentas de otoño que son tanto más de temer cuanto son imprevistas.

—¡Eh, muchacho! —dijo Cocardesse, viendo aquellos síntomas poco tranquilizadores—. No nos entretengamos mucho si no queremos ser regados. Me parece que ahí arriba va en serio.

Pronto grandes gotas vinieron a estrellarse contra el polvo del camino, mientras el cielo empezaba a rasgarse con surcos de fuego y a resonar bajo siniestros rugidos.

La tormenta, cuya intensidad iba aumentando por momentos, no tardó en alcanzar su máxima intensidad. Gruesas nubes descargaron torrentes de agua y los chispazos se sucedían sin interrupción, iluminando el espacio con rayos deslumbradores.

Ante aquel cataclismo los dos soldados, que andaban ya a paso ligero, emprendieron una veloz carrera para ponerse cuanto antes a cubierto.

Como lo había anunciado Cocardesse, en cuanto hubieron dado la vuelta al camino divisaron a pocos pasos una posada cuya masa gris se destacaba sobre el ciclo. Se dirigieron hacia ella; pero antes de alcanzarla distinguieron a distancia un vehículo cuyas singulares evoluciones les llamó la atención.

En lugar de avanzar en línea recta lo veían zigzaguear en todos sentidos y algunas veces inclinarse tanto hacia el borde del camino, que corría el riesgo de volcar. Se acercaba además a una tal velocidad que parecía arrastrado por dos corceles alados.

Mientras estaban preguntándose qué podía significar aquello, un relámpago deslumbrador que iluminó los alrededores les hizo asistir a un espectáculo aterrador.

Dos fogosos caballos enganchados a una silla de postas se habían desbocado, asustados sin duda por la tormenta, y con la espuma en la boca y los ojos ardientes avanzaban a un galope infernal.

Sobre uno de ellos un postillón tiraba de las riendas hasta casi romperlas, haciendo inútiles esfuerzos por dominar los dos animales furiosos, mientras por una de las portezuelas aparecía el rostro de un hombre con las facciones crispadas por la angustia.

Ante esta visión Cocardesse y el sargento comprendieron cuál era su deber.

—No os mováis de donde estáis —dijo el muchacho al veterano—. Yo voy a

ponerme en el otro lado del camino y cuando el coche pase nos lanzaremos a la vez sobre los caballos.

—¡Comprendo: va! —aprobó Cocardesse.

Y como el conejo no tenía nada que ver en el asunto lo dejó cuidadosamente en el suelo, fuera de todo alcance.

Diez segundos no habían transcurrido cuando el vehículo llegó como una tromba.

Los dos se lanzaron entonces sobre los caballos. Desgraciadamente, al tomar carrera, Cocardesse puso un pie en falso en el suelo mojado, perdió el equilibrio y, después de haber vacilado dos o tres veces, cayó sobre el barro, donde quedó tendido.

El sargento, por su parte, más afortunado o más diestro, consiguió agarrar por los ollares a una de las bestias desbocadas y se suspendió de ella, comprimiéndolos con toda su fuerzas.

Así fueron recorridas una cincuentena de toesas, durante las cuales el muchacho estuvo a punto de ser descuartizado.

Finalmente, agotado, sin aliento, el animal dobló súbitamente las rodillas y rodó por el suelo, arrastrando el otro caballo en su caída.

Era ya tiempo de que esta detención se produjese.

En efecto: en el mismo instante un trueno más violento que los otros rasgaba el aire con su fulgurante descarga y el enorme tronco de un roble centenario que había al borde del camino, cortado por el rayo en toda su altura, caía con un estruendo ensordecedor sobre los dos caballos, a los que mató y aplastó de una manera espantosa.

Un paso más y hubiera el coche recibido aquella enorme masa, bajo la cual habría quedado indefectiblemente aplastado con todos sus ocupantes.

Por un azar providencial ni el sargento ni el postillón fueron alcanzados por las gruesas ramas del árbol, limitándose a quedar cubiertos de follaje, del que consiguieron liberarse sin daño, asombrados de encontrarse indemnes.

Mientras se ponían en pie, de la silla de postas se apearon un gentilhombre y dos damas; estas, todavía bajo la impresión del terror que acababan de pasar, se apoyaban para no desfallecer. El gentilhombre las tranquilizó con dulces palabras y avanzó hacia el sargento.

—Vuestro nombre, amigo mío —le dijo—; que sepa por lo menos a quién debemos la vida.

—Felipe, sargento del Tercer regimiento de guardias franceses —respondió el muchacho.

—Bien: espero daros en breve pruebas eficaces de mi agradecimiento. Entretanto permitidme que elogie el valor de que habéis dado pruebas en esta circunstancia. Esto delata un alma de temple excepcional. —Y, dirigiéndose a una de las dos damas, el gentilhombre añadió—: ¿No sois de mi opinión, mi querida Flor?

—Enteramente —aprobó esta—; y vuestra acción, señor, está por encima de todo elogio, porque os habéis expuesto a los peores peligros para salvarnos. Así, pues, no lo olvidaremos jamás y trataremos por todos los medios de pagar la deuda que hemos contraído con vos.

Aturdido por estas alabanzas que jugaba exageradas el sargento no sabía qué actitud adoptar cuando un incidente vino a distraerlos de aquella escena.

Hasta entonces todo había transcurrido en plena oscuridad, ya que las linternas del coche se habían apagado a causa de las sacudidas sufridas; pero el postillón encendió una de ellas y avanzo hacia el grupo para recibir órdenes, con lo que todos los personajes quedaron iluminados por un vivo resplandor.

El sargento pudo entonces advertir que las dos damas eran extraordinariamente bellas y ofrecían entre ellas un gran parecido, pese a estar una en la edad ya incierta de la mujer y la otra saliese apenas de la adolescencia.

Esta última, especialmente, reunía tantas gracias y atractivos que el muchacho quedó absorto en una muda contemplación, el corazón súbitamente invadido por un sentimiento ignorado.

Por su parte a la vista de la orgullosa belleza del guardia francés, ella pareció experimentar una emoción profunda, porque su rostro se tiñó de un vivo color escarlata.

Pero esta turbación exterior de ambos no fue más que pasajera.

Como por un tácito acuerdo, temiendo que pudiese leerse en sus facciones lo que ocurría en su interior, adoptaron rápidamente, y no sin trabajo, una fisonomía impasible e indiferente.

—Veamos, Champagne —dijo el gentilhomme dirigiéndose al postillón—: puesto que no nos será posible llegar a Ostende esta noche, habrá que tratar de encontrar alojamiento para hoy. Ponte, pues, en campaña y búscanos una habitación hospitalaria por los alrededores.

El postillón se disponía a partir para cumplir la orden cuando el sargento tomó la palabra.

—Señor —dijo—, hay no lejos de aquí una posada de bastante buena apariencia. Quizá podríais contentaros con ella hasta mañana.

—¿Una posada? ¡Pardiez, este es nuestro asunto! Sea como sea, nos contentaremos con ella. ¿Queréis acompañarnos?

—Con mucho gusto.

—Y se disponían todos a emprender el camino cuando una voz los detuvo en seco.

—¡Cómo! ¡Señor de Chaverny! —decía la voz—. ¡Vuestro servidor..., señor marqués..., señora marquesa..., señorita..., mis respetos!

—¡Cocardesse! —exclamaron a la vez el señor de Chaverny y las dos damas,

reconociendo al veterano.

—El mismo —respondió Cocardesse, inclinándose respetuosamente con el fieltro en la mano.

—¿Y de dónde salís, Dios mío, mi gran Cocardesse? —preguntó la marquesa—. Hace mucho tiempo que no se ha oído hablar de vos...

—Es verdad, señora Flor. En cuanto a decirlos de dónde salgo... ¡vedlo!

Hablando así el espadachín vino a colocarse bajo los rayos luminosos de la linterna sostenida por Champagne, dirigiendo una mirada de piedad sobre su persona.

—¿Qué os ha ocurrido, pues? —preguntó el señor de Chaverny.

—¿Qué me ha ocurrido?... Pues voy a decíroslo. Imaginad.

—Cocardesse —interrumpió la marquesa—, ¿os importaría contarnos esto otro rato? Mi hija y yo estamos agotadas y solo ansiamos encontrarnos a cubierto para descansar.

—A vuestro servicio, señora Flor.

—Entonces, pronto a la posada —ordenó el señor de Chaverny, dando la orden de marcha.

No tardaron en llegar a la hostería en cuestión.

Llevaba por nombre «Los Tres Aguiluchos», como lo indicaba una vasta placa de cinc en medio de la cual estaban pintados tres volátiles, tipo pato, metidos en una especie de cesto como si fuesen llevados al mercado.

El dueño del lugar, grueso valón de gordas mejillas y cabello de cáñamo, avisado por el postillón de la venida de su dueño, avanza al encuentro de los viajeros con una serie de reverencias cada vez más ceremoniosas.

Y abriendo una puerta situada al lado de la entrada principal el hostelero precedió a sus huéspedes.

Antes de entrar el señor de Chaverny y la marquesa se volvieron para dirigir algunas palabras al sargento expresándole su deseo de volverle a ver lo antes posible; pero no vieron ni a él ni a Cocardesse.

Uno y otro se mantenían apartados; el segundo por no mostrarse en tan brillante compañía en el estado en que estaba; el primero por evitarse nuevas felicitaciones que ofuscaban su natural modestia.

—¿Dónde diablos se han metido? —dijo el señor de Chaverny—. Han desaparecido como dos sombras. Se habrán sin duda alejado por temor a importunar —prosiguió—; pero a nuestro salvador le encontraremos por Cocardesse, que iba con él; no temáis, mi querida Flor.

El alojamiento al que el hostelero los llevó se hallaba algo apartado de la posada. Estaba muy lejos de ofrecer un aspecto lujoso; pero como siempre valía más que dormir bajo las estrellas, nuestros viajeros tomaron posesión de él sin la menor queja.

Cocardesse y su compañero, después de haber esperado a que los marqueses de

Chaverny hubiesen subido con su hija, entraron a su vez en la hostería de «Los Tres Aguiluchos».

El viejo soldado, ayudado por el sargento, había conseguido hacer desaparecer en parte los rastros de su caída, y lo que quedaba de ellos no hacía más que aumentar lo pintoresco de su indumentaria.

Desde luego, como hombre precavido, no había dejado de recoger el conejo que le hemos visto dejar en el suelo en el momento en que se iba a lanzar sobre los caballos.

La primera sala estaba ocupada por siete individuos vestidos con un vasto capote que les llegaba hasta los pies, como suelen llevarlo los cocheros de Flandes. Sentados delante de enormes potes de cerveza del país y fumando en largas pipas de tierra parda, ninguno de ellos pareció darse cuenta de la entrada de los recién llegados.

—¡Hola, maese Picavez! —ordenó Cocardesse, poniendo el conejo bajo las narices del hostelero, que acababa de entrar en la taberna—. Acomodadnos el animalito este, y pronto: ¡tenemos una hambre de todos los diablos!

—Bien, señores militares —dijo el hostelero—: medía horita y será cosa hecha.

Y después de haber entregado el conejo a una sirvienta añadió:

—¿Debo servirlos algo antes? Tengo una excelente cerveza...

—¡Puf...! —dijo el veterano, con repugnancia—. ¡Granuja, no nos enseñes siquiera el color de tu tisana! ¡Solo verla me da náuseas!

—Sois difíciles de contentar —dijo maese Picavez en tono ofendido—. Mi cerveza no es una tisana: es de buena calidad y se hace de ella mucho caso en el país. Preguntad a estos señores que se están deleitando con ella hace ya rato.

—¡Eh..., no me extraña..., esta gente...! —dijo Cocardesse mirando desdeñosamente a los bebedores—. ¿Qué otra cosa queréis que beba?

Ante estas palabras llenas de insolencia hubo como un estremecimiento de cólera entre los bebedores, varios de los cuales metieron la mano bajo el manto.

Pero a una señal que hizo uno de ellos volvieron a adoptar su actitud pacífica.

—Vais a traernos dos buenas botellas de borgoña, que empezaremos para tener paciencia; he aquí la única bebida que conviene a gazznates franceses.

—Bien, señores: voy a mandároslas en seguida.

Y se eclipsó precipitadamente.

Durante este tiempo los dos soldados, queriendo estar solos para hablar más libremente, entraron en la segunda sala y se instalaron en una mesa al lado de una ventana abierta que daba al patio.

Pronto una sirvienta les trajo las botellas pedidas y una luz, y Cocardesse, después de haber hecho saltar el tapón de una, llenó los vasos hasta el borde.

—¡A vuestra salud, pichón! —dijo.

—¡A la vuestra, veterano! —respondió el muchacho.

Una vez los vasos hubieron sido dejados vacíos sobre la mesa, este último prosiguió:

—Decidme, camarada hace un momento, por primera vez, he oído pronunciar vuestro nombre; ¿seréis acaso aquel Cocardesse de quien Passepoil me ha hablado con tanta frecuencia y que había estado al servicio de un cierto caballero de Lagardère, hecho más tarde conde de Lagardère cuando su matrimonio con la hija de Felipe de Nevers?

—¡Eh, sí, yo soy este Cocardesse! ¡Ah, conque Passepoil os ha hablado con frecuencia de mí! ¿Y qué ha sido de este buen amigo? Desde que me separé de él no he vuelto a tener noticias tuyas... ¡Y me inquieta, pardiez!

—Voy a quitaros esta preocupación. Amable Passepoil es actualmente maestro de armas y dirige una sala en París cerca del Chatelet. Está casado y tiene un hijo que debe andar ahora por los diecinueve años.

—¿Y el joven Passepoil ha heredado la idiotez de su padre?

—No; no le gusta más que el dinero.

—La cosa no vale más. Decididamente los Passepoil son gente bien triste. Pero ¿el retoño es un poco pendenciero, por lo menos?

—Desde luego; es casi tan fuerte como su padre. Podréis por otra parte cercioraros vos mismo, puesto que está aquí, bajo las armas. Se alistó conmigo y está en mi misma compañía. Es un buen muchacho con el cual me liga una estrecha amistad, a pesar de que tenga ideas completamente opuestas a las mías en cuestión de dinero.

—¡Eh! Haría con gusto un asalto con él. Esto me recordará los tiempos en que mi buen maestro y yo hacíamos esgrima juntos. ¡Y vaya partidas que hemos hecho! ¿Ya os habrá dicho alguna palabra de ello, no?

—¡Sí, sí! Me ha contado incluso las hazañas que habéis realizado juntos y no acababa de contarme los innumerables talentos de que estáis provisto.

—¡Ah, qué corazón magnánimo, hijo mío! ¡Sabía hacerme justicia...!

—Y plenamente, además. No os reprochaba más que un solo defecto.

—¿Ah...?

—El de gustaros demasiado acariciar la botella.

En aquel momento la entrada de la sirvienta, que traía el conejo guisado, cortó la conversación.

—¡Ah, por fin! —exclamaron los dos soldados, cuyo apetito no había hecho más que crecer con la espera.

Y sin más preámbulos atacaron valientemente el plato.

En menos de un cuarto de hora no quedaba del conejo más que raros y vagos despojos.

Un copioso trago bebido sin tomar aliento terminó la colación.

—Y ahora, camarada —dijo Cocardesse, echándose atrás sobre el respaldo de su asiento y metiendo los pulgares bajo las axilas—, puesto que estamos aquí bien tranquilos y solos, ¿queréis contarme vuestra historia tal como me lo habéis prometido?

—No pido otra cosa, veterano. Quizás os interesará, y quizá también veáis más claro que yo en el extraño galimatías que la compone.

—Adelante, muchacho: os escucho. Tenemos tiempo por delante y podéis contarla con todo detalle... ¡Ayuda la digestión, qué caramba!

—Tengo ante todo que deciros —comenzó el sargento— que no sé cuál es mi nombre. Este es el misterio de mi vida... No he conseguido nunca averiguarlo...

—¡Y no será hoy que lo averiguarás, sargento «Bella-Espada»! —gritó un personaje apareciendo súbitamente en el umbral de la puerta, que acababa de abrirse violentamente.

—¡Matías Knauss! —exclamó el sargento a la vista del desconocido—. ¡Ah, ahora comprendo la puñalada que he recibido en el bosque!

—¡«Bella-Espada»...! —gritó al mismo tiempo Cocardesse—. ¡He aquí un nombre que me gusta, por todos los diablos!

—¡A mí, vosotros! —gritó el recién llegado precipitándose a la habitación seguido de los siete pseudo-cocheros, que habían arrojado sus mantos y aparecían ahora en traje de mercenario.

Apenas entrados los agresores se dividieron en dos bandos, de los cuales uno atacó al sargento y otro a Cocardesse.

—¡Rayos y centellas! —juró este último en cuanto reconoció de qué se trataba—. Nos quieren rasgar el pellejo, y yo... ¡*Petronila*, vieja amiga —añadió, desenvainando su espada—, aquí hay trabajo para ti!

Y poniéndose inmediatamente en guardia se colocó al lado del sargento, que había también sacado la espada.

La hoja del guardia francés era como una hada; parecía que tuviese diez brazos para sostenerla.

Fue verdaderamente deslumbrador, un vértigo. Un minuto transcurrió sin que la sangre hubiese corrido.

Pero de repente resonó un grito de angustia, acompañado del ruido de la caída de un cuerpo al suelo.

Uno de los mercenarios yacía con la frente atravesada.

—¡Uno! —gritó el muchacho.

—¡A él, cercadle! —gritó Matías.

Era probable que lo hubieran conseguido; pero como se había puesto de espaldas a la pared no les fue posible.

Esta nueva posición le era sin embargo desventajosa, pues para encontrar las

armas de sus enemigos y llegar a tiempo a parar tenía que describir constantemente con la suya un arco de una amplitud extrema y desplegar doble vigor.

Sin embargo era tan rápido, tan ágil, poseía tan a fondo la ciencia de la esgrima, que adivinaba, por decirlo así, los golpes, de cualquier lado que viniesen, y estaba siempre a punto de parar.

—¡Cobardes! —les gritó—. ¡No os atrevéis a asesinarme de frente!

—Se hace lo que se puede —dijo Matías con sarcasmo.

El adversario de la izquierda era el que le daba más trabajo; su defensa era forzosamente menos eficaz por este lado. Y decidió acabar en seguida con él.

Fingiendo entonces desdeñarle, como si no valiese la pena de cuidarse de él, pareció ocuparse exclusivamente en los otros dos pero en el momento en que el mercenario, queriendo sacar provecho de lo que juzgaba un momento de descuido, iba a atravesarle con su espada, el sargento dio bruscamente media vuelta y le clavó furiosamente la suya entre los dos ojos, mandándole a rodar por los suelos.

—¡Y dos! —dijo.

—¡Rayos y truenos! —aulló Cocardesse, sin abandonar su juego—. ¡«Bella-Espada» te da una lección, *Petronila*; no hay que hacer la perezosa, eh!

Knauss lanzó una nueva exclamación, dirigiendo miradas ansiosas hacia los que luchaban contra el viejo soldado para ver si podía esperar alguna ayuda de ellos.

Pero el veterano se defendía también con gran habilidad y no les daba reposo.

—¡Eh, canallas! —gritaba a los germanos—. ¿Os habéis cansado la muñeca levantando los vasos de cerveza, que la tenéis tan rígida? ¿Qué balanceo es este? ¿Os creéis ya en galeras, donde no dejaréis de ir, si *Petronila* os lo permite, desde luego?

—Desgraciadamente hablaba más que obraba, pues no había conseguido todavía desembarazarse de ninguno de sus adversarios, mientras el sargento había liquidado ya dos.

Sin embargo no debía tardar en hacer medir el suelo a uno de ellos.

Pero no fue sin embargo de su espada de lo que se valió para realizar esta hazaña.

Uno de los hombres, que había dejado caer descuidadamente su arma, se agachó precipitadamente para recogerla y adelantó sin darse cuenta la cabeza, que quedó al alcance de la pierna derecha de Cocardesse.

El espadachín tuvo entonces una inspiración.

Levantando bruscamente el pie a la altura de la cabeza del teutón le asestó en medio de ella un golpe tan formidable con su gruesa bota que el miserable, con el cráneo hendido, rodó por el suelo, aniquilado.

Esta maniobra había sido realizada con tal rapidez que los otros no habían podido preverla ni oponerse.

—¡Y va uno!, dijo a su vez.

Y añadió, echándose a reír:

—¡Pardiez! ¿Qué me dices de esta, *Petronila*? He aquí que Cocardesse ha encontrado un golpe que vale tanto como el de Nevers... ¡Vamos a ver...! ¿A quién le toca?

—¡A mí..., socorro o estoy perdido! —gritó Matías de repente.

Estaba solo delante del muchacho, cuya espada, siempre brillante salvo en la punta, acababa de atravesar el cráneo del tercer bandido.

Los mercenarios abandonaron en seguida a Cocardesse para lanzarse hacia Knauss. Era tiempo.

El granuja, poseído por el pánico, no se defendía ya más que instintivamente y llegaron a tiempo para parar el golpe que le estaba destinado.

Estupefacto y sensiblemente vejado por el poco caso que parecían hacer de él. Cocardesse se puso al lado del sargento y la lucha se reanudó furiosa entre los dos soldados y los tres germanos que quedaban.

Matías se había atrincherado prudentemente detrás de sus hombres y se limitaba a estimularlos con la voz, no atreviéndose a ponerse en línea con ellos.

Este refuerzo inesperado no asustó al sargento.

Como la primera vez se lanzó sobre los bandidos y, como la primera vez también, los rechazó con su empuje.

Desgraciadamente su espada se enredó en la guardia de una de un mercenario, y el joven hizo un esfuerzo tan brusco para soltarla que la hoja se rompió cerca del puño, no quedando más que un trozo de algunas pulgadas.

Retrocedió rugiendo al verse desarmado.

—¡Desarmado! —gritó Matías, triunfante—. ¡Es nuestro! ¡A él, muchachos! ¡A «Bella-Espada», amigos míos!

Y no teniendo ya nada que temer avanzó para tomar parte en el asesinato del muchacho.

Cocardesse quiso lanzarse ante su amigo para protegerle; pero se lo impidió un teutón, que le cerró el paso obligándole a defenderse mientras los demás atacaban a su compañero.

El sargento se vio perdido.

Sin embargo, decidido a luchar hasta el último aliento, cogió a plenas manos dos de los aceros que le amenazaban y maniobró de tal manera que formó con ellos un escudo contra el tercero, el de Knauss, que buscaba su garganta.

Tenía todavía una esperanza: que Cocardesse consiguiese desembarazarse pronto de su adversario a fin de que pudiera darle su espada, lo cual le devolvería en el acto todas las ventajas.

Pero ¿resistiría el tiempo suficiente para que esta esperanza se realizase?

Tanto más cuanto su herida, que se había inflamado durante la acción, le causaba unos dolores atroces.

¡Medio minuto..., un siglo..., transcurrió en este terrible temor!

Y el veterano seguía defendiéndose.

A pesar de su vigor Felipe sentía ahora apoderarse de él el agotamiento, y sus dedos, en los que penetraba el filo de las espadas, se aflojaban gradualmente.

Knauss, furioso de esta resistencia desesperada y temiendo que no acabase volviéndose contra él, decidió ponerle fin con uno de aquellos golpes que le eran familiares.

Apartándose del grupo se agachó lentamente, serpenteando a favor de las sombras hacia el sargento, y sacó su puñal apuntando a su flanco.

El arma tocaba ya casi su blanco y la muerte del sargento era inminente cuando un grito resonó en la sala, seguido del nombre de «¡Felipe!», pronunciado con acento de terror indecible.

Al mismo tiempo, a algunos pasos de los combatientes, al pie de la escalera que llevaba al piso superior, aparecía una muchacha que, apenas vestida, el cabello suelto, los ojos desencajados, las facciones descompuestas por el terror, señalaba, con su brazo desnudo tendido hacia el guardia francés, al miserable dispuesto a asesinarle.

Esta extraña aparición produjo tal efecto sobre los atacantes que permanecieron todos como helados en la posición que ocupaban.

Pero el sargento, recobrando el primero su presencia de espíritu y comprendiendo el ademán de la muchacha, pegó un brusco salto de lado para ponerse fuera del alcance del traidor que adivinaba.

Después, el corazón mudo a toda piedad, recogió con la rapidez del relámpago la espada de uno de los mercenarios muertos y atravesó de parte a parte al granuja, que no había tenido tiempo de levantarse.

Y animado de un nuevo ardor volvió contra sus dos últimos adversarios, a quienes no tardó en hacer sufrir la suerte de sus dos compañeros.

Le parecía que de repente sus fuerzas acababan de duplicarse.

Y cuando de nuevo dirigió los ojos hacia el sitio donde había aparecido la muchacha, en la cual había reconocido a la señorita de Chaverny, sus miradas encontraron el vacío y fue en vano que la buscó por todas partes.

Como un genio bienhechor se le había aparecido para salvarle; después, su misión cumplida, se había desvanecido como una visión.

Pasaron a la primera sala, donde no vieron a nadie.

—¡Hola, maese Picavez! —gritó el gascón—. ¿Dónde estáis, que os pagaremos lo que se debe?

—Heme aquí, señores —respondió el hostelero, que ante esta llamada y no oyendo ya ruido de lucha se había decidido a subir de la bodega, seguido de la sirvienta.

—¿Eh, estabais con las ratas? —dijo el viejo soldado—. ¡Cáspita, me alegro de

ver un tipo de vuestra especie! ¿Es vuestra cerveza lo que os hace tan valiente?

—Me debéis un escudo —se contentó con contestar maese Picavez, sin recoger la ironía del soldado.

—Aquí lo tenéis —dijo Cocardesse—. Id a esa otra sala a ver el bello regalo que os hacemos; encontraréis ocho teutones que tardarán en volver a beber vuestra cerveza... ¡Y tanto!

Y volviéndose hacia el sargento añadió.

—Y ahora en marcha, camarada; es tarde y tenemos un largo camino que recorrer antes de estar en casa.

Y ahora conozcamos qué había llevado a la señorita de Chaverny a aparecer inopinadamente en la escena del drama.

Si el sueño no había lardado en cerrar los párpados del marqués y de la marquesa de Chaverny, no le había ocurrido lo mismo a la muchacha.

Desde su encuentro con el sargento su imagen había quedado profundamente grabada en su corazón.

Veía sin cesar la viril belleza de su rostro, del que se complacía en recordar los menores detalles, y se sentía atraída hacia él como por un fluido, un magnetismo que se apoderaba poco a poco de todo su ser.

El nombre de «Felipe» volvía además a su memoria y dejaba que sus labios lo susurrasen para mejor captar su sonoridad, que le parecía de una dulzura infinita.

Este nombre, por otra parte, le recordaba el de un pobre niño que había conocido siendo muy pequeña: el hijo de la condesa Aurora de Lagardère.

Dos años antes, se estremecía todavía al pensarlo, había vuelto a ver a aquel chiquillo, pero en un ataúd.

Y, sin saber por qué, con el nombre de Felipe su corazón confundía dos seres: el pequeño desaparecido y el joven sargento.

Hubiera, pues, pasado a gusto la noche soñando con este nombre si el ruido de espadas chocando violentamente no hubiese venido a herir su oído.

Aterrada, había escuchado, y presa de una inquietud de la cual no se explicaba la causa se levantó, envolvióse precipitadamente en una bata y saliendo de la habitación se dirigió cautelosamente hacia el sitio de donde procedía el ruido. Una fuerza irresistible la empujaba. Después de haber recorrido un largo corredor que daba toda la vuelta a la hostería llegó a una escalera, la bajó y cayó, por decirlo así, en medio de los combatientes.

Su llegada coincidió con el momento en que Matías Knauss se disponía a apuñalar al sargento por la espalda.

Entonces, viendo la inminencia del peligro que amenazaba a aquel a quien amaba ya, y no sabiendo cómo ayudarle, no encontró más que una palabra para prevenirle: su nombre. Pero, consciente en el acto de lo extraño de su conducta, huyó

precipitadamente y regresó a su cama, en la que se había refugiado.

El marqués y la marquesa que ocupaban una habitación contigua a la suya, habían seguido durmiendo con un sueño apacible, sin tener la menor sospecha de la fuga nocturna de su hija.



III

El hijo de la tormenta

Al salir de la hostería Cocardesse y el sargento tomaron el camino del campamento.

La atmósfera había vuelto a ponerse límpida y numerosas estrellas brillaban en el firmamento.

—Pequeño —dijo el veterano—, déjame que te felicite por la manera cómo has ajustado las cuentas a todos aquellos cabezas cuadradas. ¡Pardiez! Era una maravilla verte cortar el pellejo, y me recordabas enteramente a mi pequeño parisiense de Lagardère..., ¿sabes?, aquel con quien estábamos en otro tiempo Passepoil y yo.

—Sí, ya sé; pero vuestra comparación me parece exagerada. Por lo que me ha contado Amable, este Lagardère era extraordinario; parece que nadie podía resistirle y se desembarazaba en un instante de todos los que se aventuraban a atacarle.

—¡Eh! Me parece que todos esos canallas no han tenido mucho tiempo para reírse antes de ser muertos; con seguridad no lo hubiera hecho él mejor. Una vez más te felicito. Y tocando su espada añadió:

—En adelante, *Petronila*, hija mía, tienes un modelo más en que inspirarte, porque «Bella-Espada» vale Lagardère, ¡cáspita!

—Bien, sea —respondió el muchacho, riéndose—: soy un segundo Lagardère..., puesto que tenéis empeño... Pero, dicho esto, ¿queréis que os cuente mi historia, de la que no había podido deciros más que dos palabras cuando hemos sido villanamente atacados?

—Iba a pedírtelo; la encontraré más interesante ahora.

—Entonces escuchad; esto os explicará la puñalada que he recibido en el bosque y el atentado de estos bandidos, que es la continuación natural.

Como en el relato que seguirá el joven sargento pasó por alto varias veces detalles que decían demasiado en su favor para que en su modestia osase hablar de ellos, vamos a sustituirle a fin de no pasar nada en silencio.

Por muy lejos que Felipe retrocediese en sus recuerdos —es decir: en sus recuerdos precisos: más adelante veremos por qué está hecha esta restricción—, se veía en una pobre cabaña cerca del mar, última vivienda de un pequeño poblado que más tarde supo se llamaba Saint-Valery-en-Caux, en la costa normanda.

Esta cabaña pertenecía a un viejo matrimonio de pescadores a quienes llamaban el padre y la madre Moutier.

Felipe tenía poco más de tres años.

Los dos ancianos, a quienes él llamaba papá Juan y mamá Magdalena, eran personas excelentes y le demostraban tan gran interés que durante mucho tiempo creyó que eran sus padres.

Tenía por compañera una chiquilla más o menos de su edad, nieta de aquella buena gente, y que era la hijita de su difunto hijo.

Llevaba por nombre Marina.

La pobre chiquilla, habiendo perdido a sus padres, fue recogida por los viejos, que hacían cuanto podían por reemplazar a los que le faltaban.

Hasta la edad de diez años los dos chiquillos vivieron felices, sin la sombra de una preocupación.

Pero, poco después de cumplir los diez años, una conversación que Felipe sorprendió sin querer entre papá y mamá Moutier y la revelación que con ella tuvo de hechos que le concernían turbó profundamente su tranquilidad y le abrió horizontes que hasta entonces no había sospechado. He aquí cómo ocurrió:

Una tarde de diciembre, sabiendo que causaría placer a sus padres, el pequeño les anunció que iba a recoger algunas docenas de ostras a un banco que se encontraba a una legua y media de la cabaña, y que por consiguiente no regresaría hasta el anochecer.

Los buenos viejos le dieron gracias por su atención, diciéndole que aprovecharían su ausencia para ir al pueblo con Marina a vender el pescado producto de su última pesca.

Cuando Felipe volvió a la cabaña los Moutier no habían regresado todavía.

No sabiendo qué hacer para esperarlos el muchacho fue a instalarse en una vieja barca encallada en la playa; medio podrida, esta barca servía al viejo Moutier para guardar sus aparejos de pesca y otros objetos que hubieran estorbado en la cabaña.

Una vez se hubo echado de cara al cielo, Felipe empezó, para matar el tiempo, a contemplar el desfile de las nubes por el cielo.

Pero como este entretenimiento no era de los más divertidos, sus párpados no tardaron en cerrarse y pronto se quedó profundamente dormido.

Este viaje al país del sueño duró bastante y se hubiera seguramente prolongado todavía si un ruido de voces que llegó hasta los oídos de Felipe no le hubiese arrancado a su sopor.

Abrió los ojos y se dio cuenta con sorpresa de que la noche había cerrado completamente.

Las voces parecían brotar del mismo sitio donde estaba y no tuvo dificultad ninguna en identificarlas como las del pescador y su mujer.

La madre Moutier decía precisamente:

—Es muy extraño que no haya regresado todavía.

—Sí, realmente es extraño —respondió el padre Moutier—, y me pregunto cuál puede ser la causa de su retraso. Con tal que no haya cometido ninguna imprudencia...

—Me haces temblar, Juan; sin embargo este banco no es peligroso.

—No, es verdad; por lo menos para las personas mayores. Pero ya sabes: ¡los chiquillos son tan imprudentes...!

Se callaron.

Felipe se disponía a salir de su escondrijo y calmar la inquietud de la buena gente cuando, al continuar mamá Moutier la conversación, una curiosidad inexplicable indujo al muchacho a seguir escuchando.

Para oír mejor se incorporó ligeramente, de forma que su cabeza rebasase la borda, lo cual le permitió ver a los dos viejos apoyados de espaldas a la embarcación.

Comprendió que se habían instalado allá para esperar su regreso, amparándose al mismo tiempo del viento de la noche, que comenzaba a soplar.

—¡Pobre muchacho! —decía la madre Moutier—. Sería lástima que le hubiese ocurrido algo, después del terrible peligro a que escapó hace siete años...

—¡Oh, sí! Sería una verdadera lástima, porque aunque no sea hijo nuestro le queremos como si en realidad lo fuese —respondió el buen hombre.

—Desde luego no le querría yo más si fuese hermano de Marina. ¡Y pensar que no sabemos nada de él...!

—Y que seguramente no lo sabremos nunca. El inglés no nos dijo más que su nombre de Felipe...

El muchacho quedó tan profundamente turbado por estas palabras que hizo un movimiento involuntario que delató su presencia.

—¿Cómo, estabas aquí? —exclamó el padre Moutier al verle—. ¡Y yo que estaba tan inquieto! Después, presa de una idea, preguntó: —Entonces ¿nos has oído?

Demasiado emocionado para poder hablar, el chiquillo hizo un signo afirmativo con la cabeza. Los dos viejos se consultaron con la mirada, perplejos.

—Bien —acabó diciendo el anciano—: puesto que sin querer has sorprendido un secreto que deseábamos ignorases todavía, vas a saberlo todo. De todos modos debías conocerlo un día u otro... Vamos adentro.

Una vez hubieron entrado todos en la cabaña, y después de haberse cerciorado de que Marina dormía, el viejo Moutier empezó.

—Ahora ya sabes, pues, Felipe, que no somos tus padres, sino que eres únicamente nuestro hijo adoptivo.

—¡Oh, qué desgracia! —exclamó el muchacho, con el rostro cubierto de lágrimas abrazando a los Ancianos, porque los quería como si fuesen sus padres.

—Una desgracia para nosotros; para ti es quizás una suerte. En seguida comprenderás por qué digo esto. Escúchame, pues, a fin de que lo que voy a decirte quede grabado en tu memoria y pueda servirte más tarde para buscar a tus verdaderos padres.

»Hace unos siete años aproximadamente, una noche de noviembre, se levantó en nuestras costas una tormenta espantosa. El mar desencadenado lanzaba sus olas a una

altura prodigiosa, azotando los acantilados con tal violencia que parecía quererlos derribar.

»Desde hacía muchos años no se había asistido a un tal desencadenamiento de los elementos. Felizmente la tormenta había sido prevista y ninguno de los pescadores de Saint-Valery-en-Caux se hallaba en el mar cuando estalló.

»En realidad todos estábamos tranquilos en el pueblo y, como no temíamos por nadie, cada cual se había retirado a su casa, saboreando al lado del fuego el placer de saberse al abrigo y en completa seguridad.

»Magdalena y yo habíamos hecho como todo el mundo.

»Pero nuestra cabaña estaba más cerca del mar que las de los demás pescadores: la espuma de las olas venía a lamer el techo con un crepitar de granizo; los rugidos del océano enfurecido llegaban a nosotros más distintamente y nos producían sobresaltos de terror a pesar de la certidumbre de no correr ningún riesgo.

»Hacia ya dos horas que duraba la tormenta cuando de repente nos pareció oír gritos, llamadas desesperadas. Al principio creímos equivocarnos. ¿Quién hubiera sido suficientemente osado para desafiar la tempestad? Sabíamos que no podía ser nadie de los nuestros. Por otra parte, no teniendo puerto Saint-Valery, era imposible suponer que alguna embarcación quisiera refugiarse en él.

»Mientras mi mujer y yo nos mirábamos ansiosos resonaron nuevos gritos, y esta vez tan penetrantes que no pudimos dudar ya de que alguno o algunos de nuestros semejantes se hallaban en peligro.

»Entonces, sin vacilar, salí y escruté el mar hasta donde mi vista podía permitírmelo.

Magdalena me había seguido y se apretaba contra mí, porque el viento soplaba con tal violencia que aun ayudándonos mutuamente nos era difícil sostenernos en pie.

»—¿Ves algo, Juan? —me preguntó.

»—No, absolutamente nada —le respondí—. En vano miro por todas partes: no puedo distinguir nada.

»Esto no tenía nada de particular, porque la noche era negra como la tinta y el mar hubiera podido arrancar los faroles de un navío, si era de una embarcación de dónde venían los gritos.

»Por otra parte, los gritos habían cesado.

»—Los desgraciados han sido tragados por el mar —dijo Magdalena—; mañana encontraremos sus cadáveres en la playa. ¡Pobre gente...! Ven: volvamos dentro —añadió—; corremos el riesgo de ser arrebatados por las olas...

»Acababa apenas de pronunciar esta última palabra cuando una ola enorme, alta como una casa, llegó hasta nosotros con una velocidad vertiginosa y antes que hubiésemos podido huir nos envolvió y nos derribó con tal violencia que quedamos medio aturdidos y sofocados. Al mismo tiempo un horrible crujido se dejaba oír a

corta distancia.

»Una vez hubimos conseguido levantarnos miramos hacia el lugar donde se había producido el crujido y vimos, con gran estupefacción, una barca acostada sobre el flanco y medio destrozada por el choque que acababa de sufrir contra los guijarros de la orilla.

»Corrimos a ella y encontramos entre sus restos un hombre con un chiquillo en brazos, apretado contra su pecho.

»Los dos se habían desvanecido.

»Después de muchos esfuerzos conseguimos sacarlos de la barca y transportarlos hasta nuestra habitación.

»Magdalena se ocupó inmediatamente del chiquillo y yo prodigué mis cuidados al hombre.

»Fue el pequeño quien primero volvió a la vida.

»En cuanto sus ojos se abrieron buscó instintivamente un refugio en los brazos de mi mujer y se apelotonó en ellos con gemidos de terror.

»Por un azar que frisaba el milagro no tenía más que muy leves contusiones y en el acto nos tranquilizamos acerca de su suerte.

»El hombre, en cambio, estaba cubierto de horribles heridas producidas por las cuadernas de la embarcación al quebrarse.

»Tenía la cabeza ensangrentada y el pecho abierto por varios sitios, debido a las astillas de madera que se habían clavado en él.

»En el acto vi que para él no existía la menor esperanza. Lo cual no me impidió, como puedes imaginar, prodigarle todos los cuidados posibles.

»Solo al cabo de dos horas recobró el conocimiento.

»—¿El boy..., dónde está el boy? —preguntó en cuanto pudo hablar, con un fuerte acento de más allá de la Mancha.

»—Está aquí, a vuestro lado —le respondí, comprendiendo que quería hablar del chiquillo—. Tampoco vos corréis ningún peligro —añadí, esperando ocultarle su estado.

»—¡Ah, vive...! Gracias... —dijo—. Ahora ya puedo morir.

No, no moriréis —respondí yo—. Os curaremos y vuestras heridas sanarán.

»—Sí, sí, voy a morir..., lo siento; pero antes debéis saber el nombre del boy... Se llama Felipe..., Felipe...

»Repitió dos veces este nombre, pareciendo buscar otro en su memoria.

»—¿Felipe... qué? —dije yo, tratando de ayudarle. Finalmente comprendiendo que no llegaría a recordarlo se llevó la mano a su jubón y dijo:

»—Aquí..., aquí..., papeles... para el boy...

»—Bien, bien —dije yo—: si tenéis papeles del muchacho seguramente encontraremos su nombre de familia.

»Esta seguridad pareció tranquilizarle y a partir de entonces guardó silencio.

»Con intención de aliviarle traté de arrancar algunas de las astillas clavadas en sus heridas. Al principio pude conseguirlo bastante bien y observé con alegría que a cada astilla que le quitaba una expresión de bienestar se pintaba en sus facciones. Pero al agarrar una y tirar para arrancarla vi súbitamente al desgraciado incorporarse, llevarse vivamente las dos manos a la garganta y desplómame de nuevo pesadamente.

»Una vez hubimos dominado, Magdalena y yo, la emoción que nos causó la muerte del pobre hombre buscamos en sus ropas los papeles que nos había dicho debían encontrarse. Pero en vano exploramos todos sus bolsillos: en ninguno de ellos se encontraban, como tampoco en los forros, que registramos también por precaución.

»Suponiendo entonces que podían haber caído en la barca sacudida por la tempestad, decidimos orientar nuestras pesquisas en esa dirección en cuanto fuese de día.

»Lo cual hicimos, en efecto, a primera hora; pero, a pesar de la minuciosidad con que registramos la embarcación, no conseguimos encontrar absolutamente nada.

»Por la mañana fui a hacer una declaración a las autoridades de Saint-Valery, contando exactamente los acontecimientos sucedidos por la noche.

»Vinieron a nuestra cabaña, se hicieron nuevas pesquisas sin más éxito que las nuestras, y trataron incluso de sacar algunas aclaraciones del chiquillo. Todo fue inútil y el misterio que flotaba sobre este sombrío drama no fue nunca aclarado.

»El desconocido fue, pues, enterrado bajo la denominación de «desconocido». En cuanto al pequeño, como manifesté mi deseo de quedarme con él, me lo dejaron.

»Y he aquí cómo, mi querido Felipe, estás con nosotros desde hace siete años. Porque habrás adivinado, no lo dudo, que eres tú el hijo de la tempestad.

»No sabemos por tanto quién eres, y no lo sabremos probablemente nunca, pues el inglés murió sin haber podido hablar.

»Si tu instrucción ha sido más cuidada que la de Marina lo debes al buen cura de Saint-Valery, quien, reconociendo en ti un ser de estirpe menos grosera que la nuestra, se instituyó autoritariamente tu profesor.

»Y ahora, si quieres ver la barca en que abordaste aquí, es aquella que he compuesto como he podido; no sirve de nada si no es, como sabes, para guardar mis redes y mis aparejos de pesca.

IV

En casa de Passepoil

A partir de la noche de la revelación la vida de Felipe no fue la misma y consideró todas las cosas desde una nueva luz.

No nos atreveríamos a decir que el orgullo halló sitio en su corazón; sin embargo, algunas veces le parecía que no había nacido para el oficio de pescador.

No por esto dejaba de sentir el mismo afecto por papá y mamá Moutier; pero no era el mismo de antes: había cambiado de objetivo.

No pudiendo amarlos como los autores de sus días, los amaba por la ternura y los cuidados que siempre le habían prodigado, y la buena gente no tuvo motivos para advertir el cambio.

El tiempo pasó.

Desde que conocía la historia de la barca, Felipe gustaba con frecuencia de pasar en ella un par de horas, soñando en los acontecimientos que le había narrado el viejo pescador.

Una mañana que estaba allí arreglando unas redes la lanzadera se le escapó de las manos, e impelida con más fuerza aún con el movimiento que hizo para cogerla en el aire fue a insertarse bastante profundamente en una pequeña rendija formada entre la quilla y una cuaderna. Intentó sacarla; pero se había clavado con tal fuerza que comprendió que solo la sacaría ensanchando la abertura.

Arrose entonces de un trozo de madera a guisa de cuña y lo hundió, utilizando como martillo un grueso guijarro.

La operación resultó eficaz y el joven obrero pudo recobrar su lanzadera, que cayó por la parte inferior de la abertura.

Pero no cayó sola; con ella lo hizo un trozo de papel doblado en cuatro.

Maquinalmente el chiquillo lo recogió y lo abrió. Salvo una firma puesta al pie de la página, pero tan borrada por el agua del mar o del cielo que era imposible distinguir nada, el papel estaba enteramente limpio de toda escritura.

Recordando entonces los papeles de que había hablado antes de morir el inglés, su compañero de naufragio, y que las minuciosas investigaciones realizadas no consiguieron hallar, ni encima de él ni en la barca, Felipe corrió a comunicar al padre Moutier su hallazgo, así como el lugar donde lo había encontrado. El viejo pescador dio vueltas y más vueltas a la hoja de papel, la examinó con gran atención, y no encontrando en ella más que la firma ilegible en cuestión la devolvió al muchacho diciéndole que se trataba sin duda de un trozo de papel sin importancia arrastrado por el viento, y que podía tirarlo o romperlo si quería, sin el menor inconveniente.

Pero Felipe lo cogió y fue a esconderlo entre sus ropas, sin decirle nada, al padre Moutier por temor a que se burlase de él.

Cinco años después murieron Juan y Magdalena, casi uno después del otro, dejando a Felipe y a Marina enteramente solos en el mundo.

El dolor de los dos chiquillos fue inmenso y durante varios días permanecieron en un estado de postración que frisaba el aniquilamiento.

Finalmente fue Felipe el primero en reaccionar y pensó en lo que podrían hacer en adelante. Lo consultó con Marina.

La pobre pequeña, no teniendo la menor idea, quiso fiarse de su compañero para organizar su futura existencia. Era una pesada tarea la que le encomendaba con ello. Sin embargo, contando con su buena estrella y su fuerza, y comprendiendo que le debía en lo sucesivo ayuda y protección, Felipe aceptó.

—Y bien, hermanita mía —le dijo después de haber reflexionado maduramente—: ¿sabes lo que creo que nos conviene más, ahora que nada nos retiene en este país?

—No; dímelo —le rogó ella.

—Ir a buscar una posición en Paris.

—¡En París...!

Y con una elocuencia arrebatadora Felipe hizo valer razones tan decisivas para demostrar la necesidad en que se encontraban de ir a la gran villa que la muchacha consintió sin más resistencia.

Entonces cedieron a un pescador vecino, por la suma de cien escudos, la cabaña y todos los accesorios de pesca del viejo Moutier, no guardando de ellos más que algunos objetos como recuerdo, y una buena mañana tomaron la diligencia, que tres días después los depositaba en uno de los suburbios de la capital.

Sin tener ninguna preferencia ni haber tomado ninguna determinación, y no sabiendo adonde dirigir sus pasos, los dos muchachos echaron a andar sin rumbo, dejando al azar el cuidado de dirigirlos adonde mejor le pareciese.

Hacía dos horas que deambulaban de calle en calle y de plaza en plaza, la nariz al viento y los ojos deslumbrados por todos los esplendores que se les aparecían, cuando llegaron a orillas del Sena, donde su atención fue atraída en el acto por una docena de chiquillos que, en el borde mismo del agua, rodeaban a otro, desnudándole a pesar de la feroz resistencia que les oponía.

Ignorando de qué se trataba Felipe no quiso al principio meterse en el asunto, pese a encontrar cobarde que se juntasen tantos contra uno.

Pero viendo a los granujas empujar a su víctima hacia el agua, con la visible intención de arrojarle a ella, se sintió indignado.

Hizo seña a Marina de que le esperase y avanzó hacia los atormentadores para impedir aquel acto de crueldad.

—Veamos —dijo, tratando de interponerse—: ¿qué ha hecho este muchacho para que le impongáis tal tratamiento?

—Nos ha robado —respondió uno de los muchachos—. Jugábamos a cara o cruz

y se las arregla para que la moneda caiga siempre a favor suyo.

—¿Y por esto queréis ahogarle? —preguntó al recién llegado, con indignación.

—¿Ahogarle? ¡Oh no; sabe nadar! Pero va a beber un buen trago; esto le enseñará...

Esta manera de enseñarle pareció un poco exagerada a Felipe, que prosiguió:

—Vuestra venganza es excesiva para la falta que ha cometido y no quiero que la ejecutéis. Le habéis infligido un castigo humillante; dejadle tranquilo ya.

—Oye: ¿y tú en que te metes, chiquillo? —le preguntó con insolencia uno de los granujas, que parecía ser el jefe de banda—. Nosotros hacemos lo que nos place y a ti no te importa. Sigue, pues, tu camino si no quieres que hagamos lo mismo contigo, y también con la muchacha que has dejado allá arriba.

Ante este apostrofe grosero la cólera se apoderó de Felipe, e iba a responder con una vigorosa patada cuando oyó un grito de angustia y el ruido de un cuerpo que cae al agua.

Era el joven trampista, a quien sus verdugos acababan de arrojar al río.

Si sabía nadar, nadaba muy mal, porque por la forma desesperada en que el infeliz se defendía no cabía la menor duda del peligro que corría.

Abandonando entonces a su antagonista el compañero de Marina se lanzó sin vacilar al agua.

Era ya tiempo: la cabeza del chiquillo que tomaba de esta forma un baño forzoso desaparecía por momentos y comenzaba ya la asfixia.

Felipe le agarró por los cabellos, que llevaba largos, y le remolcó hacia una gabarra amarrada en el muelle, ya que la orilla era demasiado cortada a pico para poderla subir con él a cuestras.

Al llegar a la embarcación el joven salvador tuvo todos los trabajos del mundo para hacer subir a la pobre víctima, que ya casi no se valía. Sin embargo lo consiguió, y después de algunos cuidados tuvo la satisfacción de verle volver en sí.

Sus muestras de agradecimiento duraron cinco buenos minutos, pese a todo lo que Felipe hizo por abreviarlas.

Cuando finalmente terminaron fue a buscar las ropas del desgraciado, a quien solo habían dejado la camisa.

Los granujas comprendiendo que habían estado a punto de cometer un crimen, no esperaron el final del salvamento para huir.

En cuanto vio al muchacho ya vestido Felipe le estrechó la mano y quiso proseguir su camino. Pero el otro no lo consintió.

—Estás completamente empapado y no puedes quedarte así —le dijo—. Ven a casa de mi padre; te procurará otras ropas mientras las tuyas se secan.

El hecho es que el muchacho parecía más un tritón que un ser humano y en aquel estado le era imposible proseguir su paseo a través de París.

Sin embargo, como no podía abandonar a su joven amiga ni siquiera una hora, se excusó cortésmente, y confesando el motivo de su negativa mostró a Marina, que se encontraba a unos treinta pasos de allá.

—¡Qué venga con nosotros, pardiez! —exclamó el muchacho.

—Pero esto disgustará quizás a tu padre —dijo Felipe, que temía mostrarse demasiado osado.

—¡En absoluto! ¡Venid los dos, vamos...!

Esta insistencia convenció a Felipe, que seguido de Marina acompañó a su agradecido amigo al domicilio de su padre.

Este, al enterarse de qué mal paso el muchacho había sacado a su hijo, le dio también calurosamente las gracias y le preguntó en qué forma podría corresponderle.

—Vuestro agradecimiento es una recompensa suficiente y no deseo nada más —respondió el hijo adoptivo de Moutier.

Esta respuesta pareció gustar a aquel a quien iba dirigida.

—Mi joven amigo —dijo el dueño de la casa examinando el rostro de Felipe con una atención tan profunda que se hubiera creído que no lo veía por primera vez—, mi hijo me dice que esta muchacha y tú venís a París en busca de fortuna. Veamos: acércate a la chimenea y mientras se secan tus ropas cuéntame vuestra historia.

Felipe no se hizo rogar y dijo todo lo que sabía sobre él y su hermanita hasta el momento de su entrada en la capital. El dueño de la casa le escuchó sin interrumpirle, sin dejar de observarle con una insistencia en cierto modo extraña.

«Es singular —se dijo cuándo el narrador hubo terminado—. Ni familia, ni país, ni nombre... ¡Y este rostro no me es del todo extraño, sin embargo!».

Se recogió como para escrutar su memoria, pero no pudiendo fijar aquel parecido que le impresionaba se decidió a decir, en voz alta:

—Pues bien, muchacho: si quieres puedes quedarte en mi casa, donde podrás hacerte una posición. Me llamo Amable Passepoil y soy maestro de armas. En un año, a menos que seas de una incapacidad notoria, respondo de hacer de ti una hoja muy pasadera, y más tarde, sin duda, un profesor. Entonces, cuando estés en condiciones de abrir una academia, tu suerte estará asegurada, porque nuestro oficio es bastante remunerador y no estarás nunca sin trabajo.

Ninguna proposición podía seducir tanto a Felipe como aquella. Sin embargo, como no era egoísta, sus primeras palabras fueron:

—¿Y Marina? ¿Qué va a ser de ella sin mí?

—¿Qué sabe hacer esta pequeña?

—Sabe coser muy bien y es muy hábil en los trabajos de costura.

—En este caso no se separará de ti. Mi mujer necesita precisamente una costurera para poner en orden y remendar las ropas y la tomará a su servicio.

Durante algunos días el maestro de esgrima siguió examinando a su discípulo con

la insistencia particular de su primer encuentro en París. Después, cansado sin duda de no encontrar lo que buscaba, abandonó la lucha y dejó dormitar su rebelde recuerdo.

Fue su hijo Bonifacio, ya buen profesor, quien dio las primeras lecciones a su nuevo amigo.

Felipe tenía al parecer grandes disposiciones para la esgrima, porque al cabo de pocos meses el joven Passepoil no tenía ya nada que enseñarle y sus progresos continuaron tan rápidamente que antes de fin de año, sobrepasando a su profesor, había llegado a hacer frente a tiradores que llevaban tres e incluso cuatro años de sala.

Cierto es que de la mañana a la noche no cesaba de tener la espada en la mano, trabajando incansable y sin ceder ante ninguna dificultad.

Passepoil, maravillado por sus aptitudes y viendo que podía en realidad hacer de él un profesor, le reveló entonces las astucias, las fintas más secretas de su arte, que el muchacho no podía ni tan solo sospechar.

Así fue como le enseñó, entre otros golpes hábiles, aquel terrible golpe de Nevers del que hemos visto darle una prueba a Cocardesse.

Así fue como su nombre corrió rápidamente por París y buen número de espadachines consumados vinieron a retarle, resistiéndose a creer que un chiquillo de dieciséis años fuese capaz de luchar contra ellos.

Pero los triunfos sucesivos conquistados por él sobre los campeones que se presentaron probaron a todos que la fama que le rodeaba no era una exageración.

Así, a partir de aquella época se le dio el nombre de «Bella-Espada», que desde entonces sirvió para designarle mucho más que su nombre verdadero.

La sala de Amable Passepoil tenía como clientela a un buen número de militares que acudían para mantener la mano en forma.

A fuerza de oírles contar batallas, asedios y ataques a los que habían asistido, entró poco a poco en Felipe la idea de hacerse soldado.

Expuso su idea a Passepoil, que al principio trató de disuadirle, convencido como estaba de que su presencia daba renombre a la sala; pero viendo que no conseguiría nada dejó de oponerse e incluso le felicitó por su deseo de servir al país.

No sabiendo exactamente en qué cuerpo alistarse, el muchacho le rogó que le indicase el que creyera más conveniente para él.

Passepoil designó en seguida los guardias franceses, donde, según se afirmaba, se hacía carrera más aprisa que en otros cuerpos.

Felipe se decidió, pues, por este cuerpo. Un regimiento del mismo se encontraba precisamente en París, y su coronel era un antiguo discípulo del maestro normando.

Este fue a ver a su amigo y le recomendó tan calurosamente a Felipe que el oficial le tomó en el acto.

«Bella-Espada» no había querido decir nada a Marina antes que todo estuviese arreglado.

Cuando supo su decisión la pobre pequeña se sintió profundamente afligida y vertió abundantes lágrimas. Pero el muchacho no estaba ya inquieto por ella, pues la señora Passepoil se mostraba cada día más satisfecha de sus servicios y la consideraba más como una amiga que como una costurera.

Pero al alistarse Felipe no había causado pena únicamente a Marina, sino que lastimó también otra amistad.

Haría unos quince días que se había alistado cuando cierta mañana se encontró en el cuartel con Bonifacio, vestido también con el uniforme de los guardias.

—¡Eh, hola, qué haces aquí! —le preguntó, asombrado.

—¿Qué haces tú, pregunto yo, Felipe?

—Veamos: explícame este misterio, porque no lo entiendo. Jamás me habías hablado de tu afición a la carrera de las armas.

—No me he alistado por afición.

—Entonces todavía lo entiendo menos.

—Verás —dijo Bonifacio—. Al día siguiente de tu marcha de casa me sentí triste, solo; me faltaba algo y te buscaba maquinalmente por todas partes.

Esta muestra de afecto que le daba el muchacho conmovió profundamente a Felipe y a partir de entonces los dos amigos fueron inseparables.

Un mes después el regimiento al que pertenecían recibió orden de reunirse con el mariscal de Saxe, que guerreaba por Bohemia y pedía que se le mandasen tropas frescas.

Era, pues, necesario ponerse en campaña lo antes posible; es decir, antes que la semana hubiese transcurrido.

Dos días antes del fijado para la marcha los dos amigos fueron a hacer una última visita a su casa.

Felipe esperaba por parte de Marina una escena de lágrimas peor todavía que la primera; pero fue heroica y solo la palidez de su rastra y una ligera alteración de la voz delataron su pena.

Se limitó a recordarle su promesa de hacerle llegar noticias frecuentes, cosa que él le aseguró formalmente por segunda vez. Una vez se hubieron despedido, Felipe y Bonifacio regresaban al cuartel cuando al pasar por delante de Notre-Dame se cruzaron con un anciano alto, de barba blanca, ricamente vestido, que al ver al compañero de Bonifacio tuvo un sobresalto y permaneció un momento inmóvil, como si hubiese quedado clavado en su sitio por la estupefacción.

Sorprendido por aquella extraña actitud, que no sabía a qué atribuir, Felipe miró al anciano interrogativamente, como para invitarle a decir qué era lo que en él podía llamar su atención.

Pero reemprendiendo casi inmediatamente la marcha el hombre prosiguió tranquilamente su camino, sin ocuparse más de los dos amigos.

Creyendo que había sido engañado por un parecido, estos no trataron de saber nada más y continuaron su ruta.

V

Sobre una torre

El mariscal había decidido tomar Praga, que, como capital de la Bohemia, le aseguraba la sumisión de varias otras villas importantes.

Solo esperaba para iniciar las operaciones que el refuerzo de tropas pedido se uniese a él. Estas tropas llegaban todos los días y en una semana su ejército había aumentado en un buen tercio.

El 23 de noviembre de 1742 su efectivo estaba completo y el ejército de invasión marchó sobre Praga, que no se hallaba más que a una docena de leguas.

Al llegar al pie de sus murallas, la noche del 26, los guardias franceses recibieron inmediatamente la orden de tomar sus medidas para atacar.

El regimiento al que pertenecían nuestros dos jóvenes amigos estaba mandado por el coronel Chevert, famoso por su valentía y su audacia; reputación que se acrecentó en esta ocasión, pues el éxito de la empresa se debió en gran parte a él y a Felipe.

La guarnición de la capital se componía de tres mil quinientos hombres perfectamente armados y abundantemente provistos de municiones. Era, pues, de presumir que la batalla sería ardua y la victoria calurosamente disputada por los asediados.

Así el mariscal, que al principio tenía la intención de atacar al enemigo de frente, decidió disminuir sus pérdidas cuanto fuese posible y usar de una estratagema que ya en un caso semejante tuvo feliz resultado.

Simuló un furioso ataque sobre un punto de la villa, acompañado de gran estruendo de artillería, y mientras toda la guarnición se desplazaba hacia aquel sitio para hacer frente a los atacantes hizo poner escaleras en el lugar opuesto, dando la orden de asalto.

El regimiento de Chevert estaba en línea de ataque.

En cuanto fue dada la orden, el coronel y Felipe treparon por la primera escalera.

Chevert acababa apenas de poner el pie en el baluarte cuando un centinela aislado le lanzó un bayonetazo en pleno cuerpo; pero la bayoneta se levantó antes de haber alcanzado su objetivo y el soldado austríaco, la garganta atravesada por la espada de Felipe, cayó pesadamente sin lanzar un grito.

—Gracias, sargento —dijo sencillamente el coronel Chevert—; era necesario que este hombre no pudiese dar la alerta.

Felipe acababa de ganar su primer grado en el campo de batalla, y en breve, habiéndole seguido al ejército su reputación de esgrimista, debía ser conocido por todos como el sargento «Bella-Espada».

Las tropas siguieron el ejemplo dado por el coronel de los guardias franceses y en menos de una hora más de cinco mil hombres ocupaban la plaza.

Sorprendido de improviso el enemigo no había tenido tiempo de ponerse a la defensiva y se vio obligado a rendir las armas antes de poder combatir.

Por la mañana los habitantes se sorprendieron al ver la villa ocupada por las tropas francesas, cuya presencia no habían ni siquiera sospechado. Estas no habían perdido más que algunos hombres en un ataque simulado.

Durante los treinta o cuarenta días que las tropas del mariscal ocuparon Praga, Bonifacio fue feliz como no lo había sido nunca.

Los bohemios, cualquiera que sea la clase a que pertenecen, son jugadores como el diablo, y el valiente muchacho, que había aprendido rápidamente sus diversos juegos, hacía interminables partidas todo el día, recogiendo por este medio buen número de ducados que se metía en el fondo de sus profundos bolsillos, disimulados bajo su uniforme.

Teniendo gustos diferentes, el nuevo sargento iba casi todos los días a dar paseos por los alrededores. Un lugar le atraía especialmente: era una alta colina situada a un tiro de mosquete de los baluartes y desde lo alto de la cual se gozaba de una vista espléndida.

Esta colina estaba coronada por una vieja torre en ruinas, cubierta de musgo, que debía datar de varios siglos y que, por su aspecto arcaico, aumentaba todavía el encanto del lugar.

Pese a estar ya a fines de otoño la temperatura era sumamente benigna, y el muchacho, aficionado a soñar, había cogido la costumbre de ir todos los días a sentarse al pie de aquel antiguo monumento, donde permanecía un par de horas contemplando el magnífico panorama que se extendía a sus pies.

Allí, delante de las bellezas de la naturaleza, olvidaba por un momento el vacío de su existencia y se dejaba mecer por la esperanza de un porvenir risueño.

Una tarde en que acababa de instalarse en su sitio habitual y estaba tendido sobre la hierba, dejando errar sus miradas por la montaña, algo vino a tocarle en el hombro y en el acto rodó a sus pies una piedra del tamaño de una nuez.

Levantó inmediatamente la cabeza para ver de dónde podía venir aquel singular proyectil y vio, exactamente encima de él, una de las enormes almenas que coronaban la torre oscilar sobre su base de granito, como movida por una mano invisible, y caer súbitamente en el vacío.

No tuvo tiempo más que de pegar un salto de costado para no ser alcanzado por aquella masa, que se desplomó sobre el suelo en el preciso lugar que había ocupado.

Si su atención no hubiese sido llamada por el fragmento precursor estaba listo: en un segundo no hubiera formado más que un montón de huesos y carnes trituradas.

En el acto presintió que aquello no se debía a la casualidad, sino que se le había tendido una celada.

Hombre de resoluciones vivas y enérgicas, Felipe decidió asegurarse

inmediatamente de ello subiendo a lo alto de la torre, donde no podía dejar de descubrir la causa de la caída de la almena.

La entrada de la torre era una puerta baja, viuda desde hacía mucho tiempo de su batiente, y no ofrecía más que un agujero negro donde crecían con abundancia las hierbas y la maleza.

Penetró sin vacilar con la espada en la mano y no tardó en tropezar con los primeros peldaños de una escalera de caracol.

Hito rápidamente la ascensión, a pesar de las numerosas brechas, y desembocó en una plataforma de siete u ocho pies cuadrados que, con extrañeza, encontró desierta.

No podía admitir, en efecto, que la masa que había estado a punto de matarle se hubiese desplomado sola, y, por otra parte, le era fácil comprobar la imposibilidad material de que nadie hubiese podido huir antes de su llegada..., a menos de pertenecer a la raza simiesca.

Mientras trataba de explicarse esta anomalía vio, arrollada alrededor de una almena, una banda de tela del color de la muralla, cuya presencia en aquel lugar le pareció sospechosa. Acercándose vio que era uno de aquellos largos cinturones que forman parte del equipo de algunas compañías francas.

Esta comprobación hecha, se asomaba al exterior para ver qué significaba cuando se encontró de narices con un individuo suspendido al exterior de la torre, sujetándose con las manos al cinturón y los pies metidos en una pequeña excavación formada por una piedra ausente... El tal individuo no era otro que Matías Knauss.

Felipe se echó inmediatamente atrás para cortar el cinturón y precipitar así al granuja al suelo, donde tenía forzosamente que estrellarse.

Pero Knauss era menos pesado de lo que su corpulencia dejaba suponer y antes de darle tiempo a ejecutar su proyecto ganó nuevamente la plataforma de la torre, con una agilidad sorprendente.

—¡Ah, ah, conque creías tenerme ya cogido, eh, pequeño! —dijo, riéndose mientras se ponía en guardia—. Pero se necesita gente más lista que tú para pescar a Matías Knauss... y soy yo quien te tiene ahora..., y no te voy a hacer esperar... Algunas pulgadas de hierro en tu pellejo y habremos terminado...

Antes que hubiese acabado de hablar la espada de Felipe había encontrado la suya.

Aquel vil germano era bastante buen tirador, e ignorante sin duda de la destreza del muchacho podía creer, en efecto, que la victoria estaba en sus manos.

El guardia francés le desengañó muy pronto.

—Tiembles ahora —dijo Felipe—. No sirves más que para cometer crímenes en la sombra y al abrigo de todo peligro..., y si has consentido esta vez en servirte de tu arma es porque pensabas vencerme fácilmente..., asesinar me, mejor dicho.

No había terminado de decir estas palabras cuando vio el brazo izquierdo del

miserable estirarse bruscamente al mismo tiempo que un objeto pasaba ante sus ojos lanzando un destello. El traidor, aprovechando que las miradas de su adversario estaban concentradas en su rostro, había cogido un puñal colgado en su cinturón y acababa de lanzárselo a la cara.

Pero la hoja, mal dirigida, no hizo más que rozarle la mejilla dejando en ella solamente un ligero rasguño.

—Ya ves que te digo la verdad —exclamó el sargento, cuya cólera en lugar de redoblar parecía calmarse después de esta cobarde acción—. Tenía todavía la ingenua humanidad de quererte hacer gracia; pero acabas de firmar tu sentencia de muerte. Esta canallada será la última que habrás cometido; voy a librar a la tierra de un villano como tú y clavarte en el paladar tu lengua embustera.

Y con estas palabras arrancó con un molinete la espada de manos del teutón y la hizo volar por encima de las almenas.

Los labios de Knauss echaron un chorro de sangre y el traidor escupió sus dientes destrozados antes de desplomarse hacia atrás como una masa inerte. La espada del sargento le había entrado de lleno en la boca.

Viéndole inmóvil y sin aliento, Felipe pronunció, a guisa de oración:

—Ni tu malvado brazo ni tu vil lengua harán más daño a nadie; y tus despojos tendrán como sepultura el vientre de los cuervos, si es que no temen envenenarse.

Y abandonando la torre regresó a Praga para contar lo ocurrido a Bonifacio.

—¡Perfecto! —exclamó este al enterarse del acontecimiento—. De esta manera no tienes ya nada que temer de este malandrín. Sin embargo, como seguramente no ha obrado por cuenta propia, te aconsejo que en adelante estés más que nunca en guardia.

El joven Passepoil terminó su advertencia con estas profundas palabras:

—Los Knauss no faltan desgraciadamente para quien quiere pagarlos.

Como acabamos de darlo a entender, la intención del sargento había sido de momento abandonar el cadáver del alemán a las aves de rapiña que pululaban por el país.

Pero el día siguiente, vuelto a sentimientos más humanos, decidió enterrarle.

Habiéndose ofrecido Bonifacio a ayudarle en esta tarea, el día siguiente al amanecer los dos amigos fueron a la torre y subieron a la plataforma.

Hecho extraño que les causó un asombro sin límites: el cuerpo de Knauss había desapareado.

¿Fue recogido por sus cómplices, o bien el miserable no había muerto y consiguió huir?

A pesar de sus minuciosas investigaciones no pudieron averiguar nada.

Al llegar a este episodio de su historia, que hemos creído conveniente narrar por él, el sargento «Bella-Espada» se calló; pero viendo que los ojos de Cocardesse le

interrogaban todavía añadió.

—He terminado... Desde entonces nada enojoso me ha ocurrido y no hace todavía una hora tenía derecho a creer que los que acechaban mi vida, desalentados por el poco éxito de sus tentativas, se habían resignado a dejarme vivir, cuando la puñalada que ha puesto fin a nuestra escaramuza y la agresión de la hostería me han demostrado cuánto me equivocaba y que Knauss estaba completamente vivo.

»Ha tardado tiempo, es verdad, en darme pruebas de su existencia; pero es porque sin duda no ha podido encontrar antes de esta noche una nueva ocasión de agredirme en vista de las precauciones de que me he rodeado y la prudencia excesiva que ha guiado todas mis acciones.

»Ved, sin embargo, que un solo momento de distracción en esta vigilancia le ha bastado para sorprenderme.

»Y ahora, veterano, ya conocéis mi extraña historia, de cabo a rabo.

»Si entendéis algo en ella, os agradeceré me digáis dos palabras, porque por mi parte no entiendo nada.

Cocardesse no había interrumpido el relato de su compañero, limitándose a puntuarlo con alguna que otra exclamación en los momentos culminantes, singularmente interesado por todo lo que oía.

Cuando el muchacho llegó al momento de su encuentro con el anciano su interés redobló y a partir de aquel instante examinó minuciosamente al narrador a la escasa luz de las estrellas, para tratar a su vez de descubrir en sus facciones, de las que no se había preocupado hasta entonces, un parecido con una persona que conoció en otros tiempos.

Había igualmente observado ciertas emanaciones de voz que repetidas veces le recordaban las de otra que un día habían resonado en sus oídos.

Después de las últimas palabras del sargento quedó un momento pensativo y como reflexionando; luego dijo:

—Todo lo que me has contado me parece, como a ti, extraordinario, pichón, y verdaderamente sería incapaz de darte una explicación satisfactoria. No habría más que una manera de ver claro en todo esto, ¡diantre!, y sería saber quién es el anciano que pareció reconocerte la víspera de tu marcha, y a cuyo sueldo debe estar Knauss.

—Soy de vuestra opinión; pero ¿cómo conseguirlo?

—¿No has vuelto a verle más?

—Nunca.

—¿Recuerdas por lo menos su fisonomía, su aspecto general?

—Muy bien.

—Descríbemelo, entonces. Conozco tanta gente...

—Era un hombre alto y, por lo que pude juzgar, entre los sesenta y cinco y setenta años; el rostro flaco y muy pálido.

—¡Ah...! ¿El rostro demacrado y muy pálido?

—Con unos ojos grises verdosos muy hundidos en las órbitas y que, lo recuerdo, no tenían una mirada muy franca.

—Esto aparte... ¿nada de particular en él?

—Esperad que busque... ¡Ah! La cabeza constantemente inclinada sobre el hombro izquierdo, como si tuviese lo que se llama un nervio acortado. Algunas veces parecía querer levantarla; pero volvía sola a su primera posición.

«¡Demontres...! Es el retrato del buen señor de Peyrolles con su rostro de pícaro —se dijo Cocardesse para sí—. Y su cuerpo no fue encontrado en el cementerio de Saint-Magloire entre los de Montaubert y Taranne...».

Y en voz alta:

—¿Has dicho que iba ricamente vestido?

—Sí: traje de terciopelo negro con bordados de oro y botones de diamantes.

—¿Joyas?

—Muchas sortijas en los dedos.

—¿Sortijas de valor?

—Ciertamente. Una entre otras era un grueso solitario tallado en pirámide que llevaba en la mano derecha y cuyos fuegos me cegaban.

«¡Sangre del diablo! —juró para su fuero interno el viejo soldado—. ¡Es mi granuja, el antiguo intendente de Gonzaga...! Este diamante es el que le dio el príncipe por haber raptado a la señorita Aurora... ¡Y yo que le vi caer, la garganta atravesada por la espada del caballero...! ¿Cómo ha podido escapar? Pero entonces todo se explica y ya no me cabe la menor duda acerca de la identidad de este muchacho. Peyrolles le reconoció como... ¡Ah, si yo pudiese hablar!».

—Y bien, veterano: ¿esta descripción puede servir de algo?

«¡Ah, si yo pudiese hablar! —repitió mentalmente Cocardesse, olvidando responder al sargento—. Porque es él, no puede ser más que él, que está aquí delante de mí... Las mismas facciones, la misma voz, el mismo vigor que su padre..., y además este aire de orgullo y de bondad a la vez... Pero no puedo decir nada todavía; tengo que consultar antes al señor de Chaverny. ¡Cáspita, lo contenta que va a estar la señorita Aurora...!».

—¿Encontráis algo? —preguntó de nuevo el sargento, que imaginaba que Cocardesse estaba ocupado pasando revista a todos los rostros que conocía.

—A fe mía, no —dijo este—; no encuentro nadie a quien se ajuste el físico que acabas de describirme, y me contraría, ¡cuernos!, pues de lo contrario hubiera podido darte alguna indicación útil. De todas formas te aconsejo que no desesperes. Muchas veces las cosas se aclaran como por milagro cuando uno menos lo espera.

—No desesperaré; pero temo que transcurra bastante tiempo antes que llegue este momento —respondió el muchacho, riendo.

—¡Quién sabe! —dijo Cocardesse, en tono enigmático. Hacía ya un buen rato que los dos soldados habían llegado al campamento y seguían andando por el paseo central.

—¿Dónde estáis acantonado? —preguntó el sargento.

—Allá abajo —dijo el veterano, señalando un sitio a lo lejos.

—¡Ah...! ¿Con los veteranos?

—¿Te extraña? ¿Y tú?

—Aquí, a dos pasos, en el Tercero de los guardias franceses.

—Estamos bastante alejados uno de otro, por lo que veo.

—En efecto; sin duda por esto no nos habíamos encontrado todavía.

—Naturalmente.

—Pero ahora que conocemos nuestros campamentos respectivos espero que nos veremos a menudo —dijo Felipe—. Por otra parte, el combate que hemos sostenido juntos contra Matías Knauss y sus acólitos ha hecho de nosotros dos amigos, espero.

—¡Dos buenos amigos, incluso, cáspita, si tengo que hablar por mí!

—Hablad por mí también sin temor a equivocaros.

—Entonces ¡chócala, sargento «Bella-Espada»! ¡Jamás nadie se ha arrepentido de ser amigo de Cocardesse!

—No lo dudo —respondió el muchacho, estrechando vigorosamente la mano que le tendía el espadachín.

—Y no más tarde que mañana, después del cambio de guardia, me llegaré hasta tu tienda para charlar un rato contigo, si no tienes inconveniente.

—Al contrario: me causara un gran placer, lo mismo que a Bonifacio, a quien voy a anunciar esta misma noche vuestra venida.

—Hasta mañana, pues.

VI

El mensaje

Delante de la entrada de su tienda Felipe vio a un hombre de cierta edad cuyas ropas cubiertas de polvo demostraban que acababa de hacer un largo viaje.

—¿Sois por casualidad el sargento Felipe? —le preguntó en cuanto le vio acercarse a él.

—Sí.

—¿El amigo de una muchacha llamada Marina Moutier?

—Sí. ¿Venís de su parte?

—Traigo una carta para entregárosla.

—¿Una carta?

—Que he traído expresamente de París. Hela aquí.

Felipe cogió la misiva e invadido súbitamente de un triste presentimiento —pues aquel era un día nefasto para él— la abrió con mano temblorosa.

No contenía más que estas palabras:

«Ven pronto, Felipe... Ven pronto si quieres verme antes que muera...

MARINA».

—¡Oh Dios mío, Marina va a morir! —exclamó, palideciendo. Y con voz temblorosa añadió—: ¡Señor, señor..., vos que venís de su parte, vos que debéis conocerla..., decidme que no es verdad! ¡Por piedad, explicaos! ¡No, no es posible! ¡Marina, una chiquilla, morir! ¿Y por qué?

El sargento parecía tan desconsolado que el emisario le cogió la mano como para ayudarle a soportar su aflicción.

—Lo ignoro... Sé únicamente que se halla presa de una desesperación sin límites.

—Pero ¿las causas?

El forastero le consideró durante un momento con atención profunda y respondió:

—Las conozco todavía menos. Sin embargo, escuchadme un momento y os pondré al corriente de la situación actual de la pobre criatura.

—Hablad, señor, hablad...

—Hace cinco días regresaba yo a mi casa a una hora avanzada de la noche y al cruzar por el puente de la Cité vi, en el centro del mismo, una mujer que, el cuerpo imprudentemente inclinado sobre el pretil, parecía sondear con la mirada las profundidades del río.

»Era una muchacha, casi una criatura, y bella como un milagro.

»La luna llena caía sobre el agua, que como un espejo reflejaba la luz en el rostro

inclinado de la muchacha.

»Este rostro estaba contraído por un pensamiento obsesionante.

»Afortunadamente tengo la mirada justa y la pierna todavía sólida; cinco pasos me separaban de ella y los franqueé de un salto, teniendo la suerte de lograr agarrarla por las faldas y poder así izarla de nuevo al puente.

»Al principio la infortunada luchó en mis brazos suplicándome que la dejase morir, porque, decía, la vida era ya para ella una pesada carga.

»Sin embargo, bajo la influencia de las palabras de consuelo que le prodigué, fue tranquilizándose gradualmente y acabó prometiéndome abandonar, de momento por lo menos, sus ideas de suicidio.

»Viéndola de nuevo razonable me informé de su domicilio a fin de acompañarla.

»—¡Ay de mí! —me respondió—. No tengo ya domicilio.

»—¡Cómo! ¿No tenéis domicilio?

»—No, desde esta mañana. He huido del sitio donde estaba y por nada de este mundo quisiera volver.

»Yo le hice observar:

»—Pero, puesto que os habéis reconciliado con la existencia, no veo qué puede impedir os regresar a vuestra casa.

»—No he huido de mi casa... Estaba en casa de... de una dama y moriría de vergüenza antes que volverme a presentar ante ella.

»Me dijo esto en un tono tan firme que creí preferible no insistir más.

»—Hija mía —le dije—, no podéis sin embargo seguir así rondando por las calles... Tenéis que encontrar un alojamiento.

—Vuestra fisonomía es la de un hombre honrado, caballero... Estoy dispuesta a seguiros.

»Entonces la llevé a un modesto hotel donde me alojo yo también algunas veces y la honradez de cuya patrona me es desde hace mucho tiempo conocida.

»Este hotel está situado en la calle del Paso de la Mula.

»Le hice dar una buena habitación y después de haberla recomendado a la dueña me despedí, prometiéndole volver a verla al día siguiente.

»Volví, en efecto, durante el día: pero con doloroso asombro, en lugar de encontrarla tranquila y reposada, la vi acostada y devorada por una fiebre intensa.

»Una sirvienta estaba a la cabecera de la cama.

»Esta muchacha me llamó aparte y me dijo que aquel ataque le había cogido en seguida de mi marcha y que por la mañana había tenido un violento delirio durante el cual pronunció frases ininteligibles en las que sin embargo pudo distinguir repetidas veces el nombre de Felipe, que las terminaba todas.

»Para mí aquel nombre no significaba nada, puesto que no conocía a aquel a quien se aplicaba, a pesar de lo cual me prometí recordarlo si la ocasión se

presentaba.

»Su delirio había cesado, y aun cuando abatida por el mal conservaba una entera presencia de espíritu.

»—Señor —me dijo—, puesto que sois tan bueno conmigo, quisiera dirigiros un ruego.

»—Dirigídmelo sin temor, hija mía, y si está en mi poder satisfaceros contad completamente con mi ayuda.

»—Pues bien —continuó ella en voz baja—: os pido que, cuando yo no exista ya, anunciéis inmediatamente mi muerte a...

»Observando su vacilación en pronunciar el nombre que acudía a sus labios, y sin combatir de nuevo la lúgubre idea que la obsesionaba, le pregunté:

»—¿A quién?

»—Al sargento... Felipe... —pronunció por fin, haciendo un esfuerzo.

»—¿Al sargento Felipe? —pregunté yo—. ¿Y dónde se encuentra?

»—Lejos, muy lejos..., en el ejército..., en Flandes... Es el único amigo que me queda sobre la tierra y el único que me llorará.

»—Pues bien, señorita: no esperaré vuestra muerte para ir a ver al sargento Felipe y saldré esta noche misma para Flandes.

»Entonces le hice escribir esta carta, salí la misma noche de París y heme aquí.

»Mi misión ha terminado; ahora os corresponde a vos acabar la obra que yo he empezado.

»Y si queréis creerme, debéis partir al instante, porque no hay un momento que perder. Han podido ocurrir muchas cosas durante mi ausencia.

»Os recuerdo la dirección: calle del Paso de la Mula, hotel Roussin d'Arcadie, dirigido por la señora Gloria.

Felipe había escuchado al desconocido con las facciones crispadas por la angustia, mordiéndose de vez en cuando los labios hasta hacer saltar sangre.

—Señor —le respondió—, voy a seguir vuestro consejo y dentro de un cuarto de hora estaré en camino hacia la capital. Marina es casi mi hermana y siento por ella el mayor afecto. ¿Qué catástrofe ha venido a emponzoñar sus días? Como vos, lo ignoro totalmente. Pero si Dios permite que llegue antes que haya dejado de existir, no podrá negarse a confiármelo y quizás entonces tenga sobre ella suficiente imperio para volverle a dar el gusto de la existencia.

—Deseo con todas mis fuerzas que esta esperanza se realice, sargento Felipe.

—Una última palabra, señor. Habéis dado pruebas en esta circunstancia de una abnegación poco ordinaria hacia nosotros, que no somos más que unos desconocidos para vos. ¿Puedo saber qué os ha inducido a obrar así?

—Ya os lo he dicho... ¡Diablo! ¡Diablo! Iba olvidarlo... —exclamó el forastero—. Era para mí una buena ocasión de poder prestaros este ligero servicio y pedir os a

cambio que me presentéis a algunos de vuestros camaradas. Pero —se detuvo mientras un ligero rubor cubría tus mejillas— tenía además otra razón.

»Hace unos quince años cometí, sin quererlo y sin saberlo, una mala acción cuyas consecuencias pesan desde aquella época sobre el que fue víctima de ella.

»Cuando conocí mi falta me juré hacer todo lo posible en este mundo por repararla. Hasta la fecha ninguno de mis intentos en este sentido ha sido coronado por el éxito. En espera de ello, no encuentro mejor manera de apaciguar mi conciencia que hacer un favor a mi prójimo cada vez que se me presenta la ocasión.

Al hablar así fijaba su mirada con insistencia en el rostro del joven sargento.

—Vuestra conducta, señor, delata un corazón generoso y seréis seguramente recompensado —respondió «Bella-Espada» un poco al azar.

—Solo me falta rogaros que me digáis vuestro nombre, a fin de que quede eternamente grabado en mi memoria.

—Mi nombre es de los más humildes, sargento. Me llamo... Hélouin.

—Gracias, y hasta la vista, señor Hélouin. Tenéis en adelante en mí un amigo seguro y sincero.

—No lo dudo... ¡Ah! A propósito: ¿cómo vais a hacer el viaje? —añadió el forastero.

—Voy a pedir un caballo a uno de mis oficiales.

—¿Por qué no tomáis el mío, ese que veis atado allá abajo acabando de comer el resto de su avena?

—Debe estar muy cansado si habéis hecho el viaje de un tirón.

—¡Cansado! ¿Un animal de sangre como este? ¡Vamos...!

Estas últimas frases habían sido pronunciadas por una y otra parte solo con los labios, como sin reflexión. Evidentemente el muchacho estaba enteramente absorbido por la desastrosa noticia que acababan de darle.

En cuanto a Hélouin, ponía tal insistencia en examinar a su interlocutor que era necesario que este tuviese el espíritu muy preocupado para no advertirlo.

—Tenéis respuesta para todo —respondió Felipe—. Dejadme que os estreche la mano y dentro de un segundo estoy en la silla...

Y sin decir más montó de un salto el caballo de Hélouin, de quien había olvidado despedirse, e hincando las espuelas desapareció rápidamente en una nube de polvo.

VII

Cocardesse caballero

Después de la brusca salida de Felipe, Hélouin permaneció en su sitio con una mano en la frente y la otra sosteniendo su codo en la precisa postura que debió adoptar Arquímedes al lanzar desde el baño su famoso «¡Eureka!».

Este Hélouin parecía ser un hombre muy tranquilo; y muy bueno también: ¿el servicio que acababa de prestar a Felipe no era acaso buena prueba de ello?

Sin embargo parecía estar bajo el peso de una preocupación obsesionante, porque golpeaba con el pie en el suelo murmurando:

—¿Dónde diablos he visto yo antes este rostro?... Es singular... ¿Estaré acaso perdiendo la memoria?

De repente pegó un salto adelante, como si hubiese tenido fuego en los faldones, y se dirigió hacia el sitio donde Felipe había hablado con Bonifacio, murmurando, con una mezcla de cólera y de alegría:

—¡Ya lo sé, pardiez...! ¡Es él, el modelo del retrato que ocupa desde hace quince años mi cerebro...! ¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Ah, era necesaria la divisa del duque, su abuelo, para hacérmelo reconocer!

Mientras hablaba iba corriendo con todas sus fuerzas a lo largo de la hilera de tiendas.

Súbitamente, al dar la vuelta, su gran ímpetu fue bruscamente cortado por un choque violento que le lanzó y le hizo saltar contra la tela tendida de una tienda, al mismo tiempo que estallaba en sus oídos una sonora interjección:

—¡Sangre de un...!

Pero la interjección de Cocardesse —porque en esta forma de presentarse se habrá reconocido al gascón— terminó en una entonación más dulce, y con alegre sorpresa, mientras ayudaba a su víctima a recuperar su aplomo, añadió:

—¡Vaya, pues, mis respetos, señor barón de Posen! ¡No esperaba encontraros aquí! ¿Salíais acaso de la boca de un cañón para volar de esta forma?

Cosa extraña: el que se había dado a sí mismo el nombre de Hélouin no pareció asombrarse en absoluto al oírse llamar barón de Posen por el viejo soldado. Pero, absorbido por su preocupación y aunque un poco aturdido todavía, preguntó vivamente:

—¿Sabéis algo de nuevo?

—Sí, muy bien —respondió el veterano, retorciéndose el bigote.

—¿Y conocéis al joven sargento que hablaba hace un momento con aquel guardia francés alto y delgado?

Su dedo tendido señalaba la silueta de Bonifacio, que se perdía entre un grupo de soldados.

—¿El sargento que hablaba con este militar famélico?... ¿«Bella-Espada»?...
¡Pero si es él..., él mismo, córcholis!

Su interlocutor tuvo un sobresalto.

—¿Él... el hijo de Lagardère?

—El mismo, os digo. Tengo pruebas ciertas.

—¿Pruebas ciertas?

—¡Absolutamente!

—¿No os engañáis?

—¡Por vida de...! ¡Cuándo yo os lo afirmo...!

—¡Ah, lo imaginaba! —exclamó aquel a quien en adelante llamaremos barón de Posen—. Y es estar de desgracia...

—¿Cómo decís? —preguntó Cocardesse.

Preso de una especie de desaliento el barón puso a Cocardesse al corriente de los hechos que le habían traído al campamento y de la comisión para Felipe de que se había encargado.

—¡Ventre de un...! —exclamó el soldado, con un sobresalto—. ¡Es para abrirse la barriga...! En el momento en que le teníamos..., después de más de dos años de investigaciones por montes y valles... ¡Vámonos, barón, vámonos!

—¿Y caballos?

—No faltan en el campo. Esperad un momento: voy a traerlos dos.

El viejo soldado desapareció por entre las tiendas hacia el lado del campamento de la caballería.

Al cabo de un cuarto de hora regresaba llevando de la brida dos magníficos caballos bayos de raza anglosajona.

Los dos hombres montaron.

—Hubiera querido sin embargo hablar con el señor de Chaverny —dijo el veterano al poner el pie en el estribo—. Pero ¡basta!, vamos a lo más urgente. Le veré en París.

Y espoleando su montura salió del campamento con el barón de Posen.

Una vez en el camino ambos se pusieron al galope.

Después de dos horas de trayecto el viejo soldado, rojo como una ascua, el cabello erizado, con surcos de sudor en las sienes ofrecía una imagen lamentable.

Con aquel incesante galope, saltando sobre la silla sin un instante de tregua, parecía un navío desarbolado azotado por las olas enfurecidas.

Pero su vanidad era tan grande que se hubiera dejado cortar a pedazos antes que confesar sus torturas.

Al ver sus sufrimientos el barón de Posen tuvo un momento la idea de pararse.

Una mirada furibunda del viejo soldado, que había adivinado sus intenciones, se lo impidió.

«¡Pardiez! —pensó el barón—. Peor para él; además lo principal es que siga adelante. Y puesto que *Cástor* parece acostumbrarse a estas percusiones repetidas sobre su parte dorsal, dejemos las cosas como están».

Pero sobre este último punto el barón estaba en un error.

El barón de Posen, que montaba correctamente y por tanto fatigaba menos su montura que el gascón, fue adquiriendo una considerable delantera.

Temiendo acabar por perder de vista al barón si seguía quedándose atrás, Cocardesse tuvo la mala inspiración de acelerar la marcha de su caballo pinchándolo en la nuca con la punta de la espada.

Fue demasiado para *Cástor*.

Apenas hubo sufrido este ultraje empezó a saltar, a cocear en todos sentidos, con tal furia que, para no irse a todos los diablos, el soldado no tuvo tiempo más que de echar los brazos al cuello del caballo, contra el cual se mantuvo con el pecho pegado y un estremecimiento en su espinazo.

—¡Ventre de...! —jadeaba—. ¡Maldito animal! ¡He aquí que ahora se pone rabioso! ¡Barón! ¡Señor de Posen! ¡Venid a sujetarlo! ¡Pronto!

Pero el barón había ganado todavía más terreno y no veía nada de lo que ocurría detrás de él.

El gascón creía llegada su última hora, porque se figuraba la suerte que le esperaba si por casualidad caía: con toda seguridad sería horriblemente pisoteado y aplastado.

Súbitamente *Cástor*, presa de una nueva fantasía, abandonó el camino y cortando hacia la izquierda galopó directamente a campo traviesa.

Un curso de agua de unos quince pies de ancho le cerró el camino. Al quererlo saltar *Cástor* cayó en medio de él, lo cual permitió a Cocardesse liberarse.

El arroyo era poco profundo y bestia y hombre salieron del mal paso con un baño improvisado. Ambos hicieron pie al mismo tiempo en tierra firme.

Al sentirse en posición normal el viejo soldado recobró todo su aplomo.

—¡Eh, vaya rudo jinete que soy: soportar una carrera como esta sin caerme...! Y domar en un santiamén este semental salvaje... El barón seguramente me felicitará. Y de paso... ¿Qué ha sido del barón de Posen? ¿Y dónde estoy yo, pardiez?

La noche iba cerrando y el horizonte se perdía en las brumas del crepúsculo. Exploró los alrededores con la mirada, tratando de reconocer su dirección.

No lo consiguió: por todas partes campos y más campos, el silencio y la soledad.

Perplejo, Cocardesse meditaba qué debía hacer en aquellas circunstancias cuando, destacándose sobre el fondo sombrío de la lejanía, divisó un punto negro que crecía a simple vista. Su rostro se iluminó.

—¡Vaya, vaya...! ¡Si es el barón...! Todo va bien, entonces. Su caballo quizá se ha desbocado también y no puede dominarlo, el pobre...

No se equivocaba más que en el segundo punto.

Era el barón de Posen, que, habiéndose finalmente vuelto para ver qué era de Cocardesse y cómo se llevaba con el caballo, había quedado sorprendido de verlos a lo lejos a campo traviesa, hendiendo los sembrados de centeno en la situación que sabemos. Dio en el acto la vuelta en persecución de los fugitivos y no tardó en estar cerca de ellos.

—¿Qué juego es este que estáis jugando, camarada? —preguntó al veterano—. ¿Creéis acaso llegar a Courtrai por este camino?

—¡No, cáspita! Tiene la culpa esta maldita bestia, que se ha vuelto loca de repente y me ha traído aquí sin preocuparse de saber si me gustaba o no.

—Imagino que... Bien: ya discutiremos esto más tarde. De momento tratemos de averiguar dónde estamos.

—¡Oh, aquí estamos en pleno campo! —respondió el soldado, bromeando incluso en los momentos más graves, como buen gascón.

—Sí, a dos leguas del camino, lo cual nos representa cuatro perdidas. Solo nos queda buscar por estos alrededores alguna cabaña de campesino que pueda procurarnos un guía.

—Es una buena idea, barón.

—Vamos por consiguiente a seguir la orilla de este arroyo, en la cual debe encontrarse seguramente alguna vivienda. En la primera que encontremos solicitaremos, pagando, la ayuda de alguien que vuelva a ponernos en el buen camino.

—¡Perfectamente!

Los dos hombres se pusieron en marcha. Por prudencia el soldado caminaba a pie, llevando a *Cástor* de la brida.

VIII

La granja

A mitad del alcance de un mosquete del sitio de donde acababan de salir tuvieron la satisfacción de divisar una construcción bastante vasta que tenía todo el aspecto de una antigua granja.

—He aquí lo que buscábamos —dijo el barón.

Nuestros viajeros penetraron en la casa. Por todas partes la lepra del enmohecimiento se había extendido disgregando las piedras y horadando las maderas. La vivienda parecía completamente abandonada.

El barón y el soldado se encontraron entonces bajo una bóveda formada por lo que parecían haber sido las cocheras y el primer cuerpo del edificio.

Frente a ellos había un patio, en el extremo del cual se veía una segunda construcción que se hallaba en tan mal estado como la primera.

Los dos viajeros consideraban aquel abandono con la sorpresa en los ojos.

—¡Extraño antro! —dijo el barón de Posen.

—Bueno para albergar ratas —añadió el soldado.

—Y en el que es inútil seguir por más tiempo, pues no alberga ningún ser humano.

—Tengo ganas de pegarle fuego para secarme —dijo Cocardesse, que temblaba bajo sus ropas mojadas.

—¡Intentadlo! —exclamó de repente una voz amenazadora detrás de dios.

Se volvieron rápidamente y vieron una vieja que, a la luz de una mala linterna que levantaba con una mano, los miraba con la cólera pintada en los ojos.

Se mantenía erguida, la cabeza echada atrás en actitud de reto.

Era una especie de bruja de facciones duras y angulosas vestida de miserables harapos.

El barón y el soldado la contemplaron un momento y el primero dijo:

—Mi buena mujer, tened la seguridad de que mi compañero no tiene la menor intención de incendiar vuestra casa. Hablaba puramente en broma.

—Broma de mal gusto —refunfuñó la vieja—. Pero ¿qué venís a hacer aquí?

—Os lo explicaremos. Nos hemos extraviado y buscamos a alguien que pueda ponernos en el buen camino. ¿Hay a alguien aquí que pudiese hacerlo?

—No, no hay nadie. Solo mi hijo sería capaz de ello pero está borracho desde esta mañana y es incapaz de poner un pie delante del otro. En cuanto a mí me es imposible dejar la casa, pues hay dos viajeros que como vosotros han perdido el camino también y se hallan tan cansados que han decidido pasar aquí la noche.

—Bien, buena mujer —dijo el veterano—: puesto que nos dignamos honraros con nuestra presencia arreglaos para encontrarnos un rincón donde podamos echar un

sueño hasta que amanezca.

—La única habitación un poco digna de la casa es la que ocupan los dos viajeros que os he mencionado —dijo la vieja—. Esto aparte, solo queda una especie de granero donde guardamos los aperos de labranza. Si os contentáis con eso...

—¡Pues sí, nos contentaremos! —dijo Cocardesse—. Demasiado lujo nos molestaría.

—Entonces venid —dijo la bruja.

Los tres subieron una veintena de escalones y llegaron a una puerta cerrada solo con un picaporte.

La vieja lo abrió e hizo entrar a sus huéspedes en una habitación al pie de cuyas paredes se amontonaban una amalgama de instrumentos agrícolas y utensilios de diferentes especies, todos tan llenos de herrumbre que estaban por decirlo así fuera de uso.

—¿Tengo que despertaros, señores? —dijo la vieja antes de retirarse.

—Es inútil —dijo el barón—. No vendrías bastante temprano y debemos marcharnos antes del alba. Voy incluso a pagaros vuestra hospitalidad por si acaso no nos vemos de nuevo.

Y sacando del bolsillo una bolsa bien repleta sacó un luis que entregó a la mujer.

El brillo del oro encendió una llamarada en sus ojos.

—Gracias —dijo, arrancándole casi la moneda de los dedos—. Y buenas noches, señores.

Como había dicho la vieja, dos viajeros llegados a la granja hacia mediodía ocupaban el segundo edificio levantado en el fondo del patio.

Uno de ellos era un anciano de unos setenta años, enteramente vestido de negro, que, a pesar de los inviernos acumulados sobre su cabeza, se mantenía aún firme y derecho.

El otro parecía estar en toda la fuerza de la edad y llevaba el uniforme de las compañías francas. Llevaba un hombro y parte del cuello envuelto en vendas ensangrentadas.

Poco antes de la llegada de Cocardesse y el barón estos dos personajes habían sostenido una conversación que creemos vale la pena de relatar.

—¡Es sin embargo necesario terminar! —decía el septuagenario, paseándose arriba y abajo de la habitación con pasos rítmicos, mientras su compañero, sentado en un taburete, se apoyaba contra la pared—. Hace dos años que le persigues y no has sido todavía capaz de liberarme de él.

—Sabéis muy bien, señor de Peyrolles, que he hecho todo lo que me ha sido posible —respondió el soldado—. ¡Pero es un demonio..., un diablo del infierno! Cada vez que le he tendido una trampa, esta se ha vuelto contra mí... Ayer mismo, ya veis en qué estado me ha puesto.

El soldado, en quien nuestros lectores han reconocido ya a Matías Knauss, quiso hacer un movimiento; pero un gemido escapó de sus labios y una súbita palidez invadió su rostro.

—¿No te me vas a desmayar como una mujercita, ahora? —dijo el anciano, cuya cabeza se inclinó súbitamente sobre el hombro izquierdo, volviéndola a levantar en seguida como si este movimiento fuese independiente de su voluntad.

—Hemos caminado tanto desde esta mañana, señor de Peyrolles...

—Y tenemos que caminar todavía mañana una buena parte del día, y siempre a campo traviesa; la carretera no es todavía bastante segura. Solo en Dixmude, es decir, a tres leguas de aquí, no tendremos ya que temer un encuentro enojoso. Allí tomaremos una silla de postas que nos llevará a París.

—Jamás podré llegar hasta allá a pie.

—Sí; te sostendré como lo he hecho ya con este elixir —dijo el anciano, sacando de su jubón una redoma en la que brillaba un líquido ambarino—. ¡Bebe! —añadió, tendiéndola a Knauss.

Este bebió un sorbo e inmediatamente pareció reanimarse, sus mejillas se coloraron y su busto se irguió.

—Sí —dijo—; ahora me siento bastante fuerte para hacer un largo camino.

—Mañana tomarás otro sorbo antes de emprender el camino; pero... ¡Calla...! —ordenó de repente el anciano, tendiendo la oreja.

—¿Qué ocurre?

—Me ha parecido oír pasos de caballos... ruido de voces en la entrada.

Inquieto, el anciano se acercó a la ventana después de haber soplado una luz de resina puesta sobre un mueble.

—¡Maldición! —exclamó casi en el acto—. ¡Dos de nuestros enemigos llegan a esta granja!

—¿Uno de ellos es el sargento Felipe? —preguntó ansiosamente Matías.

—No, afortunadamente. De todos modos debemos estar en guardia, porque reconozco al granuja de Cocardesse y al barón de Posen, y los dos protegen a Felipe.

—¿Qué vendrán a hacer a este lugar aislado? ¿Se habrán enterado de nuestra presencia o ha sido solo el azar quien los ha guiado?

—De todos modos tomemos nuestras precauciones.

Se apoderó vivamente de dos amplios mantos de viaje, echó uno sobre los hombros de Knauss y se envolvió en el otro.

Después, armándose de un par de pistolas, esperó.

—Vamos —dijo al cabo de unos minutos—: no es a nosotros a quienes buscan. Entran en el primer edificio acompañados por la vieja. Van sin duda a descansar, pues parecen extenuados, Cocardesse especialmente.

—¿Qué debemos hacer, entonces?

—Voy a reflexionar.

Al dejar a sus nuevos huéspedes la vieja había vuelto a bajar la escalera, cruzó la habitación abovedada y entró en otra sala cuya puerta daba a ella.

Cerca de una alta chimenea de campana en cuyo hogar agonizaban algunos tizones había un hombre tendido en el suelo tan largo como era, dormido al parecer.

Era un individuo todavía joven, de rostro rudo y grosero.

La mujer le empujó con el pie.

—Christian —musitó—, tenemos dos nuevos viajeros.

El campesino pareció salir de su somnolencia.

—¿Dos nuevos viajeros? —repitió, con una voz espesada por la embriaguez—. ¿Te han pagado bien?

—Sí, hijo.

—¿Qué te han dado?

—¡Mira! —dijo la vieja, colocando la mano abierta bajo la luz de la linterna.

—¡Oro! —exclamó el villano, levantándose precipitadamente—. ¡Qué no haría yo por tenerlo! ¡Y pensar que con solo la mitad de lo que esta gente llevan podríamos reconstruir nuestra granja, destruida por los malditos saqueadores durante la guerra!

Súbitamente un paso ligero que resonó en la habitación les produjo sobresalto.

El anciano, que había entrado momentos antes sin que lo advirtieran, avanzaba hacia ellos.

—Hablemos un poco —les dijo, sentándose familiarmente a su lado.

Y después de mirarlos fijamente a ambos con ojos penetrantes prosiguió:

—Acabo de sorprender involuntariamente una parte de vuestra conversación y veo que estáis decididos a hacer muchas cosas con tal de tener oro.

—¡Oh, sí! —exclamaron a la vez madre e hijo.

—Pues bien: conozco una manera de haceros ganar mucho. Y sacando una larga bolsa a través de cuyas mallas relucían destellos amarillos el anciano añadió:

—Aquí hay cincuenta luses que son vuestros si queréis.

—¡Si queremos...!

—Y he aquí cincuenta más —añadió el tentador, sacando una nueva bolsa de su jubón— que pueden ser igualmente vuestros.

—Monseñor —dijeron a la vez la vieja y el granuja, con el brillo de la codicia en los ojos—, decidnos en seguida que hay que hacer para ello.

—Escuchad...

Y en voz muy baja el anciano estuvo hablando con los dos campesinos durante algunos minutos, al final de los cuales estos dijeron, de común acuerdo:

—¡Aceptamos!

Sobre las cinco de la mañana, es decir, cuando faltaba todavía una hora para que el alba apareciese, el barón de Posen, en su medio sueño que no había conseguido

transformar en sueño completo, le pareció oír un roce en la puerta del granero.

Lo atribuyó a su imaginación.

Sin embargo, como el roce continuaba, hizo un esfuerzo por recobrar su entera lucidez y permaneció escuchando. Al ruido insólito se mezclaba ahora un susurro continuo.

No tardó en oír que levantaban el picaporte.

En el acto, inclinándose sobre el soldado, que dormía profundamente, le pellizcó el brazo hasta hacerle sangre y le dijo al oído:

—¡Alerta, Cocardesse, alerta!

El gascón, despertado súbitamente, necesitó un instante para serenarse; pero había tenido en su vida demasiadas sorpresas para permanecer mucho tiempo indeciso.

—¿Qué es? —preguntó con una voz apenas perceptible.

El barón de Posen le señaló la puerta.

Esta se abría poco a poco, empujada desde fuera.

A pesar de la oscuridad que reinaba en la estancia los dos hombres podían seguir el movimiento. Cocardesse quiso levantarse.

El barón se lo impidió.

—Veámoslos venir... —dijo.

Y esperaron sin moverse, fingiendo dormir.

Cuando la puerta estuvo casi abierta por completo dos sombras se deslizaron una detrás de otra en la habitación. La primera era un hombre que llevaba con las dos manos un pesado barrote de trillo, y la segunda, una mujer con una hoz, en quien reconocieron a la vieja.

Los dos avanzaron a paso de lobo hacia el lugar donde estaban el soldado y el barón. Al llegar cerca de ellos el hombre dijo a la mujer:

—Duermen... Démonos prisa...

Y bruscamente, levantando sus armas a la vez, asestaron un golpe sobre los fingidos durmientes, que los hubiera alcanzado de estar allí todavía.

Pero, con una agilidad digna de un acróbata de fama, ejecutaron lo que se llama vulgarmente el salto de la carpa y se encontraron de repente a tres pasos de allá, frente a sus agresores.

Viendo su maniobra frustrada los dos miserables lanzaron una imprecación de furor y la bruja levantó de nuevo la hoz contra el barón.

Pero un destello brilló en la mano del señor de Posen, que había apretado el gatillo de su pistola, y el brazo derecho de la mujer cayó hecho pedazos mientras lanzaba un aullido de dolor y su arma rodaba por el suelo.

El hijo fue todavía menos afortunado que la madre.

Después de haber evitado un segundo golpe Cocardesse le ensartó como un pollo y le arrojó sangrando contra la puerta, donde se desplomó pesadamente.

—¡Rayos y centellas! —exclamó el soldado—. ¿Qué significa esta historia?

—No es difícil adivinarlo: estos miserables han querido sencillamente asesinarlos para robarlos.

Y dirigiéndose al hombre, cuya agonía empezaba, le dijo:

—¡Desgraciado! ¿No podías acudir a nuestra generosidad en lugar de atentar contra nuestras vidas?

El labriego abrió los ojos, que la muerte cerraba ya, y balbució:

—Sí, hemos sido criminales...; pero nos han obligado a ello... Allá, un anciano... alojado en el fondo del patio... ha venido a ofrecernos oro por matarlos. Entonces..., a causa de nuestra miseria..., hemos aceptado... Pero hemos sido castigados... Mi anciana madre no sobrevivirá a su herida y yo me mué...

La palabra se extinguió en sus labios. Acababa de exhalar el último suspiro.

Cocardesse y el barón bajaron de cuatro en cuatro las escaleras para correr al segundo piso de la casa.

Al llegar abajo dos caballeros envueltos en anchos mantos que los ocultaban enteramente pasaron por delante de ellos y se perdieron por el campo a triple galope.

—¡Son nuestros hombres! —gritó el barón.

—¡Uno es seguramente el viejo de quien nos ha hablado este labriego! Tenemos que saber quién son los dos... ¡A caballo, Cocardesse, a caballo! ¡Vamos a darles caza...!

Y se lanzaron al patio, donde debían encontrarse Castor y Pólux.

—¡Los granujas! —exclamó el barón—. ¡Nos han robado nuestros caballos y ahora hemos quedado sin montura! Imposible pensar en perseguirlos y por consiguiente aclarar el misterio... Camarada, no nos queda más que reemprender la marcha. El día está a punto de aparecer y podremos, espero, encontrar el camino.

Salieron, pues, de la granja y después de haberse orientado como pudieron consiguieron, al cabo de dos horas de andar, encontrar el buen camino.

Después, en el primer relevo de posta, el barón agenció mediante moneda contante y sonante dos buenas monturas que no valían ciertamente lo que *Cástor* y *Pólux*, pero con las cuales tuvieron que contentarse a falta de algo mejor.

Cocardesse, aprovechando la lección de equitación que a su costa había tomado la víspera, se mantuvo esta vez a caballo casi correctamente. Apenas saltaba de la grupa a la cruz más allá de diez o doce veces por legua.

Lo cual era ya un gran progreso.

IX

Marina

Felipe, por su parte, no había sufrido ningún retraso en su viaje de Ostende a París.

Acelerando las etapas, sin tomar más reposo que el estrictamente indispensable para él y su montura, franqueó en cuatro días el espacio que le separaba de la capital.

Sin embargo, a corta distancia de esta su caballo, agotado por el doble viaje que acababa de realizar, flaqueó súbitamente bajo él y rodó por el suelo para no volver a levantarse.

Pero poco importaba: París estaba allí.

Acabó su camino a pie y pronto llegó a la calle del Paseo de la Mula, donde estaba situado el hotel Roussin d'Arcadie.

Entró como un huracán en el despacho del hotel, donde imperaba la dueña doña Gloria, gruesa comadre de treinta y ocho años, y le dijo:

—¿Vive aquí una muchacha que se llama Marina?

—Sí, señor sargento. Una muchacha que...

—Indicadme en seguida su alojamiento, os lo ruego —dijo el muchacho, con impaciencia.

—Permitidme: voy a acompañaros —dijo la mujer tratando de ponerse en movimiento.

—No; es inútil. ¿Dónde se aloja? Explicádmelo.

—En el primer piso, la puerta frente a la escalera; la llave está en la cerradura — se apresuró a decir doña Gloria ante las furibundas miradas de Felipe.

En dos saltos Felipe había franqueado la escalera. En el momento de entrar en la habitación de Marina fue presa de un temor.

¿Cómo iba a encontrarla y de qué iba a enterarse?

Su llamada desesperada le hacía entrever cosas tan graves que temía conocerlas.

Finalmente penetró en la habitación de la muchacha.

Esta, sentada en un vasto sillón, inclinaba la cabeza sobre un hombro como si no tuviese fuerzas para sostenerla.

Al oír el ruido de la puerta que se abría la levantó y, al reconocer a aquel a quien llamaba su hermano, dejó escapar una tenue queja.

Felipe se precipitó hacia ella.

—¡Marina! —gritó—. ¡Mi pobre Marina! ¿Qué ha ocurrido desde mi ausencia y por qué hablas de morir?

La besaba con efusión, prodigándole mil caricias.

—Veamos, hermanita —dijo el muchacho, sentándose a su lado y cogiéndole cariñosamente las manos, que sentía temblar entre las suyas—. Veamos: ¿es que no

soy ya tu hermano como antes? Recuerda que en otros tiempos compartíamos penas y alegrías... Me confiabas tus más íntimos pensamientos... y yo sabía leer muy bien en el fondo de tu corazoncito. De este corazón que hoy está cerrado para mí...

Ante esta evocación la muchacha se sintió conmovida por una serie de dulces recuerdos que aparecieron de repente ante su espíritu, y, al comparar su situación actual con la de antaño, un chorro de lágrimas asomó en sus pupilas.

Y entonces lloró, lloró largamente, la cabeza apoyada sobre el hombro del sargento.

Después los ojos de la muchacha se fijaron en los de Felipe con una radiación de ternura tan intensa que por primera vez este creyó leer en ellos un afecto más vivo que el puramente fraternal.

Sin embargo se abstuvo de demostrar que se percataba de ello.

Por otra parte, podía equivocarse, porque hasta entonces jamás el menor indicio le había permitido suponer que Marina le amase de otra manera que como a un hermano.

—Marina, ante todo vas a prometerme que renunciarás para siempre a tus tristes ideas... ¡Lo exijo!

—Te lo prometo —respondió la muchacha, suspirando.

—Vas a comprometerte igualmente a permanecer aquí bien tranquila esperando mi regreso.

—¿Tu regreso? —dijo ella, temblando—. ¿Quieres pues, abandonarme ya?

—Es necesario.

Y con estas palabras el sargento «Bella-Espada» estrechó efusivamente a Marina contra su pecho y salió de la estancia diciendo:

—¡Valor! ¡Hasta pronto!

Al quedarse sola Marina se dejó caer de rodillas y un sollozo la sacudió por entero.

Un desgarró profundo se producía en ella, porque al sentir el corazón de Felipe latir contra el suyo acababa de comprender que no compartía el sentimiento poderoso que la atraía hacia él.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó, deshaciéndose en lágrimas—. Puesto que estoy perdida para él, haced que tenga por lo menos toda la suma de felicidad que nos reservabais para los dos.

Segunda parte

La locura de Aurora

I

Luto tras luto

Permítasenos ahora retroceder dos años a fin de relatar ciertos hechos que tienen una relación directa con los que acabamos de narrar y, por decirlo así, los han provocado.

Estamos en 1742.

Si quisiésemos hacer historia, este año fértil en acontecimientos nos procuraría una abundante cosecha.

Pero ¿de qué nos serviría hablar de la llegada a París de aquel embajador otomano Zaid-Effendi, enviado por la Sublime Puerta para concluir no se supo exactamente nunca qué tratado?

El viejo hotel de Nevers, muerto desde hacía quince años, acababa súbitamente de reanimarse.

La gente se informó y se enteró de que la condesa Aurora, viuda del conde de Lagardère, acababa de regresar a la capital.

Este regreso era tan inesperado que se lo consideraba como un acontecimiento de importancia.

Con gran estupefacción de todo el mundo la condesa había llegado una buena mañana al hotel del Marais, el hotel de Nevers, y había vuelto a vivir en él.

¿Qué había sido, pues, de ella durante los quince años que hacía desde que desapareció súbitamente del firmamento parisiense en el que había brillado con tan extraordinarios destellos?

No era más que el reflejo de sí misma, una imagen borrosa, de líneas vagas e indecisas.

El dolor había aniquilado en ella la materia y destrozado los resortes del alma.

Hemos dicho que era viuda. Una noche le llevaron a su marido atravesado de heridas y horriblemente mutilado.

Había sido encontrado por los valientes pensionistas del hotel de los Inválidos con las dos corvas cortadas como con una hoz y recostado contra una verja sobre un montón formado por siete cadáveres.

Debió, pues, ser de rodillas que aquel gigante, medio muerto, hubo de sostenerse para hacer aquella espantosa hecatombe de sus asesinos.

En medio del estertor de la agonía el conde contó que, caído en una emboscada, fue puesto fuera de estado de defenderse y cobardemente asesinado por algunos rufianes a las órdenes de un individuo a quien no pudo ver el rostro a causa de la máscara que llevaba, pero en quien había observado un tic nervioso que de cuando en cuando le hacía inclinar la cabeza sobre el hombro izquierdo.

Y poco después expiró dejando a su desgraciada esposa presa de una

desesperación sin límites y tanto más intensa cuanto, ante la imposibilidad de denunciar al principal asesino, la muerte del conde quedaría sin venganza.

En vano, en efecto, la policía se consagró a las averiguaciones más minuciosas para descubrir los autores del crimen: no había llegado más que a un resultado absolutamente negativo.

Aurora se encerró entonces en su casa huyendo del mundo, el corazón lleno de hiel, y vivió sola como una verdadera reclusa.

Su puerta no se abría más que para tres personas: el marqués y la marquesa de Chaverny y un antiguo amigo de su marido, el veterano Cocardesse, con quien frecuentemente hablaba del ausente.

Pero, a pesar de los tiernos consuelos que todo el mundo se esforzaba en aportarle, su corazón se amargaba cada vez más y la consunción empezaba a minarla lentamente.

El marqués y la marquesa iban a hacerle compañía todo el tiempo que les dejaban libre las exigencias mundanas; desgraciadamente este tiempo era bastante restringido, y si en su presencia experimentaba algún consuelo, en cuanto se habían marchado volvía a caer en sus ideas sombrías, que cada día iban adquiriendo un carácter más alarmante.

Hubiera sido necesario que en su ausencia alguien los sustituyera y continuase su obra de alivio; que una amistad vigilante velase constantemente sobre ella.

Pero ¿quién podía aceptar esta abnegada y delicada tarea?

Un día en que el marqués y la marquesa de Chaverny hablaban sobre este punto delante de Cocardesse y parecían muy preocupados por encontrar una persona capaz de semejante abnegación, el soldado intervino:

—¡Eh! —dijo—. Quizá yo tenga lo que os conviene... En la casa donde me alojo ha venido a instalarse, hará un mes aproximadamente, una muchachita que llega directamente de su país, Bélgica, para buscar acomodo en París.

—Traedla, de todos modos; ya veremos...

Al día siguiente Cocardesse presentaba su protegida a la marquesa de Chaverny.

Era, como lo había dicho el viejo soldado, una muchacha muy joven. Sus modales amables y graciosos y su perfecta educación sedujeron en el acto a la marquesa, que la contrató sin vacilar después de haberle explicado lo que deseaba de ella.

La muchacha pareció estar, por sus respuestas, a la altura de su misión y fue llevada en el acto a presencia de Aurora a fin de que pudiese emprender sin demora su obra consoladora.

Dijo llamarse Bathilde de Wendel.

La condesa sufrió en poco tiempo la influencia de su nueva compañera.

Al darse cuenta de este singular dominio la marquesa de Chaverny tuvo miedo por su amiga y quiso alejar a la huérfana.

Pero Aurora se opuso formalmente y de una manera tan perentoria que la marquesa creyó no deber insistir. No obstante, a partir de aquel momento sintió por Bathilde una aversión que no hizo más que aumentar.

El poder de Bathilde fue haciéndose cada vez más grande: tanto es así que incluso cierto día —¿a consecuencia de qué extraña sugestión?, para valemos de una expresión moderna— Aurora hizo testamento estipulando que, en caso de que ella y su hijo viniesen a morir, dos tercios de su fortuna recaerían en su ahijada Olimpia de Chaverny y el otro tercio en la señorita Bathilde de Wendel, su abnegada compañera.

Testamento del cual, hecho igualmente inexplicable, no habló más que a la huérfana.

La condesa volvía a tomar gusto a la existencia.

Por otra parte, ¿no tenía acaso a su lado a Felipe, su hijo, un rubio querubín a quien adoraba y en quien veía las facciones del ausente, que revivía en aquella tierna criatura, manantial inagotable de consuelos? Pero el chiquillo, de salud floreciente, no tardó en languidecer, devorado por un mal desconocido.

Los primeros doctores fueron llamados, examinaron el enfermo, se consultaron, discutieron entre ellos, gastaron todos los tesoros de su ciencia sin poder determinar la naturaleza de aquel extraño mal.

La madre, enloquecida, se arrastraba a sus rodillas, les suplicaba con las manos juntas que le devolviesen su hijo... ¡Su hijo, el único bien que la ligaba a la vida!

Los médicos, entonces, multiplicaron sus esfuerzos en su lucha contra la muerte que veían venir lentamente y cuya gran sombra flotaba ya sobre la inocente víctima que se disponía a llevarse.

Pero, desarmados ante los síntomas que se presentaban y que durante su ya larga carrera no habían encontrado todavía, no pudieron hacer más que asistir, impotentes y dudando de su ciencia, a la agonía del pobre pequeño, que pronto se durmió en su último sueño en los brazos de su madre.

Era demasiado para Aurora.

Después de su marido, su hijo... La pobre mujer no pudo soportar aquel nuevo golpe y la conmoción que experimentó obró de tal forma sobre su cerebro que su razón quedó gravemente alterada.

Aquello, por otra parte, era para ella un bien, porque así no sufriría.

El marqués y la marquesa, lo mismo que Cocardesse y la señorita de Wendel, sintieron un profundo dolor ante esta doble catástrofe.

Bathilde especialmente, cuyo afecto por la madre y el hijo no había fallado un solo instante, dio grandes muestras de aflicción.

Cuando llegó el momento del entierro la muchacha emitió la opinión de que no sería conveniente entregar el cuerpo a la tierra sin haberlo hecho embalsamar.

Dos días después se presentaba un cirujano.

A fin de no ser estorbado durante la operación rogó que le dejaran solo, lo cual le fue fácilmente concedido, no deseando nadie ser testigo de tan triste espectáculo.

Finalmente tuvo lugar la inhumación y los restos de Felipe de Lagardère, último de su nombre, fueron depositados cerca de los de su padre, inhumados en el cementerio de Saint-Médard en un soberbio mausoleo que su madre había hecho elevar a la memoria de su esposo.

La señora de Chaverny se desesperaba al ver el aniquilamiento de su amiga, contra la cual esta vez Bathilde no podía nada.

Consultó. Le dijeron que no había más que una manera de curarla: alejarla inmediatamente de París y que hiciera una larga estancia en un lugar apacible, en medio de la sana y vivificante naturaleza, solo esto podía volver a templar su alma enferma.

La marquesa no vaciló en escuchar este consejo y en el acto hizo salir a Aurora hacia su castillo de Lorena, donde residía su madre, la duquesa viuda de Nevers, que llevaba todavía el luto de su primer marido Felipe de Lorena, duque de Nevers, porque por ordenanza real la duquesa había sido autorizada a no conservar ni los títulos ni el nombre de su segundo marido Felipe de Mantua, príncipe de Gonzaga.

La anciana duquesa era en verdad la única mujer a la cual podía ser confiada la ardua tarea de consolar a la desgraciada viuda y secar las lágrimas de una desesperada madre.

Bathilde, la joven huérfana, no había acompañado a su protectora a Lorena, quedándose en el hotel del Marais. Aurora se lo había rogado encarecidamente antes de su marcha.

Sin embargo, para que no se dijera que obraba como dueña en una morada en la cual era forastera, Bathilde abandonó las habitaciones de la condesa, que habían sido también las suyas, y se retiró a una ala de la parte posterior del palacio.

La fachada del hotel fue entonces cerrada herméticamente y tomó el aspecto muerto que hemos descrito antes.

El tiempo pasó, y Aurora, cuyo estado no mejoraba, siguió viviendo en Lorena.

Con los años Bathilde se había hecho mujer.

Si al principio, tal como convenía a su edad y condición de huérfana, había vivido en un casi retiro bajo la tutela de una vieja sirvienta que su protectora le destinó, cuando alcanzó los veinte años se sacudió esta tutela y quiso ver mundo.

La amistad que había tenido con ella la condesa le servía de égida y tuvo acceso a los ambientes más elevados, donde se creó numerosas relaciones.

La anciana sirvienta, convertida en una molestia, fue sustituida por una joven doncella, que era la más astuta de todas las doncellas que se pueden soñar, y cuyo primer cuidado fue completar la educación de su joven dueña dándole a conocer todo lo que ignoraba todavía de la vida mundana.

Lejos de Aurora, la huérfana llevaba una vida muy agradable.

Casi rica a consecuencia de las antiguas liberalidades de la condesa, viviendo en el suntuoso hotel del Marais, obraba con plena libertad, no obedeciendo más que a su fantasía y sin temer la menor fiscalización de sus actos.

Años y años transcurrieron de esta forma.

Por su camarera, que había trabado amistad con la de la marquesa de Chaverny, tenía algunas veces noticias de la pobre Aurora, a quien la marquesa iba a ver de cuando en cuando.

Un día se enteró por este conducto de que la condesa había recobrado la razón y pensaba regresar a París.

Sintió una gran alegría.

Hacía quince años que vivía con la esperanza de este regreso; como veremos, tenía en él un interés capital.

Esperaba, pues, su llegada con impaciencia, dando por descontado que la condesa le concedería la misma confianza de antes.

Los velos que oscurecían el espíritu de Aurora se habían, en efecto, desgarrado completamente; pero, a pesar de haber recuperado la facultad de pensar, la desgraciada no era menos de compadecer.

Ahora que podía recordar, las circunstancias de la muerte de su hijo, la singular naturaleza de la enfermedad que se lo había llevado, todo, en una palabra, hasta los más mínimos detalles, volvía a pasar ante sus ojos con una precisión extraordinaria.

Entonces una duda, duda terrible, surgió en ella: ¿no podía haber sido la muerte de su hijo obra de una mano criminal?

Al principio trató de razonar, de alejar esta idea, que consideraba absurda, insensata, y que no se basaba en nada, puesto que nadie más que ella y sus amigos se habían acercado al joven Felipe.

Pero cuanto más se esforzaba en ello, más tenaz y obsesionante se hacía la idea.

Finalmente, no queriendo permanecer por más tiempo en esta aprensión, decidió esclarecer sus sospechas a todo precio fuese lo que fuese lo que pudiese ocurrir.

Y con el fin de conseguir su objeto la pobre madre decidió regresar a París, donde acabamos de verla tomar nuevamente posesión de su residencia.

Recién llegada, se confió a su mejor amiga, Flor de Chaverny, desde la primera visita de esta, rogándole que le prestase su concurso.

Pero sin duda su intención pareció singularmente extraña a la marquesa, porque al enterarse de lo que quería intentar creyó que la desgraciada viuda de Lagardère estaba más loca que nunca. Sin embargo, ante la insistencia de Aurora y los poderosos motivos que le dio, Flor, aunque sin dejarse convencer enteramente, acabó aceptando secundarla.

La ejecución del proyecto de que se trataba no debía ser tampoco de los más

cómodos, porque la marquesa le dijo a la condesa, al despedirse de ella:

—Puesto que la tranquilidad de tu vida depende de este triste experimento, mi pobre Aurora, voy a ponerme en busca del único hombre (del único: ¿me entiendes bien?) que puede serte verdaderamente útil en una circunstancia como esta. Es un cierto señor Hélouin, que lleva también en ciertas ocasiones el nombre de barón de Posen...

—¿Es discreto?

—Más que una tumba; su honorabilidad no puede ser puesta en duda y su Habilidad desafía toda competencia... Ya te lo he dicho: si tu asunto puede ser llevado a buen fin, nadie más que él sería capaz de conseguirlo.

—No me hagas esperar demasiado —dijo la condesa—. ¿Cuándo podré ver a este hombre?

—No lo sé; dentro de ocho días, quizás. El tiempo necesario para encontrarle.

II

El misterioso señor Hélouin

Una tarde, cinco días después de la conversación precedente, un hombre se presentaba en el hotel de Nevers y pedía hablar con la condesa de parte de la marquesa de Chaverny.

Aurora estaba en su salón, tendida en un diván donde su pobre cuerpo destrozado se sostenía apenas.

A sus pies, en un taburete, le sonreía una muchacha de dieciséis años, de grandes ojos claros y transparentes: era Olimpia de Chaverny, hija de la marquesa y tan bella como había debido serlo su madre.

Un poco más lejos Bathilde de Wendel, sentada cerca de una ventana, estaba ocupada en un trabajo de tapicería.

Bathilde no era considerada ya casi más que como una persona cuyos servicios se retribuyen. Al contrario, Olimpia era la niña mimada de Aurora. En primer lugar era su ahijada; además, la hija de su mejor amiga: doble título que la hacía quererla más.

Cuando anunciaron la visita, Olimpia y Bathilde se levantaron para retirarse. Pero la condesa, reteniendo a la primera, le dijo:

—Quédate, hija mía; ya sabes que no tengo secretos para ti.

Con paso seco Bathilde ganó la puerta... Estaba muy ofendida por no haber recibido la misma invitación que Olimpia.

Al franquear el umbral lanzó una mirada a las dos mujeres que, afortunadamente, ellas no vieron, porque hubieran leído en ella la envidia y, sobre todo, el odio.

En cuanto hubo pasado de la puerta el viejo servidor se volvió para decir a alguien que estaba detrás de él:

—Entrad.

El recién llegado avanzó hasta el diván, cerca del cual se detuvo después de haber saludado respetuosamente.

Aurora se había incorporado sobre el codo, y el esfuerzo que hacía por mantenerse en aquella posición formaba un círculo negro bajo sus ojos, que miraban fijamente.

—¿Venís de parte de la marquesa? —preguntó.

—De parte de ella, sí, señora.

—¿Y os llamáis señor Hélouin?

El recién llegado se inclinó.

—Hace ya mucho tiempo que os espero, señor Hélouin —prosiguió la condesa—. Dejadme que os explique...

—Es inútil, señora condesa; sé lo que esperáis de mí.

—¡Ah! ¿La marquesa os ha dicho...?

—La señora marquesa no me ha dicho nada.

El rostro de Aurora expresó a la vez el asombro y el temor.

—El servicio que espero no es de los que se adivinan —murmuró—, y no lo he confiado a alma viviente, aparte la marquesa de Chaverny y mi madre.

En tono evasivo, Hélouin respondió:

—Mi oficio es saber las cosas que no me dicen... y no estoy muy convencido de que lo que esperáis de mí pudiese ser realizado por un hombre respetuoso de las leyes...

—¿Entonces me negáis vuestro concurso? —preguntó la condesa, con una dolorosa ansiedad.

—¡Al contrario, condesa: os lo ofrezco!

Ante esta asombrosa declaración, que tan poco esperaba, un leve rubor reapareció en las sienes de Aurora y un destello brilló en sus grandes ojos sombríos, que hacía enormes la demacración de su rostro.

Como había dicho la marquesa a Aurora, aquel hombre se llamaba Hélouin, o barón de Posen según el caso, y entre la gente de su oficio gozaba de la reputación de ser uno de los más hábiles policías de la época.

Durante unos instantes Aurora permaneció silenciosa. Debía jugar —la cosa era visible— una terrible partida, y quiso tratar de penetrar en el fondo de aquel que iba a tener todas sus cartas en la mano.

—Señora condesa —dijo valientemente Hélouin, que se había prestado a este examen—, sería quizá mejor que me interrogaseis, si es que me autorizáis a responder delante de la señorita...

Su mirada designaba a Olimpia de Chaverny, que no entendía una palabra de toda aquella entrada en materia.

Aurora se sonrojó.

—Mi ahijada lo puede oír todo —dijo—. En cuanto a vos, señor Hélouin, ¿podrías explicarme por qué aceptáis realizar un acto que, según vuestra misma opinión, no aceptaría un hombre respetuoso de las leyes?

—Con mucho gusto. Hay profesiones privilegiadas; así los médicos y los sacerdotes van a todas partes: pueden decirlo y hacerlo todo.

—¿Y sois uno u otro?

—Uno y otro. Sondeo las conciencias y consuelo los corazones. Estudio con pasión el libro de nuestra vida y espero poder leer pronto la página a la que vais a dar la vuelta.

Aurora se estremeció.

—Si no tenéis nada más que preguntarme —dijo Hélouin—, ¿puedo a mi vez interrogaros?

Aurora tuvo un momento de vacilación; pero comprendió que en su propio interés

no debía ocultar nada a aquel hombre y empezó, con palabras encubiertas, el triste relato de todos los hechos relacionados con la enfermedad del pobre Felipe: desde la aparición de los primeros síntomas hasta el fatal desenlace final.

Refirió también al policía la impotencia de los hombres de ciencia ante aquel mal desconocido que no habían conseguido diagnosticar.

Durante este relato Hélouin dio varias veces señales de profunda sorpresa. No hizo, sin embargo, observación alguna y en cuanto la condesa hubo terminado dijo en el acto:

—Espero vuestras órdenes.

Según todas las probabilidades, como hemos dicho antes, se trataba de una misión singularmente difícil, porque, a pesar de toda la seguridad dada por el policía, las facciones de la enferma conservaban expresión de duda e inquietud.

—No os pido lo imposible —dijo al cabo de un momento de silencio.

—Todo es posible —respondió sentenciosamente Hélouin—. Por otra parte, si os parece bien, condesa, dejaremos de lado las cuestiones de detalle, que solo me afectan a mí. Los medios y los riesgos corren de mi cuenta.

Aurora introdujo precipitadamente la mano bajo el almohadón en que apoyaba la cabeza y retiró una bolsa bien repleta. Hélouin tuvo un gesto de dignidad.

—No acepto jamás nada por anticipado —dijo—: por tanto no insistáis; haré yo mismo los adelantos. Y ahora, condesa, ¿tenéis algún hombre abnegado que darne como ayudante?

—Sí, un cierto Cocardesse, antiguo compañero de mi marido.

—¿Estáis segura de él?

—¡Absolutamente! Respondo de él como de mí misma.

—No pido más —dijo Hélouin, esbozando una sonrisa—. ¿Cómo puedo ponerme en contacto con él?

—Desde mi regreso viene a verme regularmente cada dos días, y como esta noche espero su visita, si queréis darne vuestra dirección os lo mandaré inmediatamente.

Hélouin saludó a Aurora, se inclinó ante Olimpia y salió.

La condesa se cubrió el rostro con las manos.

No pensaba ya en la muchacha que estaba allí. Se creía sola, sola con la duda irritante que invadía su espíritu.

Olimpia miraba a su madrina con dolor, pero no se atrevía a interrumpir el curso de sus reflexiones.

—¿Estoy, pues, vencida? —dijo Aurora, con una inexpresable angustia—. ¿Vencida antes de haber entablado la lucha? ¡Ah, Enrique..., Enrique mío! ¿Por qué no estás ya cerca de mí?



III

La resurrección de Peyrolles

Los granujas, está científicamente reconocido, tienen un organismo más perfecto y una vitalidad superior a la de la gente honrada.

En apoyo de nuestro aserto podríamos citar el viejo proverbio: «Los buenos se van, los malos se quedan».

El lector recordará que veinte años antes, cuando Enrique de Lagardère se precipitó hacia el cementerio de Saint-Magloire para salvar a su prometida Aurora de Nevers de manos de los esbirros de Gonzaga, Peyrolles, que guardaba la entrada de la iglesia con estos, había caído bajo la terrible espada del joven parisiense lanzando un grito de agonía.

Recordará también que en el momento en que Gonzaga, ignorante de la hecatombe, entraba en el fúnebre recinto preguntando dónde estaban los suyos, Lagardère le respondió, señalándole a Peyrolles, Nocé y los otros tendidos en tierra: «Aquí los tenéis».

Y que entonces Gonzaga se inclinó sobre Peyrolles, cuya pérdida le afectaba más que la de los demás, y lanzó un grito al tocar la sangre que manaba del cuerpo de su lugarteniente.

Era, pues, de creer que el villano, como sus compañeros, había entregado su vil alma a Satán, porque el acero del parisiense no producía más que heridas mortales.

Pues bien: si alguien había pensado así estaba en un error, y esta es la prueba que queremos dar de la veracidad de nuestro aserto para el caso de que alguien dudase de ella. ¡Peyrolles no había muerto!

Cuando, media hora después del combate épico del que Lagardère había salido vencedor, la muchedumbre abandonó el cementerio de Saint-Magloire devolviendo al camposanto su soledad acostumbrada, Peyrolles, que con una presencia de espíritu extraordinaria había puesto sus manos sobre el doble orificio de su herida a fin de detener la hemorragia, se incorporó lentamente sobre el brazo libre y exploró los alrededores.

Nada extraordinario aparecía; la oscuridad había reemplazado la luz humeante de las antorchas y todo estaba sumido en unas sombras espesas y protectoras. Entonces acabó de levantarse, tambaleándose como un hombre ebrio, y echó a andar.

Apretó el paso cuanto le fue posible y acabó por ganar la puerta del cementerio.

Allí sintió que iba a desvanecerse y tuvo que apoyarse contra la verja para no caer.

Ante él, a corta distancia, se elevaba el hotel de Gonzaga.

El edificio, un momento antes tan lleno de vida y de movimiento, estaba ahora silencioso y desierto, y sin duda tardaría mucho tiempo en volver a recuperar su

antiguo esplendor.

En todo caso a él, Peyrolles, su acceso le estaba vedado para siempre. ¡Para siempre!

Fortaleciendo sus músculos y siempre con las manos en la garganta atravesada, Peyrolles abandonó la verja del cementerio y se dirigió hacia la calle de los Osos, muy cercana.

Nadie, afortunadamente, se encontró en su camino y no tuvo que dar rodeo alguno para llegar a ella.

En aquel momento tuvo que apoyarse nuevamente con una mano en la pared. De nuevo desfallecía.

Finalmente llegó a una puerta sobre la cual se balanceaban dos bacías de barbero. Estaba cerrada, pero una luz brillaba en su interior.

Llamó a la puerta con un codo, para no apartar las manos de la herida, y un hombre vino a abrirle.

Peyrolles se desplomó casi en sus brazos.

El hombre era uno de esos barberos sangradores y medio cirujanos a quienes más bien podríamos llamar curanderos.

En el acto vio de qué trataba, y, tras instalar a su extraño cliente en un sillón como si se dispusiese a afeitarle, fue a buscar vendas, apósitos e hilo de cobre y procedió a hacerle la cura.

Aunque no pertenecía a la Facultad, no dejaba de poseer gran habilidad en su oficio.

Más de una piel de gentilhomme abierta durante un duelo por la punta de una espada había sido cosida por él con habilidad incomparable.

En un instante hubo cerrado los labios de las dos heridas, colocado sobre ellas un apósito empapado de un líquido cicatrizante y vendado todo cuidadosamente. Así ataviado el lugarteniente de Gonzaga tenía el aspecto de una momia egipcia recién embalsamada.

—¡Vaya! —dijo el barbero, una vez hubo terminado—. Habéis escapado de poco... Una línea más y os cortaban la carótida.

—¿Entonces...?

—Era la muerte instantánea.

Peyrolles se estremeció: había faltado solo una línea...

—¿Y ahora estoy fuera de peligro? —preguntó, con cierta ansiedad.

—No toquéis vuestro vendaje, descansad y dentro de un mes, lo máximo dos, estaréis fuerte como antes —respondió el barbero-cirujano, que añadió, convencido de que estaba hablando con un duelista desgraciado—: Si bien como recuerdo de esta herida os quedará un tic.

—¿Un tic?

—¡Oh, una bagatela: una especie de tortícolis crónica!

Tranquilizado, pero descontento, Peyrolles hizo una mueca.

Pagó al hombre y salió.

Este, discreto por profesión y acostumbrado a estos lances, no había cometido la necedad de preguntarle nada sobre el origen de la herida.

Sabía que a los clientes de este género —porque seguía creyendo que Peyrolles venía de un encuentro— no les gustaba ser interrogados.

—¿Adónde ir ahora? —preguntó el antiguo intendente de Gonzaga.

Reflexionó un momento y después, tomando una decisión, volvió atrás en su camino, bajó hacia el centro de París y llegó a la puerta de Montmartre.

Recordaba tener en la calle de la Grange-Batelière un pequeño alojamiento que le había cedido recientemente el duque de Lauzun, mandado por su padre al ejército.

Este alojamiento era un pequeño pabellón situado en medio de un jardín plantado de arbustos bastante altos que lo ocultaban a las miradas de los curiosos.

Peyrolles se dirigió a él.

Allí permaneció tres semanas oculto a los ojos de todos, al cabo de las cuales, completamente restablecido, se dispuso a abandonar París.

De su herida solo le había quedado un tic que, como le había dicho el improvisado cirujano, le obligaba a inclinar de cuando en cuando la cabeza con un movimiento seco y acentuado: uno de los músculos extensores del cuello había sido gravemente lesionado.

La víspera del día fijado para su marcha se introdujo furtivamente en el hotel de Gonzaga.

El magnífico edificio de la calle Quincampoix estaba ahora completamente desocupado y Peyrolles pudo ir y venir a sus anchas y recoger, sin ser inquietado, todos los objetos de valor, cuya cuantía podía estimarse aproximadamente en unos seiscientos mil francos.

Al día siguiente franqueaba las murallas de la villa.

A los pocos pasos se detuvo y estirando el brazo en dirección al hotel de Nevers dijo, con odio concentrado:

—¡Date prisa en gozar de tu triunfo, Lagardère! ¡Goza pronto de tu felicidad mientras puedas, porque tus días están contados y la muerte no tardará en alcanzarte!

»¡Y mi venganza no se detendrá en ti!

»¡Tu mujer, tus hijos si los tienes, sentirán también su efecto y se reunirán contigo en la tumba!

»¡Hasta pronto, pues, Lagardère!

Una silla de postas le esperaba a media legua de allá para llevarle a Bélgica, donde había decidido fijar su residencia.

Brujas fue la ciudad que eligió para vivir. Necesitaba permanecer un tiempo

bastante largo en soledad y esperaba encontrarla en Brujas. ¿Quién hubiera podido pensar que Peyrolles existía todavía y se cobijaba allí?

Raras veces la ciudad muerta recibía la visita de extranjeros, y los pocos que se aventuraban entre sus muros, ateridos por el frío de aquella tumba habitada, de calles silenciosas, de plazas sin animación, donde jamás un ruido se dejaba oír, se apresuraban a alejarse de ella lo antes posible, el alma invadida por un' vago temor, como si huyeran de una ciudad fantasma.

Peyrolles vivía allí lo más ocultamente posible: no hablaba con nadie; no pensaba más que en su venganza, madurándola, elaborándola con cuidado, y esperaba para realizarla haber unido todos los elementos necesarios.

Una tarde en que después de un paseo por la villa desierta regresaba a su alojamiento vio ante él una chiquilla de unos doce años cuyo comportamiento le intrigó.

Corría durante algunos instantes, súbitamente se detenía, miraba las casas y después, como desalentada, reemprendía su carrera. Peyrolles se acercó a ella y le preguntó qué hacía corriendo tan tarde por las calles.

—Busco un médico —dijo la chiquilla, gimiendo— y no sé dónde encontrarlo.

—¿Tienes a alguien enfermo en casa?

—Sí, mi padre, que se muere..., y se morirá si no encuentro en seguida un médico para salvarle.

—No conozco tampoco ninguno —dijo Peyrolles.

—Entonces se acabó: mi padre se muere —dijo la muchacha, arreciando en su llanto.

El antiguo intendente de los Gonzaga no era de una naturaleza muy tierna y generalmente los males de los demás le dejaban bastante indiferente. Sin embargo esta vez, sin que pudiera explicarse el porqué, sintióse interesado por la desgraciada que se presentaba ante él.

—Vamos, hija mía —le dijo—: tengo algunas nociones de medicina y quizá pueda ser útil a tu padre si el caso es urgente como dices. ¿Quieres llevarme a su lado?

La pequeña, esperanzada, exclamó:

—¡Oh, sí, sí; venid pronto!

Y arrastró a Peyrolles.

Después de algunos minutos de camino llegaron ante una casa de uno de los barrios más pobres de la villa.

—Es aquí —dijo la chiquilla—; seguidme: voy a guiaros.

Subieron por una oscura escalera hasta el piso más alto y entraron en una habitación miserable, donde Peyrolles vio, sobre un jergón, un hombre tendido, con la muerte escrita ya sobre su frente.

Era un personaje de cuarenta y cinco años cuyas facciones no carecían de distinción.

—¿Eres tú, Bathilde? —preguntó el moribundo, con un soplo de voz, sin advertir la presencia del forastero.

—Sí, padre.

—¿Por qué has salido? ¿Quieres acaso que me muera sin verte?

—Salí a buscar un médico.

—Te dije que no lo necesitaba ya... Dame de beber... Tengo el pecho ardiendo.

La chiquilla llevó a los labios de su padre una taza en el fondo de la cual había un resto de tisana.

El hombre bebió ávidamente y pareció animarse un poco.

Entonces vio a Peyrolles y el asombro se pintó en su rostro.

—¿Sois doctor, caballero? —preguntó—. Si lo sois no os será difícil ver que vuestra ciencia no tiene recursos suficientes para serme útil.

—No soy médico —dijo Peyrolles—. Hace un momento he encontrado a esta chiquilla, que iba en busca de un médico capaz de aportaros algún alivio al mal que sufrís.

—Gracias, caballero, por vuestra intención generosa: pero os repito que todo socorro me es ya completamente inútil...

—Dejadme por lo menos endulzar vuestros últimos momentos... Llevo siempre encima un cordial del que hago personalmente uso algunas veces y que posee la virtud de aliviar al instante los sufrimientos más intensos.

Al mismo tiempo introdujo un pequeño frasco entre los dientes cerrados del moribundo y le vertió algunas gotas en la boca.

El hombre experimentó en el acto un gran alivio y la vida pareció renacer en él.

—¡Oh, oh...! —dijo, tratando de sonreír—. ¿Es, pues, un licor diabólico? Me siento, en efecto, muy aliviado, y si no supiese que estoy irremisiblemente condenado creería que me quedan todavía largos días que vivir.

—¿No conserváis ninguna esperanza de recuperar la salud?

—Ninguna; todo está destrozado en mí, tanto las fuerzas físicas como las morales.

—Pero para que vuestro mal se haya agravado de esta forma debéis haberlo descuidado desde el principio...

—Mi mal no ha sido nunca de los que reaccionan ante los cuidados ordinarios.

—¿Ah?... —dijo Peyrolles, a guisa de interrogación.

—Fue el alma la primera en ser alcanzada —dijo el moribundo—; la enfermedad no fue más que la consecuencia de la herida que sufría.

—Creo comprender: habéis sido abrumado por reveses de fortuna —insinuó el antiguo intendente, que no suponía que pudiese haber sobre la tierra males peores que

este—. Me es fácil ver, además, que no siempre habéis estado en la miseria. La forma en que os expresáis, ciertos indicios que he observado, me lo demuestran suficientemente.

—Estáis en lo cierto. En otros tiempos conocí incluso la opulencia... He tenido palacios, he llevado un fastuoso tren de casa... Altos personajes me han honrado con su amistad... y han venido a sentarse a mi mesa, cuyo lujo había llegado a ser proverbial.

»He aquí mi historia, en pocas palabras:

»Me llamo De Wendel... Hijo de alta estirpe, pero comerciante como todos mis compatriotas, fui un tiempo uno de los más ricos navieros de Amberes. La fortuna me había sonreído temprano y veía mi capital aumentar de día en día. Aspiraba encontrar una mujer a la cual pudiese consagrar mi existencia y ofrecerle los tesoros de afecto que sentía en mí. Mi aspiración fue pronto colmada. Un día desembarcó en Amberes una muchacha de veinticinco años que, desaparecidos sus padres, venía a vivir con un tío suyo que habitaba en nuestra villa. Era de Venecia y poseía la belleza de las mujeres de su patria. En cuanto la vi caí profundamente enamorado.

»Habiendo muerto su tío poco después, fue ella quien me propuso el matrimonio. No me atreví a negarme, a pesar de que los míos me habían puesto en guardia contra la locura que iba a cometer e hicieron cuanto pudieron por alejarme de ella. Habían pedido a nuestros corresponsales en Venecia informes sobre Leona, que así se llamaba la joven, y estos fueron bastante desfavorables. Pasaba por una aventurera. Todo esto no me detuvo y me casé con ella, con gran dolor de mi padre y de mi madre, cuya voluntad no escuchaba. Poco tiempo después de casados, con el pretexto de que la frialdad que le atestiguaban los míos era para ella un insulto incesante, me obligó a abandonar mi país e ir a vivir al suyo. Entonces empezó para mí una existencia insensata.

»Dispuso de mi inmensa fortuna a su antojo y se entregó a todas las locuras que le sugería su espíritu fantástico. No eran más que fiestas deslumbradoras, bailes y recepciones. Me había hecho comprar un palacio donde reuníamos a la juventud alocada de Venecia en noches que nos costaban sumas fabulosas.

»Los banqueros en cuyas casas tenía depositados mis fondos me hicieron saber, uno después de otro, que estos se habían acabado y que mi comercio, del que no me preocupaba desde mi salida de Amberes, había ido poco a poco menguando y llegado a ser totalmente nulo; por tanto no podía esperar por su lado ningún crédito.

»Quedé anonadado. ¿Qué diría Leona ante tal desastre?

»Un día, asqueado de aquella terrible existencia, me decidí a revelárselo todo.

»La víspera habíamos dado una fiesta que nos costó cerca de cien mil francos que había conseguido estafar... sí, estafar a un viejo amigo que ignoraba mi ruina.

»Eran las once de la mañana y pensaba encontrar a Leona todavía en cama. Me

dirigí a sus habitaciones, no sin aprensión y buscando una entrada en materia a fin de dulcificar la crueldad de la confesión, cuando al penetrar en su dormitorio lo primero que me impresionó fue descubrir el desorden que reinaba en él.

»Los cajones de los muebles estaban abiertos y los objetos más valiosos habían sido sacados de ellos precipitadamente: la cosa era visible por la confusión en que se hallaban los que quedaban.

»Entonces advertí que la cama no estaba deshecha y que no debía haberse acostado.

»Mientras permanecía inmóvil en medio de la habitación, tratando de comprender qué significaba todo aquello, la sonrisa irónica de un criado que me miraba por el rabillo del ojo vino a hacer nacer en mí una sospecha terrible y casi en el acto me iluminó mi desgracia.

—Lo adivino —dijo Peyrolles—: viendo que no podíais ya satisfacer sus caprichos os había abandonado.

—Precisamente. Fue el último golpe y sentí que no sobreviviría a él. La miserable, que era tan mala madre como mala esposa, me había afortunadamente dejado nuestra hija. Hui de Venecia con ella y me vine a vivir aquí, para morir por lo menos en mi patria. No osaba regresar a Amberes. Mis padres habían muerto de dolor poco después de mi matrimonio, legando sus bienes a la villa para dedicarlos a obras de beneficencia. No habían querido que fuesen a reunirse con mi fortuna..., y tenían razón.

»Hace dos años que vivo en Brujas, donde hasta ahora he vivido de algunos centenares de francos que me quedaban en la cartera a nuestra salida de Venecia, si puede llamarse vivir a estar constantemente clavado en este jergón, el cuerpo y el espíritu destrozados por el dolor y la enfermedad.

»Pero es la suerte de mi hija lo que me inquieta... ¿Qué va a ser de ella una vez muerto yo..., pobre pequeña?

»Además lo que aumenta todavía mis temores es que Bathilde, lo he observado con frecuencia, tiene el espíritu fantástico de su madre; quiero decir que a pesar de su edad tiene ya inclinación al lujo, a la opulencia; sueña en ser rica, inmensamente rica; en poder tirar el oro a puñados...

»Repetidas veces la he oído emitir extrañas ideas a este respecto, ten extrañas que me han asustado.

—¡Ah...! —dijo Peyrolles, a quien estos detalles parecieron interesar.

—Sí, desgraciadamente... ¿No me dijo acaso un día que no retrocedería ante un crimen con tal de obtener una fortuna?

Sé muy bien que son cosas de chiquilla; pero ¿no es sorprendente que semejantes pensamientos germinen en un cerebro tan joven?

—En efecto —dijo el antiguo intendente—: es asombroso. Es de una precocidad

poco común...

Y al mismo tiempo contemplaba a la chiquilla, que se había dormido.

Era linda. La sangre flamenca mezclada a la sangre caliente del país de su madre había dado a sus facciones un género de belleza sumamente personal. De cabello negro, pero de piel blanca y rosada como las mujeres del norte, tenía que llegar a ser más tarde una seductora muchacha.

Desde hacía un momento Peyrolles maduraba un proyecto.

—Mi buen señor De Wendel —dijo de repente—, yo podría, me parece, calmar vuestras inquietudes en cuanto a la suerte de vuestra hija si llegáis a faltar...

—¿La tomaríais con vos?

—Haré más: la adoptaré.

—¿Cómo? ¿Tendríais esta generosidad?

—La tendré por... por el interés que tomo en vuestro infortunio.

—Entonces, caballero, solo me falta conocer el nombre del hombre generoso que Dios ha querido mandarme...

—A menos que sea el diablo... —murmuró para sí el antiguo factótum.

Después, altivamente, no temiendo darse a conocer a un hombre a quien solo quedaban unas cuantas horas de vida, respondió en voz alta:

—De Peyrolles.

—¿De Peyrolles?

—Sí, ¿de dónde viene vuestro asombro? —respondió el ex intendente, presa de una vaga inquietud ante esta exclamación y la expresión ensombrecida de su interlocutor.

—El duque de Gonzaga, en la época en que se decía mi amigo, me hablaba a menudo de uno de sus parientes, un príncipe, me parece, que vivía en París y tenía adicto a su persona un gentilhomme que llevaba este nombre. ¿Sois acaso ese gentilhomme?

Peyrolles permaneció unos segundos silencioso antes de contestar:

—Sí, soy yo.

—¡Oh, entonces, caballero, rehusó la oferta de adoptar a mi hija!

—¿La rehusáis? ¿Y por qué?

El enfermo se incorporó sobre el codo y con gran decisión respondió:

—Porque el intendente del príncipe tenía reputación de perfecto granuja, adquirida a justo título, al parecer, y que además, por lo que oí contar, no era inferior a la de su dueño...

—¡Caballero! —exclamó Peyrolles, frunciendo el ceño y acercándose al enfermo con aire amenazador.

—¡Alejaos de mí..., alejaos pronto! —gritó este, y con un esfuerzo sobrehumano consiguió sentarse en el camastro y tender los brazos hacia la chiquilla como si

hubiese querido protegerla—. En vuestras manos Bathilde estaría perdida: tengo este presentimiento... La pobre pequeña tiene ya demasiada inclinación hacia las riquezas..., acabaríais de empujarla por esta vía fatal...

—No os ocultaré —respondió el granuja— que estas ideas de lujo y opulencia que la obsesionan me servirán mucho para hacerle desempeñar el cargo a que la destino.

—¡Oh, quiero vivir; ahora... quiero vivir para salvarla...! —gritó el desgraciado, que con un nuevo y poderoso esfuerzo trató de levantarse de su camastro; pero no consiguió sino provocar una violenta convulsión que acabó de agotar todas sus fuerzas.

Entonces, sintiendo cercana la muerte, quiso llamar a su hija, ponerla en guardia contra el infame que había decidido su pérdida. Peyrolles comprendió su intención y se puso lívido.

Su agitación activó las contracciones nerviosas de su cuello y su cabeza empezó a danzar furiosamente sobre su hombro izquierdo.

—¡Callaos! —exclamó sordamente, mientras sus ojos inflamados iban de la chiquilla al moribundo.

Era importante, en efecto, que ella no supiese nada de la escena que se desarrollaba en aquel momento.

La voz del enfermo era como un hipo y se le ahogó en la garganta, ya contraída por la agonía.

—¡Callaos..., callaos! —repitió Peyrolles.

Pero el moribundo le miraba con terror y hacía cada vez esfuerzos más violentos.

—Ba... Bathil... —acabó por articular.

Su alma, liberada de los lazos terrenales, acababa de levantar el vuelo hacia las regiones serenas de la inmensidad.

Pero sin duda debió rozar antes con sus alas a la muchacha dormida, porque Bathilde, saliendo repentinamente del profundo sueño en que estaba sumida, se levantó como movida por un resorte y se lanzó de un salto sobre el camastro, gritando:

—¡Padre mío!

—Dios ha sido misericordioso —dijo hipócritamente Peyrolles, que se había erguido—: ha tenido piedad de sus sufrimientos y le ha llamado a Él.

IV

La educación de la venganza

La inhumación tuvo lugar al día siguiente y al volver del cementerio Peyrolles pudo por fin llevarse a Bathilde, a quien instaló en su alojamiento.

—Hija mía —le dijo en cuanto la creyó en estado de escucharle—, el sueño que te abrumaba cuando se produjo la muerte de tu padre te impidió oír sus últimas voluntades. Pero yo, que pude recogerlas con su último aliento, debo transmitírtelas.

»Inquieto por tu porvenir cuando no estuviese ya en este mundo, y sabiendo que nadie vendría a reclamar su parentesco para tomarte bajo su protección, aquel a quien lloras te ordena, a pesar de ser yo un extraño, que vivas en adelante conmigo a fin de que tengas a la vez una tutela y una salvaguardia en mi persona.

»Te recomienda además que seas dócil a las enseñanzas que yo juzgue útil darte y que jamás te rebeles contra ellas, por singulares que puedan parecerte.

—¿Mi padre habló así? —preguntó la muchacha, fijando interrogativamente sus grandes ojos negros en Peyrolles, que tuvo trabajo para sostener sin vacilar aquella mirada.

—Son sus propias palabras... ¿Estás dispuesta a obedecer?

—Puesto que es su voluntad, tengo que someterme a ella —respondió lentamente Bathilde, en quien parecía despertar una duda.

—Bien, hija mía —dijo el granuja—: estaba seguro de que como hija respetuosa de las órdenes de un padre me darías esta respuesta.

»Por consiguiente, en adelante viviremos juntos. Habitarás esta casa, que es propiedad mía y en la cual se te preparará una habitación. Soy relativamente rico y podrás rodearte de un poco del bienestar a que estuviste acostumbrada desde tu infancia; porque me he enterado de que en otros tiempos tus padres ocupaban el primer rango en la sociedad.

»Te procuraré también profesores que acabarán tu educación, tan bruscamente interrumpida por la desgracia. Es necesario que estés en condiciones, llegado el momento, de volver a ocupar en el mundo el lugar que te corresponde.

—¿Qué queréis darme a entender con esto? —preguntó Bathilde, cuyas pupilas se encendieron de repente con una llama de codicia—. ¿Queréis acaso decir que volveré a ser rica?

—Evidentemente.

—¿Qué viviré, como antes, en un palacio... un gran palacio de mármol, con estatuas por todas partes?

—¡Pues claro!

Como había dicho De Wendel a Peyrolles, la muchacha tenía una inclinación desmesurada al lujo, inclinación que algunas veces frisaba en la locura.

Peyrolles había hecho este descubrimiento con satisfacción, pues convenía perfectamente a sus proyectos.

A medida que la muchacha crecía esta inclinación iba acentuándose. El canalla no perdía por otra parte ocasión de fomentarla con todos los medios de que disponía.

La muchacha alcanzó por fin sus dieciséis años. Pero alta y robusta, las formas plenamente acusadas, aparentaba más de dieciocho.

Tenía también una inteligencia superior a su edad.

Dúctil y astuta como una italiana, ocultaba bajo su aire de candor una ciencia ya profunda de la vida.

Peyrolles comprendió entonces que había llegado el momento de hacerla servir para la ejecución de sus proyectos.

Desde hacía algún tiempo se había operado cierto cambio en su manera de vivir, porque la casa que habitaban, donde durante años enteros no penetró alma viviente, se animaba ahora después de la caída de la tarde, cuando Bathilde se había retirado a su habitación, con un movimiento inusitado.

Vamos a dar a conocer qué nuevo complot tramaba el ex-factótum del príncipe de Gonzaga con aquellos a quienes abría la puerta después del toque de queda.

Lejos de extinguir su odio contra Enrique de Lagardère, la lejanía del tiempo y del lugar no había hecho sino aumentarlo.

Su proyecto, madurado desde hacía mucho tiempo, no entraba en vías de realización porque no sabía dónde ni a quién dirigirse para encontrar espadas y puñales en venta.

En efecto: todos los espadachines empleados en otros tiempos por su dueño habían muerto.

Todos salvo dos, sin embargo: el gascón Cocardesse y el normando Passepoil. Pero no podía acordarse de estos dos sin rabia porque había sido traicionado por ellos.

El tiempo, no obstante, pasaba... ¿Qué esperaba para tomar una decisión y obrar?

Una cosa: la edad no había aportado un átomo de valor a su corazón de liebre.

Cierto atardecer regresaba Peyrolles de su paseo cotidiano e iba a cerrar ya la puerta de su casa cuando se produjo un gran alboroto en la calle y el batiente de la puerta fue tan violentamente empujado desde fuera que el anciano tuvo que apoyarse en la pared para no caer hacia atrás.

Un segundo —el tiempo justo que necesitaba una puerta para abrirse y cerrarse— y Peyrolles tuvo la visión de un hombre que entraba en su casa.

—¿Quién sois y qué queréis de mí? —balbució con cierto temor, porque el intruso y él estaban en completa oscuridad.

—¡Callad...! —respondió el otro—. ¡Escuchad!

La calle se llenaba de clamores y luces.

Un numeroso grupo de hombres, la mayoría de ellos con antorchas, corría hacia el centro de la villa.

—¡A muerte! —gritaba aquella gente—. ¡A muerte el asesino!

El terror de Peyrolles aumentaba.

—¿Sois vos ese asesino a quien persiguen? —preguntó, temblando.

—Soy, en efecto, yo a quien esos estúpidos burgueses dan caza —respondió el otro, con un fuerte acento tudesco—; pero me acusan en falso de asesinato, puesto que el hombre a quien he matado ha perdido la vida en duelo leal.

—Y para dispensaros de dar explicaciones a la justicia venís a comprometer mi casa, ¿no es así? —gritó el anciano, recobrando su aplomo, furioso por el temor de verse mezclado en un asunto feo.

El desconocido le puso la mano en la boca.

—¡Chitón! —repitió—. Vuestra casa no será sospechosa si no gritáis, buen hombre, y... ¡qué diablos!, como no estoy de humor de dejarme pescar, os voy a clavar la lengua como a Daniel O'Chrane si no os calláis. ¡Un poco de paciencia, cáscaras! Ved: los perros se extravían...

Los perseguidores estaban desorientados, en efecto.

Ninguno de ellos había visto al fugitivo introducirse en la casa de Peyrolles, y ante aquella puerta herméticamente cerrada iban de derecha a izquierda, sorprendidos de no encontrar a su presa, desvanecida como si el suelo se hubiese abierto para ocultarla.

Poco a poco los gritos cesaron, los pasos se alejaron y la calle volvió a caer en su silencio acostumbrado.

—Gracias por el servicio que acabáis de prestarme, buen hombre —dijo el desconocido, aflojando la mordaza viva que no había cesado de aplicar a la boca de Peyrolles—. Voy a aprovechar la oscuridad para abandonar esta villa donde uno no puede tratar los asuntos a su guisa.

—Una emoción tan fuerte debe haberos debilitado. Subid a mi gabinete y beberemos una copa de licor mientras charlamos.

El hombre no se hizo de rogar y los dos subieron la escalera.

El primer cuidado del hipócrita anciano después de haber encendido la lámpara fue asegurarse de que Bathilde dormía.

Tranquilo sobre este punto regresó a la habitación que le servía de biblioteca y de despacho.

Al entrar, la luz que tenía en la mano dio de lleno en el rostro de su interlocutor y Peyrolles se sorprendió al encontrarse ante un hombre extraordinariamente joven.

El desconocido, en efecto, no tenía más de dieciocho o diecinueve años.

No era sin embargo bello, y su rostro, en el que brillaban dos ojos profundamente astutos, llevaba ya el estigma de una vida accidentada por la fatiga y los excesos.

Cuando los dos estuvieron sentados junto a la mesa, donde había dos vasos y una botella, Peyrolles murmuró, como hablando para sí mismo:

—Daniel O’Chrane era una temible hoja, a pesar de lo que pudiese decirse de él, y al jactarse de haberle matado este petimetre debe adornarse con una hazaña imaginaria.

—¡Eh, buen hombre, tenéis un vino excelente! —dijo el muchacho después de haber bebido, examinando también a su huésped.

Y al no obtener respuesta añadió, riendo:

—Y unos ojos más curiosos que una lengua chismosa.

—¿No me habéis dicho que a veces hacíais vuestra la venganza de otro? —preguntó Peyrolles de repente.

—No sé si os lo he dicho, buen hombre; pero ese caso me ha ocurrido más de una vez.

—¿Os habían pagado por vuestro asunto con O’Chrane?

—¡Para qué ocultarlo!

—¿Queréis decirme vuestro nombre?

—Matías Knauss.

—¿Y dónde habéis aprendido a manejar la espada?

—Mi maestro, a quien no he visto desde hace algunos años, es uno de los mejores profesores de Alemania y se llama Staupitz.

—¿De Colonia? —preguntó el anciano, levantándose como galvanizado.

—Sí. ¿Le conocéis, pues?

—Le conocía..., porque ha muerto.

—Le tocaba el turno —dijo Knauss filosóficamente—. ¿Encontró, pues, a alguien más fuerte que él?

—Cayó con la frente agujereada por la espada del conde de Lagardère.

—¡Ah, bah...! Me había hablado de un tal Lagardère; pero aquel no era más que caballero.

—Es el mismo.

Y Peyrolles dio a su voz una entonación patética al añadir:

—Matías Knauss... ¿queréis vengar a vuestro maestro?

El joven granuja contestó con esta pregunta cínica:

—¿Quién paga?

—Yo. Y pagaré largamente... Staupitz debió hablaros también del príncipe de Gonzaga y de su intendente Peyrolles. Yo soy este último y prosigo la obra por la cual mi maestro y el vuestro dieron su vida.

La conversación iniciada sobre este tono, los dos miserables tenían que terminar entendiéndose.

Poco antes del nacimiento del día Matías Knauss salía de la casa que le había

servido de asilo. Llevaba el corazón ligero y la bolsa pesada, habiendo exigido fuertes arras y una gruesa prima para tratar de actuar mejor que su maestro.

A partir de aquella entrevista y de este pacto empezó en la casa de Peyrolles aquel extraño ir y venir nocturno que tanto intrigaba a Bathilde.

Knauss cumplía la primera parte de su compromiso y enviaba uno a uno, para cobrar su salario, a los cómplices que contrataba.

Cuando el rencoroso anciano tuvo reunida una docena de rufianes consideró su tropa suficiente.

El trabajo más árido estaba por hacer, porque se trataba de atraer al conde de Lagardère a la celada que preparaban para él.

V

La buena idea de Peyrolles

Un mes aproximadamente después de su convenio con el joven alemán Peyrolles se preguntaba quizá por milésima vez a qué expediente recurrir para lograr su objeto cuando de repente se dio un golpe en la frente, lanzando un grito de júbilo.

Una idea acaba de germinar en su cerebro.

Feliz de su descubrimiento fue a encerrarse en el gabinete en que le hemos visto ya y se instaló en un sillón cerca de una mesa donde se veía papel, plumas y tinta.

Seguro de no ser molestado por nadie abrió un cajón del escritorio y sacó una cartera de cuero de Córdoba con las armas de los Gonzaga, cuyo escudo cincelado en oro aparecía en relieve sobre la tapa.

Esta cartera, en efecto, perteneció al asesino del duque de Nevers; pero había pasado a posesión de su antiguo factótum el día en que este, a punto de abandonar la capital, se introdujo en el hotel del príncipe —donde, como se recordará, residía él también— para reunir precipitadamente los objetos de valor.

Al pasar por las habitaciones de su difunto dueño, más allá de las cuales estaban las suyas, había visto el objeto sobre la estantería de un escritorio y a toda eventualidad se había apoderado de él, si bien después de inventariarlo vio que solo contenía algunas cartas sin importancia de amigos o familiares.

—¿Quién sabe? —se dijo—. Quizá puedan serme útiles algún día...

Como siempre, Satán le había inspirado bien: una de estas cartas debía servirle para la venganza que meditaba contra Enrique de Lagardère.

Veremos cómo.

Abrió la cartera y sacó los papeles que contenía, entre los cuales eligió uno doblado en tres y provisto de un gran sello de cera roja roto por la mitad.

Era una carta del marqués de Chaverny a su primo Gonzaga.

El texto era insignificante: se trataba meramente del relato de una cacería a que había asistido el marqués.

Pero no por ello carecía de importancia, pues procuraba a Peyrolles un modelo de escritura de uno de los más íntimos amigos del conde, y había concebido el infernal proyecto de atraer a este a una emboscada por medio de una carta presuntamente escrita por el marqués.

Había sabido por Knauss que Chaverny vivía en aquellos momentos en sus tierras de Lagny, con su esposa y su hija.

Nada era, pues, más fácil que engañar al conde haciéndole llegar una carta supuesta procedente de esta localidad y por tanto de su amigo.

Pero para que Lagardère no tuviese la menor sospecha de la falsificación era necesario que no dudase ni un instante de la autenticidad de la carta y reconociese en

el acto la escritura y La firma de su amigo.

Por tanto Peyrolles debía conseguir que una y otra fuesen una perfecta imitación de la verdadera escritura.

Para entregarse a esta tarea de falsificación se había encerrado en su gabinete al abrigo de todas las miradas indiscretas.

Los ensayos fueron largos y laboriosos. Diez veces, veinte veces tuvo que corregir un gancho, un palote, unir las letras de la misma forma en que lo estaban en el original, hasta que estuvo plenamente satisfecho.

Finalmente, al cabo de dos horas de esta difícil labor, sus esfuerzos fueron coronados por el éxito más completo: había conseguido copiar la carta del marqués con tal precisión de detalles caligráficos que cualquiera se hubiera engañado.

La ciencia del perito calígrafo más hábil no hubiera sido capaz de distinguir la falsa carta de la verdadera.

Seguro ya de sí mismo, tomó una hoja de papel y con mano firme escribió la carta siguiente, después de haber hecho el borrador por adelantado:

»Lagny, cerca de París, 11 de la mañana.

»Mi querido conde:

»Imaginad que acaba de ocurrirme una aventura bastante singular.

»Hace poco me paseaba por la parte exterior del muro de mi parque, a fin de comprobar su solidez y mandar hacer en caso necesario las reparaciones oportunas, cuando a la vuelta de una esquina me encontré ante un hombre a caballo que de pies sobre su silla estaba despojando de sus flores un soberbio rosal cuyas ramas sobresalían por encima del muro.

»Su manera de proceder, lo confesaréis, era poco delicada y así se lo hice observar al quídam.

»Yo estaba tanto más ofendido por su desfachatez cuanto que este rosal había sido plantado por mi querida Flor poco después de nuestro matrimonio y era para nosotros un encantador recuerdo de nuestras primeras alegrías.

»Si mi ladrón de rosas hubiese tenido la menor educación se hubiera excusado de su pequeño hurto y el asunto no habría tenido consecuencias.

»Pero en lugar de esto el intruso, a quien tomé por un noblote cualquiera de provincias, tomó la cosa por lo alto y me respondió en tono descortés diciéndome que le dejase tranquilo, pues de lo contrario podría arrepentirme.

»Era demasiado, y el desvergonzado merecía una lección.

»Con un movimiento brusco cogí la brida del caballo y le hice dar un rápido paso adelante.

»Este acto tuvo la consecuencia, que era desde luego de esperar, de hacer perder el equilibrio al hombre, que, después de haber tratado en vano de agarrarse a alguna

salida del muro, dio en tierra con toda su altura.

»Considerando el castigo suficiente me disponía a alejarme cuando el hombre, levantándose con presteza, echó mano a su espada y avanzó hacia mi con el rostro rojo de cólera.

»—¡Caballero! —me dijo, con un fuerte acento meridional.

—Me habéis gravemente ofendido. Soy el caballero de Pombignac y necesito vuestra sangre. ¡En guardia!

»—Mi querido caballero de Pombignac —le respondí, desenvainando a mi vez—, si os he gravemente ofendido es porque me habéis obligado a ello. En cuanto a mi sangre, que al parecer os es necesaria para lavar vuestra ofensa, pues bien: tomadla si podéis.

»Y cruzamos nuestros aceros. Pero habíamos dado únicamente algunos pases cuando divisé a mi esposa que regresaba de su paseo matinal y se dirigía hacia nosotros, afortunadamente sin vernos todavía.

»Deseando no ofrecerle el espectáculo de un duelo rogué insistentemente al caballero que aceptase aplazar el encuentro, añadiendo que al cabo de una hora me encontraría en el lugar de los alrededores que quisiera designarme.

»—No es posible —me respondió—, porque tengo que irme a París inmediatamente. Sin embargo, a fin de no posponer nuestro asunto hasta mañana, venid a encontrarme esta tarde y estaré a vuestra disposición a partir de las ocho.

»—¿Por qué tan tarde? —pregunté yo.

»—Porque mis ocupaciones no me dejarán libre antes.

»Aun cuando me contraría tener que ausentarme de Lagny una parte de la noche, ya que no sé todavía qué pretexto inventaré para justificarme con Flor, acepté, naturalmente, y como me confesó conocer muy poco la capital, donde solo había hecho cortas estancias, me rogó que le indicase yo mismo el lugar del encuentro.

»Entonces le indiqué la explanada de los Inválidos, lugar fácil de encontrar, incluso para un provinciano, y donde uno se puede cortar el pescuezo sin temor a ser molestado, ya que a partir del crepúsculo no pasa por allí ni un gato.

»Para encontrarnos más fácilmente llegué a especificar el lugar donde debía resolverse nuestra contienda: a la derecha de la verja del jardín, por el lado del Gros-Caillou.

»Heme, pues, querido conde, con un duelo a cuerdas por un asunto de unas rosas, lo cual sin hacer un juego de palabras, no carece de picante.

»En esta circunstancia he pensado en vos para que seáis mi testigo, seguro de que, siendo como sois mi mejor amigo, no me negaréis este servicio.

»El caballero de Pombignac tendrá, me ha dicho, como testigo un pariente suyo en cuya casa se aloja.

»Hasta esta noche, pues, mi querido Enrique. Cuento enteramente con vos.

»Recordadlo bien: explanada de los Inválidos, en el ángulo derecho de la verja del jardín.

»Mis más respetuosos saludos a la condesa.

Terminada esta carta Peyrolles hizo algunos retoques y, después de volver a leerla atentamente, la firmó «DE CHAVERNY», con una soberbia rúbrica idéntica a la del marqués.

Había hecho la carta un poco larga para imitar el estilo prolijo de este último, del cual tenía una muestra ante los ojos.

—Y ahora el post-scriptum —se dijo.

«P. S. —A fin de no alarmar a la marquesa con la salida hacia París de uno de nuestros criados, os mando esta carta por el hijo de nuestro jardinero, que tiene orden de entregársela en propia mano».

Hecho esto dobló la misiva de la misma forma en que lo estaba la que había tomado por modelo y puso la dirección: «Al señor conde Enrique de Lagardère, en su hotel de Nevers, Paris».

Al día siguiente a primera hora se despedía de Bathilde, le advertía que estaría más de tres semanas ausente y tomaba con gran diligencia el camino de París.

Ocho días después ponía los pies en la capital.

Era por la mañana y la ciudad empezaba tan solo a despertarse.

Knauss, de acuerdo con sus instrucciones, debía haberle preparado su antigua residencia de la Grange-Batelière, donde iba a establecerse durante su estancia en París.

Se dirigió, pues, a ella y reconoció que el alemán había ejecutado fielmente sus órdenes y que a pesar de su larga ausencia la mansión era perfectamente habitable. Por otra parte no pensaba estar allí más de una semana.

Temiendo mostrarse por las calles de París durante el día, no se atrevió a salir hasta que hubo anochecido.

Para mayor precaución se tapó un ojo con un ancho pañuelo de seda que ocultaba casi tres cuartas partes de sus facciones.

Knauss le había dicho que siempre que tuviese necesidad de sus servicios le encontraría en la taberna de «La Urraca Descolada», situada en el suburbio del Gros-Caillou.

Como quería conferenciar aquella noche con el teutón se dirigió hacia este lado.

Pero ¿dónde diablos podría encontrar aquella maldita taberna?

La providencia de los granujas vino en su auxilio.

Había recorrido ya varias calles de aquel barrio, lanzando maldiciones contra

Knauss por no haberle dado indicaciones más precisas, cuando la puerta de un antro ante el cual iba a pasar se abrió para dar brusca salida a dos hombres que, con el cuchillo en la mano, salían para continuar en la calle el combate iniciado dentro.

Instintivamente Peyrolles dirigió una mirada al interior y tuvo la satisfacción de ver al que buscaba sentado con una docena de individuos más, a quienes reconoció como los que Knauss le había mandado a Brujas.

El joven espadachín debía en efecto haber pasado prontamente la frontera, menos para desempeñar la tarea que le había encomendado Peyrolles que para ponerse a salvo de las represalias de los numerosos amigos de O'Chrane.

La taberna de «La Urraca Descolada» era en verdad el peor antro de bandidos que pudiera imaginarse. Todos los malandrines de París la consideraban su cuartel general y acudían allí para contar sus hazañas y preparar sus golpes de mano en plena seguridad.

Peyrolles franqueó sin vacilar el umbral de aquella cueva y se dirigió hacia Knauss.

—¿Estáis dispuestos tú y tus hombres?

—Sí; una señal vuestra y obraremos.

—Vengo para hacértela. Antes, sin embargo, es necesario que ejecutes exactamente la orden que voy a darte.

—¿Cuál?

—Hela aquí —dijo Peyrolles, sacando de su jubón la carta que ya conocemos—. Mañana durante el día llevarás esta carta al hotel de Nevers y pedirás hablar con el conde Enrique de Lagardère.

—Bien.

—A él mismo, entiéndelo bien.

—Sí, si: a él mismo.

—Y cuando estés en su presencia le dirás: «Señor conde, he aquí lo que me ha encargado que os traiga con toda celeridad el marqués de Chaverny, mi dueño». ¿Comprendes bien?

—Se lo diré palabra por palabra. ¿Después...?

—Después esperarás un poco por si hubiese respuesta, pues quizá te la dé, aunque esta carta no la requiere... Y voy a ponerte al corriente del contenido de esta misiva para impedirte charlar distraídamente, lo cual podría perjudicar la ejecución de nuestro proyecto.

En pocas palabras Peyrolles le reveló la sustancia de su carta.

—¿Y sí me da una respuesta?

—Si te la da la grabarás fielmente en tu memoria para transmitírmela con toda exactitud.

—Contad conmigo. ¿Dónde tengo que ir a encontrar? ¿A la Grange-Batelière?

—Sí, allá acabaremos de combinar juntos nuestro plan.

—Entendido.

—He aquí algo a cuenta para ti y tus hombres... El doble después.

Knauss tendió su sombrero, en el que el anciano dejó caer un grueso puñado de oro.

—Es como si estuviese hecho —dijo el teutón.

—Que el diablo te escuche... —dijo el antiguo intendente—. Hasta mañana, pues —añadió, marchándose—. Espero tu venida con impaciencia.

Y salió de la taberna.

—¡Ahora nos veremos las caras Enrique de Lagardère! —murmuró el anciano en cuanto estuvo en la calle—. Hace cuatro años, cuando abandoné París, juré volver un día para arrancarte a tu felicidad, a los brazos de los tuyos y a sus caricias; para derribarte a mi vez como tú me derribaste en el cementerio de Saint-Magloire..., y mejor incluso, porque tú no te levantarás. Pues bien: este día ha llegado... y heme aquí. Dentro de algunas horas habrás dejado de vivir...

VI

La cita

Desde que Enrique de Lagardère, después de salvarla de una muerte horrenda, se casó con Aurora de Nevers, por quien había sentido un afecto paternal antes de quererla con aquel amor ardiente que le dio fuerzas para afrontarlo todo por obtenerla, desde aquella época, decimos, el conde nadaba en plena felicidad.

Como si Dios hubiese querido estrechar más el lazo que los unía les había concedido un hijo: un angelito de dulce mirada y ojos azules, que irradiaba felicidad y saturaba sus corazones de un dulce encanto.

Le habían llamado Felipe en recuerdo del duque de Nevers, su amigo de un instante, el padre de su esposa.

Cuatro arios transcurrieron sin que una sombra viniese a empañar la pureza de su firmamento.

Pero... ¡ay!, durante este corto lapso agotaron la parte de felicidad que les había sido concedida y la desgracia iba a caer sobre ellos, terrible, aniquiladora, haciendo para siempre un lugar de dolor y desolación del dulce nido donde reposaban.

Al día siguiente del en que Peyrolles fue a buscar a Knauss a la taberna de los bandidos, este, vestido de campesino de los alrededores de la capital, montado en un alto caballo famélico que parecía haber pertenecido a don Quijote, se detenía ante el hotel de Nevers, en cuya puerta podía verse un soberbio portero suizo de estatura atlética.

El muchacho apeose de un salto de su caballo y se dirigió hacia el imponente personaje; en la mano llevaba la carta que le había dado Peyrolles.

—¿Es aquí donde vive el señor conde Enrique de Lagardère, señor portero? —preguntó.

—*Ja* —se decidió a responder el interpelado—. ¿Qué quieres tú del señor conde?

—Quisiera entregarle esta carta... Es muy urgente.

El gigante tendió la mano en forma de bandeja para recibir la misiva.

—No; tengo que entregársela yo mismo.

—*Nein* —dijo categóricamente el portero.

Y al mismo tiempo tendió el brazo para apoderarse de la carta.

El muchacho retrocedió y ocultó el pliego tras su espalda.

—*Mein Gott!* —exclamó al portero, olvidando ocultar su nacionalidad—. Os he dicho que tengo que entregársela personalmente al señor conde. Vengo ex profeso de Lagny. El señor marqués de Chaverny, que me manda, me ha dicho: «Vas a llevar esto a París y lo entregarás en las mismas manos del conde de Lagardère». Me lo ha repetido varias veces. «Tú mismo... ¿me entiendes?». Sabéis muy bien que no puedo daros este papel. Si no queréis dejarme entrar regresaré a Lagny y diré al señor

marqués que no me habéis dejado cumplir su encargo.

Después de haber refunfuñado tres o cuatro monosílabos entre dientes, prueba de su perplejidad, el portero hizo al campesino signo de que le siguiera.

Caminando delante de Knauss, que había atado su caballo a uno de los jalones situados a ambos lados de la puerta, el portero le llevó hasta una antesala donde se hallaba un criado, al cual le confió sin decir una palabra.

Este le llevó entonces a un salón y le invitó a esperar mientras informaba a su dueño de su venida.

A los diez minutos fue el conde en persona quien apareció. Seguía siendo el gallardo Lagardère de siempre.

Como en otros tiempos, su altiva cabeza se erguía orgullosamente sobre sus hombros; sus facciones, así como su paso, seguían siendo tan jóvenes como antes.

Ni un solo hilo de plata se había extraviado por entre la masa ondulada de su negra cabellera; ni un surco había alterado las puras líneas de su rostro.

—¿Traes una carta para mí, muchacho? —preguntó a Knauss.

—Sí, señor conde, de parte del señor marqués de Chaverny, de quien mi padre es jardinero; hela aquí.

Lagardère cogió la carta y se apresuró a abrirla. Con la carta en la mano el conde permaneció pensativo, el ceño ligeramente fruncido y arrugando nerviosamente el papel con los dedos.

Knauss, inquieto, le espiaba con el rabillo del ojo. La negativa de Lagardère a ser el presunto testigo del marqués sería el aniquilamiento completo de todo el plan concebido.

Sin embargo no tardó en recobrar la confianza. Poco a poco las facciones del conde iban serenándose. Finalmente dirigióse al fingido jardinero y le dijo:

—Dirás a tu señor que está entendido y que puede contar conmigo para todo. Él ya sabrá lo que quiero decirle.

—Bien señor conde —dijo Knauss, que esta vez tuvo que hacer un esfuerzo para no dejar traslucir su alegría—: así lo haré.

Y se retiró inmediatamente.

Al verle salir con el rostro radiante de alegría, el monumental portero masculló un «*Nein!*» similar a un «*Vade retro!*», que delataba que en el fondo creía que hubiera sido mejor no dejar entrar a aquel pájaro de mal agüero.

Después de la marcha de Knauss el rostro del conde se ensombreció de nuevo.

—Decididamente —murmuró— este servicio que me pide me preocupa mucho... Voy a tener que fingir con Aurora, cosa que no he hecho desde nuestro matrimonio.

Para explicar estas palabras, que podrían parecer extrañas, hay que decir que al principio de su unión la joven esposa, temiendo que el temperamento bélico de su esposo le arrastrase a alguna enojosa aventura, había obtenido de él la promesa no

solamente de que no se batiría nunca más en duelo, sino que no se mezclaría en ningún asunto de este género, ni tan solo para apadrinar a un amigo.

Lagardère temía decir a Aurora la verdadera razón que le obligaba a ausentarse aquella noche y no quería tampoco advertirla antes del momento de marcharse. Así púsose a buscar una excusa plausible; pero no encontró ninguna que le satisficiera y llegó la noche sin saber qué inventar.

Sin embargo era necesario que hablase, puesto que había, prometido su ayuda al marqués; se armó de valor y al terminar de cenar, sobre las siete, dijo a su mujer, tratando de conservar un timbre de voz natural:

—¡Ah! Ahora que me acuerdo, querida Aurora: olvidaba decirte que hace un momento he recibido un mensaje de Chaverny. Me pide con insistencia que vaya a encontrar a un tal Pombignac, de quien es pariente no sé de qué grado, el cual debe llegar a París esta noche a las ocho por la posta... Es un joven sin fortuna que viene en busca de una posición...

—¿Eh?... —dijo Aurora—. El marqués te encarga de una singular comisión...

—¡Oh, no...! ¿Qué ves de singular en ello?

—Pues... me parece que hubiera podido enviar sencillamente a alguien de su servicio.

—Mi querida Aurora, deseo verdaderamente cumplir al pie de la letra la comisión que me encarga: no quisiera aportar a ella modificación alguna. Y ahora permíteme que te deje; estaré de regreso a las nueve lo más tarde, te lo prometo.

Y con estas palabras besó a Aurora, hizo una caricia a su hijo y se marchó.

En cuanto dejó de verle la pobre mujer fue presa de una indecible angustia; algo se quebró en ella y una nube pasó ante sus ojos.

—¿Qué tengo, Dios mío? —se preguntó—. ¿De dónde viene esta inquietud que siento? Es como si presintiese un peligro para Enrique...

»O es que estoy loca... Nada más sencillo que lo que ha ido a hacer; dentro de dos horas, antes incluso, estará de regreso, cerca de mí... Es la profunda ternura que siento por él lo que me inspira esta inquietud...

Sin embargo, por mucho que razonase, Aurora seguía bajo el peso de un vago temor que no hizo más que acentuarse a medida que el tiempo pasaba.

Por su parte Lagardère, al poner el pie fuera de su casa, sintió también una turbación inexplicable. Le parecía que el cielo, aun admirablemente constelado, se ensombrecía de repente y adquiriría una tonalidad lívida.

VII

Cómo muere un héroe

La explanada de los Inválidos, donde «sobre el esmalte de los prados ruedan las carrozas doradas», tenía un bosquecillo de árboles que se extendía desde cerca de la verja de los Inválidos hasta la entrada del burgo conocido por el Gros-Caillou.

En 1710 una parte de este bosque había sido cortado para permitir la edificación de tabernas y otros lugares mal frecuentados.

Quedaba sin embargo suficiente espacio para que los señores duelistas viniesen a ensartarse tranquilamente sin temor a ser estorbados en sus interesantes ocupaciones.

Y esto en pleno día. De noche, por tanto, era todavía mucho mejor: se hubiera podido aniquilar un regimiento sin que nadie se diese cuenta.

Media hora antes que Lagardère abandonase su casa, una docena de hombres salió del Gros-Caillou y, penetrando en el bosque, se dirigió hacia la parte que daba a los Inválidos.

Peyrolles y Knauss iban a su cabeza.

Varios llevaban espadas; algunos, puñales o simplemente cuchillos para herir de cerca o lanzarlos de lejos, según las circunstancias. Dos de ellos iban provistos de armas singulares y generalmente poco usadas, incluso en las emboscadas: uno llevaba enroscada en el brazo una larga cuerda terminada con un nudo corredizo; el otro un grueso bastón, como el mango de un instrumento agrícola, a lo largo del cual estaba fijada una ancha hoja de acero.

Al llegar a corta distancia del lugar donde debía efectuarse el falso duelo del marqués de Chaverny con Pombignac, Knauss los hizo detener y colocó a cada uno detrás de un árbol de forma que quedasen completamente ocultos; después les recomendó que no se moviesen de su sitio respectivo hasta que él les diese la señal.

Hecho esto avanzó con Peyrolles hacia un pequeño claro situado entre el bosque y la verja de los Inválidos. Así se encontraban en el ángulo derecho del jardín —lugar indicado a Lagardère en la carta— y tenían enfrente toda la extensión de terreno situada ante el hotel.

Desde allá les sería fácil ver venir al conde y tomar, en cuanto apareciese, las últimas disposiciones necesarias para el ataque.

Así permanecieron inmóviles esperando con impaciencia que la silueta del marido de Aurora se perfilase en el claro, iluminado por una nebulosa claridad de la luna en su primer cuarto. A medida que pasaban los minutos Peyrolles empezaba a inquietarse.

—¡Ah! —exclamó de repente Knauss—. Diviso una sombra que se destaca hacia el lado del río. Debe ser él... Mirad...

Peyrolles dirigió sus ojos hacia la parte indicada por su cómplice y súbitamente

exclamó:

—¡Sí..., sí... es él! A pesar de la distancia reconozco su paso decidido... ¡Finalmente voy a vengarme! —añadió, con una alegría feroz.

Los dos se juntaron en seguida con la cuadrilla de bandidos.

—Vamos —les dijo Knauss—: estad preparados. Las espadas desnudas a lo largo del muslo, los puñales y cuchillos en la manga.

Y dirigiéndose al hombre que llevaba la larga hoja de acero le dijo:

—Tú prepara la hoz..., y llegado el momento, a las piernas, por detrás... naturalmente.

Y al hombre de la cuerda:

—Tú desenrolla tu lazo y a ver si nos demuestras tu destreza sujetándole los brazos al cuerpo, o, si es demasiado difícil, haciéndole simplemente un lindo collar de cáñamo.

Los bandidos se prepararon inmediatamente.

—Por última vez os recuerdo lo convenido —prosiguió Knauss—: los que llevan espadas atacarán primero, los demás después y de cualquier manera; pero, sobre todo, a la vez.

—Convenido —repetieron los bandidos.

—Y en cuanto esté listo el asunto —añadió Peyrolles—, os doy cien libras a cada uno, como os ha prometido vuestro jefe en mi nombre.

Un murmullo aprobador acogió estas palabras.

—Recordad la señal —recomendó finalmente Knauss—: la exclamación «¡Ay!» que lanzaré como si acabase de tropezar contra un obstáculo.

Era en efecto el conde Enrique de Lagardère quien avanzaba por la llanura. Como llegaba un poco retrasado avanzaba a buen paso y no tardó en estar cerca del jardín del hotel de los Inválidos.

Lagardère llegó por fin al ángulo derecho de la verja, donde debía esperar a su amigo Chaverny. Sorprendido de no verle miró a derecha e izquierda, cuando el teutón apareció.

—Caballero —le preguntó—, ¿venís acaso de parte del marqués de Chaverny, que ha dado cita esta noche aquí al caballero de Pombignac?

—¿De su parte? No, señor —respondió el conde—. Al contrario: creía a mi vez encontrarle aquí. ¿Sois acaso el caballero de Pombignac, con quien ha tenido esta mañana una diferencia en Lagny?

—No; no soy más que su padrino —se apresuró a responder Knauss, que si bien no temía ser reconocido por el conde, se dijo que su acento delataría su origen tudesco y le sería difícil hacerse pasar por un cadete de Provenza.

Y tendiendo el brazo en dirección a los árboles añadió:

—Pero el caballero está allá, a dos pasos, y solo espera para aparecer que las

condiciones hayan sido fijadas. Si por lo que creo comprender sois el padrino del señor de Chaverny, podríamos empezar, a pesar de su ausencia, a discutir estas condiciones.

—Sería mejor, en mi opinión, no fijar nada antes de la llegada del marques. No puede estar lejos ya —dijo Lagardère, tratando de excusar a su amigo, a quien sabía de la más estricta exactitud.

—Solo deseo creerlos, señor —respondió el alemán—. Pero ¿queréis permitirme, entretanto, presentaros al caballero de Pombignac? De esta forma podréis asegurarme vos mismo que el marqués estará aquí de un momento a otro...

—Sea —dijo el conde.

Knauss lanzó un suspiro de triunfo y se dirigió hacia los árboles con su compañero.

No estaban a más de dos pasos de ellos cuando el teutón pareció tropezar con algo en el suelo y exclamó:

—¡Ay!

La voz vibraba todavía cuando el conde se vio rodeado de granujas que le agredían por todas partes.

Ante aquel ataque inesperado Lagardère quedó tan estupefacto que de momento permaneció inmóvil en su sitio, sin pensar siquiera en defenderse, y si sus agresores, asombrados también de verle entregarse de aquella manera, no hubiesen vacilado ante la aparición de aquel hombre terrible, hubieran podido matarle en el acto sin verter una gota de su sangre.

Pero el estupor del conde duró poco. Sin tratar de explicarse por qué le tendían aquella emboscada, no comprendió más que una cosa: que atentaban contra su vida.

Entonces, con la rapidez que presta el peligro, vio que su única posibilidad de salvación era combatir de frente. Necesitaba, por tanto, liberarse del cerco donde le habían encerrado.

Con un terrible molinete de su espada, que la mano casi instintivamente acababa de desenvainar, paró los aceros que le amenazaban y se abrió paso por entre los bandidos, tres de los cuales cayeron al suelo atravesados de parte a parte.

Su intención era ir a ponerse de espaldas a la verja del jardín. Allí, por lo menos, podría hacer frente a sus atacantes.

Desgraciadamente Knauss, adivinando su propósito, ordenó en el acto:

—¡La hoz..., tú..., la hoz...! ¡No le dejemos llegar a la verja o nos va a costar caro!

El hombre, obedeciendo la orden, se separó del grupo y se deslizó traidoramente detrás de Lagardère a cuyas piernas lanzó con todas sus fuerzas su arma traidora.

Un grito de dolor salió del pecho del conde y el desgraciado, alcanzado en las corvas por la afilada hoja, cayó súbitamente de rodillas, tiñendo la hierba con su

sangre, que manaba a borbotones.

—¡Bravo, muchacho! —gritó Knauss—. ¡Has manejado bien tu instrumento! Y ahora acabemos pronto con él —añadió—. Es inútil hacerle sufrir.

—Esperad —dijo en aquel momento Peyrolles, que acababa de aparecer—: antes de terminar con él quiero que sepa por qué muere y quién le quita la vida...

El siniestro canalla iba a desenmascararse y mostrar a Enrique de Lagardère de qué vil manera se vengaba cuando el conde, con un violento esfuerzo de energía, consiguió ponerse en pie y, a pesar de sus horrendas heridas, corrió hasta la verja sin que sus agresores, estupefactos por aquella prueba de valor sobrehumano, pensasen en impedirselo.

Allá, sosteniéndose con una mano agarrada a los barrotes, se volvió hacia ellos con la espada amenazadora.

Su espléndida cabeza relucía bajo la luz plateada del astro de la noche, que le formaba como un nimbo, y su alta estatura dominaba a sus miserables asesinos, la mayor parte de los cuales vacilaban ahora en continuar su obra de muerte.

—*Der Teufel!* —juró el teutón—. No hemos acabado con él, por lo que veo... ¡Vamos: venid en mi ayuda y todos a la vez!

Arrastrados por Knauss se lanzaron los asesinos contra Lagardère.

—¡Eso es: todos a la vez! —gritó Peyrolles—. De lo contrario os segaré uno tras otro como espigas de trigo.

Esta voz, que por segunda vez resonaba en su oído, despertó en la memoria del conde un recuerdo confuso.

¿Dónde la había oído antes? ¿Y quién era aquel hombre que dirigía el ataque?

No tuvo tiempo de meditar sobre estos puntos: los granujas se lanzaban contra él. Los que iban provistos de espadas, y Knauss era de este número, trataron primero de atravesarle: pero su hoja, que reflejaba los pálidos rayos de la luna, formaba un impenetrable baluarte de acero ante su pecho, cuya respiración era corta y jadeante.

En vano las puntas aceradas revoloteaban en busca de su cuerpo: encontraban sin cesar la suya con la cual chocaban con tal fuerza que lanzaban miríadas de chispas relucientes.

Dos de aquellos canallas que se habían acercado demasiado rodaron por el suelo: uno perdiendo el cerebro por un agujero en la frente y el otro sus entrañas por una ancha herida en el vientre.

Eran ya cinco enemigos de menos.

—¡Bueno: acabaréis o no de una vez! —exclamó Peyrolles, furioso—. ¿Cómo le dejáis defenderse tanto tiempo?

—¡Pronto, tu lazo! —ordenó Knauss al que llevaba la cuerda—. Y trata de no fallar...

El hombre preparó la cuerda.

—¿Quién eres tú, miserable —preguntó Lagardère a Peyrolles—, y por qué me haces asesinar tan vilmente? ¿He cometido acaso alguna mala acción contra ti o los tuyos? Si es así, habla: que sepa al menos de qué se trata...

—Sí conde de Lagardère, has cometido contra mí una mala acción que toda tu sangre no puede rescatar. Pero no quiero hacerte saber todavía quién soy. Espero para esto tu último instante, que no puede tardar.

De repente el hombre de la cuerda lanzó su lazo. El bandido había calculado su golpe de forma que el nudo fuese a rodear el cuello del conde y de esta forma poder estrangularle. El collar de cáñamo llegó en efecto a flotar por encima de la cabeza de este; pero habiendo golpeado la verja cayó hacia delante y fue a sujetar la cazoleta de su espada.

Aprovechando esta circunstancia Lagardère tiró bruscamente de la cuerda y obligó al hombre, que se había sujetado la cuerda al brazo, a venir por sí mismo a ensartarse en la hoja de su acero, que le atravesó.

Seis de sus enemigos yacían ya sobre la hierba.

Desgraciadamente sus fuerzas disminuían por segundos y sentía su vida escapar con la sangre que no dejaba de brotar abundantemente por sus numerosas heridas y los hondos cortes producidos por la hoz.

Empezaba además a sentir un profundo cansancio en el brazo que le sostenía. Este cansancio empezó por ganar su hombro y fue subiendo lentamente. Era una especie de parálisis tetánica.

Trató de dar rigidez a sus músculos para vencer este entorpecimiento, cuyas consecuencias serían dejarle a merced de sus agresores, porque si su mano soltaba la verja no había ya para él defensa posible.

Fue en vano... Tuvo la extraña sensación de que el miembro herido se separaba de su cuerpo como si se lo hubiesen amputado.

Después, de repente, flaqueó sobre las rodillas, el brazo pendiente inerte a lo largo de su cuerpo.

Peyrolles y Knauss lanzaron a la vez una exclamación de alegría feroz.

—¡Por fin es nuestro! —exclamó el ex intendente.

—¡Todavía no, miserable! —respondió Lagardère con voz vibrante.

Y como un león acorralado que se ve irremisiblemente perdido y quiere hacer pagar cara su vida, reuniendo lo que le quedaba de vida el conde siguió peleando de rodillas.

Su espada parecía lanzar llamas y sus golpes eran más rudos que nunca.

Era a la vez horrendo y grandioso ver aquel hombre que, en tal posición y no pudiendo mover más que la parte alta de su cuerpo, mantenía en respeto a una banda de asesinos poseídos por el furor.

Durante diez minutos todavía se defendió con tan prodigiosa energía que tres de

los granujas fueron a reunirse con sus camaradas tendidos en el suelo.

Pero fue su último esfuerzo. Un grito gutural salió de la garganta del héroe vencido.



VIII

El callejón sin salida

En Brujas, donde había permanecido como enterrado desde la muerte del conde de Lagardère, Peyrolles estaba al corriente por Bathilde de todo lo que ocurría en el hotel de Nevers.

Al recibir la noticia de la muerte del joven conde se había entusiasmado.

Pero su júbilo se convirtió en vivo despecho al saber que la condesa se había ido a Lorena a reunirse con la condesa viuda, su madre, sustrayéndose así al complot trazado contra ella y retrasando por consiguiente a una época indeterminada la ejecución de las cláusulas del testamento hecho en favor de Bathilde.

Al principio había contado las semanas, después los meses, más tarde los años; sin embargo no desesperaba, sostenido por su odio, cada día mayor.

La edad iba pesándole y aquella forzosa tregua concedida a la viuda de su víctima le impacientaba. Sin embargo su espalda se encorvaba apenas, sus ojos tenían siempre la misma vitalidad y malicia, porque se nutría de esperanza, hallando nuevas fuerzas en la idea de que viviría lo suficiente para cumplir su abominable juramento.

Así, en cuanto se enteró del regreso de la condesa, acudió rápidamente para cuidar en persona de que el «asunto» fuese llevado a buen fin con toda la diligencia posible.

No dudaba ni remotamente, lo mismo que Bathilde, de que el testamento existía en su primera forma; lo cual era verdad, por otra parte, ya que la condesa no debía enterarse hasta un poco más tarde del odioso papel desempeñado a su lado por la señorita de compañía y solamente entonces destruir el precioso documento.

Peyrolles estaba, pues, a punto de ver realizado su proyecto tan laboriosamente concebido.

Algunos días más, los necesarios para encontrar la manera de suprimir a la condesa sin despertar sospechas, y se encontraría en posesión de una fortuna doble de la que había perdido, porque, la cosa era clara, tenía intención de adjudicarse la mayor parte de la fortuna legada a Bathilde.

Desde que estaba en París no omitía jamás dar cotidianamente un paseo por el barrio del Marais donde estaba situado el hotel de Nevers.

Regresaba de uno de estos paseos, meditando con malvada alegría en la consumación de su última infamia, cuando encontró a Felipe, cuyo sorprendente parecido con su padre le impresionó en el acto.

En cuanto se encontró solo el pérfido quedó un momento aniquilado. Acababa de adquirir la certidumbre de que el muchacho era el hijo del conde de Lagardère, aquel chiquillo a quien creía bajo tierra desde hacía quince años.

Pero en este caso, reflexionaba. Bathilde le había villanamente engañado...

¿Habría dejado vivir al joven conde?... ¡La desgraciada! ¡Era la ruina de los dos!
¡Ah, necesitaba tener inmediatamente una explicación de este hecho...!

Presa de una acongojante inquietud se apresuró a tomar de nuevo el camino del Marais.

En el fondo de un callejón sin salida que seguía una de las fachadas laterales del palacio de Nevers había un muro en el cual se veía una abertura practicada sobre un pozo medianero entre los jardines y la inútil callejuela.

El callejón era bastante largo y más bien triste que sucio, porque era húmedo, frío y sobre todo solitario.

La polea por la que debía pasar en otros tiempos la cuerda del pozo visiblemente abandonado, estaba mantenida por dos brazos de hierro que se curvaban formando arco y venían a unirse a unos seis pies de altura en el centro del orificio, tapado con una cubierta de roble, fija al parecer, pues los habitantes del hotel juzgaron prudente clausurar esta abertura.

En realidad el callejón tenía un aspecto bastante desagradable y pocos soñadores lo hubieran elegido como lugar de paseo para ir a buscar poesía en él: pero en cuanto llegaba el crepúsculo, muy temerario sería quien se aventurase por él, ya que la vía ofrecía en la oscuridad un aspecto amenazador.

Pero el buen Peyrolles no era ni temerario ni distraído —muy al contrario—, y no obstante se metió en el sin vacilar y no se detuvo hasta llegar ante el pozo.

Allá, después de haberse cerciorado de que no había ningún importuno que pudiese oírle, sacó de su bolsillo un objeto duro con el cual dio en uno de los brazos de metal herrumbroso tres golpes que resonaron en el silencio.

Hecho esto se sentó en el brocal del pozo para esperar el resultado de su acción, que debía ser una señal.

Era en efecto una señal: pronto los guijarros de la avenida más próxima del jardín crujieron bajo los pies de una persona que se acercaba.

El anciano se levantó de un salto, pese a haber reconocido los pasos de la que se acercaba.

Una llave se introdujo en la cerradura de la puertecilla de roble, que no era fija como podía suponerse; esta giró sobre sus bisagras enmohecidas y la señorita de Wendel apareció al otro lado del brocal.

La llegada de su «tutor» la había inquietado, porque, según sus convenciones, este no debía llamarla más que en circunstancias verdaderamente urgentes.

—¿Qué ocurre, pues, señor de Peyrolles?

—No pronuncies este nombre, no pronuncies este nombre... —susurró el anciano—. Soy Gian-Batista no lo olvides nunca: un pariente lejano de tu madre.

—¿Un obstáculo imprevisto se alza acaso ante nosotros? —preguntó de nuevo la ahijada del granuja.

Al mismo tiempo trataba inútilmente de leer en el rostro de su interlocutor para saber de qué se trataba.

A no ser de noche, el rostro del ex factótum no la hubiera seguramente tranquilizado.

Más pálido que de costumbre, fruncido el ceño hasta casi ocultar sus párpados, tenía en efecto un aspecto poco tranquilizador; pero la oscuridad no dejaba ver nada de esta sombría expresión.

—Voy a decirte lo que ocurre, Bathilde —respondió—. Desearía que me describieses detalladamente los últimos instantes del joven conde de Lagardère.

Ante esta pregunta la muchacha quedó sumamente perpleja.

—Y bien —prosiguió Peyrolles, ocultando cuanto le era posible sus ojos, que vacilaban—: ¿no puedes satisfacerme? Lo que te pido no es sin embargo muy difícil...

—¿Y por qué razón deseáis que os haga este relato? —respondió Bathilde, cuya turbación aumentaba.

—Para saber sencillamente si no te has burlado de mí y si el chiquillo está realmente muerto y enterrado.

—¿No os di acaso sobre el acontecimiento, cuando se realizó, los detalles más minuciosos?

—Sí, me escribiste incluso cuatro largas páginas que cometí el error de tomar en serio.

—No os comprendo —respondió Bathilde en tono firme, porque acababa de recobrar repentinamente toda su presencia de espíritu al considerar la imposibilidad en que se encontraba Peyrolles de descubrir la verdad.

—¿Cómo hubiera podido estar enterado de ella, en efecto? ¿Habría recibido alguna confidencia desde su llegada a París? Pero, una vez más, ¿de quién? Ella no había revelado su secreto a alma viviente.

—Voy a explicarme —dijo Peyrolles, afectando calma y mirando a Bathilde a los ojos.

—Lo celebraré —respondió esta, fijando también en él su mirada.

El anciano hizo una pausa; después, lentamente y apoyando cada una de sus palabras, dijo:

—Este chiquillo que me aseguraste desvergonzadamente haber hecho perecer..., cuya agonía me narraste con un lujo de detalles inusitado..., el heredero directo de los Lagardère..., acabo de tener la seguridad de que está lleno de fuerza y de vida: le he visto con mis propios ojos.

—¡No es posible...! Me afirmaron formalmente que se había ahogado con el hombre que le llevaba...

Estas palabras no habían acabado aún de salir de sus labios cuando comprendió la

confesión que encerraban. Eran la retractación completa de lo que siempre afirmó: que el chiquillo había muerto por sus propias manos.

—¡Por fin! —exclamó el falso Gian-Batista—. ¡Confiesas, pues! —Y perdida toda prudencia, olvidando el sitio donde estaban, avanzó hacia ella como si quisiera estrangularla, rugiendo—: ¡Ah, miserable!

Sus facciones habían adquirido de repente tal expresión de furor que Bathilde, cuyos ojos se habían ido acostumbrando progresivamente a la oscuridad, inmovilizada por el terror no pudo dar un paso atrás e inclinó instintivamente la cabeza, como si esperara que el anciano descargara su furor. Después de un silencio, cambiando bruscamente de ideas. Peyrolles preguntó:

—Pero debes haber tenido cien veces más dificultad en simular la muerte del pequeño que en hacerle morir realmente...

—Sí, me ha costado muchísimo y he tenido que poner en juego todos los recursos de mi imaginación.

—¿Qué medios empleaste para llegar a engañar a todo el mundo tan hábilmente?

—¿Tenéis empeño en saberlo?

—Naturalmente. ¿No tengo acaso necesidad de saber por lo menos cómo ha ocurrido la cosa?

—Pues bien, fue así.

Entonces Bathilde explicó al anciano en qué forma había conseguido sustituir el chiquillo, narcotizado, por un muñeco hecho a su semejanza.

El maestro en astucias no pudo menos que admirar la habilidad del ardid desplegado por Bathilde en aquella circunstancia.

—Pero ¿qué ha sido del médico que te secundó? —fue su pregunta.

—Desapareció poco después y no ha dado nunca más señales de vida. Este no es, pues, de temer.

—¡Hum...! ¿Y se llamaba...?

—Hélouin.

—¿Hélouin? He aquí un nombre que es necesario recordar... Si por casualidad el que lo lleva se pone a mi alcance será cosa de vigilarle bien... ¿Y qué hiciste del pequeño una vez le hubiste sacado de casa de sus padres? —prosiguió.

—Había tomado de antemano mis medidas para que abandonase Francia inmediatamente.

»Algunos días antes, con el pretexto de una obra de caridad, me había puesto en comunicación, por medio del párroco de Saint-Paul, iglesia adonde la condesa iba a hacer sus devociones, con un matrimonio pobre que vivía en la parroquia.

»Eran unos cuchilleros ingleses, de Brighton, venidos a establecerse en Francia porque su negocio no marchaba bien en Inglaterra y que, no habiendo conseguido encontrar trabajo, estaban en la más negra miseria.

»Después de haberme cerciorado de que eran gente honrada y no sacarían partido de la ocasión que les ofrecía para actuar contra mí. Les conté una historia análoga a la que había contado a Hélouin, es decir, que se trataba de una hija de familia a quien había que salvar del deshonor..., y les ofrecí, si consentían en ayudarme, una fuerte suma que los pondría al abrigo de la necesidad para el resto de sus días.

»Aceptaron en seguida y una vez hube recogido el chiquillo de manos del médico se lo llevé.

»Antes de entregárselo les exigí juramento de no volver nunca más a Francia y de que criarían al chico en la ignorancia de los hechos relatados. Me lo juraron.

»Inútil decir que no conocían su nombre, pues me guardé muy bien de decírselo.

»Cuatro años pasaron. Un día, estando la condesa en Lorena, sentí el deseo de ir a Inglaterra. Quería ver si nuestras convenciones referentes al pequeño eran respetadas. Había sustituido la vieja sirvienta que me señalaron por una doncella que me era completamente adicta; por tanto gozaba de gran libertad de acción, lo que me permitió realizar fácilmente el viaje. En cuanto llegué a Brighton me informé del paradero de los Smith, que era el nombre de mis ingleses.

»—¿Los Smith?, me respondieron—. Hace ya años que no viven aquí. Además no quedaba más que la mujer.

»—¡Ah! —exclamé yo, sorprendida—. ¿Y él marido?

»—Murió en un naufragio.

»Entonces quise saber detalles de lo ocurrido y me enteré de que poco después de su regreso de Francia, de donde habían traído un chiquillo cuya guarda tenían encomendada, según decían, John, el marido, se había marchado con este chiquillo hacia Portsmouth; donde embarcó para llevar al chiquillo no sé dónde.

»Pero por la noche se desencadenó una violenta tempestad que hundió la embarcación en que iban los dos y ambos perecieron ahogados.

»De estas informaciones saqué la conclusión de que esta vez Felipe estaba realmente muerto.

»Ahora sabéis ya tanto como yo —terminó Bathilde— y estáis al corriente de todos los hechos que se desarrollaron en otros tiempos.

—Lo cual no me sirve de gran cosa —dijo Peyrolles— ni evita el peligro que flota sobre nosotros.

—Pero ¿por qué os obstináis en creer en este peligro —respondió la señorita de Wendel— cuando, como os he demostrado, es totalmente imposible que este muchacho sepa jamás quién es? Veamos, reflexionad: de haber tenido en sus manos la más ligera prueba de su identidad, ¿no se hubiera hecho ya reconocer?

—En verdad, es de presumir que no hubiera dudado en hacerlo.

Pronunciadas estas palabras quedaron silenciosos el anciano y la muchacha. El primero había empezado a reflexionar. En cuanto a Bathilde se felicitaba en voz baja

de haber salido tan bien de una conversación cuyos comienzos amenazaban que sería tempestuosa.

No había razón alguna para prolongar la entrevista entre los dos cómplices y la señorita de Wendel se dispuso a regresar al hotel.

En el momento en que empujaba el postigo del pozo al cual ambos se habían acercado. Peyrolles detuvo a Bathilde.

—Oye —le susurró al oído en voz baja—: no se te ocurra esta vez tener un nuevo arranque de piedad, por lo menos.

—A mi vez os responderé: no tengáis cuidado —le devolvió ella en un tono duro que tranquilizó al depravado.

Y franqueó el brocal con paso seguro, pasando por encima del agujero: luego cerró la puerta y el ruido de sus pasos se perdió pronto en la lejanía.

Bathilde, por su parte, no quedó muy tranquila. Y era porque no se lo había confesado enteramente todo a Peyrolles, puesto que durante los pasos que dio para conseguir la sustitución del chiquillo por el muñeco le ocurrió una desventura que le causó durante algún tiempo unas ansias mortales.

Hela aquí. Cuando se decidió a salvar al chiquillo, aunque sin dejar de hacer creer en su muerte, consiguió sustraer del escritorio de Aurora diversos documentos referentes a él, con el fin de no dejar un solo recuerdo en el hotel, y los metió todos en una cartera que Peyrolles le había regalado antes de su marcha de París. Tenía el propósito de destruirlos en cuanto el pequeño hubiese desaparecido; pero en evitación de que cayesen ante los ojos de nadie los llevaba siempre encima y velaba por ellos con el mayor celo.

Pero, de regreso de casa de los ingleses, ¡cuál no sería su terror y desesperación al advertir que no llevaba ya la cartera! Buscó por todos sus bolsillos; pero en vano: la cartera estaba irremisiblemente perdida, y los documentos con ella.

Estaba, sin embargo, segura de haberla sentido bajo su traje al salir del hotel. ¿Dónde podía haber ido a parar?

¿Quizás a casa de Hérouin? Corrió allá: este no tenía nada.

¿En casa de los Smith, entonces? Se plantó allí de un salto: acababan de marcharse. Pero no..., no podía haber sido en su casa: se hubiera dado seguramente cuenta.

Al recordar los sitios donde había estado se acordó de que cerca de la iglesia de Saint-Paul había franqueado un ancho arroyo que algunos pasos más allá iba a perderse en la boca de un albañal.

Recordaba incluso que, cansada por el peso que llevaba encima, se levantó las faldas como pudo, precipitada y desordenadamente.

Era allí donde la cartera tenía que haber caído de su bolsillo. En este caso no tenía por qué preocuparse por su pérdida. La cartera, arrastrada por las aguas, se habría

perdido en la cloaca y los papeles estarían definitivamente destruidos.

Era todo lo que deseaba.

Había olvidado completamente este asunto; pero durante su conversación con Peyrolles lo recordó, y se preguntaba, intranquila, si verdaderamente aquellos papeles se habrían perdido.

Para el encadenamiento de los hechos que van a seguir era necesario conocer estos detalles.

Peyrolles tomó sus «precauciones» respecto al muchacho.

El mismo día se puso a la busca de Knauss, a quien no había perdido de vista desde el asesinato del conde de Lagardère, y como conocía los lugares que frecuentaba no tuvo más que visitar varias tabernas de mala fama para echarle la vista encima.

Ya sabemos cómo le lanzó en persecución de Felipe y qué ocurrió. Como ya son conocidos todos los hechos anteriores al encuentro en Flandes de nuestros principales personajes, reanudaremos el hilo de nuestro relato en el sitio donde lo hemos interrumpido, es decir, cuando el sargento «Bella-Espada» emprendió el regreso a París.

Tercera parte
El instrumento de Peyrolles

I

Orestes y Pílates

Al salir del hotel del Roussin d'Arcadie el sargento Felipe tomó el camino del Petit-Châtelet.

Al llegar a la altura del Arche-Marion vio venir hacia él una pareja bastante extraña. Esta pareja, mitad humana, mitad animal, se componía de un hombre y un caballo: el primero llevando al segundo de la brida.

Los dos estaban en un estado lamentable y llamaban la atención de los curiosos, que se reían de su aspecto.

Había motivo para ello.

El caballero iba cubierto de pies a cabeza por una capa de polvo bajo la cual desaparecían los detalles de su persona, tanto de su cuerpo como de su fisonomía.

No formaban más que un bloque grisáceo dotado de movimiento.

De las facciones del rostro desaparecido solo quedaba visible el apéndice nasal, tan rojo que rutilaba bajo el sol.

Su marcha no era menos digna de atención: consistía en una serie de pequeños saltos, pasos rápidos y paradas súbitas.

El caballo, extenuado también, cojeando, el espinazo pelado de la cruz a la grupa, seguía a su dueño con la cabeza baja, las rodillas medio dobladas, lanzando de cuando en cuando un relincho plañidero.

A medida que avanzaba hacia aquel extraño grupo Felipe iba mirando al hombre con creciente atención. Le parecía haber visto ya en alguna parte aquella nariz incandescente.

Cuando se hallaba a corta distancia del jinete, este fijó súbitamente en él su mirada y, con una voz que resonó como una trompeta, exclamó:

—¡Válgame Dios..., pero si es él...! ¡Mi joven sargento...! ¡Por los huesos de...! ¡Esto sí que es una suerte!

No se necesitaba nada más para que el muchacho supiese de quién se trataba.

—¡Cocardesse... vos en París...!

—¡Eh, sí...! He venido con el barón de Posen.

—¿El barón de Posen? ¿Y quién es?

—¡Cómo! ¡El que te entregó la carta allá en el campamento!

—¿El señor Hélouin, queréis decir?

—Es el mismo. Ya te lo explicaré; ahora no... Hay motivos... Pero —añadió, para apartar la conversación de un tema que le embarazaba— ¿adónde vas por aquí, si no es indiscreción preguntártelo?

—Voy a ver uno de vuestros amigos.

—¿Uno de mis amigos? ¿Cuál? ¡Tengo tantos... cáspita!

—Amable Passepoil.

—¡Amable Passepoil! —repitió Cocardesse, con emoción—. ¡Voy contigo, sangre de...! ¡Caramba, esto sí que me alegra! Volver a ver a mi viejo maestro después de veinte años de ausencia...

—Entonces me encantará procuraros este placer.

—¿Está lejos? —preguntó el veterano, con cierta inquietud.

—No; a un cuarto de hora de aquí, en el Petit-Châtelet.

—¡Ah, sí, es verdad! Ya me lo habías dicho con los bebedores de cerveza.

Los dos hombres reanudaron el camino, el veterano saltando cada vez más, las piernas prudentemente separadas una de otra.

Pronto llegaron al alojamiento de Passepoil.

Cocardesse, no sabiendo qué hacer con su jamelgo, lo dejó tranquilamente en la puerta, sin tomarse siquiera la molestia de atarlo.

—Este animalito es dócil como un cordero —dijo al muchacho—. Va a esperarme aquí sin moverse ni una pulgada. ¡Es que a este bicho lo he domado yo! ¿No te moverás, verdad, cariño? —añadió, dirigiéndose al caballo.

El pobre animal respondió a esta recomendación con un gemido prolongado, lanzando al veterano una mirada imploradora.

Cuando los dos amigos penetraron en la sala de armas se hallaba esta casi desierta. Era la hora de la comida, cerca de mediodía, y no quedaban más que dos o tres alumnos que terminaban la lección. Passepoil se hallaba presente, observando a sus profesores y rectificando, si convenía, sus advertencias.

Al principio no reconoció más que a Felipe, que corrió hacia él y se arrojó en sus brazos.

—¡Tú, tú..., eres tú, pequeño...! —dijo el maestro con voz enternecida, estrechando al muchacho contra su pecho—. ¡Vaya, vaya sorpresa!

Y de repente, con volubilidad:

—Pero ¿de dónde sales?... ¿Cómo no estás con Bonifacio? ¿Qué te trae a París antes que llegue el ejército? —Y viendo que permanecía silencioso añadió—: ¡Vamos: responde!

—Os lo contaré dentro de un instante —respondió Felipe—: cuando estemos solos.

—¡Ah! No quieres contarme tus asuntos delante de la gente... Bien: vamos a estar solos inmediatamente, porque vas a seguirme a mi casa.

Entonces un temor acudió a él:

—¿No le habrá ocurrido nada a mi hijo?

—No, no; Bonifacio está perfectamente: estad tranquilo.

—Entonces vámonos en seguida.

—Permitidme antes que os presente un camarada con quien he venido y que está

allá, en la puerta...

Cocardesse, en efecto, se había quedado apartado para permitir a Felipe abrazar más libremente a su maestro.

Passepoil abría unos ojos enormes a la vista de Cocardesse; pero era sobre todo su aspecto lo que le impresionaba más que su fisonomía. Sin embargo miróle con atención y le pareció descubrir bajo su máscara de tierra unas facciones que no le eran desconocidas.

Y un recuerdo lejano iba abriéndose camino en su memoria.

—¡Oh, oh, por el vientre de una gacela! —acabó exclamando—. ¡O mucho me equivoco, o es mi noble amigo Cocardesse quien tengo delante!

—¡Eh, sí, por fin lo aciertas! —exclamó a su vez el soldado—. Si, si, soy yo, tu viejo compañero de armas... ¡Ingrato! ¿Y el corazón no te decía nada?... ¡Mi buen Amable! ¡Qué placer volver a verte! ¡Palabra de hombre que lo es...!

—Mi viejo compañero... —decía a su vez Passepoil—. ¡Quién podía pensarlo...! ¡Vaya encuentro! Bien: pero ahora hablemos seriamente. Tengo motivos para pensar que ni uno ni otro habéis almorzado, ¿verdad? Vais a venir a sentaros a mi mesa y mientras comemos nos contaremos nuestros pequeños asuntos...

—Buena idea, Amable —aprobó Cocardesse—, y muy oportuna: tengo una hambre como para devorar guijarros...

En cuanto hubieron despachado los platos fuertes del almuerzo Passepoil empezó a interrogar a su antiguo alumno acerca de lo que les había ocurrido a él y a Bonifacio durante los dos años que hacía que no veía a ninguno de los dos.

El muchacho tuvo, pues, que satisfacer la curiosidad de su antiguo maestro y le contó todas las emboscadas que le había tendido el granuja de Matías Knauss y, como último detalle, el atentado de la hostería de «Los Tres Aguiluchos»; acontecimientos que, de acuerdo con Bonifacio, le habían ocultado para no causarle inquietud.

Passepoil experimentó un asombro sin límites.

—Pero, vamos..., ¿por qué atentar contra tu vida? ¿Lo sabes? —preguntó.

—Desgraciadamente, no —respondió Felipe—, y temo seguir mucho tiempo en esta ignorancia, pese a que Cocardesse me afirma lo contrario, e incluso añade que no tardaré mucho en saberlo.

—¿Cocardesse te ha dicho esto?

—Sí; pero no veo cómo puede realizarse su predicción.

—Es singular... ¡Eh, Cocardesse...! ¿Qué me dice Felipe? No entiendo nada.

Al no recibir respuesta a la pregunta hecha a su antiguo compañero se limitó a reiterarla. Esta vez Cocardesse la oyó, o por lo menos percibió el sonido de las palabras pronunciadas por Amable.

—¿Eh hablas conmigo? —dijo, y parecía salir de un sueño.

—¡Cómo...! ¿En qué piensas? —acabó diciendo Passepoil, sorprendido de tal

distracción.

Y de nuevo le preguntó en qué se basaba para asegurar que Felipe sabría en breve por qué habían tratado varias veces de asesinarle.

Cocardesse, volviendo rápidamente a la situación, lanzó entonces a Amable una mirada que quería decir: «¡Chito...! Ese es mi secreto... Ya te lo diré...». Y en voz alta exclamó:

—¡Ah, bah...! ¡Tonterías...! ¿Es que no eres ya tan listo y perspicaz como antes? ¡Nada más, córcholis!

Passepoil comprendió la señal y la exclamación destinada a ponerle en guardia, con lo cual, aunque muy sorprendido, tuvo la sagacidad de no insistir.

II

Revelaciones

Habían llegado al final de la comida. Para terminarla dignamente Cocardesse creyó indicado proponer un brindis a la salud de doña Mathurine, la esposa de Passepoil, y levantaba ya su vaso con tal objeto cuando esta se levantó súbitamente y dijo al muchacho:

—Si quieres creerme, pequeño, dejemos hablar tranquilamente a Amable y Cocardesse y vamos nosotros a charlar un poco por nuestra cuenta: tengo que hablar todavía contigo de Bonifacio... Ven.

—Y ahora —dijo Passepoil, rompiendo el silencio que siguió a su salida— hablemos de lo que me ha contado Felipe... ¿Qué son esas celadas, esas emboscadas de que no ha escapado, al parecer, más que por milagro?

—Esto, amigo Passepoil —dijo el gascón, poniéndose serio de repente—, es un asunto muy curioso y que voy a narrarte... Escucha bien: vas a enterarte de cosas que te sorprenderán extraordinariamente.

—¿Acerca de Felipe?

—Sí, de Felipe, que es... ¡Ah, difícilmente puedes imaginarlo! Veamos: ¿quién crees que es el pichoncito?

—Pues... ¿cómo quieres que lo adivine?... Si ni él mismo lo sabe.

—Pues bien: tú vas a saberlo, tú. ¿Has oído hablar, imagino, de la muerte de nuestro célebre parisiense Enrique de Lagardère?

—Ciertamente. Yo no estaba en París en aquella época; vivía entonces en el país de mi mujer y el mío, la Normandía; pero la noticia llegó sin embargo hasta allí. Fue para mí un golpe muy fuerte y sentí gran pena durante mucho tiempo... ¿Fue asesinado, verdad?

—Sí; le habían atraído a una emboscada... Eran doce contra él.

—¡Cobardes...! ¡Ah, si yo hubiese estado allá...!

Los ojos de Passepoil echaban chispas.

—Si hubiésemos estado allá, amigo mío, querrás decir —le interrumpió Cocardesse, en tono de reproche—. ¡Ah, cómo se hubiera invitado a la danza esta loca de *Petronila*...! Pero no estábamos allá... Y Lagardère fue vencido por el número.

Hubo un momento de silencio durante el cual solo se oyó la respiración corta de los dos viejos maestros de armas, intensamente emocionados por aquel recuerdo.

—Pero ¿por qué le hicieron desaparecer? —preguntó por fin Passepoil, recobrando el primero la palabra.

—No se ha sabido nunca..., como no se han podido descubrir tampoco los asesinos... Es bastante curioso, ¿no te parece?

—En efecto; porque deben haberse hecho todas las investigaciones posibles, imagino...

—¡Ya lo creo! Pero nada, nada: la policía ha perdido el tiempo.

—¿Y cómo ha soportado Aurora este dolor?

—Ya comprenderás... Se desesperó, la pobre... Sin embargo aquello no era más que el principio de sus desgracias. Lagardère le había dejado un hijo, un chiquillo de cuatro años que era todo su consuelo... Y he aquí que algún tiempo después el pobrecillo cae enfermo, no se sabe de qué, y, ¡hop!, muere al cabo de ocho días. Con este golpe Aurora siente su cerebro hecho migajas y pierde totalmente la razón. Entonces la hacen marchar a Lorena, al lado de su madre (ya sabes: la hija de aquel Caylus, la que era, sin serlo, la mujer de Gonzaga), para que el cambio de aires le siente bien, y permanece allí quince años.

—¡Quince años!

—Sí, nada menos, y siempre loca. Y he aquí que la cosa pasa y le vuelve el espíritu. Y entonces se le ocurre una idea: «Mi pequeño no murió de muerte natural (se dice, así, por las buenas). Seguramente ha habido en esto una maniobra y quiero poner las cosas en claro». ¡Una verdadera chifladura, vaya!

Y Cocardesse explicó con todo detalle a Passepoil de qué manera había sido realizada la sustitución, haciendo entrar en escena a la señorita de Wendel y a Hélouin, que eran los principales autores. Le dio igualmente cuenta del objeto perseguido por Bathilde.

—Finalmente —dijo—, puesto que sabíamos ya que si el pichón no estaba muerto era que se hallaba vivo, o por lo menos debía estarlo, nos prometimos Hélouin y yo ponernos inmediatamente en su busca y no descansar antes de haberle encontrado.

»Es lo que hemos hecho: Hélouin se quedó en París; yo he ido un poco por todas partes, mirando a la derecha, a la izquierda, por aquí, por allá...

»Pero el tiempo pasaba sin que consiguiéramos echarle la mano encima, cuando un día me dije: «¡Caramba, Cocardesse, qué asno eres! ¡Mira que buscar a ese muchacho entre los civiles! Cuando uno tiene sangre de Lagardère en las venas se ama la guerra, las batallas... ¡Pardiez! ¡Debe estar en el ejército!».

»Entonces me fui a dar una vuelta por los campamentos de Ostende..., y justo: allá estaba.

»¿Te ha contado cómo trabamos amistad?

—¡Cómo! ¿Es Felipe el hijo de Lagardère? ¿El hijo legítimo?

—Tú lo has dicho, compadre. Veo que te vuelven los sesos...

—¿Tienes la prueba?

—¡Oh, sí!, y no tengo solamente una: llueven.

—Di pronto...

—Recuerda ante todo la fecha de su naufragio en las playas de Saint-Valery-en-

Caux; mes más o menos, si no me equivoco, corresponde a la de su desaparición.

—Pues sí..., es verdad.

—Además el nombre de Felipe, que es el que llevaba el condesito: su edad, veinte años, que es la que debería tener hoy el hijo de la condesa Aurora.

—Es verdad también: todo esto indica a creer que es él.

—Pero hay más aún. ¿No has observado nada extraordinario en su persona?

—¡Ah, ya veo adónde quieres ir...! Te refieres a ese parecido extraordinario con...

—¡Con nuestro parisiense, eso es...! Es bastante Lagardère, ¿no?

—Completamente él... Me impresionó la primera vez que le vi.

—¿No tienes como yo la íntima convicción de que es retoño directo de Lagardère?

—Ciertamente, sí, la tengo; acabas de abrirme los ojos. ¡Oh, mi querido Felipe, cuán feliz soy por ti...! ¿Lo sabe, por lo menos?

—No; Héλουin, el jefe de fila, que tiene más malicia en su dedo meñique que nosotros dos juntos, tiene poderosas razones para ocultárselo hasta nueva orden. ¡No se te ocurra hablarle, sobre todo...!

—Desde el momento en que me lo recomiendas puedes estar tranquilo: seré mudo como una anguila. ¿Y la condesa Aurora?

—No sabe nada tampoco. Hay también motivos para dejarla en la ignorancia todavía algún tiempo. Siento grandes deseos de decírselo, ¡pardiez!, porque la pobre tiene mucha pena; pero su amor entorpecería nuestros proyectos.

—¿Vuestros proyectos?

—Escucha. Hablemos poco, pero hablemos bien..., porque a ti te lo puedo decir todo. Héλουin y yo estamos casi seguros de conocer al que ha lanzado a Matías Knauss tras el pichón.

—¡Bah!

—¡Eh! ¡Qué mi lengua se seque, recáspita, si adivinas jamás quién puede ser!

—Me sería difícil, ¿verdad?

—Mucho; de manera que prefiero decírtelo en seguida. Pues bien: según nosotros, es Peyrolles..., aquel granuja de Peyrolles...

—¡Ventre de ganso! ¡Tú estás loco, amigo Cocardesse! ¿No recuerdas que vimos caer al traidor en el cementerio de Saint-Magloire, cerca de la capilla?

—Si, lo recuerdo; pero los individuos de su especie tienen la piel dura... y seguramente volvió en sí.

—¡Imposible! Tenía la garganta atravesada de parte a parte.

Además, antes de marcharnos, le empujé con el pie: no se movía ya...

—¡Bah! Sería algún ardid para hacer creer que estaba muerto.

—¿Y qué te lo hace suponer?

—Lo que Felipe nos ha dicho del anciano alto a quien encontró la víspera de su salida para Bohemia. La descripción que me hizo de él era exactamente la del esbirro de Gonzaga; y el grueso diamante que Felipe le vio en el dedo era el que su amo le había dado para recompensarle por adelantado del rapto de la señorita de Nevers en la calle de Chantre... Ese detalle acabó de hacérmelo reconocer.

—Estoy estupefacto por todo lo que me cuentas. Entonces ¿será él quien persigue a Felipe?

—Estamos casi seguros de no equivocarnos.

III

Doña Mathurine

La señora Passepoil era una excelente madre y desde que se había alejado con Felipe no cesaba de interrogarle acerca de los hechos y gestas de su hijo.

El muchacho caía en frecuentes distracciones y no parecía sentirse del todo bien, pues no había querido comer; pero se prestaba complaciente al interrogatorio y daba sobre Bonifacio una serie de detalles que hacía acudir las lágrimas a los ojos de la madre.

—Pero ¿por qué no ha regresado contigo? —preguntó—. ¿Qué le retiene allá?

Ante esta pregunta Felipe, al recordar el objeto de su viaje, no respondió en seguida y pareció sumirse en sombríos pensamientos.

Vacilaba, se preguntaba si debía confesar el infortunio de Marina o esperar que los acontecimientos lo revelasen.

Esta, viendo que permanecía silencioso, preguntó:

—¿No estáis enojados, por lo menos?

—No, no, señora Passepoil; he venido solo a París porque... he sido llamado por un asunto grave en el cual Bonifacio no está interesado. Él regresará con el ejército dentro de unos ocho días.

—¡Ah...! —dijo la buena mujer, observando las reticencias del muchacho—. Me inquietas, Felipe... ¿De qué se trata? Tu rostro descompuesto me hace temer lo peor... Vamos —añadió, y cogiéndole las manos se las estrechó afectuosamente—: ¿es que no puedo yo saber la verdad? Quizá pueda serte útil...

Esta suave insistencia estaba a punto de decidir quizás a.

Felipe a confesárselo todo cuando entró una sirvienta con una carta para su señora.

—Acaba de traerla un criado de la señora marquesa de Verteuil —dijo la doncella—, y me ha recomendado que la diese en seguida a la señora porque es muy urgente.

—De la señora marquesa de Verteuil... En su casa está Marina... —dijo doña Mathurine, asombrada—. ¿Qué puede quererme?

Aguijoneada por la curiosidad rompió inmediatamente el sello de cera, desplegó la misiva y comenzó a leerla.

Doña Mathurine no había recibido más que una instrucción muy primaria y si bien leía correctamente la «escritura impresa», como decía ella, tenía gran dificultad en descifrar la «escritura escrita».

Por lo cual, antes de leer una palabra, la deletreaba primero letra por letra. Es lo que hizo con las patas de mosca de la marquesa.

Felipe, presa de un presentimiento, seguía inquieto el movimiento de sus ojos y de sus labios, tratando de captar algún fragmento de frase que pudiese iluminarle.

De repente, habiendo doña Mathurine por fin captado el sentido de lo que le escribía la marquesa de Verteuil, lanzó una exclamación de estupor:

—¡Dios mío...! ¿Qué me dicen aquí?... Marina se ha escapado de casa de la marquesa y no se sabe dónde está... ¿Qué quiere decir esto? Toma, Felipe: lee, a ver si es que veo visiones...

El muchacho sabía mejor que nadie de qué se trataba. No obstante, por si acaso Marina le había ocultado algo, creyó conveniente leer la carta de la marquesa. He aquí lo que contenía:

»Mi querida señora:

»He retrasado hasta el último momento informaros de un acontecimiento que me llena de consternación.

»La muchacha que habíais puesto en mi casa, Marina Moutier, se fugó hace cosa de unos quince días, sin que hasta ahora me haya sido posible dar con su paradero.

»Desde hacía algún tiempo, ella, tan alegre ordinariamente, estaba triste, melancólica, y abandonaba todos los placeres de su edad como si tuviese un gran dolor.

»Varias veces intenté hacerla hablar para saber de dónde venía aquel cambio de humor —del que buscaba en vano la causa—; pero siempre se encerró en un mutismo absoluto, no contestando a mis preguntas más que con lágrimas.

»Hace dos semanas daba yo una fiesta de noche.

»Marina, como toda mi gente, estaba ocupada en el arreglo de los salones. A partir de aquel instante nadie la ha vuelto a ver en el hotel.

»En cuanto me enteré de su desaparición la hice buscar por todos los sitios donde creí que podía estar; mandé incluso a vuestra casa, sin que lo supieseis, a fin de no alarmaros.

»Desgraciadamente todas las pesquisas han resultado vanas, y creyendo que no debo dejároslo ignorar por más tiempo me decido por fin a comunicároslo.

»Ved, querida señora, lo que creáis que deba hacerse. Yo estoy consternada.

»Recibid los respetos de

CYPRIENNE DE VERTEUIL.

Una vez hubo terminado, Felipe devolvió la carta a la señora Passepoil.

—Lo sabía —dijo simplemente.

—¡Cómo...! ¿Lo sabías? —exclamó doña Mathurine, asombrada de su calma—. ¿Y por qué azar?

—No fue por azar... Sé además lo que le ocurrió a Marina y dónde está actualmente: la vi ayer.

Rápidamente Felipe hizo a doña Mathurine un resumen de los hechos que ya conocemos.

—Pero —respondió la señora Passepoil— no podemos dejar a esta pobre muchacha sola. Ve a buscarla. Felipe, y tráela aquí.

—¡Ah, gracias, señora Passepoil! —exclamó Felipe, con ímpetu—. Lo que me decís me causa una gran alegría. No me atrevía a pedirlo..., temía que quizá no sintieseis por Marina el mismo afecto que antes...

El joven sargento se levantó. Franqueó el umbral de un salto y echó a correr en dirección a la calle del Paso de la Mula.

Una vez Felipe se hubo marchado doña Mathurine se disponía a subir a la antigua habitación de Marina para ponerla en orden antes de su llegada cuando Cocardesse y su marido, finalizada su conversación, entraron para ver qué era del sargento.

—¡Eh! ¿Dónde está Felipe? —preguntó Passepoil al no verle.

—Ha salido. Le he mandado a un recado, pero volverá en seguida.

—Entonces voy a esperarle aquí, porque tengo intención de llevármelo conmigo —dijo Cocardesse.

—¿Llevároslo con vos? —preguntó doña Mathurine—. ¿Por qué?

—Pues para ir en su compañía. ¡Toma!

—Lo siento por vos, Cocardesse; pero nos quedamos al pequeño hasta que vuelva a su regimiento, es decir, hasta el regreso del ejército a París. ¿No es verdad, Amable?

Este asintió con un ademán como solía hacer siempre que su tierna mitad le consultaba sobre algo; trabajo, por otra parte, que podía muy bien evitarse, pues hubiera sido curioso ver a Passepoil atreviéndose a discrepar de la opinión de su cónyuge.

—En este caso —dijo el gascón— solo me resta retirarme.

Pensaba llevarse el caballo que, como se recordará, tan despreocupadamente había dejado fuera; pero el pobre animal aprovechó el descanso que de momento le había concedido su dueño de ocasión —su verdugo, mejor dicho— para morir tranquilamente.

Estaba echado sobre el pavimento, los ojos vidriosos, los miembros ya rígidos.

—¡Vaya idea que ha tenido! —murmuró Cocardesse. Y con desdén añadió—: ¡Bah...! ¡No era un animal de fuerza! ¡Hoy ya no hay caballos para un jinete de mi temple!

Y después de esta oración fúnebre se alejó para tomar la calle de la Herrería, donde vivía su amigo el señor Hélouin, que le había ofrecido hospitalidad en su casa.

IV

Sin resultado

Hacía pocos minutos que Felipe había salido de casa de Passepoil cuando Héliouin se presentaba en ella acompañado de, Marina.

Dos horas antes había llegado al hotel donde se hospedaba la muchacha, cubierto todavía del polvo de su largo viaje.

El retraso ocasionado por la noche pasada en la granja en que Cocardesse y él estuvieron a punto de ser asesinados le causó gran inquietud y quería saber inmediatamente qué había sido de Felipe durante las últimas veinticuatro horas.

Según todas las probabilidades debió dirigirse directamente al alojamiento de su hermana adoptiva.

Pensaba por tanto que yendo allí le encontraría, o si estaba ausente sabría por lo menos qué había sido de él.

Así quedó altamente sorprendido al enterarse por boca de la misma muchacha de que solo había estado allí unos momentos. Y su aprensión fue todavía mayor cuando supo que no había reaparecido desde la víspera.

Sin embargo, al ver la inquietud que causaba a la muchacha esta ausencia inexplicable, lejos de comunicarle sus temores solo pensó en tranquilizarla, y lo consiguió en parte.

Pero entonces se dijo que no estando allí Felipe era imprudente dejar a la muchacha sola, y que lo mejor, a pesar de la solicitud de que la rodeaba doña Gloria, la digna hotelera del Roussin d'Arcadie, sería ponerla bajo una protección más segura.

—Puesto que no queréis regresar a casa de vuestra protectora —le dijo al cabo de un momento—, ¿os negaréis también a ir a casa de gente que tiene a Felipe en gran estima y donde él os encontrará con toda seguridad?

—¿Dónde y a casa de quién?

—Detrás del Petit-Châtelet, en casa del matrimonio Passepoil —dijo Héliouin, recordando muy a propósito el nombre del maestro de armas, de quien Cocardesse le había largamente hablado durante el camino, mientras le contaba la historia de los años mozos de Felipe.

Ante esta proposición inesperada un vivo rubor invadió las mejillas de Marina.

—¡No, oh, no..., dejadme aquí! —balbució.

Sin embargo, a fuerza de hacerle escuchar la voz de la razón, acabó convenciéndola de que le acompañase a casa de Amable Passepoil.

—Y cuando regrese Felipe ¿qué pensará al no encontrarme aquí? —dijo, agotados sus argumentos.

—No os preocupéis por esto —dijo el abnegado policía—; doña Gloria le

comunicará dónde estáis.

En efecto: informó a la dueña de la marcha de Marina y le dio la dirección de los Passepoil, a cuya casa se retiraba; acto seguido, temeroso de que la muchacha se retractase, se la llevó en seguida.

Pero durante estos retrasos el tiempo había pasado y cuando llegaron a casa del maestro de armas no encontraron ya en ella al joven sargento de los guardias franceses.

Sería inútil decir con qué afecto fue recibida Marina por la buena doña Mathurine, cuya amistad compasiva sirvió de gran consuelo a su aflicción.

Bastante reanimada por aquel encuentro con un corazón compasivo, y tranquilizada en cuanto a la suerte de Felipe, por vez primera en quince días sintió renacer en ella un débil destello de esperanza.

En cuanto a Hélouin, a quien doña Mathurine felicitó calurosamente por haber pensado en ella en su buena acción, se alejó un poco para no turbar las expansiones de las dos mujeres y, principalmente, para ponerse en busca del sargento.

Al separarse de la señora Passepoil Felipe corrió hasta la calle del Paso de la Mula, satisfecho de poder anunciar a la muchacha que la excelente mujer la esperaba con los brazos abiertos.

Cuando entró en la casa cruzó rápidamente el despacho donde estaba la corpulenta hostelera, sin prestar atención a que esta hacía un ademán como para detenerle, y llegó en un segundo al corredor que llevaba a la habitación de la muchacha.

—¡Marina! —gritó, abriendo la puerta—. ¡Marina, tengo una buena noticia que anunciarte! Vengo de...

Pero las palabras se extinguieron en sus labios. Al entrar en la habitación vio que se hallaba desierta.

El asombro le clavó en su sitio. ¿Dónde estaba, pues, Marina?

Dirigió una mirada circular a la habitación; pero en vano: no tuvo necesidad de hacerlo dos veces para comprobar la ausencia de Marina.

—¿Qué significa esto? —balbució—. Sin embargo prometió esperarme sin moverse de aquí...

Olvidaba que su ausencia había sido larga, y permanecía allá, inmóvil, tratando de adivinar el enigma, cuando vio sobre los ladrillos varias huellas polvorientas que le parecieron insólitas.

Se inclinó y al examinarlas de cerca vio que dibujaban la forma de un pie masculino.

Entonces, ignorante de la reciente visita de Hélouin, una terrible duda vino a apoderarse de su espíritu suspicaz.

«¡Marina ha sido raptada! —se dijo—. ¡Arrastrada fuera de su asilo por una mano

criminal!».

Mientras franqueaba como un huracán los últimos peldaños de la escalera vino a dar contra un cuerpo opaco que ocupaba casi toda la caja y cuya naturaleza no tuvo tiempo de distinguir.

Apenas Felipe había pasado y se alejaba cuando una voz penetrante pareció salir de la masa moviente. Aquella voz pertenecía a la propia doña Gloria, cuya majestuosa persona —que nos perdonen si no es muy respetuosa la expresión— formaba la barricada tan hábilmente franqueada por el muchacho.

—¡Sargento...! ¡Señor sargento...! —gritó, volviéndose—. Esperadme..., tengo que hablaros... Marina...

Hubiera podido continuar así mucho tiempo: Felipe no estaba ya allá para escucharla.

Siempre dominado por la idea de que Marina había sido raptada el sargento «Bella-Espada» salió corriendo como un loco. Pero un personaje surgió súbitamente y se colocó decidido ante él: era Hélouin.

—¡Por Dios, sargento Felipe...! —exclamó—. ¡Volved en vos, amigo mío!

—¡Voy a castigar a los cobardes que han raptado a Marina! —respondió el muchacho, con vehemencia, sin pensar en asombrarse de la presencia del policía oficioso.

—¡Pero si está en casa de Passepoil, donde acabo de llevarla!

—¡Cómo! ¿Qué decís? ¿Marina está en casa de Passepoil?

—Sí, sí; venid..., os espera.

La cólera del sargento desapareció instantáneamente.

Pero aquella brusca transición de la furia a la súbita tranquilidad, provocada por lo que le decía Hélouin, produjo en él un desfallecimiento general y sintió mezclarse sus ideas, hacerse difusas, al mismo tiempo que su pensamiento se desvanecía en su cerebro como si todos sus resortes se hubiesen quebrado a la vez.

—¡Ay, Virgen mía, en qué estado nos traéis a nuestro pobre Felipe! —exclamó doña Mathurine a la vista del muchacho, que acababa de entrar con Hélouin—. ¡Pero si está enfermo, el pobre muchacho...! ¡Mirad, mirad su rostro!

Esta exclamación de la buena mujer estaba plenamente justificada. El rostro congestionado; las pupilas dilatadas; la mirada perdida, pero brillante, con un singular resplandor; los miembros agitados por un temblor convulsivo, todo, en la persona del sargento, presentaba los síntomas más alarmantes.

—Hay que acostarle inmediatamente —dijo el policía en voz baja a Mathurine—; por lo que personalmente puedo juzgar, está bajo la influencia de una fiebre cerebral.

—¡El desgraciado! —exclamó la buena mujer—. ¿Lo creéis así?

—Mucho me lo temo. Por otra parte no tardaremos en saberlo. Corro a buscar un médico.

—¿Un médico? ¡Pero si tenemos uno en nuestra misma puerta...!

—¿Bueno?

—Un príncipe de la ciencia, señor, un sabio buscado por la corte: el doctor Cabalus...

—¡César Cabalus...! Haríais mejor en absteneros, mi buena señora —dijo Hélouin, con cierto desprecio; pero inmediatamente añadió—: Por otra parte tenéis razón, pues la cosa es urgente. Hacedle venir en seguida. Ya buscaremos uno mejor. Entretanto, os lo repito, acostadle ahora mismo.

Por la mañana Felipe pidió de beber. Marina, que no había dormido en toda la noche, se acercó a él con un brebaje. Cuando se lo hubo bebido el joven atrajo la frente de la muchacha hasta sus labios.

Los ojos llenos de lágrimas de Marina lanzaron un destello de alegría.

—¿Me reconoces, Felipe? —preguntó.

—¿Cómo quieres que no te reconozca? —preguntó el enfermo, sorprendido.

No se había fijado todavía en los objetos que le rodeaban: su apatía era completa. No veía más que a Marina.

Ella bajó los húmedos ojos y preguntó:

—¿Te sientes mejor, Felipe?

—¿Mejor? —repitió él, tratando de encontrar el sentido de esta palabra, que implicaba una comparación—. ¿He estado acaso enfermo?

De repente un fuerte calor subió a su rostro; lanzó un grito estridente y quedó sin movimiento. Las convulsiones empezaron.

—He aquí la fase más crítica —advirtió el doctor Cabalus.

En efecto: durante dos días el muchacho se retorció en la cama, acosado por unos espasmos terribles que varias veces amenazaron acabar con él.

Pero, como anunció el doctor, el mal había atacado un organismo más fuerte que él, y la vigorosa constitución del joven acabó triunfando.

Cocardesse y Passepoil no habían sido los menos inquietos por la suerte de Felipe.

Una mañana los dos maestros de armas entraron en su cuarto contentos, acicalados, como si tuviesen que ir a un desfile.

En el jubón de Cocardesse se veían apenas algunos desgarrones zurcidos, frutos de varias estocadas.

El gascón llevaba en la mano un gran sobre sellado con un enorme sello de cera roja.

Los dos amigos avanzaron hacia Felipe con el cuerpo erguido y tenso, en la posición reglamentaria.

El muchacho, con Marina a su lado, los miraba sorprendido, sin comprender nada de aquella visita formularia.

Al llegar a dos pasos de él se descubrieron con una deferencia exagerada y Cocardesse, barriendo el suelo con la pluma de su sombrero, que había visto el día bajo el reino precedente, tomó la palabra:

—Mi teniente, he aquí lo que nos ha ordenado remitiros el señor marqués de Chaverny.

Y tendió el sobre a Felipe.

Las miradas de este iban de uno a otro de los maestros de armas en una muda interrogación. Por fin arrancó casi el pliego de manos del soldado, rompió el sello y sacó un pergamino que empezó a leer ávidamente.

Ninguna duda le era posible: ¡era oficial!

Entonces un júbilo inmenso se apoderó de él: no a causa del grado que se le confería, sino porque acababa de pensar que este le acercaba a Olimpia de Chaverny, disminuyendo un poco aquella distancia casi infranqueable que es el orgullo de casta.

—Amigos míos —dijo, dirigiéndose a los dos esgrimistas—, sí el rey me ha hecho el insigne honor de recompensar con este nombramiento mis humildes servicios, para vosotros, sabedlo bien, quiero ser y seré siempre el sargento «Bella-Espada», el joven Felipe..., nada más. ¿Lo oís bien?

Dos fuertes interjecciones rasgaron el aire, después de las cuales los dos ancianos guerrilleros se quedaron sin voz.

V

La casita de Montmartre

Uno de los días de la semana que siguió a los acontecimientos relatados en el precedente capítulo la señorita de compañía de la condesa de Lagardère estaba sentada en el salón, cerca de una ventana abierta, los ojos perdidos en lontananza, hacia las alturas de los verdeantes arrabales. Parecía meditar.

En efecto: Bathilde, que había alcanzado la edad de veintiocho años sin que su corazón hubiese todavía hablado, acababa de sufrir la ley común: empezaba a amar.

Y a amar con tanto mayor arrebato cuanto que el amor, hasta entonces en estado latente, había estallado con súbita violencia, haciéndola su esclava antes que tuviera tiempo de ponerse en guardia contra él.

Era el veneciano Zeno, embajador de la república de Venecia, quien había provocado aquella súbita eclosión.

El primer encuentro había tenido lugar en casa de la señora de Verteuil, donde Bathilde era recibida y a la cual acudía también el diplomático, a quien en la intimidad la marquesa llamaba Zen.

El embajador, hombre apuesto, de tez sombreada y ojos llenos de fuego, había seducido a Bathilde desde el primer día. Esta le confesó el papel que desempeñaba al lado de la condesa, y aquel singular diplomático, lejos de parecer indignado, aprobó la maniobra y se ofreció incluso a secundarla en lo posible, entrando así voluntariamente en el complot tramado contra la pobre Aurora.

Al obrar de esta suerte tenía un plan determinado: llegar a ser el esposo de Bathilde en cuanto hubiese heredado de la condesa.

Era para él un excelente negocio, porque a pesar de representar a la república de Venecia tenía personalmente una modesta posición y grandes dificultades para mantenerse a la altura de su rango, aun contando con los lindos beneficios que le aportaba una chirlata de su propiedad, donde se desplumaba a los incautos.

Ignoraba, inútil decirlo, que Peyrolles contaba adjudicarse tres cuartas partes del legado que recayese sobre Bathilde.

Y he aquí por qué, ligado con ella por el doble pacto del interés y de la infamia, se resignaba a sufrir sin murmurar el yugo de su amor, por pesado que le pareciese.

La moda de los apartamentos o viviendas de alquiler data de Luis XV.

Bajo Luis XIV, en efecto, prácticamente no existían, porque señores y burgueses de la época iban a divertirse a los ventorros alejados de los centros populosos, varios de los cuales han llegado a ser célebres.

Pero bajo la Regencia, Felipe de Orleans dio a la nobleza y a la alta finanza un tan vivo impulso hacia el placer que se consideró más económico alquilar una vivienda ya construida y amueblarla.

El apartamento a que vamos a llevar al lector no era, ni mucho menos, un modelo en su género, porque su propietario no podía permitirse fuertes gastos.

Durante mucho tiempo Zeno fue su único inquilino. Incluso esta ventaja de estar solo le había hecho preferirla a sus otros domicilios del centro de la villa. Pero desde hacía unos ocho días tenía un vecino. ¡Y qué vecino!

Era un hombre de unos sesenta años que, a juzgar por sus modales algo torpes y el corte anticuado de sus ropas, tenía todo el aspecto de llegar directamente de su provincia. Parecía ser de costumbres morigeradas y no pensar ya en los placeres de este mundo.

El diplomático se hallaba intrigado, porque el lugar no era ninguna Tebaida y hasta entonces las personas que en él habitaban no ofrecían ningún punto de semejanza con los anacoretas.

¿Quién podía ser aquel personaje?

Zeno observó que el hombre no salía nunca más que para hacer sus provisiones alimenticias. Jamás recibía a nadie, y se ocupaba él mismo de las faenas domésticas. Debía ser algún sabio enfrascado en sus estudios.

Hacía, pues, unos ocho días que la casita estaba así habitada cuando vemos a Bathilde trepar hacia las alturas de Montmartre.

La señorita de Wendel, impaciente por llegar, hostigaba a su montura azotándola frecuentemente con su fusta.

Al llegar a la residencia de Zeno bajó del caballo en el jardincillo y, dejándolo que ramonease a sus anchas por entre las hojas ya amarillentas de los árboles, penetró en la casa con la ayuda de una llave que llevaba.

En la antesala encontró a un criado que, sorprendido por aquella intrusión, le preguntó qué deseaba. Estaba desde hacía poco al servicio del veneciano y no la conocía.

—Deseo que permanezcas aquí, donde estás —respondió ella—, y me dejes entrar sin anunciarme.

—Sin embargo, señora... —respondió el criado, poniéndose delante de la puerta porque sabía que a su dueño no le gustaban las visitas imprevistas.

Pero la señorita de Wendel le arrojó unas monedas de oro.

—¡Déjame pasar! —ordenó—. De lo contrario te vas a arrepentir.

Por el tono de aquella orden el hombre comprendió que no sacaría probablemente ventaja ninguna en oponerse y le abrió paso.

Bathilde entró en las habitaciones.

El alojamiento se componía simplemente de tres piezas, que se seguían en hilera. Las tres estaban amuebladas con lujo al gusto italiano, al que se mezclaba el francés, formando un conjunto armonioso que encantaba los ojos.

Apagando el ruido de sus pasos la muchacha llegó al salón, donde estaba Zeno.

Antes de entrar dirigió una mirada por la puerta entreabierta y le vio sentado en un diván, como si dormitase.

Bathilde avanzó de puntillas y se situó al lado del diván.

Después de haber considerado en silencio al veneciano iba a rozarle el hombro para sacarle de su estado de somnolencia cuando una voz seca y grave se elevó en el silencio.

—¡Vaya..., vaya...! —decía la voz.

Bathilde y Zeno se levantaron a la vez y volviéronse hacia la puerta del salón, en cuyo umbral había un hombre de alta estatura que los miraba alternativamente, con una sonrisa irónica en los labios.

—¡El señor Gian-Batista! —dijo el veneciano, a quien le había sido presentado con este nombre en casa de la señora de Verteuil.

—¡El señor de Peyrolles! —exclamó al mismo tiempo Bathilde en voz baja, para no ser oída por el diplomático.

—¡A fe mía llego a tiempo! —dijo el recién llegado, avanzando un paso en la habitación.

Tomó un asiento, se sentó sin haber sido invitado y, sonriendo, dijo:

—Os buscaba a los dos, hijos míos...

Pero Bathilde le interrumpió:

—Ante todo: ¿por qué azar habéis venido a buscarme a Montmartre?

—Es muy sencillo: tenía que hablaros y he ido a llamar esta mañana al pozo del callejón. A esta señal Clairette ha venido a decirme que acababais de salir a caballo... No me ha engañado esta honrada muchacha, porque al llegar aquí he visto en efecto a vuestro Sultán comer las escasas hierbas del jardín...

—Bien: ¿qué tenéis que decirme?

—Un instante —dijo Peyrolles, bajando la voz—. Ante todo desearía saber si podemos hablar con seguridad, porque me ha parecido oír ruido en el alojamiento del lado, que había considerado siempre deshabitado. ¿Tenéis, pues, ahora un vecino, caballero?

—Efectivamente —dijo Zeno, después de una vacilación—. El pabellón contiguo al mío está alquilado desde hace ocho días.

—Es una contrariedad...

—¡Oh, tranquilizaos! Podéis hablar libremente y en voz tan alta como queráis, ya que este vecino es completamente sordo.

—Entonces todo va bien —respondió Peyrolles—. Lo que quería decir a Bathilde os lo diré a vos también, caballero.

»Sois dignos uno del otro. Estamos más ligados que nunca por la fuerza de las cosas. Se trata, pues, de trabajar seria y rápidamente.

»Veamos, caballero: ¿en cuánto estimáis la lotería que representa la parte de la

futura embajadora de Venecia en la herencia de Nevers?

—El mariscal de Maillebois, que es un buen calculador, dice que la fortuna de la última dama de Nevers es casi incalculable —respondió Zeno, parpadeando como si estuviese deslumbrado. Y añadió—: En mi opinión la señorita de Wendel puede contar con tres o cuatro millones.

—¡Ah, cuán lejos estáis de la verdad, caballero! —respondió Peyrolles, con la devota emoción de los adoradores del oro—. He hecho el viaje a Lorena ex profeso para ir a ver las tierras cuya mejor parte os corresponderá de derecho: pueden valorarse en una docena de millones.

»La heredad de Caylus, en el valle del Luron, no es menos rica; los bienes rurales diseminados por Francia valen el doble, y hay todavía catorce o quince millones en la provincia de Mantua, en Italia, que son de la condesa viuda de Nevers.

Mientras el anciano respiraba, Zeno dijo en voz baja:

—Lo cual representaría unos veinte millones para la tercera parte.

Conservaba los párpados medio cerrados para ocultar el brillo de sus ojos.

—¿En qué gastaré yo todo esto? —preguntó Bathilde, con una perplejidad casi cómica.

—Cuando los tengáis —respondió Peyrolles— haréis de ellos lo que os parezca; pero primero hay que obtenerlos. Si desde hace tiempo los acontecimientos se han sucedido lentamente, ahora se precipitan y las cosas toman un feo aspecto. ¿Sabéis que Felipe, el hijo del conde Enrique de Lagardère, está a punto de conocer quién es?

—Sí, lo sabemos; pero lo ignora aún..., y antes que lo sepa...

—Hay que obrar.

—Es mi opinión. Y pronto, además.

—Pronto... y hábilmente. Para esto he pensado en Bathilde, que en esta circunstancia puede sernos de gran utilidad.

»He aquí de qué forma...

Pero antes de oír a Peyrolles es necesario que penetremos en casa del vecino de Zeno y veamos qué ocurre en ella.

Mientras los tres cómplices están conferenciando, este se hallaba en la habitación situada exactamente detrás de aquella en que estaban reunidos.

No parecía ya el viejo sabio conocido por Zeno. Como si se hubiese sumergido en las aguas maravillosas de la fuente de la Juventud, mostrábase rejuvenecido en quince años por lo menos.

Su cuerpo, encorvado por la edad, se había erguido, fuerte y vigoroso, y no quedaba el menor vestigio de las numerosas arrugas que se entrecruzaban en su rostro. Sus ojos, libres de lentes, aparecían vivos y penetrantes.

Desde que Bathilde había entrado en casa del veneciano el anciano estaba pegado contra la pared medianera que separaba las dos piezas, en una actitud que delataba

extrema atención.

—Bien —murmuró al oír al caballero afirmar al antiguo factótum de Gonzaga que era completamente sordo y no había nada que temer de él—: de esta manera voy a saber qué tiene que confiar a Bathilde. —Y después, con satisfacción, añadió—: Ya sabía yo que un día u otro sería útil mi estancia aquí.

Volvamos ahora a Peyrolles, a quien hemos dejado en el momento en que se disponía a explicar en qué forma pensaba servirse de su ahijada para acabar con el hijo de Lagardère.

—He aquí —decía— de qué forma vamos a tener que proceder contra él.

»Es necesario que Bathilde le dé una cita en su casa.

—¿Una cita, a él, y en mi casa? —dijo ella, estupefacta—. ¿Y cómo queréis que lo haga?

—Voy a explicaros el medio. Dentro de algunos días el ejército de Flandes estará de regreso en París. Me he enterado de que en esta ocasión, y por iniciativa del señor de Maillebois, los gentilhombres de la corte van a dar una recepción seguida de baile a todos los oficiales que han hecho la campaña. Pues bien: iréis a este baile y haremos por manera de que Felipe asista también a él.

—¡No lo penséis siquiera! ¿Con qué título un simple sargento asistiría a una reunión de oficiales?

—No lo sé todavía; dejadme reflexionar y venceremos seguramente esta dificultad que ahora os parece, como a mí, insoluble.

—Está ya vencida —intercaló Zeno.

Bathilde y Peyrolles le miraron.

—¡Bah! ¿Habéis acaso encontrado la manera de hacer entrar al guardia francés en este baile, amigo mío? He aquí una cosa que os haría subir mucho en mi estima.

—¡Tregua de ironías, señor Gian-Batista! —interrumpió el veneciano—. Somos asociados: no amigos.

»He dejado pasar vuestros sarcasmos sin responderos y estoy todavía muy lejos de querer aceptar vuestra estima: la estima de un hombre que me conoce y a quien yo no conozco.

»Sin saber exactamente nada de vos sospecho que no os halláis a gusto en Francia, donde solo la venganza y el interés pueden reteneros.

»Sospecho igualmente que el nombre que lleváis no es el vuestro.

»A mí, señor mío, ningún móvil de venganza guía mis acciones..., y solo el amor me empuja a ser vuestro cómplice, porque me creo con derecho de procurar recuperar la fortuna de mi futura esposa.

Al pronunciar estas palabras el veneciano se había vuelto hacia Bathilde.

—Consideradme, pues, no como un pelele al que se hace mover tirando de los cordeles, sino como un asociado. Esto bien sentado, guardad vuestra admiración y

vuestras ironías para otros, no para mí.

Sorprendido por aquel rapapolvo que no se esperaba, el anciano no dijo una palabra, comprendiendo que era culpa suya.

—En cuanto a la dificultad vencida —prosiguió el veneciano— no he tenido que encontrar nada, porque desde la semana pasada el sargento Felipe no existe ya: es ahora el teniente Felipe.

Peyrolles tuvo un sobresalto.

—¿Dónde le han hecho teniente?

—En el regimiento mismo donde servía. Fui informado de esta noticia el otro día, mientras estaba en el Ministerio de la Guerra. Parece ser que este ascenso le ha sido concedido por recomendación del marqués de Chaverny y las buenas notas del capitán De Tresmes.

—Pues bien: he aquí una cosa que nos viene de perillas —dijo Peyrolles—, porque así tiene derecho a ser invitado a esta recepción. Pero como podría ser que en virtud de su reciente nombramiento vacilase en asistir, Bathilde procurará que no deje de ir.

—¿Qué queréis decir con esto? —preguntó ella.

—Quiero decir que tendréis que ponerle unas líneas.

—¿Yo?... ¡Esto es absurdo...! Este muchacho no me conoce de nada y no hará ningún caso de mi carta.

—Por esto no seréis vos personalmente quien le escribirá, sino una amiga que se interesa mucho por él y que, en posesión de un secreto referente a su nacimiento, desea hablarle de este tema.

—¡Ah, bien, ya comprendo...! —dijo Bathilde, disimulando una mueca.

—Es, pues, imposible que no vaya. Y en cuanto haya llegado, yo, que estaré también allá, os lo designaré y entonces será cosa vuestra ser lo suficientemente hábil para obtener de él la cita que necesitamos para la ejecución del proyecto que he concebido.

—¿Y cuál es este proyecto? —preguntó Bathilde.

—Ponerle en la imposibilidad de recuperar su nombre y su rango.

—¿No atentaréis contra su vida, por lo menos? —preguntó aún ella.

«¿Por qué no?», iba a contestar Zeno, que no tenía necesidad de satisfacer una venganza para echar mano de los medios violentos.

Pero Peyrolles le previno haciendo un movimiento de párpados significativo.

—No, ciertamente no; no llegaremos hasta este extremo. ¿Para qué?

Desconfiaba de la muchacha y pensaba que si le revelaba su propósito, que era efectivamente asesinar a «Bella-Espada», se negaría seguramente a secundarle.

Tenía, pues, que dejarla ignorar lo que tramaba y servirse de ella como de un instrumento inconsciente.

—Bien —respondió Bathilde—: si es así podéis contar conmigo. ¿Y dónde deberé darle cita?

—En vuestro salón tocador.

—¿En el hotel de Nevers?

—Desde luego.

—El lugar me parece singularmente elegido.

—No hay otro mejor situado para lo que queremos hacer. La distancia que separa vuestras habitaciones de las de la condesa, el vasto jardín solitario que lo rodea, el callejón sombrío que lo limita: todo nos permitirá obrar a nuestras anchas sin temer la intervención de algún importuno.

—Quizá tengáis razón. ¿Ya qué hora debo decirle que venga?

—A medianoche, cuando todo el mundo dormirá en el hotel.

—Vaya por medianoche. Una última pregunta: ¿adónde he de escribirle? No conozco su dirección...

—Yo tampoco —confesó Peyrolles—; pero no tenéis más que dirigirle la carta al Ministerio de la Guerra: no dejará de llegar a sus manos. Queda todo, pues, bien convenido, y tratemos de terminar de una vez. Demasiado tiempo hace que esperamos.

—No temáis nada: vuestras instrucciones serán fielmente ejecutadas.

Convenido todo entre los tres cómplices se separaron.

Peyrolles salió el primero; después Bathilde, que encontró su caballo en el jardín.

Detrás de la pared el falso sabio había escuchado hasta la última palabra pronunciada. En cuanto vio salir a Bathilde y Peyrolles volvió a disfrazarse de anciano, es decir, se puso una peluca blanca de mechones desaliñados, se frotó el rostro con una sustancia que lo arrugó inmediatamente, se caló los lentes de cristales teñidos de azul y abandonó su alojamiento.

Tomó el camino más corto y se dirigió hacia la calle de la Herrería, adonde no tardó en llegar. Entró en la casa cuya enseña rezaba «Au Pilon d'Or» y subió rápidamente la escalera.

En el rellano del primer piso se detuvo y llamó a la puerta. Fue Cocardesse quien le abrió.

—¡Vaya! ¡Por fin estáis aquí, barón de Posen! —exclamó el soldado—. ¿Hay algo de nuevo?

—Acabo de sorprender un complot tramado contra Felipe de Lagardère por Bathilde, Peyrolles y el veneciano Zeno.

—¡Por el vientre de...! ¡Los canallas!

Y el barón puso al corriente al soldado de la conversación que acababa de sorprender.

—¡Cáspita! —dijo Cocardesse—. ¡He aquí más trabajo para ti, *Petronila*, y del

bueno, además!

VI

Un baile en el Louvre

La noche en que reanudamos el hilo de nuestro relato el Louvre resplandecía de luces, tanto dentro como fuera del edificio, y la pródiga iluminación lo hacía parecer una masa ardiente.

La mayor parte de los ejércitos de Flandes acababa de regresar a Francia y, después de un desfile triunfal por París, acampaba en los alrededores de la capital, en espera de que cada regimiento fuese de nuevo a ocupar sus cuarteles respectivos.

Antes que se realizase esta disgregación los gentilhombres de la corte se habían puesto de acuerdo para recibir con gran ceremonia a los oficiales del victorioso ejército, y, por concesión especial de Luis XV, esta reunión debía efectuarse en la antigua y secular mansión de sus antepasados.

El monarca había consentido también en que nuestros valientes guerreros asistiesen de uniforme, a fin de que todos pudiesen ir, incluso los que carecieran de ropas de etiqueta.

Como las damas habían sido invitadas también, pues a la recepción seguiría un baile, enjambres de bellezas deslumbrantes pertenecientes a la más alta nobleza daban a la fiesta un esplendor maravilloso.

A partir de las nueve los salones desbordaban de gente, y si los fastuosos trajes de los gentilhombres de la corte ofrecían un brillante aspecto, los marciales uniformes atraían igualmente todas las miradas.

A las nueve y media resonó la primera nota de los violines.

Fue la señal del placer. En el acto se formaron grupos de bailarines y la fiesta empezó.

El teniente Felipe hizo entonces su entrada. Al principio había decidido no asistir: se sentía oficial demasiado reciente para mostrarse en aquella ceremonia entre sus nuevos colegas, que tenían todos cierta antigüedad. Sin embargo, una circunstancia le determinó a acudir.

Durante el día había llegado a sus manos un billete misterioso: era una misiva cerrada, con un sello sin armas, que exhalaba un delicioso perfume de ámbar. No contenía más que algunas palabras, escritas con letra de mujer y firmadas: «Una amiga».

En él se le rogaba con insistencia que asistiese a la fiesta del Louvre aquella misma noche: una persona deseaba comunicarle algo del mayor interés acerca de su nacimiento y no tenía más ocasión que aquella para acercarse a él.

Y en una posdata añadía:

«Para darse a conocer la persona se acercará al teniente Felipe y pronunciará las palabras: “Sed discreto.”».

Felipe había quedado muy sorprendido. ¿De quién podía proceder aquel billete? No tenía la menor idea.

Sin embargo, acostumbrado a no asombrarse de nada que hiciese referencia a sus orígenes, decidió aceptar la invitación tan misteriosamente dirigida.

¡Ah, si pudiese saber por fin quién era!

En cuanto hubo entrado en el salón principal se sintió ligeramente embarazado en medio de aquella muchedumbre brillante, a la cual no estaba acostumbrado; pero tuvo la suerte de encontrarse con el capitán De Tresmes, su superior.

—¡Ah, hombre, teniente! —dijo este alegremente—. ¡Hace una hora que os busco! Voy a ponerlos en relación con algunos de vuestros nuevos camaradas. Venid: distingo a varios de ellos allá...

Y cogiendo a Felipe del brazo se lo llevó hacia un grupo de jóvenes oficiales que formaban parte de su regimiento. Estos le dispensaron una calurosa acogida y pronto se halló entre ellos completamente a sus anchas.

—Os abandono —dijo poco después el capitán—. Voy a hablar con el duque de Vivonne de un punto de táctica que me interesa sobremanera. Hasta luego.

El baile, que se iba animando progresivamente, reclamaba bailarines, y el grupo de veteranos con quienes conversaba Felipe fue disolviéndose poco a poco, basta que el joven se encontró completamente aislado.

Sin saber qué hacer, permanecía de pie, apoyado de espaldas a una inmensa chimenea, viendo la gente piruetear, cuando una mujer con el rostro cubierto por un antifaz —muchas otras damas lo llevaban también— pasó ante él rozándole levemente con el abanico al tiempo que pronunciaba en tono misterioso estas dos palabras: «Sed discreto», y prosiguió su camino.

El muchacho había olvidado completamente el motivo de su asistencia al Louvre. Las palabras de aquella dama se lo recordaron en el acto.

La dama se alejaba con paso regular, haciendo ondular la larga cola de su traje, hacia un saloncito destinado a las personas que deseaban descansar un poco.

La siguió y entró casi con ella. La habitación estaba entonces completamente desierta.

Bathilde —puesto que ya sabemos que era ella— se sentó en un ancho diván y con un gracioso gesto invitó a Felipe a hacerlo a su lado. El joven obedeció.

La muchacha no llevaba más que medio antifaz, es decir, una simple tira de terciopelo que le cubría la parte alta del rostro; pero era suficiente para impedir ver la expresión general de sus facciones.

«¿Quién puede ser esta mujer? —se preguntaba Felipe examinándola minuciosamente—. ¿Y cómo puede estar en posesión del secreto de mi vida?».

También ella le examinaba atentamente, y sus ojos, parecidos a dos diamantes negros, brillaban a través de la rendija del antifaz con un resplandor extraordinario.

Después de un instante de silencio, viendo que ella no se decidía a iniciar la conversación, se arriesgó a dirigirle él la palabra:

—¿Tengo el honor de hablar, señora, con la persona que me ha mandado hoy un billete firmado «Una amiga» y que tiene, al parecer, una revelación importante que hacerme referente a mi origen?

—Si, teniente Felipe —dijo la enmascarada, después de un instante de radiación.

—Señora, no sé quién sois ni trataré de averiguarlo, puesto que deseáis seguir siendo para mí una desconocida; pero si me decís quién soy os guardaré eterno reconocimiento y no transcurrirá un día sin que bendiga vuestro nombre con todo mi corazón.

—Puedo, en efecto, revelaros el misterio que ha cubierto vuestra existencia hasta hoy —dijo Bathilde, pesando las palabras y tratando de ganar tiempo—; pero antes quisiera haceros una pregunta: ¿tenéis alguna idea de quién podéis ser, del rango que vuestra familia ocupa en la sociedad?

Felipe reflexionó un momento y con una ligera vacilación dijo:

—A fe mía, señora, vuestra pregunta me deja un poco perplejo. Sin embargo voy a contestaros con franqueza, cualquiera que sea la opinión que forméis de mí después.

»Si me baso en vagos recuerdos, que acuden a mí de cuando en cuando; en algunas imágenes remotas que se forman a veces en mi espíritu; en mi inclinación natural hacia todo lo que es noble y bello, me parece que no soy de baja extracción.

»Naturalmente, vais a tildarme de vanidoso; pero os lo repito: es con toda sinceridad que os hago esta confesión. ¿Estoy en un error?

—No estáis en un error.

Esta última frase salió de la boca de la muchacha como involuntariamente.

—¡Es verdad entonces! —exclamó Felipe, con fuego—. ¡Pertenezco a una familia por encima de lo común!

Bathilde hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—¡Oh, hablad..., hablad entonces, señora! ¡Ansío llevar por fin el nombre que me pertenece! ¡Hablad, os lo suplico!

Impaciente, esperaba que Bathilde le confiara el secreto de su nacimiento.

Esta, desde luego, no se daba prisa en satisfacer sus deseos y se esforzaba en encontrar la manera de atraerle al hotel.

Pero, mientras tal decía, se realizó en ella un fenómeno bastante curioso.

No solamente al volver a ver hecho un hombre aquel chiquillo a quien había salvado se sentía atraída hacia él por una tierna simpatía, sino que además la viril belleza de Felipe, su voz cálida y vibrante, que acariciaba deliciosamente sus oídos, hacía nacer en su corazón un sentimiento ignorado hasta entonces.

La parte buena de su ser iba ganando lentamente terreno, y, tiernamente conmovida, se dejaba arrastrar por el nuevo encanto que se apoderaba poco a poco de

su ser.

Contemplaba silenciosamente a Felipe mientras pensaba en lo que le había ordenado Peyrolles.

¿Así de nuevo iba a contribuir a la pérdida del hijo de su bienhechora, a traicionarle cuando él acudía a ella con toda confianza?

No, no; jamás haría esto...

—Hablad, señora, por favor, hablad... —insistió el muchacho, que no se explicaba aquel mutismo—. ¿Me habréis dado acaso tan solo una vana esperanza?

Y al mismo tiempo, con un movimiento del que no se dio siquiera cuenta, cogió una de sus manos y la estrechó dulcemente entre las suyas.

Ante este gesto Bathilde sintió un estremecimiento que recorrió todo su cuerpo, y, olvidando de repente a Peyrolles, a Zeno y los millones de la condesa Aurora, iba probablemente a confesárselo todo a Felipe cuando divisó en el umbral del salón al antiguo factótum de Gonzaga que la miraba con aire amenazador y parecía estar a punto de dirigirse a ellos.

El anciano llevaba ya allí algunos minutos observando su conversación con el teniente. Situado como estaba no podía ser visto por el muchacho, que le volvía la espalda. Había tenido, por otra parte, la precaución de desfigurar su fisonomía aplicándose sobre un ojo una ancha venda negra que le cortaba el rostro en diagonal y parecía un adorno no desplazado en aquel ambiente, donde más de uno llevaba huellas visibles de su actuación en la última guerra.

Aunque no podía oír lo que se decía entre Bathilde y Felipe, sin embargo le parecía que la muchacha desempeñaba de forma extraña la misión que le había encomendado, y la turbación que adivinaba en ella le hacía temer que en un momento de abandono dejase escapar alguna confidencia comprometedora —ya sabemos que sus temores estaban fundados—, por lo cual se decidió a avanzar por el salón a fin de hacer frente a aquel peligro cuando los ojos de la muchacha se posaron en él.

Ante su aspecto Bathilde recuperó en el acto su sangre fría y le hizo un signo que significaba: «Ya veis que desempeño mi papel».

Medio tranquilizado ya se alejó, pero no sin prometerse vigilar a su ahijada.

En cuanto hubo desaparecido, Bathilde dijo a Felipe:

—Escuchad: estoy dispuesta a cumplir la promesa que os he hecho: pero lo que tengo que deciros es tan grave que, ahora me doy cuenta de ello, resulta peligroso confiároslo aquí.

—¿Y por qué, señora?

—Porque este secreto no debe ser conocido por nadie de este mundo, aparte vos, y en este salón cualquier oído indiscreto nos puede escuchar.

—¡Es imposible! Estamos solos, bien solos, y no veo cómo...

—No, no estamos solos... Quiero decir que no lo estamos ya; ved...

Y con su abanico señaló al teniente varias parejas de bailarines que entraban en la habitación.

El azar la servía a placer.

—Tenéis razón —dijo el muchacho, que tuvo que rendirse a la evidencia—. ¿Por qué me habéis dado cita en medio de esta muchedumbre?

—Al escribiros esta mañana no se me ha ocurrido la idea de que podríamos ser estorbados durante nuestra conversación, de lo contrario hubiera tomado otras disposiciones. Ha sido quizás una ingenuidad por mi parte, lo confieso; pero os lo repito: no se me ha ocurrido.

—En este caso, señora, ¿qué lugar me designáis para escucharos?

Bathilde pareció meditar y contestó:

—No hay más que uno donde podamos estar verdaderamente en toda seguridad.

—Indicádmelo.

—Mi casa.

—¿Vuestra casa? —repitió Felipe, sorprendido.

—Sí: me parece el mejor sitio para escapar de los importunos. Vais a preguntarme, supongo, por qué no os he dado cita allí desde un buen principio...

—En efecto: puesto que podéis recibirme en ella, era más sencillo citarme allí directamente —repuso el teniente.

—A esto os responderé que el acceso a mi domicilio no es de los más fáciles, y en el temor de que vacilaseis ante la dificultad de la empresa me pareció más lógico aprovechar la ocasión de este baile para ponerme en relación con vos. Pero puesto que no podemos hacer otra cosa, os propongo tratar de introducirlos. Solamente, más que nunca, os diré: «Sed discreto».

—Discreto, señora, lo seré cuanto sea necesario serlo: creedlo bien. En cuanto a la dificultad de que me habláis, si no es invencible, consideradme ya en vuestra casa. No tengo la costumbre de retroceder ante los obstáculos, cualesquiera que sean; al contrario.

—Vuestro aire decidido hace que lo crea sin dificultad, teniente, y siento no haberos hecho inmediatamente esta proposición. He aquí, pues, cómo vamos a proceder. Son ahora las diez...

—¡Ah! ¿Es para esta noche misma?

—Sí. ¿Os contraría acaso?

—¡Lejos de ahí! Cuanto antes mejor.

—Os decía: son ahora las diez. Dentro de media hora saldré del Louvre y regresaré a mi casa directamente. Un cuarto de hora después de mi salida marchaos a vuestra vez y dirigíos hacia el Marais. ¿Conocéis la calle de los Francs-Bourgeois?

—Ciertamente.

—Pues bien: una vez en el Marais tomad esa calle y seguidla, contando desde la

entrada las calles que le son perpendiculares.

—Bien.

—Una vez hayáis pasado de la que hace cuatro encontraréis a corta distancia un callejón sin salida de escasa anchura. Meteos decididamente en él y llegad hasta el final. Os encontraréis entonces frente a un pozo medianero cerrado por una pared en la cual hay una puerta. Abridla.

—¿Se abre fácilmente, sin duda?

—Sí, a condición de tener para ello lo necesario..., y aquí está —dijo Bathilde, entregándole una llave groseramente forjada que sacó de uno de los bolsillos de su traje.

»Una vez la puerta abierta dad tres golpes con esta llave, o con el puño de vuestra espada, en los brazos de hierro que sostienen la polea..., y esperad.

—¿Qué debo esperar?

—Que vengan a buscaros para acompañaros a mi lado. La espera no será larga.

—Haré exactamente lo que me decís.

—Cuento con ello, teniente. Hasta dentro de una hora aproximadamente.

Con estas últimas palabras Bathilde se levantó y abandonó el salón después de una graciosa reverencia, dejando a Felipe cada vez más intrigado.

Mientras el muchacho reflexionaba sobre esta aventura nocturna que se le ofrecía, Bathilde de Wendel se disponía a ganar la salida. Esperaba conseguir retirarse sin encontrar a Peyrolles; pero este apareció repentinamente ante ella.

—¿Y bien? —preguntó.

—Vendrá.

—¿A la hora convenida?

—Sí —respondió osadamente la muchacha—. A medianoche; pero no antes.

—Muy bien; estoy contento de ti, Bathilde. Zeno y yo estaremos allí a las doce y cuarto.

Un destello brilló en los ojos de Bathilde de Wendel.

«Está salvado», pensó.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Peyrolles.

—No voy a tardar en marcharme. Estoy demasiado preocupada por este asunto para encontrar el menor placer en el baile.

—Bien: márchate. Esto te permitirá preparar tus baterías para retener a Felipe hasta que lleguemos. ¡Sobre todo, sé hábil!

—¿No lo he sido ya?

—Sí, ciertamente, y te felicito.

Se separaron. Peyrolles la vio alejarse y desaparecer.

—Me miente —murmuró—. Ha debido cambiar la hora de la cita. Cuando le he dicho que iríamos a las doce y cuarto he visto sus ojos centellear de alegría. Juraría

que trata otra vez de hacer fracasar mis proyectos... Pero ¡ira de Dios, sabré impedirselo! —añadió, cerrando violentamente los puños—. ¡Oh, sí..., y desgraciada de ella si me ha engañado otra vez!

Y temiendo que las personas que le rodeaban advirtiesen el súbito furor que acababa de apoderarse de él se perdió entre la concurrencia.

Felipe, al quedarse solo, estuvo un momento reflexionando y por fin se decidió también a abandonar el salón.

Viéndole dirigirse hacia la salida, Peyrolles esbozó una sonrisa de maldad y murmuró:

—Estaba seguro: la cita es para ahora... Bathilde me ha recomendado expresamente no ir antes de medianoche... Es necesario hacer lo contrario... Corramos a avisar a Zeno.



VII

La cita

Felipe no tardó más de un cuarto de hora en franquear la distancia que separa el Louvre del Marais y pronto se encontró en la entrada de la calle de los Francs-Bourgeois.

—Veamos —recordó—: me ha dicho que contase cuatro calles a partir de esta; tratemos de no cometer ningún error.

Entonces moderó un poco su paso, porque aquella larga arteria no poseía por toda iluminación más que un farol situado hacia la mitad de la misma, y como no daba más que una luz indecisa temía pasar inadvertidamente ante una de las calles adyacentes.

Después de contar cuatro anduvo todavía algunos pasos y encontró el callejón sin salida, como le había sido anunciado. Aunque reinaba allí la oscuridad más absoluta se metió en él sin vacilar.

Sin embargo, no sabiendo exactamente dónde iba, desenvainó su espada y avanzó con el brazo tendido hacia adelante. Al cabo de dos minutos la punta de su espada encontró un obstáculo en el cual se hundió ligeramente produciendo un ruido sordo.

—Bien —murmuró—: debe ser la puerta del pozo en cuestión.

Buscó a tientas con la mano y al tocar la madera comprendió que no se había equivocado. Encontró fácilmente la cerradura y con la ayuda de la llave de Bathilde la abrió.

—Demos ahora los golpes —se dijo.

Y con el pomo de la espada dio tres golpes en uno de los brazos que sostenían la polea y esperó.

Los golpes, después de haber repercutido, sonoros, en la noche, fueron a morir en la lejanía.

En su saloncito, Bathilde, ansiosa, esperaba también.

—¡Aquí está! —se dijo, estremeciéndose—. ¡Qué la suerte venga en mi ayuda!

Clairette, su doncella, apareció. Iba a prevenir a su dueña de la llegada de Felipe.

—¿Bajo, verdad, señora? —preguntó.

—Sí; date prisa... y sé prudente.

—No temáis.

En el callejón, Felipe, inmóvil, el oído alerta, lanzaba sus miradas hacia la sombra espesa que tenía delante, esperando ver aparecer de un momento a otro la persona que debía servirle de guía.

Súbitamente oyó un ligero ruido del otro lado del pozo, al mismo tiempo que una voz joven y femenina preguntaba:

—¿Sois vos, señor teniente?

—Yo soy —respondió él.

—Venid pronto.

—En seguida: el tiempo que me cueste saltar por encima de este abismo.

—No tenéis que saltar: el pozo está cubierto.

—¡Ah! En este caso es diferente —respondió el muchacho, que, visto su carácter aventurero, lamentaba casi no tener que correr aquel peligro.

Y después de cerciorarse de que en efecto el pozo estaba tapado por una ancha tabla de madera formando puente lo franqueó.

La doncella no se detuvo hasta el tocador de su dueña.

—Hemos llegado —le dijo al teniente—. Empujad esta puerta y entrad; se os espera.

El muchacho hizo lo que le decían y pronto se encontró en un coquetón reducto, enteramente tapizado de satén y terciopelo.

Varias bujías perfumadas ardían en altos candelabros; pero para hacerla menos cruda su luz estaba atenuada por unos globos de alabastro recubiertos con una fina gasa de seda azul.

«Estoy en casa de una gran dama», pensó Felipe.

Entonces vio a Bathilde sentada en un diván, con el rostro siempre tapado con el antifaz, y avanzó hacia ella.

—Señora —le dijo—, ya lo veis: he accedido a vuestro deseo y heme aquí dispuesto a escucharos.

—Gracias, teniente —respondió Bathilde, cuya voz delataba cierta emoción—; tened la bondad de sentaros en este canapé.

Bathilde de Wendel entró en seguida en materia.

—Teniente Felipe —dijo—, estoy segura de que os preguntáis por qué me rodeo de tantas precauciones para deciros... lo que os he prometido.

—Es verdad, señora; sin embargo mi asombro no es tan grande como debería ser. Me han ocurrido tantas cosas extrañas desde mi nacimiento que, a fe mía, un misterio más o menos en mi vida no puede sorprenderme.

Quería parecer indiferente, pero había un deje de tristeza en su voz.

—En efecto —murmuró Bathilde como para sí misma—: han debido ocurrirlos acontecimientos bien singulares...

—¿Los conocéis, acaso? —preguntó con viveza el muchacho.

—¡Pardiez! Es necesario que conozca por lo menos algunos, puesto que puedo revelaros el secreto de vuestro nacimiento.

—Es cierto. ¿Quién sois, pues, señora, que conocéis ese secreto?

—¿Quién soy...? —preguntó Bathilde de Wendel.

Hizo una pausa de algunos momentos y después, tomando una rápida decisión, contestó:

—Voy a decíroslo.

Acababa de formar un proyecto que suponía le conquistaría la amistad de Felipe. ¡Ah, qué no hubiera hecho por conseguirlo...!

Estaba, pues, decidida a confesarle una parte de la verdad, la que hablaba en ventaja de ella, y a dejar la otra en la sombra.

—¿Tenéis, teniente, algún recuerdo de vuestra primera infancia?

—Ciertamente, sí; pero tan vago, tan confuso, que no puedo precisar nada. Encuentro incluso este olvido bastante singular y no sé a qué atribuirlo.

«Es sin duda el efecto del brebaje que le hice tomar», pensó Bathilde.

—¿Y si yo os ayudase un poco? —dijo en voz alta.

—Probadlo.

—¿No queda en vuestra memoria ningún rasgo de un rostro que se encontraba con frecuencia cerca del vuestro? Buscad bien.

El muchacho se entregó a un laborioso trabajo mnemotécnico. Al cabo de unos instantes manifestó:

—Veo, en una nube, varios rostros, pero de contornos indecisos, sin forma...

—¿No distinguís uno más relevante que los otros?

—No; todos son visiones ligeras, imposibles de fijar.

Después, de repente, cerrando los ojos como para ver mejor, continuó:

—¡Ah, sí..., sí...! Veo uno que se dibuja con mayor nitidez: es un rostro de mujer, de facciones bellas y pálidas..., que me sonríe..., se inclina sobre mí... Es dulce, bello y bueno como el de una madre...

—¡Pero otro, otro aún...! —se apresuró a decir Bathilde de Wendel, comprendiendo que Felipe hablaba de la condesa—. Otro más joven y menos pálido, que os sonreía también..., que se inclinaba sobre vos frecuentemente...

—Esperad, esperad... Creo verlo unas mejillas rosadas..., unos ojos azules, azul oscuro..., una boca con unos labios gruesos y muy rojos..., una frente alta, lisa, en la que se destacaban las cejas..., cabello negro y abundante... Sí: a medida que mi memoria lo reconstruye me aparece más y más distinto.

Felipe hablaba como en un sueño, los ojos siempre cerrados.

—Pero no sabría decir a quién pertenece este rostro... —continuó—; me parece como separado de un cuerpo... En vano busco: no veo nada de él...

La muchacha se había desenmascarado y con el abanico hizo saltar la gasa que ocultaba un globo de alabastro. La luz cayó sobre su rostro sin dejar de iluminar un solo detalle.

Tocó el brazo del teniente, que en el acto abrió los ojos.

—¿Es una ilusión? —exclamó—. Esta imagen que acabo de evocar..., hela aquí..., ante mí: es la vuestra.

Al mismo tiempo detallaba a Bathilde con un cuidado meticuloso... No podía

equivocarse: el parecido era completo. Si las mejillas eran menos sonrosadas, los labios eran siempre tan purpurinos, la frente igualmente despejada y su cabello negro y abundante como antaño.

—No, no es una ilusión —respondió ella después de haberle dejado examinarla a placer—: es mi rostro el que habéis descrito, porque compartía vuestros juegos y travesuras y estaba constantemente a vuestro lado.

—¡Vos... mi compañera de juegos!

—Sí; porque, a pesar de que tenía pocos años más que vos, desempeñaba a vuestro lado el papel de... institutriz. Pero era también vuestra amiga, vuestra hermana mayor..., porque sentía por vos un tierno afecto.

—Os debo profunda gratitud, señora... —murmuró Felipe, muy emocionado.

—Creo sinceramente merecerla; lo reconoceréis cuando sepáis lo que hice por vos.

—¿Qué hicisteis, pues?

—Os salvé la vida.

—¿Me salvasteis la vida?

—Sí; y además puedo decíroslo: a mi riesgo y peligro.

—Explicaos, por favor; voy de sorpresa en sorpresa.

—Voy a explicarme —dijo Bathilde—; pero para ello debo narraros una historia muy sombría...

Aquí Bathilde comprendió que debía ser extremadamente prudente a fin de evitar que Felipe tuviese la menor sospecha de la verdad.

—Os escucho, señora; presiento que, en efecto, he sido víctima de alguna tenebrosa maquinación.

—Sí, sí..., vais a juzgar vos mismo. Altos personajes que, ignoro la causa, sentían contra vuestra familia un violento odio y juraron ejercer contra ella una terrible venganza, no habían encontrado nada mejor para satisfacer su resentimiento que haceros morir, queriendo así sumir a vuestros padres en la desesperación y el dolor.

»Poderosos eran estos personajes y fácilmente podían cometer su crimen, sin tener nada que temer de la justicia.

»Estabais, pues, perdido sin esperanzas cuando el azar me hizo conocer sus secretos.

»Entonces concebí el proyecto de salvaros de la muerte y con este objeto conseguí haceros pasar por muerto, tras administraros un brebaje especial cuya virtud es simular perfectamente el cese de la vida.

»Después, cuando por la noche os velaba, sustituí vuestro cuerpo, que tenía toda la apariencia de un cadáver, por un muñeco, al que enterraron en vuestro lugar, mientras yo iba a depositaros en manos de personas de confianza cuyo concurso me había asegurado por adelantado.

»Eran un pobre matrimonio de trabajadores ingleses temporalmente en París, a quienes subvencioné largamente para cubrir vuestras necesidades durante el tiempo que estaríais en su casa.

»Habíamos convenido que partirían inmediatamente hacia su país natal, lo cual hicieron, en efecto, tras indicarme el lugar de su residencia.

—¿Habéis hecho esto?... ¡Ah, qué no os debo, señora, por haber realizado una tal acción!

—¿No os he dicho que os amaba tiernamente? No hacía, pues, más que obedecer lo que me dictaba el corazón.

—No por ello es menos cierto que gracias a vos existo todavía. Pero mis padres ¿estaban en el secreto?

—No; obré sin que supiesen nada, porque ignoraban el complot que yo había sorprendido y no me atrevía a revelárselo inmediatamente, reservándome hacerlo más tarde, cuando creyese conjurado todo peligro.

—¡Qué dolor debieron experimentar!

—Un dolor sin nombre, del cual yo participé. Sin embargo el mío estaba paliado por el consuelo de saber que pronto probablemente me estaría permitido devolveros a ellos y que su aflicción daría entonces paso a una alegría inmensa.

»Desgraciadamente, cuando algunos meses después fui a Inglaterra a buscaros, no conseguí encontrar a los ingleses y nadie pudo darme sobre ellos la menor información.

»Desolada a mi vez de que mi buena acción hubiese tenido tan funesto resultado guardé silencio, y así seguisteis pasando como no perteneciente ya a este mundo... Yo misma acabé creyéndolo...

—¡Qué extraña historia! —exclamó Felipe, asombrado por lo que oía—. ¿Y quiénes eran, o son, estos altos personajes que habían premeditado mi asesinato?

Bathilde esperaba esta pregunta.

—Que lo premeditan, sin duda, todavía —respondió—. No quiero nombráaroslos, de momento por lo menos. Tengo motivos particulares para callarme sobre este punto. Pero los conoceréis seguramente antes de poco.

—Sin embargo... —quiso objetar el muchacho, extrañado de esta negativa.

—No insistáis, os lo ruego: sería inútil.

Pronunció estas palabras en un tono tal de firmeza que Felipe comprendió que no obtendría de ella ninguna revelación sobre este punto.

—Bien, señora —dijo—: no me habéis dicho todavía el nombre de mi familia..., y sin embargo con esta intención me habéis hecho venir aquí...

VIII

La emboscada

Bathilde le impuso silencio con un gesto gracioso y llevándose la mano a la frente, como para refrescar su memoria, respondió:

—Tened un momento de paciencia; todavía debo deciros varias cosas antes de llegar a esta.

»Os he dicho ya que yo mismo llegué a creer que Dios os había llamado a Él. Pero hace poco supe por fuente indirecta, pero segura, que estabais vivo y bien vivo.

»En cuanto me hube penetrado de la idea de que quizá me fuese posible un día volver a ver el chiquillo que había salvado de la muerte, decidí hacer todo lo que fuese necesario en este mundo para procurarme esta alegría. Lo era..., y bien profunda, os lo aseguro.

»Encargué, pues, a alguien que hiciese investigaciones y tuve el júbilo de saber que erais sargento de una compañía de guardias franceses que formaba parte de las tropas acampadas en Flandes.

»En mi impaciencia por estar cerca de vos me disponía a iros a encontrar allá cuando corrió por París la noticia de que las tropas de Flandes iban a regresar a Francia.

»Entonces consideré preferible esperar vuestro regreso, a fin de ponerme más fácilmente en contacto con vos.

»Tuve una buena inspiración, porque fui informada, casi al mismo tiempo, del baile de gala que los gentilhombres de la corte pensaban dar a los oficiales que habían tomado parte en la campaña y de vuestro ascenso a teniente, lo cual os permitía asistir a él.

»La manera de acercarme a vos me era, por tanto, muy naturalmente dada..., y ya visteis cómo me valí de ella después de haberme podido procurar una invitación para el baile.

»Sin embargo no había contado con que seríamos estorbados, como lo fuimos, lo cual me ha decidido a haceros venir a mi casa.

Esta mezcla de mentiras y verdades fue prodigada tan hábilmente que Felipe no tenía motivo alguno para no prestarle entera fe.

—Una vez más, señora —repitió Felipe—, os repito que jamás podré expresar todo mi agradecimiento, y mi deseo más ferviente es poder un día pagaros la deuda que he contraído con vos. Desgraciadamente temo que no esté nunca a mi alcance.

—Quizá... —dijo Bathilde.

—Estaría verdaderamente encantado.

—Ya os he dicho que hasta ahora siempre me había faltado un afecto verdaderamente sincero, a pesar de tener una alma buena y afectuosa. Pero, a

consecuencia de los azares de la vida, no he encontrado jamás un hombre por el cual sintiese aquellos arranques de corazón que procuran las mayores felicidades.

»No, jamás..., puedo afirmarlo —añadió con energía, pensando en la pasión que había sentido por el veneciano Zeno y que ahora le parecía vil comparada con la que sentía por Felipe.

Este guardaba silencio, sin saber cómo salir de aquella difícil situación sin vejar a Bathilde, que, ignorando su amor por la señorita de Chaverny, parecía esperar de él una palabra, un signo de correspondencia.

Pero él ni decía esta palabra ni hacía este signo; reflexionaba sobre la situación crítica en que se hallaba.

—Escuchadme, pues —prosiguió ella—. Me llamo Bathilde: Bathilde de Wendel..., un nombre que habéis pronunciado muy a menudo de pequeño, pero que ahora no recordáis ya..., como tantas otras cosas.

»Huérfana desde pequeña y entregada a mí misma, tuve la desgracia de encontrar en mi camino uno de esos monstruos vomitados por el infierno, que realizan el mal por el mal y obligan a hacerlo a los demás.

»Ese hombre, ese demonio, se apoderó de mi alma y la pervirtió, sembrando en ella el germen de malos instintos. Después, cuando me hube convertido en su instrumento..., su esclava..., se valió de mí para la ejecución de sus tenebrosos proyectos.

»Y os he mentado hace poco al hablaros de altos personajes que tenían odio contra vuestra familia.

»Era él..., él, que para...

»Pero esperad; vais a saberlo pronto.

»Entonces me introdujo en casa de vuestros padres..., es decir, en casa de vuestra madre, porque vuestro padre había muerto poco antes de mi llegada... Debía desempeñar con la condesa el papel de...

—¡La condesa! —interrumpió Felipe—. ¿Mi madre era...?

—¡Ah, es verdad! No os he dicho todavía quién sois, el nombre que tenéis derecho a llevar... Sabed, pues, Felipe, que este nombre es ilustre. Vuestro padre es el conde de...

Pero no tuvo tiempo de terminar.

En el momento en que Felipe tendía el oído para oír el nombre de su padre un gran alboroto en la antesala cortó la palabra de la muchacha, cuyo rostro se cubrió de palidez. Semejaba el ruido de una lucha: Clairette, la doncella, parecía defender la puerta de su dueña contra varios hombres.

Pero la pobre muchacha debió ser apartada, porque la puerta se abrió bruscamente y en ella aparecieron Peyrolles y Zeno seguidos de Matías Knauss y dos hombres más: dos rufianes reclutados en cualquier parte.

Uno de estos sujetaba a Clairette con una mano, mientras con la otra le tapaba la boca para impedirle gritar.

La pobre muchacha había sido sorprendida antes de poder prevenir a su dueña.

Todos los asaltantes, incluso Peyrolles, iban armados de espadas y puñales.

—¡Dios mío! —exclamó Bathilde, desesperada—. ¡Y yo que no pensaba ya...!

En efecto: el atentado tramado por el miserable anciano se le había ido completamente de la memoria.

Felipe, por su parte, quedó tan desconcertado por aquella invasión casi fantástica que se creyó de momento el juguete de un sueño y no pensó en ponerse a la defensiva.

¿Cómo hubiera podido hacerlo, por otra parte? No tenía ninguna arma, pues había dejado su espada en un rincón del tocador cuando se sentó en el diván al lado de Bathilde. Y ahora los atacantes estaban entre él y su espada...

Su estupefacción fue tan breve como su despecho. La presencia de Knauss le indicaba claramente con qué clase de gente tenía que entenderse. Era una nueva emboscada; pero, aunque desarmado, estaba tranquilo.

Una sola cosa le atormentaba: el lugar elegido por sus enemigos para sorprenderle.

«¡Pardiez! Claro, eso es —se dijo—: todo lo que me ha contado hasta ahora, todas sus posturas y muecas, eran para dar tiempo de llegar a estos canallas ¡Y yo he sido lo suficientemente ingenuo como para dejarme coger!».

Y dirigiéndose a Bathilde, en un tono que transpiraba desprecio:

—Os felicito, señora: tenéis un consumado talento de comedianta... Os confieso que me habéis dado verdaderamente la ilusión de la realidad: he estado a punto de creer en vuestro interés por mí.

A estas palabras, que la azotaron como un latigazo, Bathilde de Wendel respondió con un grito de congoja y murmuró, en tono desesperado:

—¡Ah, Felipe...! ¿Cómo podéis suponer...?

Pero el teniente, convencido de que seguía fingiendo, se limitó a encogerse de hombros y, a falta de otra arma, echó mano de un candelabro de bronce para recibir el ataque que preveía.

En Peyrolles había reconocido al anciano con quien se cruzó delante de Notre-Dame, desde cuyo encuentro se habían producido todas sus aventuras.

«Estaba seguro —pensó—: por su cuenta obraba Knauss. Pero ¿cómo diablos este granuja de teutón vive todavía? Imaginaba haberle arreglado las cuentas en la taberna de “Los Tres Aguiluchos”. ¡Es necesario, pardiez, que tenga el alma remachada al cuerpo!».

IX

Caza nocturna

El silencio sucedió al barullo de los primeros momentos.

Peyrolles no había tenido necesidad de hacer un gran esfuerzo para comprender lo ocurrido entre Felipe y Bathilde. Su actitud para con el primero se lo decía elocuentemente.

Sabemos, por otra parte, que presentía ya una traición por parte de Bathilde y que para prevenirla había anticipado la hora en que debía efectuarse el atentado contra el teniente, convencido de que este se hallaría en el hotel de Nevers antes de medianoche.

Sin embargo no pudo llegar tan pronto como lo hubiera querido, pues perdió tiempo en ir a buscar a Zeno y avisarle el cambio de hora, ya que este no le esperaba hasta el momento convenido.

Temió incluso que este retraso estropease toda la combinación.

Pero Bathilde, al olvidar la realidad hablando con Felipe, le había entregado, por decirlo así, a los sicarios de Matías Knauss.

De una rápida mirada el granuja se hizo cargo de la situación. Conocedor de la valentía de Felipe y de lo temible que era con la espada en la mano, se alegraba de verle tan pobremente armado y calculaba el número de minutos que necesitaría para vencerle.

Satisfecho de haber llegado por fin al final de la vida del teniente apartó un momento su mirada de él; fue solo un segundo, pero cuando sus ojos quisieron posarse nuevamente sobre él después de haber explorado el campo de batalla, una blasfemia de cólera se escapó de sus labios.

Había sido rápido como un cambio de decorado en un teatro.

Aprovechando un momento de distracción del rufián que la sujetaba, Clairette se le escapó como una gata entre los dedos, a una señal de su dueña, y tuvo tiempo, antes de ser nuevamente capturada, de coger la espada de Felipe y lanzársela por encima de las cabezas de los atacantes.

Al verla volar Felipe exhaló un suspiro y su mano se apoderó de ella como el hierro es atraído por el imán. Ahora, espada en mano, de pie en el fondo de la estancia, firme el acero en la mano, esperaba.

Cerca de él, las facciones crispadas por la angustia, Bathilde consideraba con los ojos llenos de terror a Peyrolles y a Zeno. Comprendía que era la vida del joven lo que querían, y no solamente su libertad, como le habían asegurado.

¡Pero ella estaba allí! Y para defender su vida, que ahora le era más querida que todo el resto del mundo, daría con gusto la suya.

Ella no tenía armas, pero podía hacer un escudo con su cuerpo para defender el de

Felipe, y esperaba el momento en que los agresores avanzasen para ponerse ante él.

—Apártate, Bathilde... —le ordenó Peyrolles—. Tu sitio no está aquí.

—Sí, querida —apoyó el veneciano—, retiraos; no es conveniente que permanezcáis aquí mientras vamos a «operar».

Zeno era hombre de eufemismos.

Bathilde no pareció haberlos oído.

—*Per Dio, mia cara!* ¿Os habéis vuelto acaso sorda? —prosiguió el veneciano, que, menos perspicaz que Peyrolles, la creía todavía de su lado—. Os aseguro que no podéis menos de estorbarnos. Habéis preparado muy bien la cosa; ahora nos toca a nosotros actuar.

Ante esta acusación sin el menor velo Felipe lanzó a la muchacha una mirada que parecía decir: «¿Negaréis todavía que estáis en connivencia con estos bandidos?».

Bathilde, que vio la mirada y adivinó el pensamiento que contenía, se puso todavía más pálida.

En efecto: todas las apariencias estaban contra ella.

¿No había, por otra parte, tramado la desaparición del teniente con Peyrolles y el veneciano, y no fue después de esto que se produjo el cambio que la inducía ahora a salvarle de la suerte que le reservaban los bandidos?

Pero ¿cómo explicarle todo aquello en la situación presente? Tanto más que, para colmo de la desgracia, había sido necesario que olvidase la hora y le dejase sorprender por sus cómplices.

—¿Y bien? —le preguntó Zeno, viéndola permanecer inmóvil como una estatua—. ¿Por qué no os vais? ¿Acaso deseáis asistir a lo que va a suceder, *bel demonio*? Después de todo sois libre... Sé que sentís afición por las emociones fuertes y es posible que aquí encontréis una agradable distracción. Quedaos, pues, si os place.

—No; de ninguna manera: es absolutamente indispensable que se marche de aquí —dijo Peyrolles.

—¿Lo creéis así? —repuso Zeno.

—Absolutamente. Razones poderosas se oponen a que... obremos delante de ella.

—¡Ah, entonces es diferente! En este caso, querida —continuó el italiano, haciendo a Bathilde un gesto significativo con la mano—, tened la bondad de no demorar por más tiempo nuestra actuación y liberadnos de vuestra presencia.

—No daré un solo paso fuera de aquí antes que os hayáis marchado todos —respondió con decisión la muchacha.

—¿Qué dice? —preguntó el italiano, sorprendido—. ¿Acaso se ha vuelto loca? *Per Bacco!* ¿Ha abandonado, pues, nuestro partido para aliarse al teniente?

—¡Evidentemente, la malvada! Nos ha traicionado y quiere poner obstáculos a nuestros proyectos.

—¡Oh, oh...! Me parece que empiezo a comprender...

—Ya es una suerte... Pero hay un medio muy sencillo de impedirselo, y es, puesto que no quiere irse de buen grado, sacarla a la fuerza.

—La cosa no es difícil, vais a ver. ¡Pamfilio! —exclamó el veneciano, volviéndose hacia uno de sus dos esbirros, que se mantenía en la retaguardia—. Coge a la señora sin hacerle daño y sácala de la habitación. Suavemente, ya sabes: hay que obrar siempre con delicadeza con las damas.

Pamfilio era el que se hallaba libre de momento. Giacomo estaba ocupado en sujetar a Clairette, que, furiosa al verse de nuevo cautiva después del socorro que acababa de aportar al teniente, luchaba como una diablesa para liberarse.

Obediente a la orden que acababa de darle el caballero, Pamfilio envainó su espada y, cruzando la habitación, se acercó a Bathilde.

Al verle acercarse a ella Felipe, que asistía impasible a toda aquella escena como si se hubiese tratado de otro, dio un paso adelante. Pese a que no tenía mucho que agradecer a aquella mujer, el instinto de caballerosidad innato en todos los franceses le llevaba a defenderla.

El rufián, indeciso, se detuvo a medio camino; pero después de un instante de reflexión sacó de su cintura un largo estilete y, echando rápidamente el codo hacia atrás, consultó con la mirada a Zeno señalándole el teniente.

Zeno y Peyrolles, deseosos de terminar de una vez, iban a hacerle quizás un signo afirmativo cuando súbitamente Bathilde se lanzó ante el muchacho, haciendo un escudo con su pecho.

—¡Esta arma atravesará mi cuerpo antes de alcanzarle! —gritó, soberbia de heroísmo.

—¡Espera, Pamfilio! —exclamaron en el acto los dos cómplices, pálidos de ira.

La situación empezaba a ser embarazosa para Peyrolles y el veneciano.

¿Iba aquella emboscada tan hábilmente preparada a abortar lamentablemente por una nimiedad y tendrían que retirarse sin llevar a cabo su propósito, cuando aquella era quizá la mejor ocasión para desembarazarse del heredero de Lagardère?

Pamfilio retrocedió y se colocó al lado de Zeno en espera de nuevas órdenes.

—Oíd —dijo a media voz Knauss, que aún no había pronunciado palabra—: propongo una cosa. Que Pamfilio se acerque de nuevo a la dama y la agarre sin cuidarse del teniente. Si este le gratifica con una estocada..., pues bien: peor para él; pero a menos que sea mortalmente herido siempre podrá llevarse a la señorita Bathilde de la habitación y entonces nosotros acabaremos con el muchacho.

—La idea no me parece mala, a fe mía —dijo el italiano—. ¿Lo oyes, Pamfilio?

Pamfilio oía perfectamente. Sin embargo la idea no parecía gustarle más que a medias y miraba a Knauss como para decirle: «¿Por qué no vas tú?».

—Venga: en marcha —le ordenó Zeno—. Hay cincuenta escudos para ti si resultas herido.

Esta generosidad decidió al sicario y de nuevo avanzó hacia Bathilde, porque por una suma como aquella hubiera sido capaz de herirse él mismo.

—¡Por Dios, señora! —dijo Felipe, que desde que la muchacha le cubría había tratado repetidas veces de apartarla—. Alejaos y dejadme defender contra estos miserables. La buena estrella que me ha protegido hasta ahora no me abandonará esta vez tampoco, estoy seguro, y hará que salga sano y salvo de sus garras.

Diciendo esto rechazó a Bathilde a un lado, descubriéndose así a sus asesinos.

Bathilde quiso volver a su sitio, pero no tuvo tiempo. Pamfilio se había arrojado sobre ella y, rodeándola con sus brazos, la arrastraba fuera de la habitación.

El movimiento había sido tan rápido que el teniente no tuvo tiempo de oponerse a él.

De un salto Zeno, Peyrolles y Knauss —este el último, por prudencia, y sabe Dios si tenía motivos para ser prudente— se lanzaron entonces sobre Felipe, que, por otra parte, les ahorró la mitad del camino.

Los tres granujas habían esperado sorprender al teniente antes que tuviese tiempo de ponerse en guardia, porque no querían correr el riesgo, a pesar de su superioridad numérica, de un combate regular, especialmente Peyrolles y Knauss, que sabían hasta qué punto era indeciso el resultado con tal adversario.

Pero su esperanza quedó defraudada: Felipe no se dejaba coger nunca desprevenido, y los aceros de sus atacantes chocaban contra el suyo, detrás del cual se hallaba tan resguardado como si estuviese tras un escudo.

Tuvieron, pues, que aceptar la lucha y proceder con orden y método.

Peyrolles, a pesar de su edad, manejaba bastante bien el acero. Había en otros tiempos destacado en la esgrima y era fácil ver que no había perdido casi nada de sus facultades.

Felipe reconoció en el acto que tenía en él un adversario peligroso. Sin embargo, como usaba el «juego francés», el muchacho conseguía sin gran trabajo hacerle frente.

No ocurría desgraciadamente lo mismo con Zeno, que tiraba según la moda de su país. La guardia italiana, el lector lo sabe quizá, difiere esencialmente de la francesa. No es más que una serie de saltos, fintas y constantes flexiones del cuerpo, que desconciertan totalmente a los que no están acostumbrados.

Y Felipe, que se hallaba en este caso, se sentía ligeramente desconcertado.

—*Per Dio!* —exclamó el italiano—. ¿Acaso no podremos acabar con este *giovinotto*? Me parece que el asunto dura ya demasiado. —Y gritó—: ¡Pamfilio! ¡Giacomo! ¿Qué hacéis ahí? ¡Venid a ayudarnos!

Pero los espadachines no obedecieron: estaban ocupados manteniendo a Bathilde y Clairette, que seguían luchando desesperadamente entre sus robustos brazos.

Felipe, que por la actitud de Knauss adivinó que meditaba alguna traición, había

ido a apoyarse en el fondo de la habitación a fin de que el alemán no pudiera colocarse detrás de él.

El teniente se encarnizaba contra el italiano con rabia redoblada, desdeñando sin darse cuenta a Peyrolles y Knauss.

Aprovechando este olvido momentáneo, que dejaba al muchacho indefenso, Peyrolles se lanzó a fondo para atravesarle de parte a parte.

Ya una sonrisa iluminaba su rostro cuando, en el momento en que la punta de su espada iba a herir, Bathilde, que había conseguido escapar de los brazos de Pamfilio, atravesó la estancia como un rayo, apartó con una mano la espada de Peyrolles y, apretando con la otra un resorte disimulado bajo la cortina, abrió una puerta secreta, por la cual empujó a Felipe antes que este tuviese tiempo de darse cuenta, y volvió a cerrar con la rapidez del relámpago.

Todo esto había ocurrido en el intervalo de un segundo y los tres bandidos, mudos de estupor, permanecieron en la postura en que se hallaban, preguntándose si soñaban.

El rostro de la señorita de Wendel estaba radiante.

Felipe se había salvado.

Sin embargo la estupefacción de Peyrolles cesó pronto.

—¡Ah, maldita criatura! —exclamó, con una cólera espantosa, amenazando a la muchacha con su espada—. ¡Le has hecho huir y nos has perdido!

—¡Sí, le he hecho huir! —respondió Bathilde, irguiéndose altivamente esta vez contra aquel ante quien durante tanto tiempo se había inclinado—. Detrás de esta puerta hay una escalera que lleva al jardín... Antes que podáis alcanzarle habrá tenido tiempo de franquear el pozo y ponerse a salvo de vuestras acechanzas.

»Bendigo el Cielo, que me inspiró este ardid..., y no os temo. Haced de mí lo que queráis.

Hablando así estaba bella de audacia y ni siquiera intentaba sustraerse a la amenaza del acero que el anciano blandía ante ella.

—Corramos pronto detrás de él —ordenó Peyrolles—; no debemos dejarle salir vivo de aquí.

—Sí, corramos —repitió Zeno—, ¡Pamfilio! ¡Giacomo! ¡Venid! ¡Seguidme!

Claramente puede colegirse que Bathilde conocía poco a Felipe, puesto que le suponía capaz de aceptar el desenlace que le había procurado, es decir, huir de sus agresores; y creemos superfluo asegurar que nada estaba más lejos que esta idea de la intención del muchacho.

En cuanto hubo vuelto en sí de la sorpresa que le había producido el acto de Bathilde se sintió presa, al contrario, de un furor indecible contra ella.

Así, por su culpa, cuando el azar le enfrentaba con aquel enemigo implacable que le perseguía desde hacía dos años para quitarle la vida, se encontraba repentinamente

separado de él sin esperanzas quizá de volver a encontrarle jamás..., o por lo menos en una ocasión semejante.

¡Era llevar al colmo sus malas acciones contra él!

Sin embargo se hizo una reflexión: si había obrado de aquella forma fue evidentemente con la intención de impedir que los bandidos le asesinasen.

Además, la forma como había tratado de protegerle cubriéndolo con su cuerpo y desafiando el acero de Pamfilio le confirmaba también en esta opinión.

¿Entonces no estaba con ellos? ¿No les servía, pues, de cómplice?

Pero no se detuvo mucho a profundizar este nuevo misterio. No pensó de momento más que en volver a encontrar a Peyrolles y a Zeno. ¿Dónde estarían? Y, en la profunda oscuridad que le rodeaba, se puso a golpear furiosamente las paredes con el puño de su espada, en busca de una salida. De repente un chorro de luz le inundó.

Era Bathilde, que, al oír sus golpes y sorprendida de saberle todavía allí, había hecho funcionar de nuevo el resorte secreto.

—¡Cómo! —exclamó, acongojada—. ¿No os habéis marchado?

Después, recordando de repente su olvido:

—¡Dios mío, es verdad...! No os he prevenido lo de la losa... Pero ¡huid, huid..., debe ser tiempo aún! ¡Pronto, pronto! Voy a enseñaros...

—¡Huir! —exclamó violentamente Felipe, que al dirigir una mirada circular a la habitación había comprobado la ausencia de sus enemigos—. ¡Huir es una palabra que desconozco, señora...! ¿Dónde están esos bandidos de los que tan inoportunamente me habéis apartado? ¡Hablad, hablad pronto...! ¿Dónde están, para que les inflija el castigo que tienen merecido? ¡Hablad!

—Han bajado; os creen en el jardín... Hay una escalera que lleva a él y les he dicho que la habíais tomado... Yo misma lo pensaba así. ¡Huid, huid, os digo; de lo contrario será tarde!

—¿Están en el jardín? —gritó Felipe—. ¡Ah, corro a él..., y que quiera Dios que no se me escapen!

—No, no —suplicaba Bathilde, agarrándose a las ropas del muchacho—. ¡No, Felipe, no vayáis...! Van a mataros..., os matarán, seguro... ¡Felipe..., Felipe..., escuchadme!

Pero no había acabado todavía de hablar cuando el teniente, arrancándose a sus manos, se lanzó a través de las habitaciones en persecución de Peyrolles y Zeno, haciendo fervientes votos por encontrarse en su presencia.

Al verle desaparecer Bathilde cayó desvanecida en brazos de Clairette, a su vez medio desfallecida por el terror que había pasado en los de Giacomo.

Un cuarto de hora antes de todo lo que acababa de ocurrir un pequeño grupo de cuatro personas llegaba cerca del pozo medianero y, sin hacer el menor ruido, se introducía en el jardín por medio de la especie de puente que tapaba el orificio.

Estos recién llegados eran el señor Hélouin, alias barón de Posen, Cocardesse, Passepoil y finalmente Bonifacio, de regreso con el ejército.

En cuanto hubieron entrado todos fueron a emboscarse tras un grupo de arbustos situado frente a la entrada que daba acceso a las habitaciones de la señorita de Wendel. Desde allí podían vigilar a la vez esta entrada y la del pozo.

—Vamos adelantados —dijo Hélouin, que naturalmente ignoraba la modificación aportada por Bathilde a la hora de la cita y no podía saber lo que ocurría arriba en el preciso momento en que hablaba—. Por lo que sorprendí en la casa de Montmartre, Felipe no tiene que venir hasta las doce, y como son solo las once y tres cuartos tendremos todavía que esperar un poco.

—¡Hombre, es curioso! —observó Passepoil, fijando la mirada en la fachada del hotel.

—¿Qué es lo curioso? —preguntó el policía.

—¿En qué piso vive esa señorita de Wendel? —preguntó el maestro de armas en lugar de contestar.

—En el segundo.

—¿Estáis seguro de que es para medianoche?

—Seguro, a menos que hayan aportado un cambio a las convenciones fijadas en casa del italiano.

—Es posible —respondió Passepoil. Y añadió—: Mirad bien allá arriba, a la ventana que hay a nuestra izquierda.

Hélouin levantó la mirada hacia el lugar indicado.

La ventana designada, única iluminada de todo aquel lado del hotel, estaba provista de gruesas cortinas a través de las cuales era imposible distinguir nada.

Sin embargo, en el centro, en su punto de unión vertical, se veía una raya luminosa que estaba constantemente interceptada por sombras y quedaba oscura en algunas de sus porciones.

—Como decís muy bien —respondió el policía—, hay con toda certeza en casa de la señorita de compañía de la condesa un movimiento que no me explico.

Cocardesse y Bonifacio examinaban también la ventana y parecían igualmente sorprendidos de lo que observaban.

—¡Extraño! —murmuró el viejo soldado—. ¿Qué puede ocurrir en casa de esa muchacha para que haya tanta agitación?

—¡Chitón! —exclamó repentinamente Bonifacio—. Dejarme escuchar.

Passepoil hijo tenía un oído excelente. Sus compañeros no eran desde luego sordos, pero oían como todo el mundo, ni más ni menos; mientras que el órgano auditivo de aquel recogía los ruidos extraordinariamente leves incluso a una gran distancia.

—¿Qué ocurre? —le preguntó su padre al cabo de un momento.

El muchacho hizo signo con la mano reclamando todavía silencio y bruscamente gritó:

—¡Se baten!

—¿Se baten? —repitieron los otros tres al unísono, con inquietud en la voz.

—¡Sin duda...! Oigo perfectamente el choque de los aceros..., y entiendo de ello bastante para no equivocarme.

Los cuatro, que estaban agazapados tras los arbustos, se levantaron vivamente para lanzarse adelante.

En aquel momento Peyrolles, Zeno, Knauss y los dos rufianes desembocaban en el jardín.

—¡Al pozo! ¡Al pozo...! —gritaba el anciano—. ¡Y al callejón si hace falta...! Estamos listos si se nos escapa...

Nuestros amigos oyeron esta orden, de la cual dedujeron que Felipe estaba todavía sano y salvo. Pero no comprendieron lo que Peyrolles quería decir con las palabras: «¡Al pozo!».

Seguramente el teniente no salió por allá, pues no habían perdido de vista aquella salida. Además nadie había salido del hotel desde que ellos llegaron y tampoco podían admitir que Felipe hubiese huido, sabiendo que antes se hubiera dejado cortar a pedazos que retroceder una pulgada ante sus agresores.

El grupo capitaneado por el antiguo lugarteniente de Gonzaga había tomado la dirección del pozo que comunicaba con el callejón.

—¡Ataquemos a esos granujas! —ordenó a su vez Hélouin—. ¡Ellos son los que no deben escaparse! Buscan a Felipe... Cerrémosles, pues, el camino.

Y dando el ejemplo partió en el acto tras los bandidos, seguido de Cocardesse y de los Passepoil padre e hijo.

Al oír ruido de pasos detrás de ellos los cinco malandrines se volvieron.

—¡Muerte de mi vida! —exclamó Peyrolles al reconocer al soldado y al padre de Bonifacio—. ¡Es una nueva traición de Bathilde! Los había apostado para sorprendernos... Pero no podréis conmigo, amigos míos...

Y con una agilidad casi juvenil echó a correr hacia el pozo, lo alcanzó rápidamente, lo franqueó y desapareció por el callejón.

Sin perder el tiempo en perseguirle, los cuatro amigos atacaron a los que quedaban. Aprovechando el estupor que había causado a los bandidos su aparición, y a fin de que no pudiesen hacer como Peyrolles, operaron un movimiento envolvente y se colocaron de tal manera que les cortaban el camino del pozo. Cada cual eligió entonces su adversario. Cuando decimos «eligió» es una manera de hablar, porque en realidad se contentaron con tomar el que tenían enfrente.

La suerte quiso que Zeno le tocase a Hélouin, Knauss a Bonifacio, Giacomo a Cocardesse y Pamfilio a Passepoil. La luna no se había levantado todavía, pero el

cielo, maravillosamente constelado, como ocurre siempre a fines de otoño —estaban cerca de diciembre— dejaba caer sobre la tierra una luz dulce y transparente.

Gracias a esta luz difusa había podido Peyrolles reconocer a los dos maestros de armas.

Los hierros se enzarzaron violentamente y desde el primer instante el combate fue encarnizado.

El policía acosaba a Zeno, que hubiera quedado muy asombrado de saber que aquel cuya espada revoloteaba con tanta ligereza alrededor de su cabeza y su pecho era su vecino de Montmartre, aquel anciano sordo, de mano temblorosa, paso lento y penoso, que a su juicio un soplo hubiera podido derribar.

Cocardesse y Passepoil se las entendían con los dos truhanes. Estos, por otra parte, eran más diestros con el puñal que con la espada y no tardaron en percatarse de que estaban perdiendo la partida.

Además no tenían costumbre de combatir tan abiertamente. Su oficio consistía en asesinar a la sombra, al abrigo de todo peligro, no en afrontar los riesgos de un duelo.

Si por lo menos hubiesen podido servirse de sus cuchillos... Pero en la situación presente su empleo les estaba vedado, o por lo menos les resultaba difícil. Sin embargo Giacomo, el adversario del soldado, trató de hacer uso del suyo.

Mal le salió.

En el momento en que había conseguido sacarlo y se disponía a tirarlo a Cocardesse, este se anticipó a su movimiento y con un rápido golpe le atravesó la mano de parte a parte, diciéndole:

—¡No tengas miedo, cobarde! Es una advertencia de que envaines tu dardo...

El lombardo lanzó un grito de dolor y el arma cayó a los pies del soldado, que de un puntapié la lanzó a lo lejos.

—¡Ah, canalla! —continuó el viejo gascón—. ¿Querías sangrarme como un puerco, verdad? ¡Sangre de...! Voy a quitarte por algún tiempo las ganas de volver a tropezar... ¡Trágate esta anguila; toma!

Y separando con un molinete el acero del rufián le largó una estocada capaz de atravesar un muro.

Desgraciadamente no atravesó más que el viento.

Giacomo, advertido por sus palabras de la suerte que le esperaba, pegó un salto atrás y girando sobre sus tacones echó a correr hacia unos macizos de verdura cercanos.

—¡Recáspita! —soltó el soldado, decepcionado—. *Petronila* iba a hacerse una linda vaina de tu panza... Pero, granuja, no creas que hayamos acabado: espera un poco...

Y echó a correr tras el fugitivo con toda la velocidad de sus piernas.

Como si Pamfilio no hubiese querido ser menos que su cobarde camarada, apenas

este acababa de desaparecer tras los arbustos cuando, a su vez, escapando de la espada de Passepoil, cuya punta había mechado ya dos o tres veces su piel, corrió hacia un lugar frondoso del jardín.

Pero apenas se había alejado unos pasos cuando se detuvo, dio media vuelta y, antes de seguir la huida, arrojó su estilete al rostro del maestro de armas.

Afortunadamente este último, que como Cocardesse se había lanzado en persecución del rufián, acababa de agacharse en aquel momento para recoger el cuchillo de Giacomo, que se hallaba a sus pies, y el estilete pasó por encima de su cabeza rozando únicamente su fieltro y fue a chocar, ya sin ímpetu, contra la espalda de Bonifacio y cayó al suelo.

El muchacho volvió la cabeza para ver de dónde le venía aquella agresión y..., naturalmente, no vio nada.

Pero este movimiento tuvo un resultado inesperado. Knauss, que desde los primeros pases se había sentido el más débil y solo esperaba, como sus compañeros, salvarse con una fuga precipitada —los cobardes coinciden siempre en sus ideas—, aprovechó aquel descuido de su adversario para ponerse fuera del alcance de su punta y salir corriendo. Sin embargo, más listo que Pamfilio y Giacomo, en lugar de ir a buscar un refugio en las frondas del jardín, que con sus altos muros no ofrecía salida alguna, corrió hacia el pozo, por donde contaba ganar el callejón y perderse en la noche.

Era ligero, desde luego, pero el joven Passepoil era más apto que él y más familiarizado con este género de ejercicios; poseía además un par de piernas largas y delgadas que devoraban el terreno y consiguió alcanzar al teutón antes que hubiese podido realizar su propósito.

Sin embargo no le pudo impedir, aun habiéndole alcanzado, saltar sobre la cubierta de madera que tapaba el pozo y desde donde le bastaba dar un paso para escaparse.

Viendo lo cual Bonifacio tuvo una idea genial.

Sujetando con una mano un tobillo de Knauss y apretándolo como si fuese un tornillo de herrero, agarró con la otra la anilla de hierro que servía para desplazar la tapa cuando se quería sacar agua del pozo, tiró de ella y descubrió bruscamente el orificio, que apareció negro y abierto como las fauces de un monstruo gigantesco.

Al sentir que el punto de apoyo fallaba bajo sus pies Knauss comprendió el horrible peligro en que se encontraba y trató de sustraerse a él agarrándose a los dos brazos de hierro que sostenían la polea.

Pero Bonifacio, que se había esperado este movimiento, le dio a la pierna tan fuerte tirón de arriba abajo que le obligó a soltar su presa y por consiguiente cayó en el vacío, donde desapareció lanzando un grito que no tenía nada de humano y que resonó lúgubrementemente en el espacio.

—¡Ya no harás más daño, bandido! —le gritó Bonifacio, inclinándose sobre el brocal.

Solo el ruido de un cuerpo que caía al agua le respondió: Knauss acababa de hundirse en ella para siempre.

Entonces el muchacho volvió a poner la tapa y, orgulloso de haber hecho obra de justiciero, volvió sobre sus pasos para ver qué había sido de sus compañeros.

Mientras buscaba con la mirada a su padre y a Cocardesse, ignorante de la fuga de los dos rufianes y la caza que les daban los dos primeros, oyó la voz de su padre a lo lejos, en los arbustos.

Al parecer, Passepoil pedía auxilio. Inmediatamente Bonifacio se dirigió hacia donde le parecía que salía la voz.

—¡Padre! ¿Dónde estás? —gritó, para guiarse con más seguridad.

—Por aquí, Bonifacio —respondió Passepoil—. Ven aprisa; tengo necesidad de ti, muchacho...

—¡Llego, padre...!

Y lleno de inquietud avanzó todo lo rápidamente que se lo permitían los numerosos obstáculos que encontraba debido a la oscuridad.

Esta parte del jardín, la más próxima al edificio, era en efecto una serie de vericuetos y avenidas que corrían a través de una verdadera selva de arbustos, formando una red tan complicada como el laberinto de Creta.

Sin embargo Bonifacio conseguía acercarse paulatinamente a su padre, que parecía estar en un apuro a juzgar por la letanía de imprecaciones que lanzaba en un diapasón que iba aumentando.

Por fin llegó cerca de él; es decir, cerca del lugar de donde salían las voces, porque le oía pero no conseguía distinguirlo.

—Pero ¿dónde estás, padre? —gritó.

—¡Aquí, pequeño, aquí!

Y Amable Passepoil se lanzó en busca de Pamfilio, ayudado ahora por su hijo.

Pero en vano recorrieron caminos y avenidas y registraron minuciosamente los macizos de verdura: el lombardo parecía haberse desvanecido como una sombra.

La noche iba haciéndose menos oscura.

Por temor a caer en una emboscada avanzaban con grandes precauciones, apagando el ruido de sus pasos y ocultándose tras los arbustos.

Así llegaron hasta casi el centro del bosque sin haber visto ni oído nada insólito.

Pero allá les pareció oír, bastante lejos, la voz de Cocardesse al mismo tiempo que un estridente sonido de espadas cruzadas con violencia.

Bonifacio y Passepoil, guiados por la voz del gascón, que no sabía batirse en silencio, llegaron al sitio donde se batía con Giacomo y ahora los distinguían perfectamente a uno y otro.

Iban a seguir avanzando cuando les pareció que el tronco de un árbol situado detrás de Cocardesse se desdoblaba de repente y que una parte se deslizaba lentamente hacia aquel.

Se detuvieron en seco, los ojos fijos en aquella sombra moviente.

La luna formaba en el cielo anchas bandas luminosas que la dividían en zonas claras. La sombra vino a pasar por una de estas.

—¡Es mi hombre! —exclamó Passepoil, con voz sorda, al reconocer a Pamfilio.

—¡Ah, el miserable...! —añadió Bonifacio, igualmente en voz baja—. ¡Va a atacar a Cocardesse por la espalda...! ¡Mira, padre, mira...!

Pamfilio, con la espada en la mano, no estaba ya más que a dos pasos del soldado y se disponía a hundirle la hoja en los riñones.

—¡Ay..., que nuestro pobre amigo está perdido! —gimió Passepoil.

El hecho era que Amable y su hijo estaban demasiado alejados para salvar al gascón.

—¡Ah, un medio... quizá! —susurró Bonifacio, que aquella noche estaba en vena de buenas ideas.

Y rápido como el rayo se apoderó del cuchillo de Giacomo, que veía brillar en la cintura de su padre —se recordará que este lo había recogido un instante antes de lanzarse en persecución de Pamfilio—, y después de haber apuntado bien al lombardo lo lanzó con toda la fuerza de su brazo.

El estilete hendió el aire como un silbido de reptil y fue a agujerear la sien del bandido, en la que penetró hasta la mitad de la hoja en el instante preciso en que su espada tocaba ya el cuerpo del gascón.

El lombardo se desplomó como una masa sin lanzar siquiera un gemido.

Fue un golpe soberbio que no hubiera despreciado un gran maestro.

Como si Cocardesse no esperara más que esto para desembarazarse de Giacomo, le plantó en el mismo instante *Petronila* entre las dos cejas y le mandó a rodar por el césped.

—¡Y bien, granuja..., muchos cumplidos haces antes de ir a reunirte con tu digno patrón Satán! —dijo a guisa de oración fúnebre.

»¡Cáscaras! La pobre ha tenido calor..., y yo también... —añadió, y primero limpió en su bota la punta de la espada enrojecida y después pasose la manga por la frente, en la que asomaban grandes gotas de sudor.

Y viendo a los dos Passepoil, que acababan de aparecer, exclamó:

—¡Hola! ¿Qué ha sido de los vuestros?

—He aquí uno —dijo Amable, mostrando el cadáver de Pamfilio.

El soldado, que no tenía la menor sospecha de lo que acababa de ocurrir detrás de él, quedó muy sorprendido al ver a sus pies el cuerpo del lombardo.

—¿Qué ha venido a hacer aquí este? —preguntó.

Amable le contó el asunto en dos palabras.

—¡Vaya...! ¡Pues ha sido una verdadera suerte para mí, pardiez...! ¡Chócala, pequeño...! Me acordaré de esta... ¡Eres valiente!

Estrechó la mano de Bonifacio hasta destrozarla y añadió:

—Bien: ya tenemos dos canallas menos. ¿Dónde están los demás?

—Knauss está en el fondo —dijo Passepoil hijo.

—¿En el fondo de qué?

—Del pozo.

—¡Ah! ¿Es que tenía sed?... ¿Y quién le ha mandado allí?

—Yo.

—¡Por el vientre de...! ¡Van, pues, tres!

—No falta más que Zeno —dijo Passepoil—. Es el barón de Posen quien se entiende con él. Deben haberse quedado por el lado del hotel.

—Vamos hacia allá, entonces —dijo Cocardesse—. Es posible que nos necesite.

Los tres amigos salieron del bosque y regresaron hacia el sitio donde había empezado el combate.

Al desembocar de los macizos y entrar en la parte descubierta del jardín vieron al barón de rodillas al lado del cuerpo del veneciano, tendido en el suelo, al parecer examinándolo con atención.

—¡Todo va bien, entonces! —exclamó el gascón—. ¡Y van cuatro!

Se acercaron.

—¡Buen trabajo, vive Dios, señor de Posen! Como nosotros, habéis derribado a vuestro hombre...

Hélouin permaneció todavía algunos momentos en la misma posición y por fin se levantó diciendo:

—Si, he conseguido derribarle, pero no ha sido sin trabajo; su guardia italiana me era totalmente desconocida y mis golpes no le alcanzaban. No sé siquiera dónde ha recibido el golpe que le ha tirado al suelo: eso trataba de averiguar cuando habéis llegado.

—Bien: que lo haya recibido aquí o allá no tiene importancia, amigo mío; lo esencial es que esté muerto —dijo Cocardesse.

—Evidentemente —dijo el barón.

—Lo lamentable —prosiguió el gascón— es que Peyrolles se nos haya escapado.

—¡Oh, sí, es una desgracia! —asintió el barón, con voz dolorida—. Después de veintidós años de ausencia hubiera tenido gran placer en reanudar mis relaciones con él... y tenerle un solo minuto ante el extremo de mi hoja.

—No os preocupéis, amigo mío: ya le encontraremos. Soy yo quien os lo dice...

—No lo dudo, amigos míos. El criminal vuelve siempre a rondar alrededor de su víctima... Antes que transcurra mucho tiempo volveremos a encontrarle, sea cerca de

Felipe, sea cerca de la condesa. Y ahora —prosiguió el barón—, si queréis creerme, alejémonos de aquí, puesto que nuestra presencia es ya innecesaria.

—¿Y Felipe? —preguntaron Cocardesse y los dos Passepoil.

—Felipe se ha marchado seguramente del hotel... ¿Cómo? He aquí lo que ignoro y me es imposible explicar. Pero es evidente que no está ya allá arriba, puesto que estos le perseguían aquí seguros de que había bajado.

—¡Caramba! Esto me preocupa, barón... ¿Habrá huido el pichón ante esos malditos? ¡No puedo creerlo, recuerno! ¡No, no lo creeré jamás...! —añadió el gascón, golpeando con fuerza el suelo con el tacón de su pesada bota.

—¡Ni yo...! ¡Ni yo...! —gritaron a la vez el padre y el hijo, con no menos energía.

—¡Ventre de...! ¡Ni yo tampoco...! —añadió el barón, a quien esta hipótesis preocupaba, juzgándola la parte inexplicable del asunto—. Sin embargo, os lo repito: tiene forzosamente que haberse marchado de aquí. De lo contrario, ¿dónde está?

—Es verdad: ¿dónde está? —se preguntaron los otros tres.

Permanecieron algunos minutos reflexionando, y al no encontrar explicación lógica de la ausencia del teniente decidieron abandonar el parque y regresar a su alojamiento.



X

La visión

Ya hemos dicho que, después de haberse liberado de los brazos de Bathilde, Felipe se había lanzado a través de las habitaciones, impaciente por volverse a enfrentar con el grupo de bandidos.

Pero como había penetrado en las habitaciones de Bathilde de Wendel por una serie de ellas sumidas en la oscuridad, sin poder por consiguiente fijarse por dónde pasaba, en lugar de volver por el camino que Clairette le había hecho seguir salió, sin darse cuenta, por la parte del hotel destinada al alojamiento de la muchacha y se metió por salas y corredores interminables, entre los cuales se halló completamente perdido.

La condesa de Lagardère vivía en la parte de delante y no ocupaba más que las piezas que le eran estrictamente necesarias, es decir, una media docena. Las personas de su servicio vivían también en esta parte de la casa, no lejos de su dueña.

La parte central del hotel estaba, por consiguiente, deshabitada, y por esta especie de desierto se había perdido Felipe.

Impetuosamente, bajo el furioso impulso inicial, recorrió una parte de su camino; pero poco a poco la noche y el silencio que reinaba calmaron la fiebre de su sangre, apaciguando sus nervios sobreexcitados, y sin pensarlo moderó su marcha, ahogó el ruido de sus pasos y acabó por avanzar lentamente y sobre las puntas de los pies.

¿Dónde estaba? ¿En qué morada había entrado?

Sus ojos iban acostumbrándose ya a la oscuridad y los rayos de la luna, que en ciertas habitaciones entraban a chorros, le permitían distinguir claramente los objetos que en ellas se encontraban.

De repente le pareció ser presa de una alucinación curiosa. Por el aspecto de los muebles, de los cortinajes, que ahora veía con toda claridad, creía reconocer cosas ya vistas en otros tiempos.

¿Dónde? ¿Cuándo? No hubiera podido decirlo.

Era algo vago, que flotaba en su espíritu como las imágenes de un sueño.

Se detenía ante una cortina, ante un mueble cuyo dibujo o forma evocaba en él un lejano recuerdo.

Como empujado por una mano invisible seguía avanzando.

Sus pasos le llevaron hacia una habitación de la fachada principal, que daba a la calle de los Francs-Bourgeois.

Era, o había debido ser, un dormitorio. En el fondo había una cuna de niño recubierta por una colcha de brocado.

Los ojos de Felipe se sintieron atraídos inmediatamente y quedaron clavados en ella.

—Dios mío... —murmuró—. ¿Acaso me estaré volviendo loco? ¿No se me ocurre pensar que esta cuna ha sido la mía? Esta rica colcha que la cubre..., su estructura..., sus adornos..., todo me parece familiar...

Obedeciendo a una fuerza oculta se volvió.

Frente a la cuna había el retrato de un hombre de unos treinta y cinco años, de facciones notablemente bellas, cuya expresión altiva y enérgica estaba atenuada por un aire de gran bondad. Instintivamente el muchacho se descubrió.

—¿Dónde he visto yo a este hombre? —se preguntó.

Los ojos del hombre parecieron súbitamente animarse y dejar caer sobre él una mirada de paternal dulzura, de la que se sintió impregnado al mismo tiempo que una intensa emoción le ganaba.

Durante largo rato permaneció ante el retrato, perdido en un ensueño enternecido.

Finalmente la misma mano que le había llevado hasta allí le arrancó a su meditación y le hizo seguir adelante.

Pero antes de alejarse su mirada se posó sobre la chimenea, en cuya repisa había un busto en mármol de un chiquillo.

—¿Dónde he visto yo a este muchacho? —se preguntó, mientras su frente se fruncía bajo el esfuerzo hecho para reavivar su memoria.

La habitación en que estaba había sido, durante su vida, la del joven conde Felipe de Lagardère. La desconsolada madre había hecho de ella una especie de santuario del recuerdo y, como en los tiempos de la felicidad pasada, cada noche encendía allí una lámpara para poder venir a orar y llorar por los dos desaparecidos.

Esta habitación comunicaba con otra, a la cual se dirigió Felipe y abrió la entornada puerta.

Esta segunda habitación estaba algo más iluminada. Cerca de la chimenea en la que acababan de consumirse algunos tizones una mujer, medio tendida sobre un diván, dormitaba.

Esta mujer era Aurora de Nevers, condesa de Lagardère.

Felipe avanzó hacia ella... y dobló la rodilla.

Su corazón saltaba en su pecho y a sus labios subía una palabra que había olvidado pronunciar desde muchos años. Miraba a la condesa con respeto recogido, con tierna veneración. Su sueño continuaba...

Aquel rostro también lo había visto ya. Aquellos rasgos eran los primeros que se le habían aparecido cuando Bathilde de Wendel escudriñó en sus recuerdos...

¡Oh, con qué júbilo inmenso, con qué arrebató del alma los acariciaba con la mirada, húmeda ya por las lágrimas que la oscurecían!

En aquel momento los labios de Aurora se agitaron. Un balbuceo se escapó de ellos, y en este murmullo apenas perceptible el muchacho creyó captar el nombre de Felipe.

¡Felipe! ¡Su nombre!

El sueño que tenía la condesa entraba sin duda en una fase penosa, porque su fisonomía, al principio en calma, se ensombrecía ahora y su cuerpo estaba sacudido por movimientos nerviosos.

—¡Cobardes...! —pronunció de repente y esta vez distintamente—. ¡Le han asesinado...! ¡Pero tú vengarás a tu padre...! ¿Verdad?

—¡Le vengaré, madre mía! —respondió Felipe, como si hubiese estado también él soñando—. ¡Le vengaré..., lo juro!

Pero estas palabras, que pronunció en voz alta, rompieron el encanto en que se encontraba y le hicieron volver a la realidad.

Al verse en medio de la noche en un lugar desconocido, al lado de una mujer dormida que le era completamente extraña y cuyo sueño podía cesar de un instante a otro, fue presa de un súbito temor, de una intensa aprensión.

Si aquella mujer se despertaba y le pedía cuentas de su presencia allí, ¿cómo podría hacerlo, si ni siquiera se lo explicaba a sí mismo?

Entonces solo pensó en alejarse lo más rápidamente posible sin ser visto.

Salió, pues, de la habitación de la condesa, no sin haberle dirigido una mirada de profunda ternura, volvió a pasar por la habitación donde estaba el retrato del hombre, al que contempló también con emoción, y emprendió de nuevo su camino a través de las estancias desiertas, huyendo como si acabase de cometer un crimen.

Cuarta parte

Duque de Nevers

I

La corte de Francia

Cansado de los combates, a los cuales no había sido nunca aficionado, Luis XV se retiró a Versalles y trató de dar a la corte el brillo y esplendor que había conocido en tiempos del Gran Rey.

Tenía entonces treinta y cinco años cumplidos y pasaba por un hombre muy bello.

Si hay que dar crédito a un retrato hecho por una dama que gozaba de su intimidad, la señora de T..., que ha dejado unas interesantes memorias anónimas sobre las costumbres de la época, el monarca era de talla alta y esbelta y paso noble y gracioso.

Su frente era elevada, rodeada de abundante cabello castaño, siempre artísticamente peinado, que realzaba la frescura de su tez.

Tenía además una boca sana, una bella dentadura y las cejas perfectamente dibujadas.

Finalmente este conjunto estaba completado por una nariz aguileña de justa medida, que acababa —es la señora de T... quien habla— de darle un rostro seductor.

El aspecto moral respondía, al parecer, al físico.

A primera vista podía reconocerse en el rostro abierto del rey aquella amabilidad, aquella dulzura que formaba parte de su carácter.

Contrariamente a muchos de sus semejantes, usaba siempre de gran cortesía, de extrema afabilidad con todos, tanto si eran de condición elevada como si pertenecían a las clases secundarias de la sociedad.

Incluso en sus audiencias, en las que con frecuencia debía combatir opiniones contrarias a la suya, jamás se oía salir de su boca una palabra dura.

La corte estaba en Versalles, donde se sucedían sin interrupción fiestas y placeres de toda especie.

A pesar de estar en diciembre, el rey habitaba el Petit Trianon.

Creemos inútil decir que la reina no aparecía jamás en estas fiestas. María Leczinska se había resignado hacía ya tiempo. Viviendo de oraciones y prácticas piadosas, pedía a Dios el consuelo de la indiferencia de su real esposo, a quien amaba siempre, a pesar del abandono casi injurioso en que la dejaba. Cuando se hablaba de él en su presencia, lejos de censurarle, alababa sus cualidades con calor. La pobre mujer había sido y fue una esposa modelo hasta su último día.

La marquesa de Chaverny, por el rango que ocupaba su esposo en la corte, se veía obligada a aparecer con frecuencia. No en el Trianon, bien entendido.

Como tenía ocasión de ver con frecuencia a la reina, esta le había cobrado gran afecto y demostraba complacerse con su compañía. Hablaba incluso familiarmente con ella, como lo hubiera hecho con una amiga.

En una de estas conversaciones Flor contó a la soberana las desgracias que habían abrumado a Aurora.

La reina la compadecía con todo su corazón.

—Traedla —le dijo—. Sé lo que es el dolor y quizá logre aliviar el suyo.

—¡Ah, señora! —respondió Flor—. A pesar de lo honrada que se sentiría al ser presentada a Vuestra Majestad, se negará, lo sé, a abandonar su retiro. Me dijo que había hecho juramento de no volver al mundo hasta que haya vengado a su marido y a su hijo.

—¿Tiene la esperanza de que sus votos sean escuchados un día?

—Sí, señora; aunque no sabe en absoluto en qué época podrán serlo.

Esta conversación había tenido lugar antes que Cocardesse y Hélouin hubiesen reconocido al hijo del conde de Lagardère en la persona del sargento «Bella-Espada».

A su regreso de Flandes los dos hombres pusieron a Flor en el secreto, y le rogaron, dándole sus razones, que dejase hasta nueva orden a la condesa en la ignorancia de la verdad.

Así, en cierta ocasión, la marquesa de Chaverny dijo a la reina:

—Señora, creo que no tardaremos en ver a Aurora de Lagardère en Versalles.

—¿De veras? ¿Acaso se ha desligado de su juramento?

—Todavía no, pero está cercano el día.

—Lo celebro mucho por ella —respondió la reina—. Mientras esto sucede, transmitidle toda mi simpatía.

II

Tres cadáveres

Después de la visión que de su hijo tuvo Aurora durante su sueño permaneció hasta la mañana sobre el diván, presa de una postración completa, el cerebro perturbado y sin fuerzas para pensar.

Quizás este estado de agotamiento se hubiera prolongado una buena parte del día si a primera hora su doncella no hubiese acudido a ella, turbada y temblorosa, para anunciarle una noticia aterradora.

Fermín, el jardinero, al dirigirse como de costumbre a su trabajo a punta de día, acababa de descubrir en el jardín los cadáveres de dos hombres desconocidos, uno de ellos con una herida en la frente producida por la punta de una espada, al parecer, y el otro con un cuchillo en forma de estilete clavado en la sien, donde había penetrado media hoja.

Esta noticia sacó a Aurora de su letargo.

—¡Dios mío! ¿Qué me dices, Germana? —exclamó, con un sobresalto—. ¿Dos cadáveres en mi jardín? ¿Qué significa esto?

—Eso es lo que nos preguntamos, señora.

—¿Dónde está Fermín?

—En la antesala. Como he pensado que la señora querría verle le he hecho subir.

—Hazlo entrar.

Germana fue a buscar al jardinero y regresó inmediatamente con él.

—¿Qué nuevas me cuenta Germana, Fermín? —le preguntó Aurora.

—La verdad, señora condesa, la pura verdad.

—¡Dios mío...! ¿Qué ha debido ocurrir esta noche en mi hotel?

—Voy a decíroslo, condesa —pronunció una voz detrás de Fermín, que pegó un salto de lado.

—¡Ah...! ¿Sois vos, señor Hélouin? —exclamó Aurora al reconocer al policía, que acababa de entrar sin ser visto—. ¿Por qué azar...?

—Sí, condesa, soy yo, y comprendo que mi presencia os sorprenda.

—En efecto: es una verdadera sorpresa..., agradable, por otra parte.

—Gracias, condesa. Pero permitidme ante todo que me excuse por haber penetrado de esta forma en vuestra casa. Como no he encontrado ningún sirviente en mi camino y lo que tengo que referiros no admite la menor demora, me he atrevido por una vez a infringir las conveniencias.

—Estáis excusado, amigo mío. No habéis encontrado a nadie porque todo el mundo está sin duda en el jardín, que ha sido esta noche teatro de un extraño asunto... Pero... —se interrumpió maliciosamente— ¿no acabáis de decirme que sabéis lo que ha ocurrido?

—Sí, señora; tanto más cuanto que he estado mezclado en ello.

—¿Vos?

—Yo; lo mismo que Cocardesse y dos de sus amigos. Los cuatro estábamos en vuestro parque anoche sobre las doce.

—¿Y con qué objeto, entonces?

—Con el objeto de impedir que vuestro hijo cayese en manos de sus enemigos.

—¡Mi hijo! —exclamó Aurora, que al oír esta palabra saltó, por decirlo así, hasta Hélouin y le agarró el brazo hasta hacerle daño—. ¿Habéis dicho... mi hijo?

—Sí, condesa, vuestro hijo, a quien finalmente hemos encontrado.

—¡Mi hijo...! ¿Habéis encontrado a mi hijo?

—Hace ya algún tiempo.

—¡Hablad...! ¡Oh, hablad..., amigo mío! Mi hijo está... o estaba... ¡Ah, Dios mío, mi pobre cabeza se pierde...!

—Una vez más, condesa, calma: esta emoción os destroza. No podré deciros nada si os excitáis de esta manera...

—Bien, bien..., vedme ya tranquila... —dijo la condesa, haciendo un violento esfuerzo por dominarse—. Vamos, hablad..., puedo escucharos... ¿qué os retiene?

—No os pido más que un segundo para satisfacer vuestro legítimo deseo. Ante todo, condesa, desearía que me escuchaseis sola.

Respondiendo a una seña hecha por su señora, Germana y Fermín desaparecieron.

Una vez la condesa y Hélouin estuvieron solos, este continuó:

—Por medios que es inútil que conozcáis y que importan poco para el asunto, la semana pasada sorprendí un complot destinado a quitar la vida a vuestro hijo. La emboscada consistía en una cita que una mujer, con el pretexto de revelar el secreto de su nacimiento, había dado a vuestro hijo y durante la cual sus enemigos debían agredirle todos a la vez y quitarle la vida.

»Le dejamos, pues, acudir a esta cita...

—Me hacéis estremecer... —interrumpió Aurora, con inquietud—. ¿Por lo menos aparecisteis a tiempo para salvarle?

—Esperad... La mujer que servía de instrumento a los asesinos era...

—¡Bathilde de Wendel...! ¡Lo juraría! —interrumpió la condesa, con vehemencia.

—Precisamente.

—¡Ah, la miserable...! No podía ser más que ella, en efecto... ¿Y dónde, a qué lugar le había atraído?

—A vuestra misma casa.

—¿Aquí mismo?

—Sí, a sus habitaciones; donde el crimen debía ser consumado a medianoche.

»Conocedor de esto vine, tras cruzar la puerta del pozo, a emboscarme en el

jardín, con Cocardesse y los dos Passepoil, de quienes habréis oído hablar, a fin de sorprender a los bandidos en el momento en que subieran a las habitaciones de Bathilde de Wendel para perpetrar el asesinato de vuestro hijo.

»Pero la hora de la cita había sido cambiada sin que yo lo supiese, y cuando llegamos este luchaba ya con sus enemigos, como pudimos comprender por el ruido de lucha que procedía de las habitaciones de vuestra dama de compañía.

»Sin perder un instante íbamos a acudir en su socorro cuando vimos salir en tumulto al grupo de los atacantes, en número de cinco, que se lanzaron inmediatamente en su busca por el jardín.

»Evidentemente creían que había bajado, lo cual nos extrañó muchísimo, pues desde el lugar donde estábamos veíamos la puerta posterior del hotel y nadie había salido por allí.

»Sin embargo era evidente que el muchacho había conseguido escapar a la trampa que querían tenderle. Aunque no sabíamos cómo lo había logrado, no perdimos tiempo en buscar una explicación: lo principal era que estuviese a salvo.

»Sin embargo, como temíamos que los bandidos consiguiesen alcanzarle, nos arrojamos sobre ellos y los atacamos con vigor.

»Como uno de ellos emprendió la fuga, nos encontrábamos, pues, cuatro a cuatro.

»El combate duró bastante tiempo; pero finalmente conseguimos matarlos a todos, uno tras otro.

»Y he aquí, condesa, por qué ahora tenéis cuatro cadáveres en vuestro parque.

—¿Cuatro? Fermín no ha visto más que dos...

—Hay un tercero en el pozo y el cuarto debe estar delante de la fachada.

—Si está lo encontraremos. Pero ¿qué ha sido de Felipe?

—Este es el misterio... Al terminar con nuestros contrincantes, seguros de que Felipe había abandonado el hotel sin que consiguiésemos verle, nos decidimos a marchar, después de algunos minutos de vacilación, y regresamos a nuestras respectivas casas.

»Según todas las probabilidades, vuestro hijo habría regresado a casa de Passepoil, donde vive; pero he estado allí hace apenas una hora... y no había vuelto.

—¡No había vuelto...! Entonces ¿dónde puede estar, Dios mío? —preguntó Aurora, presa de congoja.

—Lo sabremos seguramente dentro de poco. No tenéis ya que tener la menor inquietud por él.

—¿Lo creéis así? ¿Y si no regresa? ¿No me habéis dicho que uno de sus enemigos consiguió huir?

—En efecto: quedé incluso sinceramente defraudado, ya que es precisamente el jefe de la banda y aquel de quien hubiera querido sobre todo apoderarme. Sus compañeros no eran más que comparsas.

—¿Le conocéis?

—Sí, señora; es un presunto señor italiano que lleva el falso nombre de Gian-Batista, de unos setenta a setenta y dos años.

—¿Un señor italiano llamado Gian-Batista que quiere matar a Felipe?

—Un presunto señor italiano, un presunto nombre, fijaos bien, porque no es más italiano que yo y su nombre es también falso.

—¿Quién es, en realidad?

—En realidad, condesa —dijo Hélouin lentamente y pesando cada una de sus palabras—, este hombre es uno de los más astutos granujas que la tierra haya jamás soportado, y su verdadero nombre es... Peyrolles.

—Peyrolles —repitió la condesa, con sorpresa, pero sin la explosión que el policía esperaba.

—Sí, señora: Peyrolles, o mejor dicho, De Peyrolles —añadió Hélouin, un poco sorprendido por la calma de la condesa ante su revelación.

—Hubo en otros tiempos un Peyrolles que fue el enemigo encarnizado de mi pobre Enrique... ¿Pertenece a su familia este de quien habláis?

—¡Pero si es el mismo, señora!

—¡El mismo...! Estáis en un grave error, amigo mío. El Peyrolles a quien yo hago alusión hace ya mucho tiempo que no existe: murió por la mano misma de mi marido. Asistí personalmente a su castigo.

—Señora —respondió Hélouin—, os aseguro que el Peyrolles actual es auténticamente el mismo que el Peyrolles de otros tiempos. La herida recibida no debió ser mortal y se salvaría...

—Pero fue herido en la garganta, me dijo mi marido..., y estas heridas, ya lo sabéis, no perdonan...

—En general, no; pero hay excepciones, y esta es una de ellas. El acero atravesaría las carnes sin tocar ningún órgano esencial...

—¿Sucedió tal vez así?... —dijo la condesa, cuya creencia empezaba a tambalearse.

—Con toda seguridad, condesa, creedme. He hecho una investigación sobre él y he adquirido la certidumbre de que no me equivoco. No ignoráis, además, que no afirmo nunca nada a la ligera. Además Cocardesse y su amigo Passepoil le han perfectamente reconocido esta noche. El miserable está, pues, efectivamente vivo; y la única marca que le queda de la formidable estocada de vuestro marido es un tic nervioso que le obliga a bajar súbitamente y con frecuencia la cabeza sobre el hombro izquierdo.

—¿Un tic que le obliga a bajar frecuentemente la cabeza sobre el hombro izquierdo? —exclamó Aurora, a cuyas mejillas subió rápidamente una oleada de sangre.

—Sí..., de esta forma —repitió el policía, imitando el gesto habitual de la cabeza de Peyrolles.

—¡Oh Señor mío! ¡Qué horrible sospecha acude a mi mente...! ¿Si fuese él...?

—¿De qué sospecha habláis, condesa?

—Mi desgraciado esposo, cuando me lo trajeron moribundo, me dijo antes de expirar que sus asesinos estaban mandados por un enmascarado cuyo rostro no pudo ver, pero en quien había observado este tic.

»¿Y Bathilde es también uno de sus instrumentos?... Es posible, entonces, que esté en situación de revelarnos la verdad.

La condesa llamó.

—Que venga inmediatamente la señorita de Wendel —ordenó al criado que apareció. Y dirigiéndose a Hélouin—: Pero ¿dónde encontrar a ese Gian-Batista?

—No es esta la dificultad. El viejo granuja posee una tal audacia que ha osado hacerse presentar a la corte por el embajador de Venecia, caballero Zeno; se le ha visto no más tarde que anoche en el baile dado en el Louvre para celebrar el regreso a París de los oficiales de los ejércitos de Flandes.

—¿Ha sorprendido, pues, la buena fe del embajador?

—En absoluto. El embajador sabía perfectamente con quién se entendía; le conocía tan bien que obraba en complicidad con él y participó ayer en el atentado contra vuestro hijo.

—¡Qué me decís...! ¡Un embajador!

—¡Oh, un embajador como este..., un aventurero de la peor especie! ¡Un hombre que ha disipado en orgías de todas clases una fortuna colosal y no debe su cargo más que a los servicios prestados en otros tiempos por su familia a la república de Venecia...!

—Pero si figuraba entre los que han atacado a Felipe y los habéis matado a todos menos a Peyrolles, tengo que concluir...

—Que a la hora presente ya no existe. Fui yo mismo quien le envié al otro mundo, y su cadáver es el que está delante de la fachada.

—¿Y por qué deseaba también la muerte de mi hijo?

—Por una razón muy sencilla, condesa. Vos y vuestro hijo desaparecidos. Bathilde heredaba, o creía heredar, los millones que le legabais por testamento y se convertía después en la señora embajadora, no sin que Peyrolles hubiese cercenado antes su parte de la herencia...

—¡Qué horrible cálculo!

En aquel instante entró un criado.

—Señora condesa —dijo—, acabamos de retirar del pozo el cadáver del hombre que se había arrojado a él.

—Que había sido arrojado... —rectificó Hélouin. Y en voz baja a Aurora—: Ese

es Matías Knauss, de quien hubiéramos podido quizás obtener algunas aclaraciones sobre las antiguas tropelías del ex factótum de Gonzaga en la época de la muerte del conde de Lagardère.

Se llevó la mano a la frente, como si se le ocurriese súbitamente una idea y preguntó al criado que acababa de entrar:

—¿No se ha encontrado un cuarto cadáver en el jardín?

—No señor —respondió el sirviente—; acabamos de registrarlo todo de arriba abajo y no hemos encontrado más cadáveres que los dos del jardín y este del pozo, o sea, tres.

—He aquí una cosa incomprensible —dijo Hélouin—. Sin embargo vi a mi hombre rodar por el sudo después de la estocada que le di...

Y después de una pausa, durante la cual pareció meditar, añadió:

—A decir verdad no sería sorprendente que hubiese sido víctima de un ardid del muy granuja, y ahora que recuerdo mejor cómo cayó estoy casi convencido de que me dejé neciamente engañar. El cobarde, al ver que no podía vencerme, aprovechó la oscuridad para simular haber sido gravemente herido y hacerme creer en la inmovilidad de la muerte. Ahora recuerdo incluso que, sorprendido por la rapidez de su caída, me agaché sobre él para saber dónde le había alcanzado mi acero; pero entonces llegaron Cocardesse y los Passepoil, que acababan de matar a sus adversarios en el bosque, y me distrajeron de mi examen.

—Así —dijo la condesa— ese hombre está aún vivo...

—Mucho me lo temo, condesa...

—¡Dios mío, los dos enemigos más peligrosos de mi hijo existen todavía...! Y además no sabemos dónde está... Ignoramos si en este mismo instante en que hablamos están de nuevo luchando con él... No puedo seguir un minuto mis en esta inquietud... Cueste lo que cueste necesito a mi hijo..., en seguida..., en seguida...

Hizo una corta pausa y llamó:

—¡Germana!

Germana apareció.

—¡Mi silla..., pronto!

—¿Qué intención es la vuestra, condesa? —preguntó Hélouin.

—Correr al jefe de policía para que ponga a todos sus agentes en busca de Felipe. Cada segundo que transcurre puede serle fatal.

—La precaución me parece buena. Sin embargo, ¿no creéis preferible, antes de salir, escuchar a la señorita de Wendel?

Aurora no tuvo tiempo de responder. El criado a quien había mandado buscar a su dama de compañía regresó diciendo que Bathilde de Wendel no se encontraba por ninguna parte y que el desorden que reinaba en sus habitaciones parecía indicar una huida precipitada.

—La desgraciada habrá ido a reunirse con los otros —dijo Aurora.

—Es de presumir —respondió Héliouin.

—Razón de más, ya lo veis, para que acuda inmediatamente al jefe de policía.

—¿Me permitís que os acompañe, condesa? Sin duda podré seros de alguna utilidad.

—Iba a rogároslo... ¡Ah, una palabra...! No me habéis dicho cuál es la situación de mi hijo...

—Soldado.

—Casi lo esperaba. ¿Y en qué cuerpo?

—Guardias franceses.

—¿Es... simple guardia?

—Oficial, condesa.

—¡Oficial!

—Sí: su valiente conducta durante la última campaña le ha valido este grado. Antes no era más que sargento. Y este primer grado lo conquistó durante el ataque a Praga, a cuyos baluartes subió delante del coronel Chevert.

—¡Valiente y osado como su padre! —exclamó Aurora, con orgullo—. Y ahora, amigo mío, vámonos de prisa. No puedo esperar más...

—El día se levanta apenas —hizo observar Héliouin—. Es quizás un poco temprano para ir al hotel de la policía...

—¡Qué importa la hora! —exclamó Aurora, con orgullo—. ¡No faltaría más que ver al magistrado encargado de nuestra seguridad obligar a hacer antesala a la hija del príncipe de Lorena, a la viuda del conde de Lagardère...!

La condesa quería hacer subir a Héliouin a la silla de manos a su lado; pero el policía, por respeto, se negó a aceptar tal honor.

—Además —añadió— si voy a pie tendré la vista más libre para observar lo que ocurra a nuestro alrededor.

Al franquear el umbral del hotel Héliouin divisó a Cocardesse y a Passepoil que entraban en la calle de los Francs-Bourgeois.

La silla llegaba. En cuanto estuvo a su altura, Cocardesse y Passepoil solicitaron de la condesa permiso para escoltarla.

Aurora se lo concedió de todo corazón.

—Sí, amigos míos —les dijo—, venid. Me sentiré más fuerte en vuestra compañía.

La comitiva se dirigió entonces a paso rápido hacia la plaza de las Victorias, donde estaban provisionalmente instaladas las oficinas de la policía.

III

La puerta baja

Volvamos ahora a Felipe.

Al salir del callejón el muchacho echó a andar al azar, pensando en todo lo que le había ocurrido desde hacía dos horas.

Pero su imaginación no podía detenerse en nada.

Indiferente al frío vivo de la noche y a las horas que pasaban, caminaba sin tener la menor idea del camino que recorría.

Después de haber deambulado así hasta las primeras luces del alba vio que se encontraba ante una casa de bastante buena apariencia de la cual salía un ruido continuo y confuso de voces, de pisadas, de idas y venidas, como si en ella se hallasen reunidas gran número de personas.

Esta casa, de tres pisos, estaba completamente iluminada y destacaba como una mancha luminosa en medio de las vecinas, sumidas todavía en una semioscuridad.

Maquinalmente el muchacho la examinó, preguntándose qué podía ocurrir en ella para que reinase todavía tanto movimiento a aquella hora.

Mientras el joven trataba de resolver este problema, un individuo con la cabeza y los hombros cubiertos por una capa pasó ante él y, después de hacer al verle como un movimiento de retroceso, se acercó rápidamente a una puerta baja situada en uno de los lados del inmueble, la abrió y desapareció rápidamente por ella.

—¡Cáspita! —exclamó Felipe, que a pesar del capuchón había podido reconocer las facciones del hombre—. ¡O mucho me engaño o es el granuja de Zeno, mi asesino de ayer...! ¿Qué viene a hacer aquí?

Examinó más atentamente la casa y acabó reconociéndola como la embajada de Venecia.

—No, no, no me engaño: esta es su casa... ¡El miserable! Pero ¿qué significa toda esta gente? ¿Da acaso una fiesta? ¡Pardiez, tanto mejor si es así! De esta forma habrá numerosos testigos del castigo que voy a infligirle...

Y avanzó hacia la puerta por donde había entrado el italiano, sin tomarse la molestia de pensar que seguramente no era aquella la entrada principal, ni recordar la hora matinal en que pedía ser introducido.

Era Zeno, en efecto, a quien Felipe había visto.

El representante de la república veneciana no venía, desde luego, para ocuparse en asuntos diplomáticos: estos eran la última de sus preocupaciones. Su presencia en la embajada tenía una razón mucho más seria.

Como hemos insinuado con anterioridad, Zeno era dueño de un tugurio, y no un tugurio clandestino, sino una casa de juego abierta y autorizada bajo el manto de la inmunidad diplomática.

En casa de Zeno se estaba como en territorio veneciano, y el león de San Marcos extendía sus alas protectoras entre los defensores de la ley y los desgraciados jugadores que venían incautamente a dejarse desvalijar por el italiano.

Zeno tenía prisa por conocer el importe de los beneficios realizados por los *croupiers* durante aquella noche.

Una cosa que le intrigaba profundamente, y no dejaba de inquietarle mucho, era haber visto a Felipe ante su puerta.

«¿Qué habrá venido a hacer aquí? —se preguntaba mientras se dirigía a las salas de juego—. ¿Tendrá intención de entrar? En este caso habrá que impedirselo... Para cualquier eventualidad pongámonos en guardia».

Entró en un pequeño gabinete donde solía pasar las cuentas con los *croupiers* y se metió en el bolsillo una pistola que sacó de un cajón.

Así armado entró en el salón y esperó.

Felipe había avanzado hacia la puerta baja. Esta era de roble macizo, con una ventanilla enrejada en la parte superior. No tenía ni aldaba ni cerradura aparente.

El muchacho llamó con el puño de la espada.

Al cabo de pocos instantes se oyeron pasos que se aproximaban rápidamente.

—¿Qué queréis? —preguntó una voz brusca y desagradable, con pronunciado acento italiano, mientras un rostro rudo asomaba a la ventanilla.

—¡Pardiez! ¡Entrar...! —respondió Felipe.

—¿Para qué? Ya nadie juega y todo el mundo va a marcharse. Además aquí no se entra libremente: es un lugar reservado a los habituales y vos no lo sois, pues de lo contrario en vez de llamar hubierais hecho la señal convenida.

—No entiendo una palabra de lo que decís —respondió el teniente—. Acabo de ver al caballero Zeno franquear esta puerta... Tengo que hablarle de un asunto urgente y quiero que me llevéis hasta él en el acto.

—El caballero debe estar ocupado arreglando sus cuentas y no le gusta que le molesten en estos momentos.

—¡Y a mí me tiene sin cuidado lo que hace el canalla de tu amo! ¡Abre, vientre de..., o entro a la fuerza...!

Y agarrando la puerta con las dos manos la sacudió con tal violencia que los pernios gimieron; pero no cedió: estaba a prueba de sacudidas aún más violentas.

—*Diavolo!* —exclamó el portero, retrocediendo prudentemente—. ¿Quién es, pues, este hombre tan rabioso? Voy a avisar a su excelencia.

Un cuarto de hora transcurrió.

Cansado de sacudir inútilmente la puerta Felipe fue a apostarse a dos pasos de allí, decidido a aprovechar la salida de cualquier persona para meterse por la puerta y llegar hasta el italiano, por mucha resistencia que le opusieran. Llevaba así de guardia unos diez minutos, tascando el freno, cuando súbitamente la puerta se abrió de par en

par, una sombra apareció en el fondo del corredor y en el acto sonó una detonación.

Felipe, que se había precipitado ya hacia delante, fue detenido en su arranque por el proyectil, que le alcanzó en la boca del estómago.

Al mismo tiempo lanzó un grito y se tambaleó. Hubiera incluso rodado por tierra si cuatro brazos vigorosos no le hubiesen sostenido. La puerta había vuelto a cerrarse inmediatamente.

—¡Sangre de...! ¡Pero si es el pichón!

—¡Virgen santa, si es él...!

Estas dos exclamaciones acababan de ser lanzadas casi al mismo tiempo por Cocardesse y Passepoil.

Los lacayos de la condesa habían caminado a tan buen paso que no tardaron ni media hora en el trayecto de la calle de los Francs-Bourgeois a la de Montmartre.

Y fue en el momento en que la comitiva desembocaba en esta última, justo frente a la embajada, que Felipe era alcanzado por el disparo hecho desde el interior del pasillo.

Al oír la detonación y ver un hombre a punto de rodar por el suelo, los dos maestros de armas habían acudido y reconocieron a Felipe.

—¡Ventre de...! ¿Qué significa todo esto? —gritó el gascón, tratando de ver si el muchacho estaba gravemente herido.

—Adivino lo que es —dijo Passepoil—: estamos ante la embajada de Venecia.

—Y es Zeno quien ha querido demostrarnos su existencia —añadió Héliouin, acercándose en aquel momento—. Pero... ¿dónde está herido el pobre muchacho? —preguntó, dirigiendo una mirada inquieta hacia la silla de manos de la condesa, que estaba detenida a corta distancia.

—En ninguna parte, amigos míos —respondió Felipe, enderezándose súbitamente—; la bala ha resbalado sobre un botón de la chaqueta y no me ha herido. Pero el golpe ha sido tan violento que me he quedado medio aturdido.

—¡Loado sea Dios! —exclamó el policía—. En este caso venid, conde: vuestra madre os espera.

El muchacho no tuvo tiempo de sorprenderse de las palabras de Héliouin.

Este, ayudado por Cocardesse y Passepoil, le arrastró vivamente hacia la silla de la condesa.

Aurora, que había oído también la detonación y visto a su escolta abandonarla súbitamente, asomó la cabeza por la portezuela para ver de qué se trataba.

Al ver a Felipe, a quien los tres hombres llevaban hacia ella, quedó como deslumbrada y su corazón empezó a latir con tal fuerza que parecía querer escapar de su pecho.

¡No cabía duda: era su hijo, aquel muchacho llorado desde tanto tiempo, a quien volvía a ver por fin!

Era inútil que se lo dijese: todo su ser se vertía hacia él...

Entonces, con una especie de locura maternal, saltó de la silla, corrió hacia el muchacho y, abrazándole, le llevó, por decirlo así, hasta el ligero vehículo, donde le hizo entrar con ella.

—Regresad al hotel —ordenó Hélouin a los lacayos—; nuestra misión ha terminado.

«El jefe de policía Hérault ha escapado de una y buena —añadió para sí mismo—, porque la condesa parecía decidida a penetrar hasta sus habitaciones si hubiese sido necesario para verle sin demora».

Y a fin de no turbar las efusiones de Felipe y la condesa se alejó con los dos esgrimistas.

IV

Madre e hijo

En la silla Aurora tenía a su hijo entre los brazos, riendo y llorando a la vez. No podía pronunciar más que estas palabras:

—¡Hijo mío!

En esta frase estaba toda su alma.

El muchacho solo sabía responder:

—¡Madre mía!

Y su corazón se fundía de felicidad al encontrar tan bella a aquella cuya imagen adorada aún recordaba vagamente.

El camino de regreso fue rápidamente recorrido.

Finalmente llegaron al hotel y Aurora llevó a Felipe a la misma habitación donde se le había aparecido la víspera. Allí pudo dar libre curso al júbilo delirante que desbordaba de su corazón.

Durante largo rato no hicieron más que intercambiar tiernas caricias. Uno y otra habían estado privados de ellas durante tantos años que no llegaban a saciarse.

Sin embargo, cuando sus mutuas efusiones tomaron un carácter más tranquilo, pasaron al capítulo de las confidencias.

Aurora quiso que Felipe le contase su vida hasta los menores detalles.

El muchacho le hizo el relato que nuestros lectores ya conocen.

Cuando llegó el momento de hablar del papel encontrado en la rendija de la barca embarrancada en la playa de Saint-Valery-en-Caux, su madre le preguntó:

—¿Tienes todavía ese papel?

—Sí, madre; sin saber por qué, he tenido siempre el presentimiento de que un día podría serme útil.

—Me lo enseñarás... ¿Dices que el agua ha borrado los caracteres?

—Completamente. No hay más que una firma abajo; pero también está tan descolorida que es imposible descifrarla.

—No importa; quiero verla.

—La veréis hoy mismo si así lo queréis, madre.

—Esto es: hoy mismo. Aunque parece que no tenga ningún valor, presiento como tú que sí lo tiene y grande para nosotros, porque debía formar parte de los documentos que llevaba el hombre que te acompañó.

—Siempre he tenido esta idea —respondió Felipe.

Entonces prosiguió su relato, y después de haber referido su encuentro con el anciano y las emboscadas que se habían sucedido desde entonces llegó a la de la víspera.

—Esta la conozco, hijo mío —le interrumpió Aurora—. El señor Hélouin me la

ha contado esta mañana. Es Bathilde de Wendel quien te atrajo a su casa, ¿verdad?

—Exactamente: con el pretexto de confiarme el secreto de mi cuna.

—¡La infame...! ¡Estaba bien informada sobre este punto, puesto que fue ella quien te hizo desaparecer!

—Me lo confesó. Quería salvarme de este modo la vida.

—¿Ha tenido la audacia de decirte esta mentira? Pero ¿ha confesado también por qué obró así?

—Al principio me dijo que era para sustraerme a la venganza de personas enemigas de mi familia que habían jurado mi pérdida.

»Después volvió atrás de esta confesión; me habló de un hombre, de un monstruo que el azar había puesto en su camino y que la obligó a servirle..., y que entonces, a su instigación, había entrado en vuestra casa para...

»Aquí hizo una reticencia, y como fui atacado en seguida por sus cómplices no pude saber más.

—Vas a conocer la verdad, hijo mío.

Y Aurora contó a Felipe la historia del testamento y las esperanzas que Bathilde fundaba en él.

—¡Es posible! —exclamó el muchacho—. Todo aparece ahora claro a mis ojos.

—No, todo no. ¿Sabes quién es ese anciano que te ha perseguido con tanto odio desde hace dos años?

—No, madre.

—Pues bien, escucha.

Y la condesa hizo a su hijo el relato de la noche trágica de la muerte de su esposo. Felipe se levantó, temblando.

—Esta mañana he descubierto por fin al principal autor del asesinato —terminó diciendo Aurora.

—¿Le habéis descubierto?

—Sí...

—¿Quién es? ¡Pronto, madre, decídmelo...!

—Este hombre es... el cómplice de Bathilde.

—¿Cómo? ¿Él...?

—El mismo; tengo pruebas, por decirlo así, ciertas. Aurora refirió entonces al muchacho las últimas palabras del conde y la observación que había hecho de que sus asesinos estaban mandados por un hombre enmascarado que inclinaba frecuentemente con un movimiento rápido la cabeza sobre el hombro izquierdo. Después le preguntó:

—¿No observaste un movimiento similar en el anciano con quien te cruzaste?

—¡Sí, sí, en efecto...! —exclamó Felipe—. Recuerdo incluso que le hablé de ello a Cocardesse al describirle el personaje. Ayer mismo, por otra parte, aunque no hice

más que entreverle, advertí nuevamente ese tic extraño.

»Pero ¿es esto una prueba suficiente de su culpabilidad, madre? —preguntó el muchacho, a quien, por la avanzada edad del miserable, repugnaba condenarle con absoluta certeza.

—Para mí lo es —respondió Aurora—, ya que ese tic le viene de la estocada que le dio tu padre en circunstancias que no tardarás en conocer.

»Ese miserable ha sido siempre nuestro enemigo mortal y solo ha tratado de hacernos todo el mal posible. Durante mucho tiempo le creí muerto y por ello mis sospechas no se posaron nunca sobre él; pero puesto que vive es él, no puede ser más que él, el asesino del conde de Lagardère.

—¿El conde de Lagardère, habéis dicho? —exclamó Felipe—. ¿Mi padre era aquel héroe?

—¡Aquel héroe...! ¡Ah, Felipe, cuán dulce es esta palabra! Me transporta a la lejana época de los combates caballerescos que sostuvo por mí y me recuerda mi felicidad desaparecida...

»Mañana iremos a la corte a buscar al principal culpable... Me han dicho que aparece por ella con frecuencia... Será allá, ante toda la nobleza reunida, donde le harás expiar su crimen. Es necesario que la muerte del conde de Lagardère sea vengada de una forma gloriosa.

—¡Tenéis razón, madre! —exclamó el teniente, levantando la cabeza como para apoyar la firme decisión que tomaba—. Un castigo semejante no debe ser aplicado en la oscuridad. Y mañana, puesto que es el día que elegís, Dios guiará mi espada, que no habrá jamás servido una más noble causa.

—No es tu espada la que debe herirle, sino la de tu padre, que es tuya a partir de ahora —exclamó Aurora, y descolgó una larga espada suspendida en la pared al lado de su cama—. Hela aquí. Recíbela, hijo mío, como una herencia sagrada que te recuerde siempre los altos hechos de aquel que no existe ya...

—Sí, madre —respondió Felipe, y besó respetuosamente el arma—; será para mí como un recuerdo viviente de mi padre y me hará quizá tan fuerte y tan valiente como él.

Aurora quiso proceder inmediatamente a la instalación de su hijo; pero se opuso a que la abandonase un solo instante y ordenó que sus servidores fuesen a buscar a casa de Passepoil todo lo que le pertenecía.

El viejo hotel parecía revivir. Había en él un movimiento, una agitación incesante.

La condesa parecía transfigurada. Su agotamiento, su extenuación habían dado paso a una actividad delirante. Se ocupaba en todo, lo dirigía todo, acuciando, estimulando a los que la rodeaban.

Durante el día, mientras Felipe descansaba un poco, hizo avisar al marqués y a la marquesa de Chaverny, que llegaron poco después con Olimpia. La condesa solo

lanzó un grito:

—¡Mi hijo...! ¡Le he encontrado...!

—Sabíamos que tenían que traértelo de un momento a otro —dijo Flor.

—¿Y me dejabais sumida en mi desconsuelo, vosotros?

—Nos habían cerrado la boca... ¿Sabes por qué?

—Sí: para aclarar ciertas sospechas... Pues bien: ya está todo aclarado.

—Nos hemos enterado de ello por Cocardesse, apenas hace una hora. Pero ahora debes venir con nosotros: en la corte te esperan.

—Iré mañana; pero no para tomar parte en las diversiones, sino para vengar a Enrique... ¿Peyrolles estará, sin duda?

—No falta un día.

—¡El miserable...! ¡Y yo que le creía muerto desde el combate en el cementerio de Saint-Magloire!

—Nosotros también, y es Héloüin quien nos ha revelado que ese italiano llamado Gian-Batista, tan asiduo de Versalles, es simplemente el antiguo factótum del príncipe de Gonzaga...

—¿No le reconocíais, pues?

—Antes de saber quién era, no; pero después, sí... ¡Piensa que hace veintidós años!

—Es justo; sin embargo yo estoy segura de reconocerle en el acto. Mi odio me haría reconocerle entre mil.

—¿Dónde está vuestro hijo? —preguntó el marqués de Chaverny para calmar la irritación que iba apoderándose de Aurora al hablar de Peyrolles.

—Descansa un poco, el pobre muchacho. ¡Está tan fatigado...! Una noche entera andando errante por París... Sin duda ya sabes, Flor...

—Todo —respondió la marquesa—: la emboscada de ayer en tu mismo hotel y lo que siguió... Pero dime: ¿entonces Bathilde ha huido?

—No podía hacer otra cosa, la desgraciada...

—En efecto: le hubiera sido difícil presentarse ante ti.

En aquel momento entró Felipe. Acababa de despertarse y traía el papel que le había pedido su madre, que guardaba en su bagaje.

Ignoraba la presencia de los Chaverny, y al verlos, especialmente a Olimpia, quedó un poco turbado.

—Y bien, conde: ¿aceptaréis pronto la invitación que os hicimos ayer en el baile del Louvre? —le preguntó Flor, sonriendo.

—Señora —respondió Felipe—, será para mí un gran placer acompañar a mi madre a vuestra casa... tan a menudo como quiera ir.

—Vuestra visita nos causará un gran placer a mi marido y a mí..., y todavía más a Olimpia, que no cesa de hablar de vos —respondió, con malicia, la marquesa.

Ante estas palabras la muchacha se puso colorada como una amapola y se ocultó detrás de su madre, mientras Felipe no sabía tampoco qué actitud adoptar.

—¡Ah! Pero ¿es que os conocéis, entonces? —preguntó Aurora.

—¿Si nos conocemos?... —exclamó el marqués de Chaverny—. ¿No os ha contado vuestro hijo, el teniente conde de Lagardère (puesto que es así como debe llamársele ahora), nuestro encuentro en Ostende?

—Me dijo que os había visto en el campamento, pero sin más detalles.

—¿Entonces no sabéis que los tres le debemos la vida?

—No sé absolutamente nada de todo esto.

—Sabed, pues, que gracias a él escapamos a una muerte horrenda.

—¡Hijo mío! —exclamó Aurora, atrayendo a Felipe hacia ella y estrechándole entre sus brazos—. ¡Tienes la valentía de tu padre!

—¡Oh, sí, madrina, su valor está por encima de todo elogio! —añadió Olimpia, con ardor—. ¡Si hubieseis visto cómo...! ¡Fue horrible!

Y dirigió a Felipe una mirada de agradecimiento y amor.

La muchacha había pronunciado estas palabras con tal entusiasmo y acento tan vibrante que la condesa quedó impresionada.

Miró a Olimpia y al verla tan emocionada tuvo una sospecha sobre la inclinación que sentía por su hijo...

A fin de disimular su turbación el muchacho mostró a su madre la hoja de papel que tenía en la mano.

—He aquí, madre —dijo—, el papel que me habíais pedido que os enseñase. Ved que no lleva rastro de escritura, fuera de esta especie de firma al pie.

Aurora cogió el papel y comprobó que en efecto estaba, por decirlo así, en blanco.

La tendió a los marqueses de Chaverny, que, conocedores de la historia de Felipe, sabían también que poseía aquel papel.

Tampoco ellos pudieron descubrir nada aparente. Sin embargo, al examinar lo que tenía el aspecto de firma, el marqués hizo un gesto de sorpresa.

—Es curioso —murmuró—: este dibujo borroso parece tener cierta analogía con mi rúbrica. Mirad, Flor...

—Es verdad, a fe mía... —respondió la marquesa—. Sin embargo sería difícil precisarlo: está demasiado borroso.

—¿Qué pudo haber sobre esta hoja? —preguntó Aurora—. Con toda seguridad ha sido escrita, por lo menos en parte.

—A juzgar por esta rúbrica es probable; pero habría que ser adivino para descifrar una sola de las palabras que fueron trazadas.

—No veo, en efecto, por qué medios podríamos llegar a ello, y no obstante hay algo que me dice que aquí hay..., o mejor dicho, había, una revelación importante para nosotros.

Y la condesa fijaba sus ojos en la página blanca, como si esperase que sus miradas hiciesen resurgir el texto desaparecido.

Finalmente iba a devolver la hoja de papel a Felipe cuando una doncella vino a anunciar que el señor Hélouin estaba en la antesala.

—¡Ah! ¿El señor Hélouin está aquí? —exclamó—. No podía llegar más a propósito: él, que es descifrador de enigmas, podrá quizá sernos útil en esta circunstancia. Hacedle entrar en seguida.

V

El procedimiento de Hélouin

Un instante después entraba el policía. Venía a ponerse a las órdenes de la condesa, para el caso de que necesitase de sus servicios.

—Llegáis muy a propósito, señor brujo —le dijo afablemente Aurora—; estamos ocupados en resolver un problema muy arduo, para cuya solución vamos a apelar a vuestras facultades.

—¿De qué se trata, condesa?

—De conocer por qué sortilegio podríamos llegar a saber qué contenía este papel. Vos, que sois mago, ¿podéis sacarnos del apuro?

—No lo sé, condesa —respondió Hélouin—, y no puedo responderos categóricamente antes de haber examinado atentamente el papel en cuestión.

—¡Oh, examínadlo a vuestro gusto! —dijo la condesa de Lagardère, dándole la hoja de papel—. No os pedimos una respuesta inmediata. Si queréis incluso llevaros el papel a vuestra casa, os lo entregamos con plena confianza.

—No es necesario —respondió el policía, que había empezado ya a dar vueltas y más vueltas al papel en todos sentidos—. Permitidme solamente consagrarle algunos minutos de atención y os diré si puedo o no seros útil.

Acababa de sacar una lupa del bolsillo y examinaba el papel a contraluz.

Durante unos cinco minutos aproximadamente permaneció así, sin decir una palabra y sin que su rostro delatase el menor de sus pensamientos. Todos esperaban con cierta ansiedad a que se decidiese a hablar.

Finalmente, después de haberse detenido más tiempo en el pie de la página que en los demás sitios, dijo con voz firme:

—He aquí, señora, el resultado de mi examen: este papel ha estado lleno de una escritura muy fina y apretada, cuyos vestigios distingo perfectamente con la ayuda de la lupa, pese a que la tinta utilizada ha desaparecido completamente.

—¿Podréis hacer que reaparezca la escritura? —preguntó Aurora.

—No, condesa; no es posible —respondió el policía.

—En este caso ¿no conseguiremos saber lo que decía?

—Al contrario: la cosa es bastante sencilla.

—¿Bastante sencilla, decís? No os comprendo.

—Vos misma lo vais a ver. ¿Queréis ordenar que traigan una jofaina con agua, una esponja y un trozo de tela cualquiera, que permita hacerle cuatro u ocho dobleces a fin de formar colchón?

Inmediatamente Aurora dio las órdenes oportunas para que trajesen a Hélouin lo que había pedido.

La curiosidad de todos estaba terriblemente excitada.

Pronto el policía dispuso del agua, la esponja y el trozo de tela. Dobló esta varias veces a fin de formar una especie de colchón. Después sumergió la hoja de papel en el agua, la dejó empaparse bien y la extendió luego sobre la tela, donde con la esponja la secó ligeramente a fin de hacer desaparecer los numerosos pliegues.

Mientras el papel se iba alisando Hélouin sacó de debajo de su jubón un estuche de cuero parecido a un portales de grandes dimensiones y eligió entre las diversas diminutas redomas que contenía una cuidadosamente tapada, llena de un líquido blanquecino.

—Estos son mis instrumentos —dijo, mostrando el estuche—. El cirujano tiene sus escalpelos; yo, mis ácidos.

Destapó el frasco y vertió el líquido sobre el papel, que quedó inmediatamente impregnado, mientras un olor acre se esparcía por la habitación.

Después esperó.

Unos cinco minutos habían transcurrido cuando examinó el papel atentamente y de repente dijo:

—Condesa, la operación ha salido de maravilla y vamos a leer lo que había escrito en este papel como podríamos hacerlo en un libro abierto.

Todos se inclinaron sobre la hoja, pero nadie pudo observar que hubiese sufrido el menor cambio.

—No veo nada, absolutamente nada —dijo Flor, que en vano se esforzaba por ver un rastro de caracteres.

—Ni yo tampoco —dijeron, uno tras otro, Aurora y Chaverny.

—No podéis, en efecto, ver nada todavía; pero esperad un momento: no he terminado aún.

Diciendo esto cogió el papel por una punta y con la mano le aplicó algunas sacudidas vigorosas y capirotaos.

En el acto se desprendieron de él millares de fragmentos, que cayeron como nieve a su alrededor.

La hoja apareció entonces agujereada como un colador.

—¡Dios mío! ¿Qué habéis hecho? —gritó Aurora, que creyó definitivamente perdido el papel y que no podrían leer nunca su contenido.

—Voy a explicároslo, condesa —respondió tranquilamente Hélouin—. Esta hoja, como sabéis, fue mojada por el agua de mar, que no es otra cosa que lo que llamamos en química cloruro de sodio. Ahora bien: las partes escritas retuvieron más particularmente este ácido, que se fijó sobre la tinta con la ayuda de la sal que contiene en gran cantidad.

»Habiendo comprobado esto no he hecho más que continuar la obra del agua del mar, es decir, que con la sustancia que contenía este frasco, y que era simplemente cloro común, he acabado de roer las partículas que habían sufrido ya un principio de

corrosión, dejando el resto del papel intacto, gracias al agua de que lo había empapado. Ahora los caracteres nos aparecerán como si hubiesen sido escritos con un punzón.

Al mismo tiempo Héliouin colocaba la hoja de papel sobre la manga de su jubón, que, como era de color oscuro, hacía resaltar en negro lo que había sido escrito.

Los presentes no pudieron abstenerse de admirar la ingeniosidad del policía, a quien no obstante no prolongaron las felicitaciones, pues todos estaban demasiado impacientes por saber qué iba a revelarles la hoja. Aurora quiso apoderarse de ella para leerla inmediatamente; pero Héliouin retuvo su mano diciendo:

—Tendríais, señora, una gran dificultad en descifrar esta escritura. ¿Me permitís que lo haga por vos?

—Con mucho gusto —respondió la condesa—; pero hacedlo pronto, os lo ruego.

El policía cogió su lupa, se acercó a la ventana y comenzó la lectura.

Desde las primeras frases Aurora fue presa de una violenta emoción.

—¡Pero esta es la carta que recibí mi marido el día que fue asesinado! —exclamó, interrumpiendo la lectura.

—Y que yo había supuestamente enviado desde Lagny —añadió Chaverny—. ¡Y pensar que no hemos podido saber nunca quién la había escrito!

—¿Cómo es posible? —respondió la condesa—. Esta carta la encontré entre las ropas de mi pobre Enrique y la guardé antes de su inhumación. Está aquí, en mi escritorio...

Y abriendo el mueble sacó de un cajón una hoja de papel amarillento, manchada de sangre en varios sitios, que tendió a Héliouin.

Este la comparó con la que sostenía.

—La misma mano ha escrito una y otra carta; pero creo poder explicar lo ocurrido.

»Esto no es más que un borrador, un borrador en limpio, si puedo expresarme así. El falsario tuvo que ejercitarse mucho antes de llegar a una imitación perfecta de la letra del marqués, y esta hoja es sin duda su última prueba.

—Sí, debió ser así —confirmó Chaverny—; y el granuja es verdaderamente hábil, porque, lo confieso, escribo como un gato.

—Lo cual hizo que no quisiera arriesgarse a enviar esta carta al conde sin haber conseguido antes una excelente imitación.

—Hasta mi firma, que está reproducida para confundir a cualquiera —añadió el marqués de Chaverny—. Pero..., una vez más: ¿quién puede haber sido?

—¡Ah, he aquí algo que quizá va a iluminarnos! —prosiguió Héliouin—. Debajo de vuestro nombre hay tres líneas más..., tres líneas de vuestra escritura.

Y leyó:

«*Memento*: Al hacer llegar Knauss esta carta a manos del conde de Lagardère, no olvide que debe presentarse como alguien de la servidumbre del marqués».

—¡Knauss! —exclamó Felipe—. Entonces sería también el anciano de quien me habéis dicho el nombre esta mañana, madre: ese Gian-Batista...

—¡Peyrolles! ¡Ah, ahora lo comprendo todo! —exclamó la condesa—. Si: ese monstruo escribió la carta, y he aquí la prueba innegable de su crimen... No es posible conservar ya la menor duda.

—No, indudablemente —añadió Chaverny que había cogido la carta y temblaba de cólera al pensar que habían usado su nombre para enviar a su amigo a la muerte—. No, ciertamente: reconozco muy bien la escritura del miserable; con bastante frecuencia la vi en casa de mi primo Gonzaga.

—Hay todavía otra cosa en este papel —prosiguió Hélouin, que miraba la hoja por transparencia—. Veo aquí arriba, a la derecha, un pequeño membrete que dice: «Intendencia del príncipe de Gonzaga».

—Lo cual acaba de denunciar al granuja —respondió Chaverny—. Era así como estaba marcado el papel de que disponía para su cargo de intendente del príncipe.

—Hijo mío —dijo entonces solemnemente la condesa—, como te he prometido, mañana te pondré frente al asesino de tu padre...

—¡Cumpliré con mi deber, madre mía! —interrumpió el muchacho, con vehemencia.

Los ojos de Aurora se elevaron al cielo mientras murmuraba:

—¡Dentro de veinticuatro horas, Enrique, serás vengado por la mano de nuestro hijo!

VI

Conversaciones de corte

Al día siguiente, alrededor de las siete de la tarde, la condesa salió con Felipe para ir a Versalles.

Una hora antes había sido prevenida por un enviado del marqués de Chaverny de que Peyrolles, acompañado de Zeno acababa de llegar al Trianon.

En el coquetón pabellón real aquella noche había una concurrencia más numerosa aún que de costumbre.

El duque de Richelieu cruzaba uno de los salones cuando fue detenido familiarmente por un palaciego, que le dijo:

—Señor duque, ¿qué ocurre hoy que se os ve por aquí tan temprano? No contábamos tener este placer antes de medianoche.

—He de hablar con el rey —respondió Richelieu.

—¡Caramba! Decís esto en tono tan serio que cualquiera creería que ocurre algo grave.

—Lo es si se quiere.

—¿Puede saberse de qué se trata?

—No tengo ningún motivo para ocultároslo. Acabo de enterarme por el marqués de Chaverny, que se encuentra en este momento en el palacio con su esposa y su hija, de que la condesa de Lagardère va a venir esta noche para presentar su hijo a la corte.

En pocos segundos esta noticia pasó de boca en boca, dando la vuelta a los salones, y fue comentada de diversas formas.

Los hombres de cierta edad recordaban muy bien el asesinato del conde de Lagardère y el misterio que lo había rodeado. Como había dicho a Aurora el marqués de Chaverny, que había pasado por el Trianon antes de ir a palacio, Zeno y Peyrolles se hallaban allí aquella noche, como de costumbre.

Zeno, sentado a una mesa de juego y teniendo a Peyrolles detrás, sostenía una difícil partida contra un gentilhomme habitual de su chirlata. Estaba tan absorbido por el juego que no oía una palabra de lo que se murmuraba a su alrededor.

De repente sintió que le tocaban el hombro. Se volvió y vio a Peyrolles con las facciones lívidas.

El antiguo factótum le hizo signo de que dejase el juego y le siguiese.

Cuando los dos se encontraron aislados junto a una ventana, Peyrolles explicó a Zeno el inminente peligro que los amenazaba.

—Entonces estamos perdidos... —dijo el veneciano, con voz profundamente turbada.

—Todavía no —dijo Peyrolles—. Hay que detener a la condesa y a Felipe por el camino.

—¿Cómo?

—Tengo un medio. Vos que estáis más familiarizado con este ambiente, ¿conocéis a alguien que pueda encargarse de llevar un mensaje?

—¿Qué intentáis hacer?

—No ignoráis, sin duda, que Felipe está profundamente enamorado de la señorita de Chaverny...

—Lo sé, en efecto.

—Pues bien: vamos a enviarle la persona que designaréis para que le comunique que acaban de raptar a su amada. Precisamente hay un cierto capitán De Fonty que es enemigo jurado de Felipe y cuyo nombre va a servirnos para hacer triunfar la estratagema que he concebido.

—¿Y a título de qué es su enemigo ese capitán De Fonty?

—A título de rival desafortunado —respondió Peyrolles—. Hasta estos últimos tiempos el capitán se mostraba muy solícito con el marqués, con la esperanza de casarse un día con su hija. Pero ahora el marqués, empujado por su mujer, ha roto completamente con él. Me enteré de esto ayer en el baile del Louvre, donde estaba, como sabéis. He oído incluso pronunciar frases bastante vivas a este respecto por De Fonty, que juraba vengarse de la afrenta que se le hacía.

—¿Será él, entonces, el raptor?

—En efecto.

—Pero para hacer verosímil este rapto deberíamos dar por lo menos algunos detalles sobre la forma como se ha producido. Felipe los pedirá seguramente.

—Esto es lo de menos. Diremos, por ejemplo, que los marqueses de Chaverny habían dejado a su hija en su palacio y que De Fonty, sabiéndolo, le ha hecho decir por un amigo que sus padres la esperaban en el Trianon; cuando la joven se dirigía allí la ha raptado y ha huido con ella a París.

—Bien: es bastante admisible. Pero... ¿está aquí este De Fonty? Porque si la historia llega a sus oídos y la desmiente...

—No, no está. Ayer en el baile se burlaron de él por haberse vanagloriado falsamente de haber realizado una gloriosa acción, y no reaparecerá seguramente por la corte antes de algunos días. Por otra parte es indispensable que la cosa no se divulgue: debe quedar entre nosotros y la persona que se encargue de ella; creo inútil decir que ha de ser de absoluta discreción. Si la tenéis a mano, démonos prisa: la condesa y su hijo deben estar ya en camino y cada instante que pasa puede acarrear nuestra pérdida.

—Creo tener a vuestro individuo.

El veneciano regresó a la mesa, donde estaba todavía su adversario esperándole para terminar la partida empezada.

—De Bersac —le dijo—, desearía que me prestaseis un servicio.

—A vuestra disposición —respondió el interpelado.

Era un buen muchacho regordete, un poco cándido, llegado del Languedoc para abrir un poco su espíritu en París.

Desgraciadamente en la moderna Babilonia no era su espíritu lo que se abría, sino su bolsa, cuyos cordones siempre desatados dejaban caer sobre los tapetes verdes verdaderas cascadas de escudos y luises de oro con que su familia no cesaba de llenarla.

Por ello estaba siempre sin un céntimo y la cantidad que acababa de ganar fácilmente a Zeno le disponía en su favor y estaba pronto a corresponder a su generosidad.

Peyrolles le informó rápidamente de lo que esperaban de su complacencia.

—Es una buena acción la que vais a hacer —le dijeron— y por la cual las personas interesadas os guardarán eterno reconocimiento. Nosotros mismos, el embajador y yo, os damos ya las gracias por adelantado.

—Soy yo, por el contrario, quien debe agradecéroslo —respondió De Bersac—; porque si cumpliendo el encargo que voy a transmitir salvo el honor de la señorita de Chaverny me sentiré muy orgulloso, os lo aseguro.

Y sin pedir más amplias explicaciones se dispuso a partir.

—Sobre todo ni una palabra a nadie... —le recomendó Peyrolles.

—Mi boca permanecerá cosida.

—Bien. ¡Y ahora corred! Tomad el mejor caballo que encontréis en las cuadras y seguid el camino real, por donde rueda en este momento la carroza de la condesa. En cuanto la alcancéis dad la noticia al muchacho, sin olvidar, punto capital, de decirle que De Fonty se ha refugiado en París con su presa.

—No tengáis ningún temor: no lo olvidaré.

Y con estas palabras el inocente meridional se marchó.

VII

La espada de Lagardère

—¡El rey! —anunció súbitamente un chambelán, abriendo las puertas.

Instantáneamente los salones se vaciaron y todo el mundo se precipitó hacia aquel en que acababa de entrar Luis XV seguido del duque de Richelieu.

Luis XV avanzaba por entre los presentes, que se inclinaban a su paso, caminando a pasos cortos mientras conversaba con Richelieu.

—¿Es al mismo Trianon donde debe venir esta noche la condesa de Lagardère? —le preguntaba.

—Sí, señor. Sabe que estáis aquí y desea presentaros su hijo, a vos y a toda la corte.

—Será muy bien venida. No la he visto nunca y estaré encantado de su visita. Dicen que es una maravilla de belleza.

—Es, en efecto, una de las más bellas damas de Francia, señor.

—¿Qué edad tiene su hijo? —prosiguió Luis XV.

—Veintiuno o veintidós años, creo.

—Por lo que me habéis dicho, es una extraña historia la de este muchacho... No la conocía. En cambio recuerdo perfectamente, pese a que yo no tenía entonces más de diecisiete o dieciocho años, la muerte de su padre, el conde Enrique de Lagardère, asesinado en la explanada de los Inválidos. De Fleury me ha contado muchas veces cómo sucedió. Incluso a menudo me ha hablado de las proezas realizadas en tiempos del regente por aquel a quien se consideraba la primera espada de Francia. Al parecer era un hombre extraordinario.

—Lo era efectivamente, señor; y su última hazaña permanece viva en todas las memorias. De Fleury ha debido hablaros de ella también.

—Sí, creo recordar... ¿Un duelo con el príncipe de Gonzaga, a consecuencia del cual fue hecho conde...?

—Exacto, señor; y he aquí, más o menos, las palabras del duque de Orleans, vuestro tío, al conferirle el título: «Conde de Lagardère, solo el rey, el rey ya mayor de edad, podrá concederos el merecido título de duque de Nevers».

Luis XV, que caminaba medio paso delante de Richelieu, se paró en seco.

—¡Ah...! ¿El regente dijo esto?

—Sí, señor.

—¿Y por qué no me lo han recordado nunca?

—Señor, Enrique de Lagardère murió antes que Vuestra Majestad alcanzase la mayoría de edad.

—¡Ah, es cierto...! Reconozco que hubiera sido inútil. Pero no por ello dejaré de recordar las palabras del duque de Orleans.

Luis XV y Richelieu llegaron al sitio donde estaban las mesas de juego.

El rey se sentó en una de ellas e hizo signo con la mano al duque de que era libre de regresar a palacio.

Pero este, que quería asistir a la recepción de la condesa, fingió no haberse dado cuenta y preguntó:

—Señor, ¿vuestra Majestad me permite sostener la partida esta noche?

—¿Vos, señor duque?... ¿Y la guardia?

—La reina me ha relevado.

—¿Es verdad?

—No miento nunca, señor: Vuestra Majestad lo sabe —respondió Richelieu, con una sangre fría imperturbable.

Luis XV se echó a reír.

—Bien, sea —dijo—: prefiero creerlo; después de todo es posible que una vez por casualidad digáis la verdad.

Y los dos empezaron a jugar.

La carroza de la condesa de Lagardère avanzaba rápidamente hacia Versalles.

Aurora y su hijo, impacientes por vengar la muerte del conde, no cesaban de dar prisa al cochero, que por su parte hostigaba los caballos cuanto podía.

Sin embargo, al llegar a la cuesta de Sèvres hubo que dejar a los animales moderar el paso. La cuesta es muy abrupta y los carruajes la suben con dificultad.

Súbitamente, a media cuesta, un caballero que venía en sentido contrario a toda brida, con riesgo de romperse el pescuezo, se detuvo al lado de la portezuela de la carroza e inclinándose sobre su silla preguntó, con fuerte acento del Languedoc:

—¿Tengo el honor de hablar con la señora condesa de Lagardère y su hijo?

—Sí, caballero —respondieron a la vez Aurora y Felipe, sorprendidos por la presencia inopinada de aquel hombre, a quien no conocían.

De Bersac, dirigiéndose entonces al muchacho, como se lo había recomendado Peyrolles, le dijo con aire de misterio:

—Señor conde, vengo a anunciaros que la señorita de Chaverny ha sido raptada esta noche por De Fonty, capitán de los guardias franceses.

—¿Qué decís? —exclamó Felipe, apeándose inmediatamente de la carroza—. ¿Han raptado a la señorita de Chaverny?

—Sí, señor conde —respondió De Bersac.

—Pero ¿cuándo...? ¿Dónde...? ¿Cómo...? —preguntaba el muchacho, presa súbitamente de una congoja indecible.

De Bersac repitió la historia que le había enseñado Peyrolles y dio todos los detalles del rapto.

—¿Y decís que ha huido a París con ella?

—Sí, señor conde, a París.

—¡Madre! —gritó Felipe, loco de desesperación—. ¡Volvamos sobre nuestros pasos...! Quiero salvar a Olimpia... ¡Oh, el miserable!

E iba a dar orden al cochero de dar media vuelta cuando Aurora le retuvo diciendo con vehemencia:

—Hijo mío, ¿olvidas lo que me has prometido y concedes preferencia a tu amor antes que a tu deber?

—¡Por piedad, madre! —suplicó Felipe—. ¡Pensad que está en juego el honor de Olimpia..., mi prometida..., mi mujer pronto!

—Pienso en ello, hijo mío... Y como tú estoy desesperada; pero la misión que tenemos que cumplir no puede ser diferida un solo instante..., ya lo sabes.

Y en voz más baja, para no ser oída más que por él, añadió:

—¿Quieres dejar impune un día más el asesinato de tu padre?

Un violento combate se libraba en el alma de Felipe.

—Madre —dijo al fin lentamente—, tenéis razón: el deber ante todo... Vamos a Versalles...

De Bersac, que no tenía ya nada que hacer con la condesa, y su hijo, los saludó y reemprendió el camino del Trianon, adelantándose a Aurora y a su hijo.

Zeno y Peyrolles, a pesar del subterfugio de que se habían servido para evitar la llegada de estos, no dejaban de estar inquietos. No se les ocultaba que la presencia de la condesa con su hijo sería la pérdida de ambos. El muchacho reconocería en ellos a sus atacantes de la víspera y los desenmascararía ante todo el mundo.

Porque este era su único temor. Estaban, en efecto, a cien leguas de imaginar el verdadero motivo de la condesa para presentarse aquella noche en la corte.

Peyrolles sabía que Lagardère había muerto sin poderlos denunciar. Por este lado, por consiguiente, podía creerse al abrigo.

En cuanto a Zeno, ignoraba el asesinato cometido en otro tiempo por el anciano.

Pero lo que temían era ya suficiente para hacerles presagiar una caída inevitable.

En cuanto vieron a De Bersac le interrogaron, y al enterarse de que la condesa y Felipe se hallaban ya a corta distancia de allí su terror no reconoció límites.

—No nos queda más que huir —dijo Peyrolles.

—¡E inmediatamente! —añadió Zeno; y uniendo la acción a la palabra iba a emprender la huida, sin preocuparse de si su cómplice le seguía o no, cuando fue detenido por este.

El anciano le agarró por las ropas diciendo:

—¡Esperad, esperad, caballero! Nos queda todavía un medio de reconquistar todo el terreno perdido...

Zeno tuvo forzosamente que moderar su marcha.

—Escuchad —continuó Peyrolles, en tono rabioso—: aunque menos ágil que vos, saldré de aquí, lo juro, y puesto que a grandes males hay que oponer grandes

remedios, juguémonos nuestra venganza a un último dado.

»Mañana por la noche, lo sé, la condesa abrirá sus salones para celebrar el regreso de su hijo.

»Procuraos treinta muchachos fornidos (esta mercancía es fácil de encontrar en vuestro tugurio); prometedles el precio que queráis, porque siempre tendréis con qué pagarlos; después penetraremos con ellos por segunda vez en el jardín por el pozo del callejón, cuya llave cogí en el tocador de Bathilde: tomadla.

»Nuestra primera providencia será pegar fuego al hotel, y al favor de un incendio de sobra sabéis vos todo lo que se puede hacer...

Habían llegado a la puerta de salida e iban a franquearla cuando divisaron al conde de Lagardère y su madre que se disponían a entrar.

Se echaron vivamente atrás y, por temor a ser descubiertos, regresaron al sitio donde se hallaban un momento antes.

—Separémonos —dijo Zeno, soltándose con un brusco movimiento—. Hasta mañana por la noche, señor Gian-Batista...

—Hasta mañana —respondió Peyrolles—. Y sobre todo, ocurra lo que ocurra, no olvidéis los treinta hombres... Nos encontraremos a la puerta del pozo cuya llave os he entregado.

El veneciano se perdió entre la gente, dejando, a su compañero bastante perplejo.

Pensaba aprovechar la atención general producida por la llegada de la condesa y su hijo para efectuar la huida tan inoportunamente retardada.

Aurora y Felipe entraron en los salones. La condesa daba el brazo al muchacho. Iba enteramente vestida de negro, sin una joya en el cuello ni en los brazos. Él llevaba el brillante uniforme de los guardias franceses.

Aurora y su hijo llegaron así hasta el salón donde se encontraba el antiguo factótum de Gonzaga disimulado en la sombra de un alto ventanal.

Era el salón que precedía al en que Luis XV estaba jugando con el duque de Richelieu.

El rey no había sido todavía prevenido de la llegada de sus nuevos huéspedes.

Apenas Aurora hubo entrado en el salón cuando, como si poseyese el don de la doble vista, llevó a Felipe hacia el sitio donde Peyrolles estaba escondido y tendió el brazo hacia él.

—Felipe —le dijo, con voz fuerte que sonó como una campana funeraria en medio del silencio que reinaba—, me has pedido conocer al asesino del conde de Lagardère... ¡Pues bien: helo aquí!

»Es este miserable..., el antiguo esbirro del príncipe de Gonzaga, quien después de haberle atraído a una emboscada le asesinó cobardemente.

»¡A tu vez, hijo mío, no tengas piedad de él! ¡Venga con su sangre la de tu padre, que tan traidoramente vertió!

Sin decir una palabra, con un movimiento rápido como el rayo, Felipe sacó su espada y se lanzó sobre Peyrolles, que aparecía ahora en plena luz, iluminado por un candelabro que acababa de coger de sobre una consola el barón de Posen, que apareció detrás de él como por arte de magia, después de haber escuchado en la sombra su conversación con Zeno.

El cobarde asesino parecía aterrado. Ante aquella acusación terrible, que estaba muy lejos de esperar, quedó como aniquilado, sin fuerzas siquiera para intentar una protesta.

La respiración se había detenido en todos los pechos; ni un solo grito se oyó, tan profundo era el estupor.

Todos los presentes sufrían el efecto de una súbita fascinación, mirando a los tres héroes del drama que se iba a desarrollar: la condesa, con su brazo tendido; Felipe, con la espada en alto; Peyrolles, medio arrodillado.

De repente la muchedumbre curiosa onduló como el mar. Diez espadas acababan de salir de sus vainas porque un imprudente cortesano gritó:

—¡El rey, señores, defendamos al rey!

Esta frase había sido lanzada en el momento en que Luis XV, rodeado del marqués de Chaverny, el duque de Richelieu y el teniente general Hérault acababa de aparecer en el umbral del salón de juego, cuya puerta estaba próxima a la ventana hacia la cual avanzaba el teniente de guardias franceses.

Pero se hubieran necesitado más de diez espadas para detener al discípulo de Passepoil, que había dominado a cinco maestros de armas.

Al querer interponerse para cumplir con su deber el capitán de la guardia, bruscamente rechazado de lado por el teniente, que no veía más que su objeto, había ido a caer, con gran escándalo de los suyos, detrás del barón de Posen, que seguía con el candelabro en su brazo tendido.

Ya ninguna fuerza humana podía salvar al antiguo factótum de Gonzaga, que, con las facciones descompuestas, los ojos vagos, tambaleándose como un hombre ebrio, buscaba en el muro un punto de apoyo para no caer.

Ya la espada del teniente marcaba en su cabeza el lugar donde iba a hundirse; ya en el salón la fiebre había sucedido al estupor, cuando de repente, obedeciendo a un sentimiento más fuerte que su voluntad, Felipe refrenó su impulso, retuvo su brazo y se quedó clavado en el suelo.

Estaba como fascinado y miraba con un horror mezclado de piedad al viejo canalla, que acababa de dejarse caer de rodillas y parecía pedir gracia a gritos, mientras su cabeza, cubierta de cabellos blancos, ejecutaba una danza desenfrenada sobre su hombro izquierdo.

En la sala reinaba la agitación; un murmullo comenzaba a crecer y algunas damas estaban a punto de desmayarse.

Solo Felipe, su madre y el barón de Posen no se movían. El último estaba convertido en una antorcha.

En cuanto a la condesa, con el brazo siempre tendido en una posición rígida, seguía la escena con mirada serena y fría, sorprendida de ver vacilar a su hijo.

El rey había apartado con un ademán a los gentilhombres que se habían interpuesto entre el teniente y él y avanzaba lentamente por el espacio dejado libre.

De repente una voz se elevó, sonora, dominando el creciente murmullo:

—¿Qué esperas, Felipe? ¿Reniegas de tu venganza y vas a perdonar la vida al asesino de tu padre?

El muchacho se volvió, mientras su mano dejaba escapar el arma vengadora.

—¡Madre...! ¡Madre, perdonadme —dijo, en tono implorante—; pero, por muy miserable que sea este hombre la espada de Lagardère no puede deshonrarse enrojeciéndose con la sangre de un anciano!

Aurora bajó tristemente la cabeza y una lágrima brotó de sus ojos.

Entre los concurrentes hubo una especie de alivio. La angustia que había hecho nacer el espectáculo de aquel muchacho lanzándose contra Peyrolles, la espada en alto, se disipaba y todo el mundo encomiaba la generosa conducta del oficial.

Entretanto Felipe se había cubierto el rostro con las manos y murmuraba, en tono de inconsolable dolor:

—¡Dios mío...! ¡Estoy, pues, maldito...! ¡En un solo día he defraudado la confianza de mi madre, renegado de mi venganza y perdido a la mujer que amo!

Apartó las manos, abrió los ojos, y creyó soñar al verse enlazar por cuatro brazos, dos de los cuales eran los de su madre y los otros dos, blancos y perfumados, los de Olimpia de Chaverny.

—Os amo, Felipe —decía la muchacha—; sois tan valiente como bueno.

—¡Ah, reconozco en ti al hijo de Lagardère! —decía a su vez la condesa, cuya exaltación acababa de desvanecerse ante la acción generosa del muchacho—. Te quiero todavía más, hijo mío, porque Enrique no hubiera obrado de otra manera.

En aquel momento Luis XV franqueaba el círculo de gente.

Se acercó a Felipe, que estaba deslumbrado por haber encontrado a su prometida y reconquistado el amor de su madre, y le tendió su espada, que había recogido el marqués de Chaverny.

—Duque de Nevers —le dijo—, el rey paga las deudas del regente. Os agradezco que hayáis sabido refrenar vuestro resentimiento. Una espada valiente como la vuestra no debe, en efecto, ser sacada más que contra los enemigos de Francia.

Y dirigiéndose a Aurora añadió:

—Tomad mi brazo, condesa. La fiesta va a empezar; tenéis que recobrar vuestra alegría...

Viendo la muerte alejarse de él de una forma tan inesperada, Peyrolles había

recobrado algo de su sangre fría.

La emoción producida por la presencia de Luis XV y la escena que siguió había apartado un poco de él la atención, lo que aprovechó para hacer jugar sin ruido la falleba que cerraba la ventana contra la cual estaba apoyado, abrirla y deslizarse fuera.

El ventanal daba a una pequeña terraza elevada con dos escalones, y no tuvo más que bajarlos para encontrarse en los jardines del Trianon, donde se perdió fácilmente a favor de la oscuridad.



VIII

El tali3n

A las dos de la tarde del d3a siguiente, Peyrolles, que hab3a regresado a su casa durante la noche, se encontraba tendido sobre la cama, completamente vestido.

Destrozado tanto moral como f3sicamente, sintiendo que todo le fallaba a la vez, no ve3a m3s que tinieblas a su alrededor.

Una idea, una sola idea le sosten3a a3n y por instantes pon3a en sus ojos una llama ardiente.

Desde su llegada a la casa estaba d3ndole vueltas a los medios que emplear3a para llevar a cabo con toda seguridad, aquella misma noche, su 3ltima canallada aprovechando el incendio que provocar3an los hombres de Zeno, cuando oy3 un paso leve resbalar por el suelo de madera de la habitaci3n y acercarse a la cama lentamente.

Volvi3 la cabeza y, con un asombro mezclado de perversa alegr3a, vio a Bathilde a su lado.

Bathilde en persona, a quien hab3a completamente olvidado para no pensar m3s que en Aurora y Felipe.

¿No era ella, sin embargo, la causa primera de que todos sus proyectos, todas sus fechor3as hubiesen fracasado? ¿No deb3a a ella el verse de aquella forma, perdido, sin recursos, cuando, de haberle servido fielmente, hubiera podido reconquistar sus antiguas riquezas y vivir a la luz del d3a como en otros tiempos?

Estos s3bitos pensamientos hicieron subir su furor al cerebro y, con un movimiento violento, ech3 la parte alta del cuerpo hacia delante como para agarrar a la muchacha entre sus brazos y ahogarla.

Pero sus fuerzas estaban agotadas y de nuevo se desplom3 sobre la cama, sin haber podido coger a Bathilde.

Esta no hab3a dado ni un paso atr3s para escapar a aquella amenaza. Serena y fr3a, las facciones impasibles, miraba al anciano sin c3lera, m3s bien con un aire de conmiseraci3n, de piedad.

—¡Hija p3rfida y traidora! —dijo este, con una voz como un silbido—. Vienes a contemplar tu obra, ¿verdad?

—La vuestra, se3or de Peyrolles —respondi3 lentamente Bathilde.

—La tuya, te digo. Hab3a puesto la fortuna a tu alcance: una fortuna inmensa, colosal, que pod3a hacernos felices a los dos, procurarnos todas las alegr3as, toda la felicidad de la vida; ten3as poca cosa que hacer para apoderarte de ella: suprimir una mujer y un chiquillo... La mujer ten3a ya un pie en la tumba...; el chiquillo era d3bil y sin defensas... Tu tarea era f3cil, y no supiste llevarla a cabo: retrocediste por una est3pida sensibilidad... ¡Ah, miserable loca! ¡Mira d3nde nos has llevado!

—Sí, retrocedí —respondió Bathilde—, retrocedí ante el crimen, un crimen horrible si los hay... Atacar la debilidad, la infancia...

—¿Para contarme estas tonterías has venido esta tarde?

—No..., y he aquí el objeto de mi visita, la última que recibiréis de mí, puesto que desapareceré del mundo para no volver a él jamás.

»Me consagro en adelante a Dios.

»Venía para intentar volveros al bien, para convenceros de que consagréis los pocos años que os quedan a redimir vuestras faltas.

»Pensadlo: la tumba no está ya lejos de vos, ahora... ¿Queréis bajar a ella cargado con el peso de todos vuestros crímenes?

Peyrolles lanzó una risa sardónica.

Por las palabras de la muchacha deducía que ignoraba la escena de la víspera en el Trianon.

Hablaba de los pocos años que le quedaban por vivir cuando eran apenas algunos días, algunas horas, quizá.

—Quisiera también —añadió Bathilde, con acento de súplica— que me hicieseis una promesa: la de no encarnizaros más contra Felipe y su madre... Sé que hoy están reunidos... Dejadlos en su felicidad.

—¡Ellos! —exclamó el anciano, con rabia—. ¡Ellos! ¡Ah, más que nunca ahora debo hacerles sentir el peso de mi odio! Y con júbilo en el corazón destruiré esta felicidad que empiezan tan solo a saborear...

—¡No, no, no hagáis esto! —suplicó Bathilde—. ¿No hay en vos el menor sentimiento generoso que pueda invocar en su favor? ¡Os lo suplico: concededme lo que os pido!

Pero el anciano había cambiado de idea. Con el propósito de retener a la muchacha prisionera en su casa hasta la noche, empezó a contarle con gran lujo de detalles lo que habían tramado entre Zeno y él.

—A la hora actual tú bello prometido el embajador de Venecia —añadió al terminar— está al frente de un pequeño ejército y nuestro propósito llegará a su feliz término.

»Esta noche misma, gracias a ti, hija mía, puesto que tu llave facilitará la entrada por la puerta del pozo a nuestros hombres, el hotel de Nevers será incendiado y al favor de las llamas no nos costará mucho trabajo hacer desaparecer a Felipe de Lagardère y a su madre.

»¿Qué te parece nuestro plan? ¿No está bien elaborado?

—¡Oh, no, no, no hagáis esto! ¡Os bendeciré a pesar de todo el mal que me habéis hecho...! —suplicó la muchacha, con un estremecimiento de horror que recorrió todo su cuerpo.

—¿El mal que te he hecho, ingrata?

—¡Ay de mí, sí! Porque yo había nacido buena, amante, y vos me habéis vuelto..., ¡vos!, mala y vengativa. Habéis infiltrado en mí, gota a gota, el veneno de la envidia; habéis hecho centellear ante mis ojos los oropeles de la falsa felicidad de este mundo... ¿No es esto haberme hecho el mal? ¿Me había acaso mi padre confiado a vos para esto?

—¡Tu padre! ¡Ah, tu padre...! —dijo Peyrolles, con una alegría vil.

Una idea acababa de surgir en el cerebro del villano. Si le estaba vedado, dada su debilidad, vengarse físicamente de Bathilde, le quedaba todavía por lo menos la facultad de torturarla moralmente.

—No habléis de mi padre en este tono —respondió Bathilde, indignada por el aire irónico de Peyrolles—. Era un hombre bueno y virtuoso y Dios me lo quitó demasiado pronto. ¡Ah, pobre padre, si hubiese podido prever...!

Estás últimas palabras divirtieron al anciano hasta el punto de provocar en él una risa espasmódica.

—Seguramente lo preveía, y... hay que hacerle justicia: no parecía causarle ni el más mediocre placer; pero...

—Pero... ¿qué? —preguntó Bathilde, jadeante, al ver que Peyrolles no terminaba su frase.

—Pero yo le impedí que se opusiera.

—¿Se lo impedisteis?... ¿Y cómo?

Y como su interlocutor parecía reflexionar antes de responder, le gritó, exasperada:

—¡Hablad..., hablad! ¿Usasteis de la violencia, quizá?

—Tú lo has dicho, linda mía.

—¡Osasteis maltratar a mi padre...! —exclamó Bathilde, avanzando con los ojos llenos de fuego hacia el anciano—. ¡Osasteis emplear la fuerza con él..., él, débil, a quien no quedaba ya aliento!

—Era necesario.

—¿Y vuestra violencia abrevió sin duda los pocos instantes que le quedaban de vida?

—Como tu padre hacía esfuerzos por levantarse de la cama y despertarte, le puse una almohada sobre la boca... y le ahogué. ¡Bah! La cosa no fue difícil...

Ante estas palabras Bathilde lanzó un grito tan agudo que el eco lo repitió.

Durante un momento permaneció inmóvil, como petrificada de espanto, dirigiendo a Peyrolles miradas en las que se leía la locura. Después, de repente, soltando la muñeca del canalla, se apoderó de un almohadón sobre el que reposaba su cabeza y con la rapidez del pensamiento le cubrió con él enteramente el rostro, apoyándose encima con todas sus fuerzas.

—¡Bandido...! ¡Bandido...! —gritaba al mismo tiempo—. ¡He aquí tu castigo...!

¡Vas a morir como murió mi pobre padre!

La acción de la muchacha había sido tan rápida que el anciano no pudo evitarla. Instintivamente, al principio, trató de apartar el almohadón; pero al no conseguirlo agarró los dos brazos de Bathilde y hundió en ellos las uñas, desgarrándole las carnes con rabia.

¡Trabajo perdido! Bathilde de Wendel parecía insensible a las atroces heridas que le producía y no hacía más que aumentar su presión. Ya de por sí fuerte y vigorosa, el furor provocado por las palabras de Peyrolles aumentó todavía la potencia de sus músculos.

Bathilde, por fin, no sintiendo ya defenderse a Peyrolles, retiró el almohadón y comprobó que aquel realmente se hallaba sin vida. Entonces abandonó la casa y se dirigió hacia el Marais.

IX

Una recepción muy agitada

La condesa había abierto sus salones para celebrar el regreso de su hijo; pero de una forma absolutamente discreta, porque aquella noche apenas un centenar de personas pudieron franquear el umbral del hotel de Nevers, y aun en este número debía contarse una buena tercera parte de jóvenes venidos especialmente para hacer corte al nuevo duque.

En el pequeño salón, contiguo al grande, solo se reunían los íntimos.

Cerca de la chimenea, Aurora conversaba con Flor de Chaverny. Ambas formaban proyectos para el porvenir de sus hijos y acababan de fijar la fecha del matrimonio, que no debía tardar en celebrarse.

A pocos pasos de allí se hallaba Felipe entre Olimpia y Marina.

El joven duque y Olimpia estaban radiantes. Su silencioso coloquio —porque se habían hablado más con los ojos que con los labios— acababa de ser interrumpido por la llegada de la hija de los Moutier, cuya presencia en el hotel se debía a expresa voluntad de Felipe.

Este había cogido entre las suyas las manos de las dos muchachas y decía:

—Olimpia, he aquí a mi hermanita... Deseo que sea también la vuestra...

Los rincones más alejados del salón estaban ocupados por otros dos grupos. En uno de ellos, sentado cada uno en el brazo de un sillón y hablando lo más bajo posible, estaban los dos viejos maestros de armas Cocardesse y Amable Passepoil, extrañados de no ver allí al barón de Posen y a Bonifacio. Sobre todo echaban en falta al primero, porque desde sus antiguas expediciones por el Palais-Royal en tiempos del regente, cuando Enrique de Lagardère les servía de guía, habían olvidado un poco las costumbres del gran mundo.

En el otro rincón el doctor Cabalus había enganchado al marqués de Chaverny y le estaba torturando con el relato de sus curas recientes y maravillosas, curas debidas únicamente a su sistema propio, como es de suponer.

En lo más animado de las conversaciones entró un criado y con aire misterioso —porque la servidumbre del hotel estaba al corriente de los recientes acontecimientos— anunció a la condesa que Bathilde de Wendel solicitaba permiso para ser recibida.

—¡Ella...! —exclamó Aurora, estupefacta—. ¡Ella aquí...! ¡Tiene la audacia de querer afrontar mi presencia...! ¡Echad a esa malvada...! ¡No quiero verla nunca más!

—Señora —repuso el criado—, insiste con gran empeño en ser recibida por la señora condesa.

Aurora iba a negarse de nuevo a esta súplica, que consideraba como una provocación, cuando Flor intervino diciendo:

—Amiga mía, yo en tu lugar la recibiría, aunque no fuese más que para ver qué actitud adopta ante nosotras. Además debe tener una razón muy poderosa para atreverse a venir en plena recepción.

Aurora reflexionó un instante y luego dijo al criado:

—Haced entrar a esa persona.

Casi inmediatamente Bathilde de Wendel franqueó el umbral del salón. La madre de Felipe se había levantado y fijaba sus ojos duros y despreciativos en la muchacha.

Bathilde iba a dirigir la palabra a la condesa cuando esta le preguntó, con voz que quería ser indignada, pero que resultaba dulce a pesar suyo:

—¿Es acaso para retarme, desgraciada, que osáis presentaros aquí?

—Condesa —respondió Bathilde con humildad y doblando las rodillas—, lejos de querer retaros, vengo para sufrir vuestro justo resentimiento. Estoy dispuesta a expiar en la forma que me lo ordenéis todo el mal que os he hecho.

—¿Dios ha tocado, pues, por fin vuestra alma?

—Si, condesa —respondió ella, con dolor—. Dios me ha iluminado —prosiguió— y me ha mostrado hasta qué grado de infamia había caído. He sido muy culpable; cometí la más abominable de las acciones privándoos de vuestro hijo y haciéndoos creer en su muerte; pero si me permitís invocar una excusa puedo aseguraros que obraba inconscientemente.

—¿Inconscientemente?

—¡Ay de mí, sí! Me hallaba dominada por una voluntad que se había apoderado de la mía. Un hombre..., un verdadero demonio, me había recogido cuando yo no era más que una chiquilla y aprovechando mi inexperiencia de la vida me formó para el crimen. Por mandato suyo entré en vuestra casa..., abusé del dolor en que estabais sumida y desempeñé el papel infame que conocéis.

—Ese hombre se llama Peyrolles, ¿verdad?

—Se llamaba así, en efecto —respondió Bathilde, extrañada de que la condesa supiese el nombre del infame—. ¡Ah, el miserable, si supieseis qué monstruo era..., de qué fango estaba amasado...!

—Lo sé: él fue quien hizo de mí una viuda.

—¡Qué oigo, Dios mío...! ¿No le bastaba haber hecho de mí una huérfana?

—¿Qué queréis decir?

—Que asesinó a mi padre..., mi padre, que ya medio muerto no podía defenderse.

—¡Oh, el infame! —murmuró la condesa, con voz ya del todo dulcificada.

La condesa no sentía ya por aquella que estaba a sus pies más que una gran compasión.

—Os perdono, Bathilde... Quiera Dios que persistáis en lo sucesivo en el bien.

—¡Oh, gracias, gracias, señora...! —exclamó la joven, apoderándose de las manos de la condesa, que cubrió de lágrimas y besos.

—Sin embargo —prosiguió la madre de Felipe— pongo una condición a mi perdón: que ayudéis a la justicia a descubrir el refugio de ese Peyrolles, que ayer, cuando iba a ser detenido por el asesinato de mi marido, consiguió nuevamente huir.

—El hombre de quien habláis no existe ya, condesa —respondió Bathilde.

—¿Ha muerto?

—Sí, condesa.

La muchacha relató entonces a Aurora su entrevista con el ex factótum de Gonzaga y la escena trágica que la había terminado.

Pero en su breve relato olvidó inconscientemente el proyecto incendiario del que Peyrolles la había hecho confidente antes de morir.

En aquel momento un grito terrible salió del salón grande:

—¡Fuego! ¡Fuego!

—¡Fuego! —repitió la señorita de Wendel, cuyo rostro se cubrió de mortal palidez—. ¡Dios mío, había olvidado..., había olvidado...!

—¿Qué habíais olvidado? —interrumpió Flor de Chaverny precipitándose hacia ella, porque la veía pronta a desfallecer.

—Vine a preveniros —balbució Bathilde—. ¿Qué me ha impedido decíroslo?...

Se pasó la mano por la frente como para alejar la turbación que invadía su cerebro, y entonces, al ver el rojo resplandor que se filtraba a través de los cristales, gritó:

—¡Condesa de Lagardère, mirad! ¡Vuestro hotel arde por voluntad de Peyrolles! ¡Pronto: organizad los socorros y velad por vuestra vida, porque el cadáver de vuestro enemigo va quizás a estremecerse de alegría al veros caer víctima de su última e infernal maquinación! Con treinta bandidos de su especie, Zeno ha debido introducirse en vuestro hotel, y al favor del incendio vos y vuestro hijo debéis ser asesinados.

Iba el marqués de Chaverny a dar las oportunas órdenes para organizar rápidamente los socorros y ponerse a la defensiva cuando una puerta lateral se abrió para dar paso a Hélouin y Bonifacio Passepoil, que sostenían a Clairette, la doncella de Bathilde de Wendel.

La pobre muchacha aparecía en un estado lamentable: su cabello y sus cejas estaban chamuscados, y su ropa, quemada en varios sitios, permitía comprobar que el fuego había levantado ampollas en su carne.

—Condesa —dijo Hélouin, designando a la desgraciada que sostenía— esta muchacha acaba de obrar por vos con gran abnegación y merece una fuerte recompensa.

»Esta noche la hallé errante por París y la he hecho venir conmigo al hotel y apostarse en la puerta del pozo, pues por cierta conversación que sorprendí en el Trianon sabía que unos miserables iban a introducirse en el parque, como hace dos

noches. El veneciano Zeno mandaba esta tropa.

»Impaciente por no ver llegar a su cómplice, Peyrolles, cuya desaparición es inexplicable, ha entrado en el parque con sus hombres y ha tenido la suerte de encontrar a Clairette, que se ha ofrecido a servirles de guía.

»Al llegar a las habitaciones de la señorita de Wendel prendieron fuego a los cortinajes y dijeron a la doncella que les indicase el camino de vuestras habitaciones.

»Entonces esta muchacha tuvo una idea genial. Apretó el resorte que sirve para cerrar la entrada a una galería secreta que no tiene, según creo, salida...

—¡Sí! —interrumpió Bathilde, que escuchaba ávidamente y comprendió que se trataba de la escalera secreta que bajaba al jardín, por la cual pretendió unos días antes hacer huir a Felipe—. Sí, hay una; pero la cerré antes de abandonar el hotel y no puede ser abierta más que por mí.

—Sea como sea, los hombres de Zeno entraron uno a uno en el corredor —prosiguió Hélouin—. Yo me hallaba escondido en la alcoba con Bonifacio, a quien había pedido que me acompañase. Cuando iba a entrar Zeno, que iba el último, Clairette hizo funcionar con un movimiento brusco la losa que cierra la galería.

»—¡Traidora! —aulló el italiano al verme salir de mi escondrijo—. ¡Vas a pagar por los demás!

»Y antes que Bonifacio y yo pudiéramos evitarlo la arrojó de un empujón contra las llamas y pegando un salto de costado desapareció por la puerta.

—¿Y le habéis dejado huir? —preguntó la marquesa.

—Era necesario, señora, para salvar a esta pobre muchacha y apagar el incipiente incendio. Pero si no me equivoco el veneciano no ha salido todavía del hotel; debe andar perdido por el dédalo de habitaciones y corredores.

—Entonces —dijo Felipe, tomando la palabra por primera vez— me corresponde a mí descubrirle y castigarle. Tenemos una antigua deuda que saldar.

Y al pronunciar estas palabras los ojos del joven duque se iluminaron con un resplandor de cólera.

Sin consultar la opinión de su madre apartó suavemente a Marina y a Olimpia y desenvainando su espada tomó la dirección de las habitaciones particulares.

—Camarada —murmuró Cocardesse al oído de Passepoil—, ¿acaso vamos a dejarle ir solo?

—¡Oh, no, no, mi noble amigo!

Y con el paso en cadencia, como si desfilasen en una revista, los dos viejos maestros de armas atravesaron el salón, indiferentes a las miradas de los señores y las nobles damas, y ganaron la puerta por donde Felipe había salido.

Pero en el momento de franquearla se apartaron para dejar paso a Marina, que queriendo compartir el peligro de aquel a quien llamaba su hermano se había lanzado tras él como un torbellino.

—Señores, ¿acaso no vais también? —preguntó la marquesa a los que la rodeaban.

—¿Para qué? —dijo, sonriendo, el capitán De Tresmes—. ¿Qué puede nuestra espada al lado de la de Felipe, que hace frente a media docena de maestros de armas?

—¿Y los hombres de Zeno? —preguntó el marqués de Chaverny.

—Están todos prisioneros en el corredor secreto —respondió Héliouin.

Un grito desgarrador le cortó la palabra y casi inmediatamente reapareció Felipe con el rostro descompuesto, llevando en sus brazos el cuerpo de Marina, en cuyo corpiño se veía un ancho agujero por el que la sangre manaba gota a gota.

—¡Doctor —gritó el muchacho, depositando su preciosa carga sobre un canapé—, doctor, salvadla! ¡Pobre criatura...! —añadió—. ¡Me escudó con su cuerpo cuando el cobarde veneciano, escondido, pretendía apuñalarme por la espalda...! Pero este ha sido su último crimen...

Aurora, la marquesa y su hija corrieron hacia la muchacha.

César Cabalus había abierto el corpiño de Marina y enjugaba la sangre. La muchacha volvía en sí. Al recobrar el conocimiento lanzó una mirada indefinible al joven duque y atrayéndole hacia ella le murmuró al oído:

—Puesto que Dios me ha escuchado, Felipe; puesto que me permite morir por ti, ya puedo confesártelo... Te amo...

—No será nada, nada... —dijo en tono convencido el doctor Cabalus—. Con mi sistema hago milagros. En mis manos esta muchacha estará fuera de peligro antes de quince días...

Felipe se levantó mientras la cabeza de Marina volvía a casar sobre los almohadones: la palidez de una se reflejaba en el rostro del otro.

X

Alegrías y sufrimientos

Un mes después de esta agitada recepción, en una bella mañana de enero que el sol, aunque pálido, alegraba con sus rayos, la iglesia de Saint-Paul estaba enteramente cubierta de magníficos y suntuosos tapices.

Una elegante muchedumbre, compuesta por toda nobleza del reino, llenaba enteramente la nave y desbordaba por los lados.

Se celebraba el matrimonio del nuevo duque de Lagardère-Nevers, recientemente dotado de un regimiento, con la señorita Olimpia de Chaverny.

El rey asistía a la ceremonia. Había querido patentizar con su asistencia la alta estimación que sentía por los contrayentes.

El general Chevert y el capitán De Tresmes eran los padrinos del novio. En cuanto a la hija del marqués era apadrinada por Mauricio de Sajonia y el duque de Lauzun.

Felipe y Olimpia se habían arrodillado ante el altar. Creían soñar y dudaban de su felicidad. Ellos, que tres meses antes creían estar separados por obstáculos invencibles, se veían ahora reunidos para siempre. Y desde el fondo de su corazón daban gracias a Dios por la felicidad que se había dignado concederles.

Mientras el sacerdote oficiaba, el órgano lanzaba sus acentos melodiosos sobre la recogida concurrencia, haciendo flotar las almas por las regiones serenas de la armonía. Todo era dicha y alegría.

Solo dos personas no compartían la euforia general. Una de ellas era una muchacha sentada en los primeros bancos, cerca de la condesa, y que trataba de ocultar la extrema palidez de su rostro bajando obstinadamente la cabeza sobre su devocionario.

Esta muchacha era Marina. Dios no aceptó su sacrificio y le había conservado la vida. Verdadera o falsa, la ciencia de Cabalus consiguió restablecerla rápidamente. Marina había sido adoptada por Aurora, que la consideraba como una verdadera hermana de Felipe, es decir, como su propia hija.

—Tus padres cuidaron de mi hijo cuando era un niño —le había dicho; pues bien: yo seré una madre para ti... A partir de ahora eres mi hija.

Pero, a pesar de la ternura que le prodigaba la condesa, a pesar del brillante porvenir que se abría ante ella, Marina no podía ser feliz. Sin embargo, se había resignado; sufriría con valor la suerte rigurosa que el destino le asignaba, en espera de que Dios quisiera llamarla a Él.

La otra persona era una religiosa. Disimulada tras un pilar, inclinada en actitud de orar, parecía extraña a cuanto ocurría a su alrededor. Algunas veces, sin embargo, su mirada se perdía en dirección a Felipe y Olimpia. Entonces una sombra invadía su

frente y un suspiro se escapaba de su pecho; pero apartando en seguida la vista de los nuevos esposos obligaba a su rostro a serenarse y volvía a rezar con fervor.

Esta religiosa, el lector lo ha adivinado ya, era Bathilde de Wendel. La noche de su confesión en el hotel de Nevers, al retirarse, había dicho a la condesa:

—Entré en vuestra casa, señora, con la desesperación en el alma; gracias a vuestro generoso perdón salgo tranquilizada, casi feliz... Mañana me habré retirado para siempre del mundo... Voy a pronunciar mis votos irrevocables.

Y cumplió su palabra. Como lo había prometido, se retiró del mundo y entró en la congregación de las damas de Picpus, orden cuya regla era de gran austeridad.

Terminada la ceremonia los asistentes fueron a felicitar a los recién casados, Luis XV el primero.

Raras veces se había visto una pareja más bella: Felipe, con su rostro encantador, sus largos cabellos ondulados que caían sobre sus hombros, su talla fina y esbelta, parecía un semidiós. Olimpia, por su parte, era una primavera en flor.

Ambos, cuando al fin se hallaron libres, se dirigieron hacia la salida de la iglesia.

Cerca de la puerta estaban Cocardesse, Passepoil y Bonifacio, que habían querido estar presentes en la boda del hijo de Lagardère.

—¡Ah, pichón! —exclamó Cocardesse cuando Felipe pasó por delante de él—. Ya te dije, allá en Ostende, que a menudo cuando uno menos lo espera...

—¡Cocardesse! —le reconvino Amable Passepoil, al mismo tiempo que le administraba un violento codazo en las costillas—. ¡Guarda las formas...! —Y dirigiéndose a Felipe añadió—: Señor duque, excusadle... No conoce los usos, ¡sangre de...!

—¡Ah, amigos míos! —respondió Felipe, emocionado—. Ya os dije en cierta ocasión que quería seguir siendo para vosotros el sargento Felipe, nada más. Por tanto que no se hable nunca entre nosotros de títulos ni de calidades... Me parece que nuestra amistad se sentiría afectada... En cuanto a ti, Bonifacio, hermano mío, por decirlo así, seremos uno para otro lo que hemos sido siempre, ¿me oyes?... Sin esto no te querría ya...

Bonifacio sintió que sus piernas flaqueaban: la alegría, la emoción le sofocaban.

Aquella misma tarde Olimpia y Felipe abandonaron París para realizar un viaje de algunas semanas. Querían aislarse en su felicidad, que a tan caro precio habían conquistado.

F F N



PAUL AUGUSTE JEAN NICOLAS FÉVAL, llamado PAUL FÉVAL HIJO. (1860-1933) fue un novelista francés, aunque de menor calidad que su padre. Escribió dramas, zarzuelas, cuentos, novelas... y se hizo famoso por continuar los folletines aventureros de su progenitor y de algún otro *folletinero* famoso. Unió sin demasiados prejuicios tramas de distinto autores, como los mosqueteros de Dumas con Cyrano de Rostand y creó personajes tan fantásticos como *Félifax, el hombre tigre*.

«Las aventuras de Lagardère», serie iniciada con este volumen, consta de 8 libros sin contar *El Jorobado*, escrita por Paul Féval padre:

- *El hijo de Lagardère* (1893, con A. d'Orsay).
- *Los gemelos Nevers* (1895, con A. d'Orsay).
- *El hijo de Lagardère* —pieza teatral— (1908).
- *Las correrías de Lagardère* (1909).
- *Cocardesse y Passepoil* (1922-1923).
- *La señorita Lagardère* (1929).
- *La nieta de el Jorobado* (1931).
- *La juventud de el Jorobado* (1934, póstumo)